

XLVII PREMIO DE NOVELA ATENEO DE SEVILLA

Edmundo Díaz Conde

EL HOMBRE QUE AMÓ A
EVE PARADISE

UN RELATO DE AMOR Y VIOLENCIA
EN EL CHICAGO DE LA LEY SECA

Lectulandia

Un relato de amor y violencia en el Chicago de la Ley Seca.

La famosa actriz de cine mudo Eve Paradise ha tenido poca fortuna en el amor: en los últimos cuatro años todos sus amantes han sido truculentamente asesinados. Su pesadilla parece terminar cuando es detenido Amós Zambrano, un oscuro emigrante español que trabaja en un espectáculo de variedades.

Pero el juicio también sacará a la luz buena parte de su vida anterior: el rodaje de la última película muda en Chicago —verdadera meca del cine hasta que la industria se trasladó a Hollywood—, sus indecentes relaciones con muchachos jóvenes, su escandalosa participación en el *show* del hipnotizador Donovan o su vinculación familiar con Ritchie Sandino, un mafioso en la órbita del mismísimo Al Capone.

El hombre que amó a Eve Paradise, galardonado con el Premio Ateneo de Sevilla, es un relato de besos y tiroteos en el Chicago de la Ley Seca: una clásica novela negra que sin embargo revela aspectos inéditos sobre el primer asesino en serie —anterior a Jack el Destripador— o la casi desconocida emigración española a Estados Unidos a principios del siglo xx.

Lectulandia

Edmundo Díaz Conde

El hombre que amó a Eve Paradise

ePub r1.0

Titivillus 24.10.16

Título original: *El hombre que amó a Eve Paradise*
Edmundo Díaz Conde, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Edmundo Díaz Conde

EL HOMBRE QUE AMÓ A
EVE PARADISE



XLVII PREMIO DE NOVELA ATENEO DE SEVILLA

XLVII PREMIO DE NOVELA ATENEO DE SEVILLA

El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Alberto Máximo Pérez Calero (Presidente de honor), Félix G. Modroño, Ramón Pernas, Miguel Ángel Matellanes, Miguel Cruz Giráldez y María A. Prior Venegas. La novela *El hombre que amó a Eve Paradise*, de Edmundo Díaz Conde, resultó ganadora del XLVII Premio de Novela Ateneo de Sevilla.

*Para Camino de Prada,
como siempre*

Para mis padres

«Fue en Nueva York
una Nochebuena,
que yo preparé una cena
para invitar a mis paisanos.
En la reunión,
toda de españoles,
entre palmas, vino y olés,
por España se brindó.
Como estaba prohibido por la Ley Seca
allí nadie bebía vino de España.
Yo pagué a precio de oro una receta
para que se nos diera vino español».

MANUEL PENELLA,
En tierra extraña (1927)

PRÓLOGO

*En las cercanías de Sevilla,
a principios del siglo xx.*

—Cierra los ojos —ordenó.

—Sí.

—Caerás en trance sólo con escucharme —eso dijo—. Tienes que estar relajada. Confía en mí. Te dormirás cuando yo te lo diga. Después contaré hasta cinco. Estaré justo aquí. No me apartaré de tu lado.

El reloj de bolsillo aún seguía oscilando a derecha e izquierda. Pero la niña había cerrado los ojos y se concentraba en su voz. Una voz que cualquier mujer adulta habría calificado de aterciopelada, rica en amables matices, insólitamente acariciadora. Transcurrieron unos segundos.

—¿Puedes oírme?

—Sí —replicó.

Y él contó hasta cinco.

No hablaron mucho; nunca lo hacían.

Antes de comenzar la sesión, la niña había expresado su compromiso con la tarea pintándose una palabra en la frente con un carboncillo: MAGIA. Entonces él pasó una mano por delante de sus ojos y, con una suerte de estremecimiento, rozó las letras sin que la expresión de la niña se alterase y dijo:

—¿Vas a responder a todo lo que te pregunte?

—Sí.

—¿Confías en mí?

—Sí.

Era una de aquellas tardes abribeñas del Sur, un sur que, en ocasiones, podía ser un paraíso en los sueños de los hombres del Norte, pero que no tardaría en convertirse en un infierno. Una de esas tardes con aromas a jazmín y azahar, tardes como no se gozan en tierra alguna excepto en Andalucía.

Desde hacía semanas se citaban en un bosquecillo de encinas que había no lejos del cortijo El Silencio, al pie de un árbol robusto en donde había empezado todo: la soledad que era el origen de aquellas citas furtivas y la razón por la que la niña nunca pudo volver a evocarlas. La misma razón por la que todas aquellas tardes perdurarían en la memoria del niño para el resto de su vida.

Que no hablasen mucho obedecía a que, a su modo, ya desconfiaban de las palabras, les daban miedo. Preferían el silencio de los gestos y las actuaciones mudas. Es verdad que se llevaban seis años, y que no dejaban de ser unos niños; pero allí, sentados a la sombra de la eterna encina, atrapados por esa magia que es un agravio al

sentido común de los adultos, todavía no les importaba el paso del tiempo, ni la riqueza, la fama o los apellidos de alcurnia que tanto deslumbran a quienes se dejan deslumbrar. Tal vez allí no estaban solos. Tal vez vivieron horas excepcionales y entre ellos se comprendían. Tal vez la importancia del asunto radicaba ahí, en aquel vínculo secreto del que los niños son tan conscientes.

¡Ay, si hubiera llegado a oídos de su padre que la pequeña Eva hacía migas con el vástago de uno de sus peones!

En las proximidades del bosque de encinas se extendía el cortijo del padre de la pequeña, no lejos de Dos Hermanas, desde donde incluso se podía vislumbrar la Giralda. Su padre era un señorito andaluz que lucía un bigote merovingio y ostentaba el cargo de hermano mayor de la cofradía de la Sexta Angustia. En cuanto a su madre, era una yanqui oportunista y pobretona, con resplandores de actriz malograda y que paraba muy poco en el cortijo. Su bulliciosa vida, que ella disfrazaba de prácticas piadosas y actos de caridad, la ocupaba en el Café del Nuevo Mundo, el Novedades o el Suizo. Veinte años más joven que su esposo, en las conversaciones con sus amigas le daba a su marido el sobrenombre de el Viejo.

Claro que el Viejo no siempre fue viejo. De él se contaba que había sido un joven ávido de empresas temerarias, un segundón de rancia estirpe al que le fascinaba la caza y que hubo de sufrir cómo la fortuna familiar pasaba íntegramente a su hermano mayor. Y que, a pesar de eso, o precisamente por tal causa, se convirtió en un hombre de su tiempo con un excelente olfato para los negocios.

La cruda verdad es que hizo dinero con el tráfico de esclavos, en los últimos años en que la trata aún era legal. Un dinero que luego invirtió en la construcción de líneas férreas en la isla de Cuba, como socio del ferrocarril de la bahía de La Habana. No tardó en reinvertir los beneficios de la compañía ferroviaria en ingenios azucareros, que pudo adquirir a buen precio en el transcurso de la guerra Chiquita, cuando algunos hacendados prefirieron vender sus posesiones y refugiarse en las ciudades o regresar definitivamente a la Península.

El Viejo, temerario pero astuto como era, siempre había mimado la relación con los inversores norteamericanos en Cuba. Así pues, cuando el 24 de febrero de 1895 se sublevaron más de treinta poblaciones al este de la isla, supo con la certeza de los videntes que esta vez, a diferencia de las dos anteriores, por fin la guerra iba en serio. De modo que se apresuró a vender todas sus posesiones y activos financieros a esos mismos inversores norteamericanos que pronto se convertirían en los nuevos amos de la isla y lo dispuso todo para regresar a España.

De Cuba se trajo el suficiente dinero para comprar un cortijo de varias miles de hectáreas, unas cuantas propiedades inmobiliarias en Sevilla, que le garantizarían una apacible vejez de gran hacendado, y una mujer rubia a la que sacaba más de veinte años. Pero el Viejo seguía amando la caza más que a los hombres, y la vejez no resultaba interesante sin riesgo ni aventura. Empezó a despilfarrar a manos llenas, mientras su esposa, en sus círculos de amigas, fabulaba una infancia idílica en algún

lugar indeterminado de Georgia o Luisiana, entre campos de algodón y sirvientes negros. Por desgracia para ella y su crédito, todo el que hubiese sabido algo de inglés habría advertido que no hablaba con el acento arrastrado del sur. Y es que la realidad era muy diferente pero no menos interesante.

El Viejo y ella se habían conocido en uno de tantos locales de entretenimiento que se habían abierto en La Habana al socaire de la llegada de dólares, donde ella ejercía de cantante, actriz de variedades, mujer de vida fácil o de todo eso a la vez. Allí la conoció el Viejo, acostumbrado a comprar todo lo que se le antojaba, y ella también estaba en venta. La transacción económica que le proporcionó, a precio de saldo, una mujer joven de la que ufanarse ante la mediocre buena sociedad sevillana, también incluía —eso sí, completamente gratis— el hijo que ella había concebido de un padre anónimo. El niño se llamaba Richard y, tras las nupcias, fue inscrito en el registro civil con el nombre de Ricardo Villasandino.

Por aquel entonces, con sólo diecisiete años, Ricardo Villasandino ya tenía justa fama de pendenciero, aunque para su hermana no dejase de ser un buen chico con el que mantenía una notoria complicidad. La chiquilla a menudo encubría las cada vez más frecuentes gamberradas de su hermano, y él solía encajar sin lamentos no pocos bofetones destinados a ella. Amparados así, el uno en el otro, la niña siguió encontrándose con el hijo del jornalero, segura de que su hermano los avisaría si alguien estaba a punto de sorprenderlos. Y aquel día, como tantos otros antes, los dos amigos se habían sentado bajo la copa de la vieja encina mientras los grillos anunciaban la inminente llegada del crepúsculo.

—¿De veras que p... podrías? —había preguntado Eva, que tartamudeaba ligeramente.

—Si tú quieres, sí.

—¿Tengo que quererlo?

—No hay otro modo.

—Pues sí, lo quiero —lo miró fijamente a los ojos y dejó en la palma del niño nada menos que uno de los relojes de cadena de su padre.

—¿Estás segura? —impresionado, no perdía de vista el reloj.

—Sí.

—¿No tienes miedo?

—Intento que no.

El chiquillo admiraba su valor. Admiraba todo lo suyo, aquellas virtudes que hacían hermosa a la niña; pero su valor lo deslumbraba.

Aparte de su propia abuela —una mujer con fama de bruja, que tenía un montón de libros y leía como nadie en aquel mundo de analfabetos, una bendita que para ayudar a su hijo y a su nieto recolectaba plantas y raíces silvestres con las que elaboraba remedios que luego él vendía casa por casa—, su amiga era la única persona que no lo miraba como un bicho raro. Eva parecía haber nacido bajo otro cielo que la mayor parte de la gente, pero la luz de sus ojos verdes y un poco rasgados

se ensombrecía a veces con un aire de tristeza indefinida. En cuanto a su ligero tartamudeo, a él le resultaba delicioso; sin embargo, ¿no parecía estar siempre sobreponiéndose, rodeada de temores, como si hubiese hecho presa en ella la angustia crónica de los adultos y luchara por no sumirse en el desánimo?

Así fue como, cierto día, él planeó hacer algo al respecto: ayudarla con sus problemas de dicción. Decidió demostrarse a sí mismo que era tan valeroso como le había alentado su abuela a ser. Y durante mucho tiempo esperó una oportunidad que llegó por sorpresa aquella tarde de abril, cuando Eva le trajo el reloj de bolsillo de su padre; Eva, que conocía su don porque él mismo se lo había confesado.

—¿Seguro, Eva?

—Que sí.

El niño cogió respetuosamente por su leontina el reloj dorado del padre de Eva, lo balanceó a dos palmos de su cara, luego le ordenó que cerrase los ojos y acabó por decirle:

—Caerás en trance sólo escuchándome —eso dijo—. Tienes que estar relajada. Confía en mí. Te dormirás cuando yo te lo diga. Después contaré hasta cinco. Estaré justo aquí. No me apartaré de tu lado.

—¿Puedes oírme?

—Sí.

Le pasó una mano por delante varias veces y, guardándose el reloj de cadena, empezó a interrogarla.

Al final, le supuso un esfuerzo sobrehumano imponerse con la voz antes de chasquear los dedos para despertar a su amiga del trance. A Eva le pareció que el tiempo no había transcurrido, y a él que se alargaba infinitamente. Y cuando la niña le preguntó si la había hipnotizado, él, temblando de pies a cabeza, mintió y dijo que no siempre funcionaba.

No hubo ocasión de repetir la hipnosis, aunque tampoco él lo habría consentido. Al cabo de una semana, el padre de Eva apareció muerto en el salón donde atesoraba su panoplia de escopetas, con el vientre reventado por un disparo de postas. El cadáver del Viejo empuñaba con dedos como garfios una de sus Holland & Holland de caza.

En la prensa sevillana empezaron a correr ríos de tinta. Algunos periódicos conservadores expresaron sus inquietudes sobre un resurgimiento de la Mano Negra. Sacaron a la luz autores imaginarios que forzosamente procedían de las sociedades anarquistas que proliferaban entre los jornaleros andaluces; sin embargo, a pesar del apellido y patrimonio de la víctima, trascendió que Alfonso Villasandino estaba lleno de deudas. De modo que para sofocar en lo posible los rumores, la Guardia Civil echó tierra sobre el asunto concluyendo que se trataba de un accidente.

Unos meses después, la madre de Eva regresó, junto con sus dos hijos, a los Estados Unidos. Se dijo que tal vez a Georgia o Luisiana, y algunos añadieron que la pequeña, a consecuencia del *shock*, estaba aquejada de amnesia y que la familia se

hallaba en la ruina.

Eva nunca tuvo ocasión de despedirse del hijo del jornalero. Tampoco él de confirmar si verdaderamente ella padecía amnesia, y mucho menos de devolverle el reloj de bolsillo que había pertenecido al padre de su amada amiga.

PRIMERA PARTE

*Chicago, 1928.
Veintiocho años después.*

1. UNA ÚLTIMA PELÍCULA

1

—¡¡Corten!! —exclamó Martin Zimmermann, que resoplaba como un potro mientras un tranvía de la línea 66 cruzaba por Chicago Avenue tocando la campanilla—. ¡¡Corten!! ¡¡Corten!!

Se quitó la visera, se peinó con los dedos las hebras canas y volvió a calársela. Trabajosamente, alzó de la silla una renqueante humanidad que sobrepasaba con mucho las doscientas libras y se aproximó a la pareja protagonista.

Detrás de las vallas de protección, se apiñaba una multitud. Hacía años que los grandes estudios cinematográficos de Chicago, tras cerrar sus puertas para siempre, se habían largado a la costa oeste en busca de más horas diurnas, rehuendo el férreo control que Edison ejercía sobre sus patentes. Pero cualquier rodaje —y sólo unos meses antes también se había rodado en aquellas mismas calles *Chicago After Midnight*— hacía concebir entre los ciudadanos la infundada esperanza de que cualquier día volverían a abrirse las puertas de los estudios.

Jack McFinney, galán de unos treinta años, estrella emergente del celuloide, vestía como un labriego en día festivo y llevaba el pelo pegado a las sienes con raya al medio. Liberó de su abrazo a la mujer y midió con expresión consternada el disgusto del director, que le dijo:

—Te robo a tu amante, Jack. Ve a fumarte un cigarrillo.

—Gracias, señor Zimmermann —repuso Jack McFinney alejándose de la fachada de la catedral con alivio.

—¡Quince minutos de descanso! —bramó Martin Zimmermann, y, como si la orden hubiera resonado, no en plena State Street, sino en el mercado de Maxwell Street, los murmullos del público sucedieron a las voces del equipo de rodaje—. Encanto, ¿qué te ocurre? ¿Quieres dejar de ser natural y parecerlo? ¿Quieres fingir como es debido?

—Eso intento, Martin.

—¡Fuego, muñeca! No seas natural; parécelo. Es tu especialidad, ¿recuerdas? —le pellizó una mejilla—. Eres la actriz del rostro fascinante. Qué modo de expresar cualquier pensamiento, cualquier emoción. Tienes el privilegio del rostro, muñeca. Puede ser hermoso y temible, pero también dulce y amargo. Tú tienes poderío escénico, Eve, no lo olvides.

—Ya. Como Sarah Bernhardt, me dirás ahora.

—Efectivamente, como Sarah Bernhardt, la Divina.

—Oh, Martin. Eso fue en el teatro. Los tiempos c... cambian, y esto es cine.

Además, el mudo está muerto.

—¡Bobadas! ¡Bobadas! —exclamó el director haciendo caso omiso de su ligero tartamudeo. Volvió a quitarse la visera de forma maquinal, se pasó la mano por la frente sudorosa, volvió a calársela y, tomando por los hombros a la estrella, dijo mirándola fijamente a los ojos, como tratando de hipnotizarla—. Eve, déjame a mí las reflexiones sobre el negocio y concéntrate. Tuyo es el papel principal. Todos lo saben y te esperan. ¡Tú eres la *vamp*, la *femme fatale*! Y vas a demostrárselo al público, ¿estamos?

—Que sí, Martin.

—Quiero que me escuches atentamente. Ese joven palurdo de Jack... Tienes su corazón en la mano. Es la primera vez que el tipo deja el pueblo y abandona a su mujercita. La primera vez que viaja en tren, a través de anchas extensiones de pradera abierta, dejando atrás filas y más filas de postes telegráficos, rumbo a la gran ciudad, que ya divisa en la lejanía, en donde grandes columnas de humo suben hasta el cielo —casi declamó el director, sirviéndose de un brazo extendido.

»Ha venido a la gran capital a divertirse con una mujer de mundo. Es la primera vez que llega a la estación de Park Row, junto al lago. La primera vez que pasea por anchas avenidas como desfiladeros, con los edificios más altos del mundo a los lados, reflejando en sus cristales el último sol de la tarde. ¿De acuerdo? Bien. El pobre mira hacia arriba guiñando los ojos, incrédulo, y sonrío; luego te mira a ti con ojos de vértigo. Le enseñarás a ver los rascacielos desde abajo, y también a verlos desde arriba. Porque los rascacielos rozan las nubes. Como él mismo. Por eso te abraza, por eso te adora.

»Es la primera vez que contempla las dársenas y los muelles de Chicago, los autobuses de dos pisos que se ladean en las curvas, los automóviles que llenan las calles, las luces reflejadas en el río a la luz del crepúsculo. Se está enamorando, Eve. Tú lo has vuelto sabio. Lo has vuelto desesperado.

—¿Has dicho una mujer de mundo? ¿Me estás llamando vieja?

—Qué susceptibilidad.

—Te advierto que es demasiado mayor para mi gusto, Martin. Me van los más jóvenes.

—Continúo —dijo el director irguiendo un dedo admonitorio—. Ya has seducido al palurdo, y ahora, por la memoria de mi santa madre, vas a enseñarle lo que es divertirse en Chicago, rodeado por más de tres millones de habitantes, una de las cinco ciudades mayores del mundo, lejos de la lecherita.

—De su esposa.

—Me da igual. Convéncele de que su vida es un montón de estiércol; enséñale a disfrutar lejos de las vacas —observó apuntándola con el mismo dedo admonitorio—, o te juro sobre la cabeza de mis hijos que renuncio al cine para siempre.

—¡Oh, Martin!

—Nada de «¡Oh, Martin!». Y, por cierto, hablando de convencer. ¿Sabes lo que

costó arrancarle al alcalde Thompson su bendición para filmar esta puñetera Catedral del Sagrado Nombre, aquí mismo, delante de este pedazo de zócalo? —dijo acercándose a la piedra blanca. La actriz lo siguió—. ¿Te lo canto en cifras, Eve?

—Big Bill Thompson.

—Sí, Big Bill Thompson —y, en un hilo de voz, como un niño que sopla un secreto a otro—. El alcalde de Al Capone. El mismo que declaró que la policía perseguiría a los ladrones, pero no a los que violaban la Ley Seca.

Martin Zimmermann se agachó a la altura del zócalo a la manera de un arqueólogo y murmuró:

—«Todas las rodillas deben... cielo y tierra». ¿Sabes qué ponía originalmente?

La actriz se agachó a su lado con una mueca de disgusto.

—Estoy esperando que me lo digas.

—«En el nombre de Jesús, todas las rodillas deben hincarse en el cielo y en la tierra». Epístola de san Pablo a los filipenses. Impresionante, ¿verdad?

—Me aburro —replicó ella bostezando.

—Al parecer, Capone tenía entre ceja y ceja eliminar a los cabecillas de la banda del Norte, Hymie Weiss y Bugs Moran. Seis pistoleros montaron guardia durante una semana desde allí —dijo señalando la segunda planta de una pensión situada al otro lado de State Street—. El 11 de octubre de 1926 un chorro de fuego cruzó la calle, acribilló a unos, hirió a otros y dejó hecho cisco este zócalo llevándose media inscripción.

—Me recuerdas a mi doncella —y suspiró mientras se levantaba—. Le fascina el hampa. Parece una agente del FBI infiltrada en el servicio doméstico. Lleva años estudiando la crónica negra del *Chicago Tribune*.

—La vida, cielo, tiene bastante de crónica negra; y la gente es curiosa. Un viejo dicho de esta ciudad reza que si quieres conservar el respeto por los ediles o el apetito por las salchichas, no presencias cómo se acicalan los primeros y cómo se elaboran las segundas —desde abajo, Martin Zimmermann clavó la mirada en Eve—. Cielo, no podemos permitirnos un fracaso de taquilla. ¿Recuerdas?

—Ajá.

Y, como si al director le viniera a la memoria algo inolvidable, se golpeó la frente con la palma abierta.

—¡Oh, vaya! ¡Discúlpame! ¡Mi querida Eve! —se puso en pie con sobrehumano esfuerzo. La abrazó mientras resollaba—. Soy un zoquete.

—Me estás estrujando.

—¿Cómo se me ha podido pasar? ¡Felicidades, muñeca! No se cumplen treinta y siete todos los días.

Ella lo miró y en sus ojos había tal desvaída mezcla de nostalgia y docilidad, tal negación de sí misma y de sus logros que se diría una vulgar actriz de reparto, no Eve Paradise. La mujer que deslumbraba con su aura, en este instante habría provocado la extrañeza de sus más rendidos admiradores.

—¿Sabes qué? —preguntó Zimmermann, que en el medio era conocido con el sobrenombre del Zorro—. Nos vamos a tomar el día libre. Voy a llamar a tu chófer —dijo buscando con la vista el Packard del estudio que Eve tenía estipulado por contrato—. Te vas al hotel, descansas y celebras el día como te plazca. ¿De acuerdo? Mañana reanudamos el rodaje.

A Martin Zimmermann que los actores de sus películas se alojasen en el mismo hotel le causaba un arrobo al que no sabía resistirse. El alojamiento común durante el rodaje, con la excepción de la noche de los sábados, era una de las cláusulas innegociables, incluso para Eve Paradise, que residía en Chicago y conservaba la primera mansión que había adquirido en los Estados Unidos cuando la Ciudad del Viento aún era la meca del cine. En teoría, el director ansiaba que sus actores principales estrechasen lazos, que se fascinaran y ahondasen en sus respectivos egos; en la práctica, lo que buscaba el Zorro era que acabasen enredados, a la greña o compartiendo lecho. Pero así trabajaba ese estudioso del vértigo y uno de los más laureados directores de cinematógrafo.

En el mundillo del cine, nadie ignoraba sus tretas. Y Eve Paradise, menos que nadie. Le repelía ese modo zorruno de proceder; no obstante, ¿cómo habría podido renunciar a la oportunidad de que Martin la dirigiera de nuevo?

Ya había renunciado a protagonizar *El viento* y, por consiguiente, a que Victor Sjöström, o Seastrom —como Hollywood había rebautizado al sueco—, la dirigiese. Al parecer, la película ya estaba a punto de estrenarse. Eve se había visto obligada a digerir la humillación de ver cómo la insoportable de Lillian Gish, con sus expresiones de histriónico espanto y aquellos ojos que se le salían de las órbitas, aceptaba el papel protagonista. Y lo peor, su representante acababa de decirle que habían cambiado el final de la película, razón por la que se había pospuesto el estreno hasta finales de noviembre. ¡El final! Cuando resulta que ella había renunciado a *El viento* sólo por el final. Por eso no podía permitirse frivolidades con las ofertas de Martin Zimmermann.

—¿Por qué rechazaste *El viento*, Eve? —insistía en preguntarle su agente, Simon Larabee—. ¿No te das cuenta de que el Chico de Oro tiene una jodida memoria?

A la gente del cine le gustaba llamar por su apodo a Irving Thalberg, el omnipotente productor de la Metro-Goldwyn-Mayer. *El Chico de Oro* no solamente hacía justicia a su juventud, un atributo que Eve Paradise admiraba sin reservas, sino que le confería rasgos casi humanos.

—El final era horrible. Propio del puritano de Seastrom. Si me hubieran dicho que iban a cambiarlo...

—¿Y me lo confiesas ahora, Eve? ¿Por qué no explicaste tus razones entonces, en vez de negarte de plano?

No le gustaba hablar mucho, explicar demasiado. Que ella recordase, nunca le había gustado. Y era una estrella. Odiaba el cine sonoro. Cuánta palabrería.

Sin embargo, Eve amaba su profesión y también su estatus. No tanto por

satisfacer una vanidad frívola como porque el público la adorase. Necesitaba ser querida, pero aspiraba a que la amaran desde una remota distancia, en su cielo, como se admira una aurora boreal o una estrella, sin pretensiones de ensuciarla con húmedos besos y abrazos cálidos. Esa regla admitía sólo una excepción: los chicos jóvenes. Y no todos, desde luego.

Le gustaba suscitar deseos babilónicos, y la aspiración de hacer un gran personaje de sí misma representaba, por derecho propio, un desafío; sin embargo, como las estrellas que rigen los destinos legendarios, su cegadora luz emanaba del pasado mucho más que del presente.

No era dócil, odiaba el sentido común y actuaba con más atrevimiento que la mayor parte de las mujeres; en algunas facetas, se sentía casi tan libre como un hombre, una libertad que le reportaba su condición de estrella. Entonces, ¿cómo no desear seguir siendo una diva del cine? ¿Cómo prescindir del éxito en lo sucesivo? Además, para Eve la interpretación no escondía secretos. Incluso alimentaba la idea de no haber hecho más que fingir a lo largo de toda una vida y, a diferencia de lo que rezongaban las voces farisaicas y las mentes amargadas, el éxito era el mejor bálsamo para todas las adversidades.

De camino a su hotel en Michigan Boulevard, en pleno corazón del Loop, se dijo que si amaba tanto el cine como a los chicos jóvenes venía a ser, bien mirado, por lo mismo: el cine era, por ahora, un arte inocente, no hacía daño y ofrecía toda clase de promesas. Con respecto a Zimmermann, aunque hacía de ella su actriz fetiche y se empeñaba en recordárselo, el viejo zorro no se salía del guion. En caso de que esta vez la taquilla no respondiese, el mago del cine mudo sería el primero en saltar del buque y dejarla expuesta a las tempestades. Eve no se engañaba: el séptimo arte estaba dejando de ser joven, se volvía maduro, astuto y retorcido. El tiempo del cine mudo tocaba a su fin, y con él, su propia carrera, por desgracia.

2

Ordenó al chófer que detuviese el automóvil antes de llegar a la mole de granito rosa del hotel Blackstone. Se deslizó bajo los arcos de la entrada y se coló en el vestíbulo desafiando la curiosidad de una pequeña multitud que aún no había aprendido a reconocerla con gafas negras en otoño. Y ello, pese a que las gafas de sol se habían generalizado entre las estrellas del mudo. Una vez en la *suite*, ordenó a su fiel Mildred que le preparase un baño caliente con sales.

—¡Las once de la mañana! Buena horita —dijo Mildred mirando el reloj de pared con gesto de reprobación.

—¡Cierra el pico y prepárame el baño!

Mildred era natural de Chicago, casi le duplicaba la edad y, después de pasar por muchas casas y muchos amos, estaba al servicio de la estrella desde antes de que fuese una personalidad aclamada. Un buen día, Mildred se tropezó con un anuncio donde «una reputada señorita» solicitaba una doncella limpia y discreta, para labores propias de ese trabajo. Cómo iba a adivinar ella que la futura y célebre actriz Eve Paradise estaba a punto de contratarla. Desde entonces, Mildred, se había vuelto irremplazable, y su cuerpo globular, dondequiera que estuviese ocupaba su espacio en la vida de Eve Paradise con más derecho que ningún otro.

—¡Pues sí que trabajamos duro, sí! —volvió a la carga Mildred, que llevaba consigo un termómetro mientras se encaminaba hacia el baño.

La *suite* constaba de baño, vestíbulo, sala de estar y un soberbio dormitorio cuya cama tenía incorporado un dosel de tela damasquinada. Los suelos estaban revestidos de moqueta verde, y las paredes, tapizadas de granate y rosa, parecían dar testimonio de históricas intimidades. La doncella dormía en una habitación contigua con lavabo propio. En total, un gasto en hospedaje de doce dólares al día que pagaba sin rechistar la productora.

—¡A treinta y nueve grados! ¡Ni uno menos o te despido! —dijo Eve.

—¡Tiene usted sangre de reptil! ¡Se congelará en el infierno! —la doncella ahogó con su vozarrón el estrépito del chorro del grifo—. ¡Y es malo para el cutis!

—¡¡Mildred, te juegas el empleo!! —se puso con los brazos en jarras, mirándose de perfil en los espejos del vestidor.

Eve tenía cuatro años más que el cine. Había nacido en el noventa y uno, y los cambios se sucedían para el cine y para ella.

Justo por debajo de los hombros, los músculos de los brazos eran firmes y la piel aún resistía; sin embargo, sólo ella era consciente de los cambios que se habían ido sucediendo desde entonces, cuando la vida era *terra incognita*, su juventud un misterio fastuoso y la aspirante a estrella aún no había cosechado ningún éxito.

Bien es verdad que nunca se había sentido joven por dentro, y que sólo su carne había sido joven, pero eso bastaba para suscitar las eternas pasiones de los hombres que le gustaban y que no solían sobrepasar los veinte años.

Porque lo que ella amaba en los hombres era su inmadurez. La hechizaba su juventud, el breve camino que va de la inocencia a la esperanza, la supremacía de un vigor que llega y, de pronto, ya no está. Había mujeres, había hombres y, por último, estaban los chicos. Y, aunque por su condición de celebridad y los consiguientes riesgos de escándalo, Eve obrase discretamente, era a los chicos, y sólo a los chicos, a los que adoraba. La candidez de la juventud, ajena a la realidad, sus virtudes románticas y un poco femeninas. Amaba a esos seres indestructibles tocados por la pasión.

La misma pasión que ponía en intentar gozar del presente, sin éxito, hasta que se convertía en polvo del pasado y el tiempo lo transformaba en un recuerdo lírico, melancólico.

Cuando probaba uno de esos hombres jóvenes y heroicos, uno de esos muchachos aún no corrompidos, solía entregarse a él por una temporada. Lo amaba a su modo extraño, excéntrico y, aunque en la cama, llegados a cierto punto, siempre fingía, lo amaba como nunca podría haberlo imaginado el chico, pues no estaba en sus cálculos que una mujer famosa se dejase deslumbrar por un chico joven. Y finalmente, cuando llegaba la ruptura —y siempre rompía ella—, jamás regresaba a sus brazos. Luego entonces, ¿quién excepto ella era testigo de los cambios que la edad infligía a su cuerpo? ¿Mildred? De no ser por los riesgos y las consecuencias trágicas que, en su caso, se derivaron de acostarse con chicos, se habría dejado seducir por un número creciente de jóvenes, pues los miraba con el mismo destello en los ojos con que un viejo amante admira a todas las jovencitas hermosas, pero se contenía. Quién, en su caso, no hubiera tenido miedo después de lo de Jimmy Bowly o lo del conde Alexei Vasíliev... Qué espantosos peligros no estaría corriendo.

Se quitó el tocado, que lucía cinco plumas de marabú, y los guantes blancos de puntillas. Hizo resbalar los tirantes y el vestido de lamé dorado se escurrió hasta los tacones. La combinación blanca de encajes hacía juego con las bragas y hacía resaltar el contorno de sus poco redondeadas caderas. Se pasó las manos desde las axilas hasta los muslos como si tratase de moldearse.

La naturaleza del sexo, en cualquiera de sus variantes, era la voracidad. Algo que había aprendido rápido. Y la voracidad no atendía a razones ni a conveniencias, porque era desesperada. Pero ¿y el amor? ¿Se había enamorado desesperadamente alguna vez? La simple pregunta ya parecía un mal síntoma.

—No ha tenido el buen gusto de fijarse en el ramo, ¿verdad? —voceó Mildred—. ¡Qué vergüenza!

Eve fue directa a la sala de estar y echó una ojeada. Seis o siete docenas de ramos de flores, de variados tamaños, la mayor parte de ellos compuestos de rosas, se repartían por la estancia. Cada uno con sus respectivas tarjetas a la vista.

—¿Cuál? ¿Crees que soy pitonisa?

—El de las orquídeas blancas. Como todos los años, cada uno de octubre. El único que está en la butaca.

Eve tomó la tarjeta con cara afligida y leyó directamente el membrete, con el nombre y el apellido. Cerró los ojos, la rompió y echó los trocitos a un lado. ¿Por qué tendría que firmar con el apellido? ¿No bastaba con el nombre? Si se trataba de orgullo, ¿qué tipo de orgullo era ese? ¿Acaso él no estaba dirigiéndole una suerte de reproche?

—Lo trajeron dos *torpedos*.

—Deja de utilizar esa jerga barriobajera, Mildred.

El chorro de agua había cesado de repente. La doncella asomó medio cuerpo por la puerta secándose las manos en el mandil. Eve había recompuesto la expresión.

—Los sicarios de los *capos* se llaman así: *torpedos* —especificó—. ¿Qué culpa tengo yo? Y el señor Sandino no es un cualquiera. No sólo es el propietario de una

gran floristería, sino que también posee los viveros más grandes de Illinois, Villa Sandino, en Riverside. Bueno, dicen que es el florista encargado de los complementos florales en todos los entierros de los gánsteres de la ciudad. Y también se dice que todos los hampones desaparecidos abonan sus cultivos de rosas. Ya ve con quién nos la jugamos.

—¿Cómo que con quién nos la jugamos?

—La prensa dice que es un hombre apuesto de largas patillas. Esta vez podría aceptar la cita, me parece a mí. A él no se le pasa ni uno solo de sus cumpleaños.

—¡Cállate ya! —gritó dirigiéndose al baño precipitadamente—. ¡Siempre la misma monserga! ¿Y por qué ha de ser un gánster ese Villasandino? ¡Gánster! ¡Odio esa palabra!

—¡Los llaman *hampones*!

—¿Y tú que sabes?

—¡Criminales curtidos! ¡Malhechores de larga trayectoria!

—¡Ay, ay, ay! Pero si ni la policía está segura de quién es quién.

—Policía, no. *La pasma*, se dice.

—¡Eso es! ¡Pregúntenle a Mildred! ¡Mildred está al tanto! Hasta habla como ellos. Mildred lo sabe todo de ese hombre y de todos los gánsteres de Chicago.

—Muy bien. Conste que por mí puede hacer lo que le venga en gana —se oyó el chapotear de un cuerpo en el baño—. ¿Está el agua a su gusto?

—¡Mildred!

—¡Aquí sigo!

—Esos dos están esperando ahí fuera, ¿verdad?

—¿Los *torpedos*? Como todos los años.

—Pues coge las orquídeas y ve y diles de mi parte que el tal Villasandino se las puede meter donde le quepan.

—Qué pena da oírle estas cosas vulgares. Sandino, se llama Sandino. Villa Sandino es la floristería.

—No, no les digas eso —su voz sonó como arrepentida—. Diles lo que te dé la gana.

La doncella cogió el ramo y desfiló hacia la puerta. En el espacioso corredor aguardaban los dos hombres. Ambos bien acicalados, corbatas de calidad, sombreros y abrigos oscuros de corte impecable. Claro que el parecido entre ellos terminaba en el atuendo: uno era un tipo sanguíneo con aspecto de masajista de baños turcos, que rebosaba michelines, sudaba y expelía humo por la nariz; el otro era alto como una cigüeña y con un ojo de cristal. Por más que dijera su ama, seguro que no se habrían plantado allí, con esa pasmosa frescura, si no fuesen *hampones*, rufianes, príncipes de los bajos fondos, asalariados del crimen. ¡Y en el mismísimo hotel en donde se alojaban las estrellas de una gran producción de Hollywood! Nadie que no tuviera una acreditación en regla podría colarse hasta los dormitorios, de no ser por influencias diabólicas.

Viendo a la criada, el gordo arrojó la colilla a un cenicero y le dio un codazo al otro. Se precipitaron a su encuentro.

—Aquí tienen —dijo Mildred haciéndoles entrega del ramo con displicencia—. Les parecerá bonito.

—¿Cómo dice, señora? —dijo el gordo, descubriéndose mientras recogía el ramo de orquídeas.

—Se-ño-ri-ta —dijo Mildred, que entrecerró la puerta a su espalda—. ¿Creen que pueden entrar así en los aposentos de una estrella? Pues se equivocan de medio a medio.

—Disculpe, señorita, si... —volvió a intervenir el gordo.

—¿Se imaginan que ella acepta de buenas a primeras una cita con un ciudadano de a pie?

—El señor Sandino va siempre en coche —dijo el delgado, con el sombrero puesto. Aparte de la palidez monástica, le fulguraba el ojo de cristal.

—*Ciudadano de a pie*. Es una manera de hablar —matizó la doncella.

—¡«Una manera de hablar», qué! —dijo el escuálido. El gordo lo embistió con la mirada.

—Pues que estaría bueno. La señorita Paradise no se cita con desconocidos. Y ahora van ustedes y cogen camino —chasqueó la lengua—, le llevan de vuelta el ramito de orquídeas al jefe y le dicen que se lo introduzca por donde le quepa —y, así mismo, cerró la puerta por dentro.

Transcurrió un breve intervalo. Inmovilidad y silencio.

—¿Me la cargo? —exclamó el escuálido, llamado Harry Gusick.

—¿Por qué no te quitaste el sombrero, Harry? —preguntó Sam Cormick, que antes de volver a calarse el suyo desplegó un gran pañuelo blanco para secarse el sudor.

—Y, ¿por qué tendría que quitármelo? —preguntó Harry, que parecía adelgazar a ojos vista.

—Escucha.

—Escucho.

—Delante de las damas, a ver si te cabe en la mollera... ¿Entiendes lo que te quiero decir? ¿Y si fue por eso por lo que su señora no quiso aceptar las orquídeas?

—No lo capto; pero al menos le habría dado un buen bofetón.

—El sombrero, Harry. Me refiero al sombrero. Fíjate que yo hasta me lo quito delante de mi madre. Y olvida tu pasado de ladrón y de camorrista. Ya no eres un don nadie, ni birlas carteras. Has promocionado. ¿Entendido?

—Las mujeres son todas unas pájaras.

—Mucho ojito —dijo el gordo, apuntándole con el índice a la prótesis ocular, y tiró el ramo a una papelerera—. Mi madre no es una pájara.

—¿Qué demonios haces? —preguntó Harry sin apartar la vista de la papelerera. Bajo la pálida tez había un hombre escandalizado. El gordo echó a andar sin remilgos

hacia los ascensores.

—Vamos —dijo Sam Cormick—. No le diremos nada a Ritchie. Está enamorado. No rige bien.

Harry Gusick echó a andar tras su compañero.

—Pero, bueno, qué mosca te ha picado. Si llega a oídos del jefe que has tirado las orquídeas, nos rompe los brazos.

—No se enterará de la maldita cosa —dijo el gordo sin detenerse—. Oficialmente hemos entregado las orquídeas.

—¿Sabes qué te digo? Estoy hasta el gorro de seguir a la actriz. ¿Cuánto llevamos? ¿Dos meses? Parecemos guardaespaldas. Y, por si fuera poco, ahora tiras las orquídeas a una papelería.

—Ritchie ya tiene suficientes preocupaciones.

—Me cago en todo. Una mujer no le calienta los cascos al jefe. Él siempre lo dice: el hombre que de verdad ama el dinero, no tiene tiempo para otros amores.

—¡Y dale con eso! Eres terco como una mula —dijo el gordo, que dio la disputa por terminada bajando las escaleras, porque, incluso en horas de trabajo, a Sam Cormick le convenía hacer un poco de ejercicio—. Venga, necesito una copa.

—Nunca bebo en horas de trabajo.

—Me importa un pimiento. Llevo años escuchándote la misma mierda de frase.

3

Eve se hundió suavemente en la espuma hasta la barbilla. Oyó cómo Mildred se acercaba y, a la manera de un santo y seña, exclamaba sin hacerse visible, pero con su correspondiente dosis de sarcasmo:

—¡Ya puede usted quedarse tranquila!

—¡Cierra esa puerta de una vez!

Qué sabía Mildred de los hombres, de las claves para seducirlos, qué sabía de las cuitas amorosas y de los dulces olimpos de la carne. Ni siquiera había llegado al turbador conocimiento de que los hombres hechos y derechos eran, o bien infieles o bien tarados que buscaban desesperadamente una madre adoptiva. Su propia doncella, cuando se prestaba la ocasión, no tenía empacho en referir el episodio de su único amante y pretendiente, un joven enfermizo que soñaba con expirar fundido con ella y que, a las pocas semanas de formalizarse las relaciones, murió de un infarto en las mismas circunstancias del sueño. Traumático.

Por eso Mildred se inclinaba por los hombres zafios y rudos, que su imaginación representaba como fuertes y protectores. Hombres capaces de sobrevivir al hambre, a la miseria, al trabajo duro y a las proles numerosas. Tal vez mitificase a los varones

sanos y adultos, pues adoraba su tosquedad, su arrogancia, su salvaje primitivismo, aquellos atributos que surgían de la noche de los tiempos y que ella confundía con salud. Y, como no podía sustraerse a tales impulsos, lo que aún ignoraba sobre los hombres lo compensaba con el escalofrío de sus deseos.

No, definitivamente, nunca hubieran discutido por un hombre. En el fondo, para hacerse entender por su doncella, Eve Paradise habría debido remontarse a sus primeras relaciones con chicos jóvenes, esos seres trágicos, marcados por el agotador destino de la madurez. Relaciones que se fraguaron cuando empezó a ser consciente de que los años la habían revestido de una piel más cínica; pero ella nunca relataba sus aventuras galantes. Eso las hubiera enturbiado. Se consideraba no sólo una libertina, sino una mujer para quien la juventud constituía por sí sola una promesa. Una promesa de eternos besos. Pues bien, si no guardaba el menor recuerdo de su propia infancia desvanecida, si alguien o algo había sellado a cal y canto sus puertas, ¿qué interés podía tener en compartir lo más íntimo de su vida con nadie?

De haber sabido que, sólo tres meses después, sus más inolvidables relaciones con chicos jóvenes serían desmenuzadas en público, empezando por Jimmy Bowly, su joven bohemio, o que el fiscal Garrett y el abogado Spelling iban a examinarlas con lupa en audiencia pública durante semanas de proceso, ¿habría podido soportarlo?

4

La corte penal del condado de Cook se alojaba en una soberbia construcción de estilo neorrománico en Austin Street^[1], no muy lejos de la desembocadura del río Chicago. Desde el exterior, aquel edificio tenía algo de castillo medieval o fortaleza inexpugnable, con sus rocosos sillares de piedra caliza y las esquinas rematadas por cuatro torreones. Una vez en el interior, la luz que entraba por los ventanales y espejeaba en los revestimientos de mármol suavizaba esa primera sensación opresiva que tan a menudo habían experimentado los convictos.

La sala de vistas del honorable juez Mason era amplia y espaciosa, aunque en un caso tan célebre como el que se procedía a enjuiciar resultase diminuta. Detrás de la balaustrada de madera, docenas de asistentes al proceso se removían, inquietos y expectantes, en sus sillas. Entre ellos, un caballero bizco, con el bisoñé mal adherido, escrutaba el artesonado del techo. En contraste con la temperatura exterior, el ambiente resultaba sofocante.

El fiscal Garrett se movía por la sala como un caballero andante en busca de su tabla redonda. Caminaba siempre demasiado rígido, enfundado en un traje negro que le encajaba como una armadura, bien cuadrado en los hombros, con una corbata del

mismo color, camisa blanca y pañuelo de lunares en el bolsillo de la chaqueta. Era un hombre coqueto, de unos cincuenta, alto y sólido. Tenía unas pocas canas en las sienes, el cabello oscuro, ojos de halcón y un bigote ni fino ni espeso. Había impartido clases en la facultad de Derecho y su cavernosa voz, que acompañaba de una retórica florida, no impresionaba menos que su reputación profesional.

Una dama con una pamelita verde, que había tomado asiento junto al caballero bizco, lanzaba hacia el bisoné de este fugaces miradas de reproche; sobre todo, cuando el fiscal Garrett hizo un breve alto en su exposición de apertura y el bizco siguió pendiente del artesonado del techo.

—Así pues, caballeros del jurado —había dicho el fiscal Garrett inmediatamente antes de hacer la pausa—, Amós Zambrano, el hombre a quien tienen la responsabilidad de juzgar, no es, en rigor, un miembro de nuestra sociedad civilizada, sino, por lo que se desprende de las pruebas incriminatorias que obran en poder de esta fiscalía y de los testimonios que me propongo hacerles conocer, una aberración, una alimaña, un ser sin escrúpulos ni principios morales como no han conocido los tiempos modernos desde Jack el Destripador.

El juez Mason usaba una toga que le quedaba holgadísima. Había llegado a esa edad en que la vida se ve desde el otro lado de la frontera, gozaba de un plácido sobrepeso y lucía una calva perlada de sudor. Miraba por encima de sus gafas de montura metálica con los brazos cruzados sobre la mesa y, de vez en cuando, se pasaba el índice por la frente a la manera de un limpiaparabrisas. Tenía los ojos de un san bernardo y la benevolencia inconfundible de los padres de familia numerosa.

—Con respecto a la primera de las víctimas —siguió diciendo el fiscal Garrett, tras la pausa, a los miembros del jurado—, quiero que piensen, para empezar, en un muchacho inocente, casi un niño, que aún no había cumplido la mayoría de edad. Un chico cumplidor, responsable, un hijo afectuoso y sensible, amigo de sus amigos. Nacido en una familia con muy pocos medios, el muchacho era, pese a todo, un magnífico estudiante, un poeta que tenía la intención de estudiar Derecho para evitar que sus padres y sus tres hermanos pasaran estrecheces en el futuro, pero quiso la mala suerte que se enamorase de la estrella de cine Eve Paradise.

»Quiero que imaginen sus últimos instantes de vida en el Columbus Park de Chicago, de madrugada, a una hora indeterminable entre las cuatro y las seis, abriendo su corazón a las confidencias de su acompañante —se acarició el bigote y bajó la vista una fracción de segundo—. ¿Cómo podía ese chiquillo inocente sospechar que, de pronto, iba a sufrir una violencia extrema a manos de la misma persona que estaba escuchándole? ¿Cómo podía suponer que esa misma persona, amparada en las sombras de la noche, estaba a punto de asestarle ocho cuchilladas mortales y que, seguidamente, con una frialdad inhumana, iba a amputarle los genitales y a introducirselos en la boca?

Silencio sepulcral entre los miembros del jurado. Algún que otro grito se sofocó entre el público. El abogado defensor, un joven con aspecto de estudiante y que se

apellidaba Spelling, tomaba notas precipitadamente en su mesa y aguardaba turno para exponer su alegato de apertura. Mientras, el público contenía el aliento para oír la voz de quien iba a revelar el verdadero rostro de la alimaña.

—Pero ¿fue Jimmy Bowly la última víctima de Amós Zambrano? —se preguntó retóricamente el fiscal Garrett—. Ese menor de diecisiete años, respetuoso, sensible, amigo de sus amigos, ante el que se abría un futuro lleno de promesas, ese joven que apareció brutalmente asesinado, con ocho heridas mortales por arma blanca y los genitales metidos en la boca en un parque al oeste de nuestra ciudad de Chicago, ese joven, repito, ¿fue la última de sus víctimas?

Al cabo de una breve eternidad, la voz cavernosa y sin titubeos del fiscal Garrett tronó:

—En absoluto. Por desgracia, Jimmy Bowly fue tan sólo el primero de cinco.

Había llovido mucho desde ese primer crimen. Más de cuatro largos años. Y, aunque nunca se permitiría olvidarlo, Eve ya había comenzado a superar ese primer episodio de horror hasta que el juicio reavivó sus pavores.

2. JIMMY BOWLY

1

Quizá porque consideraba que la meca del cine era un caldo de cultivo como ningún otro para los romances que alimentaban el *start system*, o porque estaba harta de que su madre y ella pasaran penurias, Eve Paradise hizo demasiado de tripas corazón durante sus primeros años en la industria del cine, a menudo con hombres que le doblaban o triplicaban la edad. De hecho, su primer amante joven no se materializó hasta que su bagaje amoroso fue más que respetable. Pero, entonces, qué deslumbramiento para Eve aquella diferencia de edad.

Fue como si de golpe descubriese todo lo que había dejado atrás. Hizo suya esa melancólica máxima según la cual gozar de la primera juventud no es posible a menos que se haya perdido. Sucedió allá por 1924. Eve tenía treinta y tres años. Desde entonces sólo se entregó a chicos jóvenes.

Se decía que Hollywood había sido obra de las mujeres, los judíos y los emigrantes, que ellos habían creado el arte de contar historias con imágenes mudas, y convertido una atracción de barraca de feria en un espectáculo de masas. A partir de entonces, cualquier norteamericano podría viajar por diez centavos a lugares de ensueño en los que nunca había puesto los ojos, o vivir vidas que no alcanzaría a imaginar ni en sus más desenfundadas fantasías.

El negocio del cine triunfó a una escala que ni Edison —responsable en buena medida de que los estudios se establecieran en Hollywood, huyendo de su monopolio— había previsto, y cuya explicación hasta una criatura de pecho habría considerado juiciosa. ¿No era cierto que Estados Unidos era un país de emigrantes? ¿No era cierto que la mayoría de ellos no hablaba inglés? ¿No era cierto que los emigrantes no compraban libros ni iban al teatro? Entonces, ¿qué mejor opción de entretenimiento que el cine mudo?

Con el éxito del *show bussiness* no tardaron en llegar inversores dispuestos a arriesgar grandes cantidades de dinero. En Wall Street todos ganaban dinero casi por arte de magia, y que luego no tardarían en gastar con el fragoroso optimismo de los felices años veinte. Los salarios del negocio cinematográfico subieron como la espuma, y pronto los hombres reclamaron aquellos puestos de trabajo —ahora bien remunerados— que hasta entonces sólo querían ocupar las mujeres. Y las mujeres que con sus películas y guiones habían propiciado el nacimiento de Hollywood empezaron a quedar en el olvido.

La nueva época reclamaba nuevas damas. Era la época del *jazz*, del charleston y de las *flappers*, aquellas muchachas que había puesto de moda la trágicamente

desaparecida Olive Thomas. Modernas e independientes, las *flappers* vestían faldas cortas, tacones altos, medias de nailon y fumaban cigarrillos con los labios pintados de *rouge* y las mejillas embadurnadas.

Los jóvenes cantaban el título más conocido del compositor Frank Silver, *Yes, we have no bananas*, o las canciones de la orquesta de Guy Lombardo, que hacían las delicias de los radioyentes. Todo el mundo especulaba, ganaba y se divertía. Era la revancha de la cultura popular frente a la cultura de las élites, que hasta entonces había protagonizado la historia de los dos hemisferios. No sólo triunfaba el cine, la radio ganaba adeptos y los diarios se vendían como pan caliente. Hasta los políticos claudicaban ante la euforia, flirteando sin ningún escrúpulo con el compromiso de erradicar la miseria.

Más controvertida era la prohibición, o, como todos empezaban a descubrir, la prohibición y las consecuencias que de ella derivaban.

Hacía sólo cuatro años que había entrado en vigor la Ley Seca, y para gran parte de la población había mucho que decir en favor de los placeres que depara la clandestinidad. Incluso los músicos de *jazz*, que lograban abrirse paso gracias a los gánsteres, los verdaderos dueños de los mejores *cabarets* y locales, tenían cosas que decir en su favor.

Eve, que seguía conservando su primera residencia en el señorial barrio de River Forest, en Chicago, también había adquirido una mansión en Los Ángeles con vistas al Pacífico, en la punta septentrional de la bahía de Santa Mónica, cerca de Malibú, donde pasaba largas temporadas. Su carrera iba viento en popa en la costa oeste y su madre se pavoneaba delante de cualquier desconocido. Por lo demás, a Eve le gustaban los largos días californianos, las temperaturas suaves y la atmósfera límpida, aunque le disgustaba la gente, insustancial hasta extremos difícilmente superables.

Fue en un *speakeasy* de Los Ángeles, el Zsa Zsa, uno de esos tugurios a puerta cerrada, con el suelo cubierto de serrín y sin cartel a la vista, que vendían alcohol adulterado y a los que se accedía sólo mediante contraseña. Siempre de incógnito, cuando tocaban bandas de *jazz*, Eve no dejaba de frecuentar aquel sótano cuyas paredes ahumadas estaban cubiertas con retratos y litografías de músicos negros.

La noche en que Lilian Hardin, la dama del *jazz*, logró que el tugurio reventara de aplausos, Eve estaba allí, más que achispada, bebiendo con un tal Andy Moreno, hombre con hombre. Actor soporífero, hijo de opulentos cubanos que habían resuelto enviar al primogénito a los Estados Unidos para que triunfara en la industria del celuloide, Andy también iba de incógnito, aunque maldita la necesidad que le obligaba a tamaña cautela. Llevaba años encarnando papeles secundarios que nadie recordaba, pero su vanidad y un fondo de resentimiento con el público, al que reprochaba que ni de forma esporádica le tributara un homenaje o que lisa y llanamente se despreocupara por su existencia, rivalizaban en lo más recóndito de su pecho.

Jimmy Bowly era uno más entre los espectadores. Estaba allí, rebosante de

malditismo y de bohemia juventud, de pie, refugiado en un rincón, perseverando en ingerir pequeños sorbos de *absenta*, el licor predilecto de los simbolistas franceses.

Para un observador alerta, el chico estaba despeinado y se apoyaba en un fino bastón con una tira de cuero que enrollaba a la muñeca. Vestía con un sobretodo hasta los pies y toda su pose era, de arriba abajo, una llamada de auxilio. Al menos, para un observador alerta, no para el botarate de Andy que, según le comentó a Eve después, «la estaba devorando con los ojos». Por un feliz azar, los ojos de Eve estaban puestos en Lilian Hardin y su piano, razón por la cual el peor secundario de todos los secundarios hizo una arrogante seña con el índice para que el chiquillo se acercara a la mesa, y Eve apenas se dio por enterada. Hasta que Lilian Hardin se tomó un descanso.

Ya el muchacho la sorprendió gratamente cuando dijo, con un candor que él hacía pasar por *savoir dire*: «Les he estado observando». La carcajada de Andy Moreno no fue estentórea, pero le faltó poco, y a Eve, que apagó inmediatamente su cigarro, debió de haberla puesto sobre aviso. Debió de haberle hecho comprender que si Andy había invitado a sentarse al joven no era más que para divertirse a su costa. Y mientras, el chico había cogido carrerilla. Se lanzó a decir cuánto le gustaba ver a una pareja completamente feliz y para siempre, y que envidiaba la intimidad de las almas gemelas. Ni más ni menos.

El chico desvariaba. La voz era insegura, por momentos, y la *absenta* hacía calladamente su trabajo.

Pero era tan pálido y tan joven. Hermoso como un lirio, habría dicho Eve. Ni un solo costurón en el alma, ni una herida secreta, ni una culpa de más. ¡Ah, el encanto de la juventud! La oscuridad que se empeñaba en exhibir no era sino el fruto de sus gestos, la tarjeta de visita de quien todavía no ha paladeado el áspero regusto de las calamidades ni explorado las simas del dolor. De cabello trigueño, los ojos muy azules y confiados, como dormilones, con ligerísimos pliegues en los párpados de abajo. Una cierta y almibarada fragilidad que, sin embargo, contrastaba con sus labios carnosos, de un escarlata encendido, o con las manos de grandes dedos y cuyo ligero relieve de venas confería a su apariencia adolescente una insospechada madurez de artesano.

De súbito, Jimmy Bowly, pues así se presentó, sacó de un bolsillo una diminuta foto enmarcada en carey de Charles Baudelaire, se la mostró a ambos y, ante la más profunda estupefacción de la actriz, dijo titubeando y con un rictus de franca solemnidad:

—Este es mi padre.

Les habló de la afinidad que experimentó Baudelaire por el primer gran poeta norteamericano, Edgar Allan Poe, y recitó:

—«Hay que estar ebrio siempre. Todo reside en eso: esta es la única cuestión. Para no sentir el horrible peso del Tiempo que nos rompe las espaldas y nos hace inclinar hacia la tierra, hay que embriagarse sin descanso».

Ebrio o no, enrojeció de un poético modo. Y a ella empezaron a parecerle adorables demasiadas cosas de él. Por ejemplo, la intensidad con que evitaba mirarla a los ojos, o la intensidad con que era incapaz de fingir. Y, además, hubiese puesto la mano en el fuego por que el chico no la había reconocido.

Andy trató de mofarse del joven con salidas burdas y, de no ser porque este no se mostró confuso hasta después de un buen rato, Eve se habría interpuesto desde el principio. Sólo al final, y mediante un revelador gesto, Eve hizo callar a Andy, lo mortificó refregándole su indiferencia, no volvió a dedicarle una mirada delante de Jimmy y se entregó por entero al único hombre con un halo romántico que había tenido la oportunidad de conocer.

Empezó a preguntarse si Jimmy Bowly se habría acostado ya con alguien, y se reprimió para no hacerle una carantoña, pues nunca su instinto de protección había sido tan poderoso, ni su deseo tan obstinado ni su curiosidad tan genuina. Le regaló la flor que llevaba en el pelo y le despidió como una dama, ofreciéndole la mano.

No tenía más que diecisiete años; pero pensó en él durante días. ¿Se podía pensar durante días e incluso noches en un poeta que, por muy lírico que fuese, estaba en los márgenes de la niñez, cuando ella podía ser su madre? Sí. Definitivamente, era posible. Y se preguntó con toda la descarnada franqueza a que aspira cualquier mujer madura antes de conocer el verdadero alcance de la franqueza, qué se interponía entre ellos dos y eso que llaman *felicidad*.

A Dios gracias, una tarde, varios días después, el chico fue lo suficientemente audaz como para presentarse en su mansión de Santa Mónica. Descontando a Mildred y a la servidumbre, estaba sola. Daba la casualidad de que no había rodajes a la vista y tenía previsto regresar a Chicago. Fue la primera vez que se amaron. Naturalmente, el joven Bowly ya sabía quién era ella.

Años después, Eve aún recordaba la suplicante pureza en los ojos de Jimmy Bowly cuando, tras una charla que más valía no recordar de no ser porque el chico reconoció que era virgen, ella lo tomó de la mano y se lo llevó al dormitorio.

Las palabras eran tan innecesarias y la vida era tan breve que empezaron a desnudarse.

—Me gustas tanto —murmuró Jimmy, presa de un susurrado placer cuando ella terminó de desvestirlo—. ¡Oh, Eve! Me gustas tanto.

Su altura y toda la superficie de su piel sedosa y muy blanca inspiraban a la actriz tanto deseo como los enhiestos pezones color café y la blanda tersura de su vientre. El muchacho temblaba, perdía pie. Como adentrándose en un mar picado, se abría camino dando tumbos. Y mientras, por su parte, ella ahogó un grito de asombro cuando sostuvo en la mano la nada tierna virilidad de aquel joven en flor.

Pocas veces había tenido el gusto de admirar una majestuosidad semejante. Un hombre, James Bowly, bendecido por la Santa Providencia. Su hinchado esplendor se erguía como el símbolo de un macho vigoroso y, hosanna, en estado de gracia se elevaba sin complejos sobre el plano horizontal, la amarga frontera de los hombres

que alcanzan la edad de los éxitos mundanos. Era, en resumen, como si aquellos dones presagiasen la auténtica vocación del hijo literario de Baudelaire.

En la cama, Eve se inclinaba por la épica más que por la lírica. Era partidaria de los tamaños y de la pujanza de los jóvenes. Y, entre ellos, prefería los chicos cuyo talento natural era del gusto común de las mujeres. Nada de interminable, pues qué podía haber interminable bajo el cielo, pero le gustaban las gruesas magnitudes capaces de arruinar fidelidades, matrimonios y cualquier rastro mojigato en una dama enamoradiza. Le gustaban los hombres que, a lo largo y ancho de la historia de las civilizaciones, han suspirado sólo por el aquí y ahora. Le gustaba desnudarlos y tomarlos, sentirse elegida, deseada, la ungida, la hembra entre todas las hembras. Acariciarlos; por un instante, tomar distancia. ¿Y no era de una ternura arrobadora ver cómo esos nobles brutos, después de tanta guerra, tanto enredo, tanta disputa inútil, se apaciguaban, por fin, irradiando beatitud?

Ese día lo hicieron en el dormitorio y se dio la satisfacción de montarlo como si el chico fuera un caballo mecedor. Una experiencia, por otro lado, lo suficientemente vibrante como para no volver a entregarse jamás a un tipo maduro.

Jimmy Bowly pertenecía a una familia sin apenas recursos que no velaba ni se preocupaba por él. Era un estudiante talentoso y tenía cuatro hermanos más. La poesía estaba ausente de aquel mundo. Pensaba estudiar Derecho. Hacerse abogado. «Quiero defender a los de mi clase»; eso decía, con una sonrisa avergonzada. Para Eve, que frecuentaba a los mejores abogados de Los Ángeles y a quien todos dispensaban un trato exclusivo, resultaba enternecedor. Jimmy creía plausible prosperar en el derecho sin que el derecho menoscabara sus ideales poéticos de vida. Era de una ingenuidad inconcebible.

Por cosas así —y no sólo porque acostarse con Jimmy fuese el mejor modo de vengarse del paso del tiempo, o porque sus placeres compartidos refutasen el carácter perecedero de la carne—, se sintió cada vez más complacida, más deslumbrada, y, en rigor, la gratitud por él adquirió el carácter de imborrable.

Él era suave y dulce. Como amante, nada del otro mundo, pero su fuerza emanaba de una juventud invencible que nutría la fuerza de ella. Lo percibía sobre todo cuando él le prodigaba sus atenciones con los labios, o cuando, al penetrarla con una delicadeza como ella no había experimentado jamás antes, la honraba provocándole un sentimiento de plenitud apabullante, y la eximía de la observancia de cualquier norma excepto de aquella que no debería ser posible transgredir: sentirse viva. Conforme, pasarían los años, el vigor marchito no conservaría ni el aroma de las flores mustias, pero el recuerdo del joven Jimmy Bowly, cuya piel durante unas pocas semanas había amado como se ama un prodigio de dulzura, alumbraría su ocaso hasta el día en que fuera demasiado vieja para evocar nada.

Se preguntó si él la recordaría. Se preguntó si recordaría alguna vez haberla amado. Porque ella, la diva de Hollywood, la admirada, en sus buenos y en sus malos momentos, recurriría para siempre a la ternura de aquel muchacho en lo más

profundo de su memoria.

Aprovechando las vacaciones del chico y la egoísta despreocupación de su familia, se lo llevó de regreso a Chicago con la promesa de que mantendría el corto viaje en secreto. Quizá si a Eve no se le hubiese ocurrido la idea de que le acompañase, la tragedia no los habría alcanzado.

Por su parte, a Jimmy el escenario le resultaba indiferente. Si la amaba en California, igualmente podía amarla en Illinois. Sacralizó el nombre de la actriz, no por lo que significaba para el cine, sino porque era el nombre de su amor. Y entonces ella le hizo un obsequio inesperado.

—Llámame Eva.

—¿Eva?

—En español. Yo nací en España. *Eve* es sólo mi nombre artístico.

Un lirio, una cita imprevisible, un paipái de bambú, una braga de encajes transparente, el esbozo de un retrato de Eve hecho por él mismo, cualquier nimiedad no era una nimiedad, cualquier asunto era más que un asunto, pues el chico lo revestía de una magia modesta y lo transformaba en un cautivador pretexto para ir de embriaguez en embriaguez. A su edad, la vida sin embriagarse no resultaba tolerable y tan sólo merecía vivirse como una gran pasión, ardiendo. La embriaguez era su credo, cantar a las llamas su vicio. Para Jimmy, la vida empezaba y acababa el mismo día.

También le escribía versos. La imagen que Bowly tenía de la pasión era la de un par de amantes en cueros que paseaban por el borde del mundo coronados de flores silvestres. Se le empañaban los ojos recitando a Baudelaire:

—«¡Madre de los recuerdos! ¡Reina de los amantes! Eres todo mi gozo, ¡todo mi yugo eres!».

Los poemas crepitaban. Cómo no iba Eve a acudir al calor de sus besos. ¿Hubo alguna vez un amante que desplegara más inocencia y más ternura? ¿Qué incrédula no se hubiera convertido a esa fe! ¿Qué amante no se hubiera sentido halagada, consumida por el cuento de los mil y un deseos! A cambio, ella tan sólo exigía de él una cosa: la máxima reserva. Como figura pública, como actriz célebre, si los periódicos hubiesen aireado que la diva estaba liada con un menor, el escándalo habría llegado hasta el cielo. Por ello se veían sólo de noche. El chico se alojaba en un hospedaje y no en la mansión de Eve. Dado que Jimmy era un solitario, en nada semejante a esa clase de adolescentes jactanciosos que se pirran por alardear ante sus amigos, dado que no sabía mentir y que la comunicación con su familia no se caracterizaba por la fluidez, Eve pudo tener la certeza de que su aventura no trascendería.

Sólo una vez se enfadaron. Fue cuando Eve, con una cínica ligereza de la que más tarde se arrepintió, le dijo:

—Recapacita, Jimmy. La persona que amamos no es más que un recipiente. De no ser yo, hubiera sido otra. Lo que tiene importancia es la emoción. Yo no soy

hermosa; es tu sentimiento el que me hace así.

—Me repugna eso que dices. Me importas muchísimo. Eres lo único que me importa.

Discutieron. Fue la primera vez que lo vio llorar desconsolado. Y habría sólo una segunda vez, pues el final estaba cerca.

Pasaron los días y Eve empezó a no tolerar el apego que causaban aquellos delirios. Un apego que era el origen, eso pensaba, de muchos males y que cercenaba de raíz lo más incipiente de una mujer: su tímida libertad, esa libertad que se fortalece sólo a costa de grandes sacrificios. Más aún, si era cierto que lo único que le interesaba en la vida era el amor, si el amor era su horizonte, Eve hubiese añadido que nunca se había enamorado locamente; pero buscaba. Y buscaba con la misma autonomía para amar y desear que los hombres. ¿Femenina? Claro que era femenina; ahora bien, ¿dispuesta a perder ante los hombres? ¿Dispuesta, por las buenas, a cambiar cuando era obvio lo que la mayor parte de ellos daba de sí? Eso sí que no.

Con respecto al chico, se lo imaginaba como un próspero letrado, un varón maduro con todos los prejuicios de quienes visten de traje y corbata, abrigan deseos de contraer matrimonio y que, a su debido tiempo, sucumben a la tentación de reproducirse y así sucesivamente. Se deslizaría pendiente abajo, y atrás quedaría el ímpetu y la fe de la primera juventud, su bravura, las horas irrecatables.

Nada evitaría que Jimmy alcanzase la edad adulta y, con ella, varias amantes consecutivas, y más tarde, sentimientos de culpabilidad. Se convertiría en uno de tantos esposos, sin lírica, ni épica ni valor. Viejos que una vez fueron jóvenes y hermosos. Adultos que son el reverso de la vida y hacia los que Eve sentía un desprecio a manos llenas. Uno de esos tipos que abjuran de sus vidas y reniegan de la poesía de los sueños. Se convertiría en un hombre más entre hombres que, finalmente, habría aprendido a mentir.

Era una imagen desoladora. ¿Merecía la pena intensificar el anhelo, prolongar la agonía, ser testigo de cómo se irían secando las fuentes de su encanto, asistir a la irremediable decepción con un sabor a ceniza en el alma?

Así es que le leyó la lista de agravios. Le dijo cosas trilladas y falsas, como que estaba aburrída de él o que ya no sufría sus arrebatos infantiles o su caótico sentido de la realidad. ¡Cómo le costó echarle en cara lo que más le gustaba de Jimmy! Si al menos hubiera habido escenas, si al menos él se hubiera resistido, rebelado contra aquella sarta de mentiras; pero no, la infelicidad se posó en el último motel que visitaron como un tenue velo negro, y el bohemio se quedó a oscuras, amargamente cabizbajo, dolorido, sollozando.

Y, necesariamente, Eve jamás volvió a verlo llorar.

El jurado estaba compuesto por doce hombres, todos entre los treinta y los sesenta y cinco años. Permanecían en sus asientos, sobre una tarima ubicada junto a la pared que estaba a la diestra de su señoría.

El letrado de la defensa, señor Spelling, un joven espigado, con el pelo cortado a cepillo, que había sido alumno del fiscal Garrett, pero a quien este no recordaba ni siquiera de vista, se levantó de la mesa, se colocó frente al jurado y se dispuso a tomar la palabra.

Algunas personas entre el público cuchichearon. La mujer de la pámela verde aprovechó para sacar un espejito y retocarse los labios. Junto a ella, el caballero bizco concentró su mirada en el joven letrado.

—Con la venia, señoría —dijo el joven, con voz infinitamente menos grave que la del fiscal—. Miembros del jurado, que nos encontremos hoy aquí se debe a que la desgracia se ha cebado con cinco jóvenes, inocentes todos ellos: James Bowly, Rick Patterson, Abdul Farah, Alexei Vasíliev y Mike W. Murdoch. Sus familias y amigos no podrán olvidarlos durante el resto de su vida. Y nuestra sociedad llora merecidamente su pérdida.

»Cinco jóvenes que, en el intervalo de los últimos cuatro años, fueron miserablemente asesinados. Los cinco en el estado de Illinois.

»Ya es bastante trágico que cinco inocentes sucumban a manos de la maldad en actos violentos; pero, que la inocencia, encarnada en el hombre a quien represento, alguien sin antecedentes penales y que está bajo tratamiento psiquiátrico, sea acusada de cometer esos cinco aberrantes crímenes, es uno de tantos infortunios que podría habernos tocado a cualquiera. Les ruego que se pregunten lo siguiente: ¿cómo se sentirían si hubieran perdido la salud mental, pero fueran conscientes de que todo el mundo los odia, los toma por quienes no son, les imputa cinco horribles crímenes que no cometieron y les desea una condena a la silla eléctrica? Si se formulan esa pregunta cada día, hora tras hora, en una celda de tres yardas por tres, no harán sino ponerse en la piel de mi cliente, Amós Zambrano.

»En su brillante exposición, mi estimado colega, este coloso del derecho, sólo ha subrayado la versión que le interesa; es decir, que todas las pruebas apuntan a su culpabilidad. Pero esto no debería convencerles de que sea culpable, como tampoco los testimonios incompletos de sus testigos. Revelaré que sus testigos no son tan firmes como pensaba el Ministerio Fiscal, que sus pruebas son susceptibles de una interpretación compatible con la inocencia de mi cliente, y que alguien, un tercero interesado, dejó adrede pistas y cartas anónimas para inculparlo.

»Lo que yo deseo, señores del jurado, es descubrir, en la medida de lo posible, todos, y no una parte sólo de los hechos. El fiscal ha omitido decirles que la mayoría de las pruebas de este caso son el fruto de un procedimiento de investigación, impulsado y estimulado por los detectives de la policía, y además, por una mente en la sombra, sagaz y manipuladora. En otras palabras, son pruebas inconsistentes, o que

alguien distinto del imputado habría dejado aposta.

La señora de la pamelita verde no estaba menos admirada que boquiabierta.

—Permítanme añadir, por último, que si el Estado hace su trabajo en la persona del Ministerio Fiscal, es mi deber recordarles que el Estado debe probar los graves cargos de los que se acusa a mi cliente fuera de toda duda razonable. Por desgracia, ya es tarde para salvar la vida de cinco inocentes; pero, por suerte, están ustedes a tiempo de evitar que ocurra otra tragedia y se condene a quien no es culpable de los cargos que se le imputan.

3. MADRE E HIJA

1

El taxi aparcó a la puerta de una de las más lujosas mansiones de River Forest. Parecía un pequeño palacete renacentista italiano, construido con ladrillo naranja y paramento de terracota, una fachada que revestían enredaderas y un porche frontal con columnas dóricas a dos alturas. Barrio elegante, por excelencia, salpicado de arces y fresnos que en otoño festoneaban los jardines con tonos ocres y amarillos, el River Forest se emplazaba a las afueras de Chicago, al oeste del condado de Cook.

El taxista abrió la puerta trasera, ayudó a apearse a Eve y se esfumó de aquel paraíso de ricachos como un intruso a quien expulsa un ángel con espada flamígera.

Nada más trasponer la cancela y avanzar por el sendero de acceso, Eve adivinó que su madre estaba en casa. Aunque resultara asombroso que a las tres y veinticinco de la tarde Evelyn Paradise no se hallase en el casino, el salón iluminado de la planta baja y las gallináceas risotadas de Mummy Fitzsimmons no dejaban lugar a la incertidumbre.

Subió la escalinata del porche y abrió con su llave, lo que, según presentía, tuvo consecuencias. Smithy, el yorkshire terrier de Mummy Fitzsimmons, voló hacia ella envuelto en ladridos. Recubierto de pelo, tan territorial era aquel ser intrépido que todo el coraje lo ponía al servicio de sus voces.

Eve zigzagueó para neutralizar infructuosamente las acometidas del pequeño sádico. Apareció en el umbral remolcando una irregular bola de pelo y, en el último instante, cuando el asunto tenía todos los visos de dirimirse por la violencia, intervino Mummy Fitzsimmons, que estaba sentada junto a su marido Orson.

Se irguió del sillón de orejas, sin ganar en estatura, y, circunspecta como un banquero, salió a encontrarse con Eve. Tomó en los brazos a Smithy, que no había dejado de ladrar ni un segundo, y exoneró a Eve de tentaciones siniestras.

—¡Smithy malo! —dijo Mummy Fitzsimmons en el mismo tono en que hubiera podido decirle: «Has mordido poco», y, estrechándolo contra su pecho, volvió sobre sus pasos—. ¡Malo! ¡Smithy muy malo!

—Cariño, ¡qué sorpresa! —dijo Evelyn, que se abalanzó sobre su hija—. ¡Feliz cumpleaños!

Eve, harta de que su madre se prodigase en gestos zalameros cuando, donde y como le apetecía, a condición de que hubiese público, la placó justo a tiempo y ni se rozaron los labios.

Los Fitzsimmons, puestos en pie y, respetando el criterio de caballerosidad, pasaron a la acción.

—Feliz cumpleaños, Eve, querida —dijo Mummy, que, en vista de que Smithy se había acurrucado en sus brazos, evitó ofrecer su pilosa mejilla a la actriz—. Cuando pienso que te he visto crecer y prosperar...

—Feliz cumpleaños, señorita Paradise —dijo Orson Fitzsimmons.

—¿Y la tartaza de chocolate que te ha traído Mummy? —preguntó Evelyn—. ¿A que es todo un prototipo? Da las gracias, hija mía.

Eve apenas si podía disimular su estupor. ¿Faltaba alguien en Chicago por enterarse del acontecimiento? ¿Por qué trataba todo el mundo de evitar que le pasara inadvertido? Las velitas acribillaban el chocolate. Había más velas en la tarta que pelos en el cuerpo de Smithy.

—Gracias a Orson, que está fuerte como un búfalo —dijo Mummy apuntando al coronel retirado—. Yo no habría podido con ese peso.

La llamada por todos Mummy, quizá porque, según rumores, sólo se había permitido verter lo mejor de sí misma con perros de tamaño diminuto, era una vieja juvenil; o sea, que aparentaba cualquier edad entre los sesenta y los ochenta. Olía siempre a polvos de arroz, llevaba el pelo entre cardado, erizado y lanudo, y lo más benigno que tenía era su apariencia. Como toda cotilla temible, sus corazonadas terminaban propagándose a los cuatro vientos.

—Me he tomado la libertad de hacerle su carta astral, señorita Paradise —intervino Orson Fitzsimmons.

—Después, Orson, después —le reprendió Mummy. Smithy gruñó en tono amenazante.

El marido de Mummy era coronel jubilado del ejército y un poco duro de oído. Había servido en el Octavo de Caballería y combatido durante la rebelión india de Crazy Snake. Le sacaba cabeza y media a su esposa, pero era un guerrero anulado por las treguas que salpican la vida. Tenía el pelo acerado y las guías del bigote rizadas con tenacillas. Le gustaba escudriñar los astros celestes y era hombre de una sola cosa, más que por principio, por espacio para concebir la pluralidad. Mummy, empeñada en que formasen equipo, lo vestía en muda sintonía con ella. ¿Era posible, se preguntaban los malpensados, concebir algo menos continental que aquellas chaquetas a cuadros y apretadas en la cintura, con el abdomen sobresaliendo, como la roda de un buque?

—Muchas gracias por todo —dijo Eve.

—No hay de qué, Eve, querida. Estaba diciéndole a tu madre... Lo he olvidado. ¿Qué estaba diciéndote, Evelyn?

—El espectáculo. El espectáculo de hipnosis —recordó con presteza Evelyn, y espantó una mosca en el aire—. Pero, por favor, sentaos de nuevo.

Lo hicieron.

—Ah, sí, qué interesante. ¿Habías oído hablar de un hipnotizador que acaba de aterrizar en Chicago, Eve, querida? —preguntó Mummy.

—Pues no. Lo siento. Cuando estoy rodando no me entero de nada.

—Tu madre. Tu madre es la que sabe. Nosotros tampoco teníamos ni idea, ¿verdad, Orson?

—¡Uf! —se lamentó el coronel jubilado—. Según *el tercer ojo*, las conjunciones planetarias no son favorables.

—Pero qué tendrán que ver las conjunciones planetarias, Orson —Smithy, en brazos siempre de Mummy, volvió a gruñir—. Cada vez está más sordo. En fin, dice tu madre que es un joven tan guapísimo que tira de espaldas. Un hombre impresionante. Y que hipnotiza. Bueno, yo no creo en esas paparruchas, pero una cosa sí creo: como sea la mitad de guapo de lo que dice tu madre, tú no escuches esto que voy a decir, Orson, yo permitiría que me hipnotizara cuanto quisiera y más.

Orson Fitzsimmons sonrió beatíficamente. Evelyn soltó una risotada y miró a su hija con el rabillo del ojo.

—Dicen que es sorprendente —se sumó Evelyn—, que no hay trampa ni cartón. Podríamos acercarnos una noche, ¿no te parece, cariño? Ya no sales nada con tu madre.

—Eve, querida. ¡Con lo que le gusta a tu madre presumir de heredera! —dejó caer Mummy con una ironía tan sutil que se hubiera dicho británica.

—¿Y dónde actúa? —preguntó la actriz, que se contenía para no tirarse de los pelos.

—Sí, ¿dónde actúa, Evelyn? —preguntó Mummy.

—¿Dónde? —preguntó el coronel de caballería—. ¿Dónde? ¿Dónde?

—En un teatro de Madison Street —repuso Evelyn.

—¡Hala! Guapo, y encima, ¡rico! Lo que costará un alquiler en Madison Street... Y, por cierto, querida, como coincidimos tan poco, aprovecho. Le estaba diciendo a Orson que últimamente te vemos en menos películas que antes, ¿o no? Y eso que, hasta donde yo sé, la industria del cinematógrafo está en auge. Así y todo, no me hagas caso, porque yo no entiendo ni papa; pero ¿cuándo fue la última vez que vimos a Eve en una película, Orson? —su marido ladeó la cabeza a derecha e izquierda con un rictus desabrido que tanto podría significar «algo huele a podrido en Dinamarca» como «no está claro que llueva a pesar de los pronósticos»—. Pobre Orson —concluyó Mummy—. Le da lo mismo ocho que ochenta.

—Eve es una estupenda actriz —dijo Evelyn, y corrigiéndose—. Una estupendísima actriz.

—Naturalmente, Evelyn, quién lo duda. ¿Tienes algo contra los suecos, Eve, querida?

—¿Qué suecos? —preguntó la actriz paralizada.

—Como dicen que rechazaste una película que dirigía un sueco...

—Por favor. Eso es un bulo —contestó Eve.

—*La tempestad*. Su título era *La tempestad*, dicen —insistió Mummy.

—*El viento*. Su título era *El viento* —repuso la actriz—. Ni caso, Mummy. Un b... bulo.

—Bueno, si tú lo dices... Claro que cada vez hay más películas sonoras —prosiguió Mummy—. ¿Y cómo afectará eso al cine, eh? ¿El futuro es de las películas sonoras?

—Una incógnita interesante —dijo Orson para desconcierto de todas—. Sería menester consultar las estrellas.

—Aparte de levantar tartas de chocolate, debe de ser lo único en lo que Orson está fuerte: las estrellas —dijo Mummy, secundada por el gruñido de Smithy—. ¿Tú qué dices, Eve?

—Es muy p... posible.

Cómo echaba de menos a Mildred. Debería haberle permitido que la acompañase en lugar de haberla dejado en el Blackstone.

—Eve saldrá adelante —dijo su madre—, pese a todo.

—¿Pese a todo? Haber empezado por ahí —dijo Mummy—. ¿Qué quieres decir con «pese a todo», Evelyn?

—Por favor, un dedito de *whisky*, hija mía —dijo Evelyn con la voz trémula de nerviosismo que aterraba a su hija y que era el preludio de una de sus salidas de tono.

Eve cogió la botella que había sobre la mesa auxiliar y escanció en el vaso vacío de su madre. Hizo el mismo ademán con el vaso de la vieja Mummy.

—No, gracias, Eve, querida —dijo Mummy tapando la boca del vaso con la mano. Repitió el gesto con el vaso de Orson Fitzsimmons, que intercambió una mirada dubitativa con su esposa—. Ni se te ocurra —le advirtió Mummy. Y Eve dejó la botella donde estaba—. ¿Qué quieres decir con «pese a todo»? —inquirió.

Evelyn cogió su boquilla, insertó un cigarrillo que encendió como la diva que le habría gustado ser y, con un pulso lamentable, bebió un trago. Era centro de todas las miradas. Su hija bajó los ojos.

—Pues que toda carrera, y más la carrera de una artista, sufre altibajos —y, con su característica voz metálica, se despachó a gusto—. Pretender lo contrario es un ejercicio de presunción.

—Un ejercicio de presunción —voceó desdeñosamente Eve una vez que se hubieron largado los Fitzsimmons—. Un ejercicio de presunción. ¡Eres una actriz frustrada de los pies a la cabeza!

Eve se había servido un *whisky* doble y caminaba de un lado a otro del saloncito indignadísima.

—Cariño, ¿te ha enviado tu hermano las consabidas orquídeas? No aflojes, o estás acabada. Los periodistas brotan como setas.

—Haré lo que me plazca. Qué familia de enfermos.

—Somos una familia normal. Figúrate si cada familia airease sus trapos sucios.

El poder de su madre consistía en una libertad incuestionada a la hora de expresarse. No hablaba como los demás seres humanos. Le temblaba la voz, pero luego se imponía diciendo cosas que la gente se guarda para sí. Era humillante para Eve.

—¡Un ejercicio de p... presunción! P... pero ¿cómo te atreves? Y delante de esos cerdos.

—Acabarás haciéndome llorar —repuso Evelyn, y encendió otro cigarrillo. Sus manos temblaban ligeramente—. ¿No sabes que estoy mala de los nervios? Qué forma de comportarse por una cosita de nada.

Y, en ocasiones, jugaba a la mujer enfermiza, a la mujer sensible de nervios quebradizos.

—Eres especialista en estropearlo todo, Evelyn. Lo odiosa que puedes llegar a ser.

—De acuerdo en que los Fitzsimmons son peculiares; pero hay que estar a bien con Dios, con el diablo y con los ricos.

Evelyn Paradise había sido bella, y poco más. Quiso ser actriz de teatro y no había pasado de corista mediocre. ¿Alguna vez había llegado a aceptarlo?, aún se preguntaba Eve.

Carirredonda, y sin la esplendorosa altura de Eve, todavía hoy, con poco más de sesenta años, podía ufanarse de la perfección de su nariz, o de los bucles de un cabello más rubio ceniza que el de ella, o de sus labios gordezuelos, que su hija no había tenido la fortuna de heredar. Bajo los vestigios, no era imposible presentir que, de las dos, ella había sido la más linda. Y, sin embargo, cuando Eve se ponía una mano en cada mejilla de su alargado rostro, cuando parecía suspirar de nostalgia porque el mundo había malogrado su candidez de forma prematura y, aun así, se negaba a dar toda ilusión por perdida, entonces se transfiguraba ante los abrumados ojos del espectador. En esos momentos —como decía el Zorro— era posible leer en ella todos los secretos del alma femenina —la paciencia, el valor, la sabiduría—, y Eve era indeciblemente más enigmática, indeciblemente más deseable de lo que nunca había sido su madre.

Eve no era lo que se entiende por una mujer voluptuosa. Para algo así, le faltaba pecho y caderas; en cambio, su media y rubia melena, que a veces dejaba al descubierto sólo medio rostro y el centelleo de un ojo clarísimo y sutilmente rasgado, había creado escuela. Y cuando en la pantalla había aparecido con camisa blanca, chaqueta negra de hombre y uno de aquellos sombreritos redondeados con alas cortas que tanto le gustaban, se habría confundido con un ser andrógino colmado de ásperas virtudes. Ni Gloria Swanson, ni Theda Bara, ni Pola Negri, ni Louise Brooks, ni Asta Nielsen y, menos que ninguna otra, Lillian Gish infundían con más eficacia en el público la idea de que una mujer, cualquier mujer, es más digna de ser amada que el más amable de los hombres.

Aunque muchos admitan que la verdadera elegancia la confieren las piernas, no era sólo cuestión de piernas ni de elegancia. Sin ser una beldad académica, Eve gustaba tanto a ellas como a ellos. Para unos, resultaba gélida; para otros, ardía. Tenía un encanto inexplicable. Intimidaba. La tersa blancura de su piel era un punto y aparte en la breve historia del cine. Además, las marcadas cuencas de sus párpados realzaban la curva perfección de sus cejas. Y, en el colmo de la singularidad, sonreía

tan poco y sus gestos y maneras graves quedaban tan convincentemente espontáneos en pantalla, que cualquiera investida con su gloria se habría convertido en una criatura circunspecta.

No era un carácter dulce. Y por qué habría de serlo. Era triste entre las divas tristes, fumaba y bebía. Todo eso había dicho la prensa de ella. También se aireó que llevaba un revólver en el bolso para defenderse. Pero quién no comprendía esto último después de lo que había sufrido.

Y su voz ronca, un poco turbia, habría insuflado tanta sensualidad a las secuencias de un film sonoro de no ser porque...

—Esa zorra asquerosa —y arrojó su vaso medio lleno contra la pared.

Tres doncellas acudieron al instante, con afán de prevenir más que de satisfacer los deseos de sus amas.

—Ahora no —dijo Evelyn llevándose la mano al pecho—. Hacedme el favor de marcharos —y dirigiéndose a su hija, con voz inesperadamente estremecida—. ¿Tú crees que esta es manera de tratarme? ¿Te das cuenta de que no me encuentro bien, Eve?

¿Y Mildred? Por el amor de Dios, ¿dónde estaba Mildred?

—Deja de llamarme Eve. Ahora no estamos actuando.

—Eve es artístico. ¿Quién te lo puso? Gracias a Eve eres quien eres. Eva es español. Si por mí fuese...

—Lo estoy esperando.

—A veces me das miedo, Eve.

—¡Adelante! ¡Valor, madre! ¡Repítemelo!

—¿Que te repita el qué? ¿Que Eva te lo puso tu padre? Pues bien, no estoy diciendo más que la verdad.

—Q... qué asco.

—Vas a conseguir que enferme de gravedad.

—Lo dicho. Una familia de enfermos. No estabas tan mal cuando te dirigías a esa vieja zorra de Mummy —sentenció Eve.

—¿Quieres saber por qué? ¿Es necesario que te lo explique?

—No importa. De veras, te conozco como a una hija.

—Porque no quiero quedarme sola, Eve. No quiero quedarme sola.

—Pues es más bien irónico.

Evelyn trató de recuperar el aliento. Permanecía sentada en el sofá, con todos sus músculos contraídos.

—Si supieras el miedo que me entra al oírte —tras un intervalo, su voz derivó hacia una especie de lamento—. Aún te crees joven, cariño; pero pasará. Todo queda en un desengaño. Espera a vivir y entonces comprenderás a Evelyn. Ese es mi consuelo.

—Tiene gracia la cosa —se sirvió otro *whisky*.

—Y te lo digo para que lo sepas. Lo que me da miedo es tu frialdad.

—Continúa, madre. Te da miedo quedarte sola; te da miedo mi frialdad. Te da miedo hacerte vieja. Te da miedo no ser complaciente con Mummy Fitzsimmons. Te da miedo no derrochar más de quinientos dólares al mes en el c... casino. ¿Hay algo que no te dé miedo y por lo que no quieras culparme?

—Tuve que salir adelante como pude. Incluso con tu padre, estuve sola. Nadie me ha protegido nunca.

—Pésima suerte.

—Siempre he sabido que eres un monstruo sin sentimientos, cariño.

—He sido una alumna aplicada, madre.

—Es para no creerlo —dijo negando con la cabeza. Luego inhaló una bocanada de humo y lo expulsó hacia abajo.

La actriz se dirigió a la mesa auxiliar y posó el vaso con un sonoro estallido.

—Siempre te mantuviste al margen, ausente de todo. Me gustaría saber cuándo te has preocupado de otra persona que no fueras tú.

—¿Qué clase de prueba es esta? —preguntó Evelyn cubriéndose la frente con una mano—. Dios mío, ¿qué desquiciada me has dado por hija?

—Tú no me quieres. Afrontémoslo, madre. Nunca me supiste querer. Serías capaz de permitir que me desangrara antes de sacrificar tus caprichos.

—¡Ah, no!

—¡Ah, sí!

Las temblorosas manos de su madre parecían tener vida propia. Tragó saliva antes de decir, esforzándose en no alzar el tono de voz.

—Mi esposo se mató de un tiro. ¿No te parece suficiente tragedia? Mi esposo, aquel viejo que me llevaba más de veinte años.

—Mi padre. Da la casualidad de que se trataba de mi padre.

—¡Muy bien! Pues tu padre me tenía abandonada. No era un buen padre ni un buen esposo.

—Toda la santa vida hablando pestes de él.

—Dios me perdone; nadie se merece un final así —Evelyn cerró los ojos y bajó la cabeza—. Me quedé sola. En un país extraño, zafio e ignorante. Con un diablillo de diecisiete años y una niña pequeña. Sin un dólar. Arruinada. Tu padre dejó pufos por todas partes. Qué querías que hiciese, Eve.

—Ahora no te hagas la víctima. No pienso soportarlo.

—Improvise, por supuesto. ¿Quién no lo haría?

—La mujer menos improvisadora que conozco.

—Eres una perversa, hija mía.

—¡Ojalá revientes! —gritó Eve. Evelyn persistía en mantener los ojos cerrados.

—¿Le llamas mantenerse al margen a seguir adelante, a coger a mis dos niños y a volver a mi país para empezar de cero, con una nueva vida? ¿A darle a mi única hija la oportunidad a la que yo renuncié?

—¡Mentira! ¡No mientas! ¡Tú nunca, nunca renunciaste a nada!

—Lo mal que lo pasamos.

—Haberte puesto a trabajar como cualquiera. Si no hubiera sido por Richard...

Evelyn persistió en no abrir los ojos.

—¿Lo habrías hecho mejor tú? ¿Tú, que no sabes lo que es tener hijos, que rechazas ser madre, que desconoces tanto de la vida, que ni siquiera tienes...?

Eve se acercó a ella en dos pasos, le cogió una mano con la suya, se la apretó con rabia inaudita, los ojos llorosos, y gritó exasperada:

—¡Dilo, madre! ¡Dilo! ¿Tú, que ni siquiera tienes...? ¡Dilo de una santa vez! ¡Desahógate ahora! ¡Quédate tranquila! ¿Tú, que ni siquiera tienes...? —pero Evelyn parecía sumida en un piélago de emociones—. ¿... Memoria? ¿Es eso lo que querías decir? Dilo: ¿Memoria? ¿Memoria?

Finalmente, Evelyn abrió los ojos y la contempló como si no fueran madre e hija, provista su mirada de un destello en el que acechaba un impulso mitad triunfante, mitad resentido, a la vez que decía:

—Sí, sí. ¡Tú, que ni siquiera tienes memoria!

Y la actriz, con una sonrisa de desdén y desconsuelo, le dio la espalda y salió de un portazo.

2

En la primera fila de la sala, algunos asistentes al proceso apoyaban los brazos en la barandilla.

Delante del estrado del juez Mason había dos escritorios con sendos funcionarios de edades más que respetables. Uno de ellos tenía gafas y la cabeza metida en los folios. Era el llamado *relator*, y llevaba un registro textual de todo lo dicho en la causa. El otro acababa de levantarse y, antes de que el primer testigo tomara asiento en su estrado, se detuvo frente a él y le dijo:

—Levante la mano derecha, por favor. ¿Jura solemnemente que el testimonio que prestará ante este tribunal es la verdad, sólo la verdad y nada más que la verdad? —el testigo se llevó la mano a la oreja y el funcionario reiteró la pregunta casi a voz en grito—. ¿Jura decir la verdad, sólo la verdad y nada más que la verdad?

—Sí, lo juro.

—Tome asiento, por favor.

La tarima del testigo estaba a la izquierda del juez Mason, un peldaño por debajo de la suya.

—El fiscal puede proceder —ordenó el juez Mason, que apoyó una de sus mejillas en la palma de la mano.

—¿Nombre y apellido? —preguntó el fiscal Garrett.

—Fitzsimmons. Orson Fitzsimmons.

—¿Edad?

—Setenta y ocho.

—¿Profesión?

—Coronel de caballería. Retirado.

—Señor Fitzsimmons, ¿dónde estaba el 9 de octubre de 1928, entre las diez y la doce la noche, tres días después de que el señor Mike W. Murdoch desapareciera?

—En mi casa de River Forest. Con mi esposa, Mummy.

—Señor Fitzsimmons, su casa de River Forest, ¿está próxima a la mansión de la señorita Eve Paradise?

—Bueno, eso creo. Siete o u ocho arces se interponen entre su jardín y nuestro césped. Teniendo en cuenta eso, yo diría que unas sesenta o setenta yardas nos separan de su mansión.

—Durante ese intervalo de tiempo, entre las diez y las doce de la noche, ¿salió usted a la terraza de su mansión?

—Pues, verá. Cenamos un poco tarde ese día. Mummy y yo solemos cenar a las siete y media, Dios mediante. Ese día cenamos sobre las nueve. Luego, en efecto, salimos a la terraza. La noche era tranquila. A Mummy y a mí nos gusta contemplar las estrellas, cuando las condiciones son favorables.

—Entonces, ¿era una noche clara?

—¿Cómo?

—Que si era una noche clara.

—Sí, señor. Sí que lo era.

—Y, desde su terraza, ¿le llamó la atención algo, señor Fitzsimmons?

—Pues mire, íbamos a entrar porque empezaba a hacer un poco de fresco cuando, ¡zas!, de repente, vi que alguien trepaba por las enredaderas de la señorita Paradise. En aquella oscuridad, era una sombra. Se lo dije a Mummy. Le dije: «Mummy, hay una sombra trepando por las enredaderas de la vecina». Bien, pues esa sombra con silueta de hombre se coló hasta la terraza.

—¿A qué hora ocurrió eso?

—No consulté mi reloj. Calculo que entre las once y media y las doce aproximadamente.

—¿Y cómo iba vestido ese hombre?

—Llevaba una capa negra y sombrero de copa.

—Prosiga.

—Al llegar a la terraza, trató de abrir las ventanas, pero no pudo. Lo intentó durante un rato y se dio por vencido.

—Entonces, ¿no llegó a entrar en la casa?

—No, esa noche no llegó a entrar en la casa.

El fiscal Garrett señaló con un dedo al hombre que estaba sentado junto al abogado defensor, inmediatamente antes de la baranda que separaba a los actores del

público.

—¿Podría decirme, señor Fitzsimmons, si reconoce al acusado en ese hombre que vio la noche del 9 de octubre trepando por las enredaderas?

El coronel de caballería titubeó.

—¿Señor Fitzsimmons? —le apremió el fiscal.

El testigo se mantuvo callado.

Hubo un murmullo en la sala.

—Le recuerdo, señor Fitzsimmons —intervino el juez Mason—, que está bajo juramento.

Orson Fitzsimmons, como aturdido, miró al juez. El fiscal hizo una última y desesperada tentativa.

—¿Señor... Fitzsimmons?

—Sí, estoy seguro. Es el mismo hombre —afirmó el coronel.

—Sin duda, una capa negra y un sombrero de copa, a medianoche y en esas circunstancias, constituyen un atuendo muy peculiar —siguió adelante Garrett—. Sin embargo, ¿cómo puede estar seguro si, aparte de la oscuridad, y según ha confesado, su casa y la mansión de la señorita Paradise están a más de sesenta yardas y varios árboles se interponen entre las dos casas?

—Porque utilicé mi *tercer ojo*. Lo vi varias noches seguidas. Y algunas de ellas le vi la cara.

—¿Su tercer ojo?

—Mis binoculares Bausch & Lomb, con los que escudriño el firmamento.

—Comprendo. Señor Fitzsimmons, ¿ha dicho que volvió a ver a ese hombre alguna noche más?

—Volvimos a verlo durante las seis noches siguientes.

—¿Volvimos?

—Quiero decir, Mummy y yo.

—Bien, bien. ¿Y consiguió ese hombre entrar en la casa?

—Sí. Durante las seis noches siguientes logró entrar en la casa de la señorita Paradise.

—Señor Fitzsimmons, ¿por qué no llamaron a la policía?

Silencio absoluto en la sala.

—Es que, realmente, no me atreví. A Mummy le pareció todo tan maravillosamente misterioso...

—Puede preguntar, señor Spelling —dijo el fiscal Garrett al abogado defensor mientras se encaminaba a su escritorio.

—Señor Fitzsimmons —empezó el joven, que se dirigió hacia la tarima del testigo con varios documentos en la mano—, en los jardines que separan su casa de la mansión de la señorita Paradise, ¿hay farolas o luces encendidas por la noche?

—Pues, no.

—Comprendo. Recojo sus propias palabras —leyó—. «Íbamos a entrar porque

empezaba a hacer un poco de fresco cuando, de repente, vi que alguien trepaba por las enredaderas de la señorita Paradise. En aquella oscuridad, era una sombra. Se lo dije a Mummy. Le dije: “Mummy, hay una sombra trepando por las enredaderas de la vecina”». Sin embargo, señor Fitzsimmons, usted acaba de decir que la noche del 9 de octubre de 1928 fue una noche clara —hizo una breve pausa—. Tengo en mis manos un calendario lunar del mes de octubre de 1928, según el cual esa noche la luna estaba en un cuarto menguante; es decir, sólo un veinticinco por ciento de la luna estaba iluminado. ¿En qué quedamos? ¿Era una noche clara o no?

—Ejem, era una noche bastante clara; pero los jardines estaban bastante oscuros.

—¿A qué distancia ha dicho que está de la suya la mansión de la señorita Paradise?

—A unas sesenta o setenta yardas.

—Y, no obstante, ¿es capaz de identificar a mi defendido, el señor Amós Zambrano, con alguien a quien vio trepando por unas enredaderas ataviado con capa y sombrero de copa en unos jardines «bastante oscuros», sin luces ni farolas y con la luna en cuarto menguante?

—Protesto, señoría —se irguió el fiscal Garrett—. Mi testigo ha sido muy explícito con respecto a lo que vio esa noche y al procedimiento que utilizó. No sé qué interés tiene mi colega en confundir los recuerdos de una persona de edad.

—De ninguna manera es mi intención confundir al testigo, señoría, sólo quiero averiguar mediante un pequeño ejemplo lo que vio o no vio el señor Fitzsimmons; y, si es posible, qué razonable grado de confianza puede suscitar un testimonio cuya credibilidad está por decidir.

—Protesta denegada —dijo el juez Mason—. Veamos qué «pequeño ejemplo» nos depara la defensa.

—Repito la pregunta. Señor Fitzsimmons: con tan poca luz como había, ¿está seguro de que identifica a mi defendido con ese hombre?

—Ya he dicho que lo vi a través de mis binoculares.

—¿Cuántos aumentos tienen sus binoculares, señor Fitzsimmons?

—Seis aumentos.

—Seis aumentos no es mucho que digamos, señor Fitzsimmons.

—Ya lo sé. Siempre se lo digo a Mummy. Que me compre un telescopio.

—Seis aumentos significa, señores del jurado, que si la distancia entre ambas mansiones era de sesenta yardas, desde su punto de observación, el señor Fitzsimmons vería como si estuviera sólo a diez yardas —se colocó junto al estrado del testigo y avanzando por el corredor que discurría entre la tarima del juez y las primeras filas contó diez pasos.

—Señoría, solicito permiso para reproducir las condiciones de visibilidad de esa noche.

Murmullos.

—Proceda, señor Spelling. Con tal de que no nos deje en tinieblas...

El joven abogado eligió cuidadosamente unas pocas y tenues luces, mandó al ujier que apagase el resto y que se cerrasen las contraventanas.

—Señor Fitzsimmons, ¿diría usted que, desde su terraza hasta las enredaderas de la señorita Paradise, estas eran aproximadamente las condiciones de visibilidad esa noche?

—Encienda alguna lucecita más, a ver.

El letrado Spelling mandó al ujier que encendiera una lamparilla en la mesa del *relator*.

—¿Señor Fitzsimmons? —preguntó la defensa.

—Bueno. *Comme si, comme ça*.

Seguidamente, el abogado levantó el brazo derecho y preguntó:

—Dígame cuántos dedos ve usted en mi mano derecha, señor Fitzsimmons.

Tras unos segundos, el testigo repuso:

—Dos dedos.

—Den la luz, por favor —dijo el abogado y, poco después, se hizo visible lo que sólo algunos ojos afortunados, entre los cuales se contaba el juez, los miembros del jurado, el fiscal y el público más próximo, habían vislumbrado: la mano derecha del joven tenía cuatro dedos extendidos—. No haré más preguntas.

4. LA FOTOGRAFÍA DE LA AHORCADA

1

Por las rendijas de la persiana se filtraban los últimos rayos de sol.

—¡Hay que joderse, O’Tooley! Por aquí, de nuevo. Siéntese, hombre, siéntese — el capitán, un tipo que era todo ramplonería, de epidermis terrosa y tan velludo que le salían los pelos por las orejas y la nariz, abrió su pitillera dorada y mostrándosela, dijo—. ¿Le apetece?

—Gracias, capitán. No fumo, si recuerda —O’Tooley sofocó un rictus de repulsión al ver las manchas amarillas de tabaco en sus dedos. Pocas veces se habrá dado la circunstancia de jefe y subalterno con menos intereses afines.

—Ya, ya.

El capitán encendió el cigarrillo. Usaba un cuello postizo, tirantes y pechera almidonada, pero con rastros de lamparones, y su despacho era un fiel reflejo de su persona. Reinaba un caos infernal. Lo único ordenado eran sus fotos con celebridades, que colgaban de las cuatro paredes. Desde políticos, como el alcalde Big Bill Thompson, hasta boxeadores como Jack Dempsey pasando por el jugador de béisbol Ty Cobb. Frente a él, del otro lado de la mesa, acababa de sentarse el sargento de detectives Liam O’Tooley. Que el capitán convocara a su despacho a un subalterno solía deberse, bien a que se preparaba una bronca, bien a que el subalterno había estado una larga temporada ausente. Aquí ambas causas concurrían.

—¿Cómo anda de salud? ¿Mejor? ¿Anda mejor?

—Listo para la lucha —añadió O’Tooley con voz átona. El capitán dio una profunda calada y dijo mientras le expelía el humo al rostro.

—Ha sido una baja larga de cojones, O’Tooley.

—Pero estoy, como se suele decir, totalmente restablecido.

—¿Seguro?

—Si no me cree, lea los informes de alta del doctor Slater.

—Conmigo puede meterse la agudeza por el culo, O’Tooley.

—Es para dudar que sea un hábito sano.

—¿Se está quedando conmigo, O’Tooley?

—Sólo una broma, capitán.

—No me importan los jodidos informes del doctor Slater. He leído los informes de ese iluminado, y por eso hablo lo que hablo y digo lo que digo.

El detective Liam O’Tooley llevaba el pelo acharolado, lucía una barbita recortada en punta, papada y un sello de oro en el meñique. Reconocido amante del cine, no encajaba ni con cola en la Brigada de Homicidios de Chicago. Se trataba de

un melindroso solterón con mitad de sangre irlandesa y un abdomen algo menos que prominente, un policía que rebasaba los cincuenta, utilizaba lociones con perfume y había visto su fulgurante trayectoria malograda a consecuencia de un error atroz.

El capitán volvió a la carga.

—Venga, venga. No sea suspicaz. La cabeza es delicada. Si se hubiera roto una clavícula, una vez reincorporado, joder, ni le preguntaría; pero la cabecita... la cabecita...

—Gracias, estoy bien. Se lo aseguro.

—¿Sabe para qué lo he mandado llamar, aparte de para saludarlo?

—Me llegan los ecos.

El capitán parpadeó a causa del humo y dijo:

—No vuelva a meter la pata, O'Tooley. Eso es todo. No vuelva a meter la pata. ¿Le llega este eco o no le llega?

—Para el eco hace falta resonancia, capitán. Y este es un despacho diminuto.

—Voy a hacer como que no le he oído, O'Tooley. Aquí dentro sólo me interesa lo siguiente, y sólo se lo diré una vez.

—¿Una vez tan sólo, capitán?

—¡Las veces que sean necesarias, O'Tooley! Repito. Una sola intuición más, una sola, y acabaré con usted. ¿Me cree?

El detective inclinó levemente la cabeza.

—Le creo.

El capitán se repantigó en la silla.

—Por su bien, ahórrese las intuiciones. Sus intuiciones, voy a recordarle, sólo nos han traído inconvenientes. Las intuiciones arruinan la más laboriosa investigación.

Liam O'Tooley, que había empalidecido poco a poco, replicó:

—Estoy de acuerdo.

—Bien, bien.

El capitán dejó escapar un silbido, soltó el cigarro en el cenicero y, cerrando un puño, descargó un golpe en la palma de la otra mano.

—¡Pruebas, O'Tooley! ¡Necesito pruebas, no intuiciones! ¿Comprende usted?

2

Ya lo sabía. Había aprendido que un detective debe atar corto a sus intuiciones. Lo que había aprendido era toda una lección de vida, una de esas lecciones que te fortalecen si no acaban sumiéndote en la amargura.

Se había reincorporado, por fin; pero seguía teniendo la certeza de que algo en su interior ya no brillaba como antes.

O'Tooley vivía en Green Street, esquina con Jackson Boulevard. Un apartamento escrupulosamente ordenado, en la segunda planta de un viejo edificio de ladrillo de sesenta pies de ancho y noventa de largo, con un callejón oscuro y maloliente en la parte posterior. Un edificio modesto, de seis plantas, en una manzana llena de tiendas de barrio y casas de piedra gris. El apartamento era todo menos grande, pero le tenía cariño. Lo había heredado de su padre. Las dos últimas plantas estaban arrendadas y, cada cierto tiempo, los inquilinos cambiaban de rostro, de manera que nunca llegaba a establecer relaciones de confianza, ya no de intimidad, con ninguno.

Entró en el salón y tiró el manojito de llaves sobre una mesa. De los tres gatos con los que convivía desde que su padre, paradigma de emigrante irlandés, había fallecido, sólo la siamesa venía corriendo a saludarlo. A veces, como hoy, el detective llegaba tan saturado que ni siquiera la veía. La gata, Vicky, caminaba con él, rozándose contra los bajos de los pantalones hasta que O'Tooley se daba cuenta y, entonces, la cogía en los brazos y la acariciaba con ternura.

Cerró la ventana, encendió la lámpara de pie, le dio de comer a Vicky y se dejó caer en el sofá, frente al mueble en el que tenía el aparato de radio.

Acababa de reincorporarse a su destino y ya estaba exhausto. La gata se echó a su lado. Era suave y estaba caliente. O'Tooley le rascó la cabeza.

De pronto, se levantó y, abriendo un cajón del armario extrajo un sobre y volvió a sentarse en el sofá, junto a Vicky. Abrió el sobre, sacó de su interior una foto y se puso a examinarla a la luz de la lámpara.

Le habría gustado emborracharse, como cada vez que la miraba. En cada una de esas ocasiones en que cedía, se adueñaba de él la misma sensación de fragilidad, injusticia y miseria moral. Pensaba que todos merecíamos más amor del que nos tocaba; sin embargo, qué mezquinos y miserables le parecían los hombres, incluido él mismo. La paradoja era irresoluble.

Miraba la foto. Era una de las últimas ejecuciones en las que se había utilizado la horca. Era la foto del horror, y, no obstante, no podía apartar los ojos de ella. Cada cierto tiempo, antes de irse a dormir, le echaba un vistazo y recordaba. De poco servía que la vez anterior se hubiese dicho que no habría próxima vez.

La instantánea había sido tomada por Thomas Castle, periodista del *Herald Examiner*. Thomas Castle había logrado entrar en el lugar de la ejecución colando una cámara en un bolsillo de sus pantalones. Tomó aquella instantánea escalofriante que apareció en su diario al día siguiente y se hizo famoso. Casi tanto como la foto.

En ella, una mujer vestida con una falda larga y oscura, aparecía ahorcada, con los ojos entreabiertos y la lengua colgando.

O'Tooley, que había querido asistir a la ejecución, lo vio todo. Vio cómo su cuello resistió sin romperse y cómo la mujer se debatió. Su lucha inútil, sus convulsiones, la congestión de su rostro, los ojos desorbitados, sus muecas de agonía. Vio cómo, por último, la mujer se quedó quieta, con la cabeza inclinada hacia el lado contrario del nudo mientras un chorro de pis se escurría entre sus piernas y formaba un charco en

el suelo.

Decían de ella que sería la última mujer ahorcada; pero él jamás imaginó que un público civilizado se deleitaría tanto con la instantánea.

Y, aún ahora, después de la fecunda terapia con el doctor Slater, para O'Tooley cada nueva noche era como si se repitiera la ejecución.

5. EL IRRESISTIBLE ENCANTO DE LA JUVENTUD

—No sé, querido, si cabrá en su imaginación, pero voy a explicarle una cosa. De repente, una mañana, te despiertas, te levantas de la cama, te miras al espejo y, así, de golpe y porrazo, descubres que sólo confías en el dinero y en la suerte. No se maravilla. Es un hecho, y los hechos son repelentes —dijo Evelyn, aspirando una calada de la boquilla. Expulsó el humo hacia arriba. Las volutas flotaban de un lado a otro—. Mire, por mí, considérelolo desde todas las perspectivas, igual le dará. Le aseguro que hay que vivirlo. Mis amigas lo ven de formas muy similares; pero, a diferencia de mí, se lo callan. Por eso me siento especial.

»Dinero y suerte. Eso es lo primero que se me viene a la cabeza. Puede que a usted no le resulte muy fascinante ese binomio. Es usted joven. Todavía ha de confiar en el amor, el éxito, la constancia, la franqueza, tal y cual. En una palabra, debe tener a todas las mujeres rendidas a sus pies.

—¿Debería? —preguntó el joven de los ojos chispeantes.

—Si la mujer es muy joven e incauta, qué duda cabe. Confiará a pie juntillas en usted. Y si se trata de una mujer hecha y derecha, pero sus expectativas pasionales no se ven defraudadas, ¿por qué no? Qué mujer no prefiere ese tipo de fe.

—No estoy seguro de entenderla.

—¡Ay, Donovan, Donovan! Seguimos siendo unas románticas. A pesar del tópico, ¿eso lo entiende? Porque le aseguro que es muy de lamentar.

—Permítame decirle que se equivoca: es usted una mujer fascinante.

—¿Le parece? —preguntó Evelyn. Acarició el largo collar de perlas que la adornaba y empujó sobre el paño el rimero de fichas que tenía delante hasta colocarlo en el quince negro—. Todo al mismo.

El *croupier* voceó: «*Rien ne vas plus*». La ruleta giró y giró, y el joven Donovan, como rindiendo tributo a la impulsividad de Evelyn, alzó su copa de champaña y la entrecrocó con la de ella.

—Por la suerte —dijo él.

—Por qué no —repuso Evelyn con la súbita pero transitoria percepción de que el joven nunca brindaría con ella por algo distinto—. ¡Y por la fiebre del juego!

El *croupier* lanzó la bola, que rodó, rebrincó, resbaló, rebotó y acabó deteniéndose.

—¡¡Gana 13 rojo!! —exclamó.

Evelyn aspiró el humo con fruición. Intentó dominar los temblores de la mano que sostenía el cigarrillo.

—Con más razón que nunca, tendrá usted que invitarme a la siguiente copa, querido.

Se instalaron lejos del bullicio. El humo de los cigarros flotaba a modo de bruma azulada sobre las cabezas circunstantes. Un lacayo de librea les trajo aperitivos y una botella de champaña en un cubo de plata. A esas horas de la noche, los clientes afluían alegremente al Sheridan Wave Tournament Club que, inspirado en los casinos de Montecarlo, era uno de los más selectos de la ciudad. La mayor parte de las mesas, todas de caoba, estaban ocupadas. Había extensas alfombras luciendo colores chillones, y lujosas lámparas de bronce y lágrimas de cristal colgaban de los techos de estuco policromados. Además, los arcos de medio punto, parcialmente forrados en pan de oro, daban un tono palaciego al casino. De prestar oídos a lo que contaba la leyenda, todos sabían que el establecimiento funcionaba bajo la protección del gánster Bugs Moran.

—Evelyn, ¿no teme usted que nos vean juntos y llegue a oídos de su hija? —preguntó Donovan.

—Oh, no sea usted tan precavido. Soy demasiado conocida en esta leonera y demasiado ingobernable como para que se fijen en mí, y usted, incluso sin su capa negra y su sombrero de copa, es demasiado guapo —el lacayo descorchó la botella, les sirvió champaña y se desvaneció—. No deja de ser curioso. Antes de que entrara en vigor la Ley Seca, una mujer vista en un local público era señalada como una mujerzuela; hoy día, sin embargo, los locales están a rebosar de mujeres.

—¿Y cuál es su explicación?

—Bueno, no soy ninguna pionera. La mujer bebía antes, bebe ahora y seguirá bebiendo. ¿Quién dice que sólo han de poder emborracharse los hombres? Eso de que somos menos bebedoras es una engañifa, como aquello de que la mujer es menos infiel que el hombre. De ser así, no habría esposas con cuernos, ¿no le parece? —bebió un sorbo de su copa y siguió diciendo—: Pero volvamos a usted, querido. Por su acento, deduje en seguida que era español.

—Así es. Nací y viví en España. Mi madre era española y mi padre inglés.

—Ah, bien. ¿Y lleva mucho fuera de España?

—Llegué a los Estados Unidos en 1918. Conque, más de diez años. En Chicago, tan sólo llevo dos meses.

—También yo viví en España. El Sur. Andalucía. Mi esposo era sevillano.

—Lo recuerdo. Me lo contó en nuestra primera cita.

—Sabe, nunca llegué a acostumbrarme. España es un país supersticioso, un país de brutalidad. A mi marido, sin embargo, lo conocí en La Habana, no en Sevilla. Un católico politeísta. Vírgenes por aquí, Jesucristos por allá, santos por el otro lado. Rezaba, pecaba y se confesaba. Primero fue inversionista, luego terrateniente, por último derrochador. Lástima que terminase arruinándose. Me llevaba veinte años. Era un hombre viejo. Me tenía desatendida.

»Cuando los cristianos vencieron a los moros, el linaje de los Villasandino fue

uno de los primeros que repobló Sevilla. En fin, que dejé mi carrera de actriz por él. *Quiero, quiero, quiero*. Usted ya conoce el lema de esta ciudad; además, tenía un chiquillo al que le hacía falta un padre. Por aquel entonces, mi carrera teatral en América empezaba a ser prometedora.

—Pero ¿no ha dicho usted que lo conoció en Cuba?

—En Cuba... Sí, claro. Porque estaba de vacaciones, querido. Sólo de vacaciones; pero aquí, en Chicago, bueno, yo era una actriz en ciernes, usted sabe, que empezaba a llamar la atención. Los jefes tenían consideraciones conmigo. Estuve a punto de despegar. Eve se parece tanto a aquella Evelyn de entonces...

—Es una actriz irrepitible. No sabía que tuviera un hermano —dijo Donovan, que adoptó una expresión de sorpresa.

—Hermanastro. No sabemos nada de él.

Donovan no quiso insistir.

—De acuerdo. Entonces, ¿logrará que ella acuda al estreno de mi función, Evelyn?

Evelyn bebió otro pequeño trago y siguió fumando.

—¿Significa mucho para usted, Donovan Curtis?

—Su presencia me garantizaría publicidad. Le estaría eternamente agradecido, Evelyn. Necesito a su hija para que mi espectáculo triunfe.

Ella lo miró sin despegar la boquilla de los labios e inclinó la cabeza hacia un hombro. ¿Qué edad tendría? Evelyn, confiando en su ojo experto, no le echaba más de treinta, si bien podría pasar por veinticinco. Su amplia sonrisa revelaba un hoyuelo en cada mejilla, y unos dientes blancos y parejos sobresalían de sus labios exquisitamente perfilados. Tenía la mandíbula cuadrada, el cabello castaño y su aspecto era anglosajón de forma inequívoca, pero su mirada tenía intensidad suficiente como para envolver a cualquiera en la negrura brillante del terciopelo. Y cuando endurecía el rictus, la arruga vertical del entrecejo le concedía una apariencia aún más insinuante a su belleza. Pocas veces Evelyn había convenido en encontrarse con un hombre tan guapo. Alguien capaz de hacerla sentir que estaba encantado de haberla conocido.

—Y, por qué ocultárselo, hay un tema espinoso.

—Dígame lo que quiera. Hábleme de temas espinosos. ¿Qué edad tiene usted?

—Treinta y uno.

—Mi hija le lleva seis años. Seis años son pocos años. Demasiado joven para usted. Lo que usted necesita es una mujer de amplia experiencia.

—Evelyn, hay un tema espinoso.

—¡Ah, sí! —exclamó Evelyn posando juguetonamente la mejilla en un puño—. Veamos, ¿a qué tema se refiere, Donovan Curtis?

—El alquiler del teatro y su acondicionamiento.

—¿El teatro? —replicó Evelyn con expresión contrariada.

—El dueño es un hombre de negocios. Está inválido en una silla de ruedas. Es

frío. Alguien sin ideales.

—¿Sólo con fe en el dinero y en la suerte? —el joven se quedó desconcertado—. Sonría, por favor. Tiene usted una sonrisa preciosa. «Alguien sin ideales», decía.

—Pero su único hijo, Mike W. Murdoch, por desgracia, los tiene. Es un puritano fundamentalista. Espero que no le incomode la expresión.

—No soy ninguna fundamentalista, querido —dijo entornando los ojos, y apoyó la barbilla en las manos entrelazadas—. Soy un espíritu libre, un alma emancipada. Adelante.

—Mike W. Murdoch es un republicano radical que considera la hipnosis sacrílega y pecaminosa. Cree que nuestro espectáculo es cosa de magia.

—¡Magia! Me gusta. ¿Y bien?

—Está a punto de convencer a su padre para que inste la anulación del contrato por inmoralidad y nos larguen con cajas destempladas. Después de la inversión que hemos hecho, Evelyn. Llevamos años sobreviviendo con el *show* por toda América; pero hasta ahora nunca nos habíamos atrevido con una metrópoli como Chicago. Es nuestra oportunidad.

—Su oportunidad —dijo Evelyn soñadoramente. Se pasó los dientes por el labio inferior.

—He invertido todos mis ahorros en esto. Si Mike W. Murdoch nos echa, será la ruina, Evelyn.

—Prosiga. ¿Excepto?

—Excepto si una publicidad inesperada nos garantiza un éxito inesperado. Un éxito que, en las peores circunstancias, nos permita salir a flote.

—Y ahí es donde entra en escena mi hija.

—Lamento decir que sí, Evelyn.

—No lo lamente; pero tendrá que ser un sábado. Con esta película y su endiosado director, Eve goza de más libertad los sábados que el resto de la semana.

—Será un sábado.

—Entonces acudiremos, supongo. Hoy mismo, por la tarde, acabo de tantearla. No creo que le importe hacerlo por mí. Es una buena chica, Eve. Por desgracia, su profesión, en fin, es todo muy complicado. No está atravesando una buena racha.

—Nunca lo diría.

—¿Me inspira usted demasiada confianza, Donovan, o está empezando a hipnotizarme?

—Para alcanzar un estado hipnótico las dos partes deben estar predispuestas —dijo él en tono risueño.

Ella emitió una risotada cara al techo, luego hizo una pausa, insertó otro cigarrillo en la boquilla, permitió que Donovan lo encendiese con una cerilla y prosiguió.

—Por desgracia, mi hija tiene un pequeño problema.

—¿A qué problema se refiere?

—Tal vez haya advertido que apenas si concede entrevistas.

—Bueno, es su condición de diva, ¿no? Su hija tiene una voz que enamora.

—Salvo por un pequeño detalle —atajó Evelyn—. Mi hija es tartamuda.

—¿Tartamuda? —preguntó Donovan, que parecía francamente estupefacto y ligeramente divertido.

Evelyn carraspeó y mojó los labios en el champaña.

—No me haga caso. Dicho así resultaba excesivo —se corrigió bajando la vista—. Tiene un leve defecto de dicción; muy leve, en realidad. A ratos, no siempre, pobre niña, se traba y balbucea un poco. Sobre todo, le ocurre cuando se pone en tensión. Bien, comprenderá, sin necesidad de explayarme, que eso, en estos tiempos, es gravísimo para su carrera.

—No soy buen espectador de cine. ¿Le importa sacarme de dudas?

—El cine mudo está agonizando en beneficio del sonoro. Será una muerte rápida. Esto supone un duro golpe para Eve, que vive para actuar. Es su religión, me temo.

—Pero ¿no podría adaptarse al cine sonoro?

—Mire, en la vida, un defecto como ese no tiene relevancia, hasta puede resultar sensual; en el arte, sólo resulta cómico —se quedó en silencio, absorta en la copa de champaña, con la certeza de que había hablado demasiado con un casi desconocido; pero súbitamente apartó de un manotazo las brumas que la envolvían y dijo—: Bueno, y aunque así fuese, ¿qué? Hay cosas peores que poner el punto y final a una carrera. No hay que rasgarse las vestiduras. Al fin y al cabo, también yo pasé por eso. ¿Y acaso no he sobrevivido?

6. LA CIUDAD DEL VIENTO

1

En la Ciudad del Viento, muchos pensaban que Ritchie Sandino era alguien que se hacía respetar. De hecho, la mayor parte de los muchachos de los bajos fondos no tenía gran cosa que reprocharle.

Hombre de buena estatura y patilludo, Ritchie era alguien que, metido ya en la cuarentena, empezaba a ceder ante dos de sus más enconados enemigos: la tripa y la calvicie.

Siempre de punta en blanco, le gustaba exhibir su colmillo de oro y, como la mayor parte de los gánsteres, usaba ropas holgadas para esconder los revólveres. En su caso, uno en el bolsillo derecho exterior de la chaqueta y otro bajo la axila izquierda. Solía llevar pantalones con la raya cuidadosamente marcada, una rosa de pitiminí prendida en el ojal, pajarita y sombrero panamá que ladeaba sobre la oreja. Y, al igual que tantos otros compañeros de gremio, le gustaba llevar el pelo arreglado, para lo cual acudía con puntualidad prusiana a la peluquería de Isadore Paul, en el número 804 de Roosevelt Street.

Enemigo del lenguaje burdo, le agradaba pensar que tenía el porte de un emigrante distinguido, de un indiano risueño que ocultaba desgracias detrás de su colmillo y cuya aureola resplandecía enalteciendo su leyenda. Según las versiones más respetuosas, era un misógino furibundo; según las menos, para contribuir a la prolongación de la estirpe Sandino estaba privado de lo que resume la hombría. De orígenes inciertos, unos apostaban a que procedía de Europa, probablemente de Italia, otros se instalaban en la más que sugerente hipótesis de que hubiera nacido en los trópicos, y hasta se insinuaba que su padre había fallecido en un extraño accidente.

Desde que su familia y él habían regresado a la Ciudad del Viento, y tras darse cuenta de que vender periódicos en el céntrico Loop no era lo suyo, se fue curtiendo en el arte del asalto. Sabía escalar todas las ventanas de Chicago y volar cualquier caja de caudales del estado de Illinois. No sorprendió, por tanto, que Al Capone reparase en sus habilidades. Poco después, se suscribió la decimoctava enmienda de la Constitución y entró en vigor la Ley Seca; su jefe se hizo entonces con el café Los Cuatro Diablos, en el 2222 de la Wabash Avenue, en el corazón del barrio de la Luz Roja, y Ritchie acabó convirtiéndose en uno de sus hombres de confianza.

Perteneció a la guardia de *corps* de Capone y se ejercitó como pistolero en los campos de prácticas habituales, a lo largo del río Fox y en los bosques de Wisconsin. Pero donde desplegó una gama de aptitudes admirable fue en los asuntos de estrategia. Durante un tiempo, se encargó del contrabando de cerveza, el alcohol que

enriquecía tanto a John Torrio como a Capone, los dos halcones de la ciudad. Era el responsable de que la mercancía procedente de Canadá a través del lago Michigan se descargara de las lanchas rápidas para cargarse en los camiones; no obstante, como resultó ser un hombre de infalibles recursos, Capone optó por tenerlo aún más cerca para que lo aconsejara.

Fue Ritchie, y no otro, quien le sugirió la idea de utilizar la subametralladora Thompson en las guerras del hampa para ganar en eficiencia; fue Ritchie, y no otro, quien instauró la costumbre de hervir las balas en agua de cebolla y luego frotarlas con ajo, para garantizar la gangrena por si la víctima no resultaba herida de muerte; y fue Ritchie, y ningún otro, quien inventó el sistema de obturación de gases que permitía dispersar el humo por el tubo de escape frustrando la persecución de la policía.

También fue Ritchie quien extendió entre los hombres de Capone el uso de sombreros de fieltro color perla con cintas negras, investigó métodos para conectar explosivos a los sistemas de arranque o colocar bombas retardadas bajo el asiento del chófer y, sobre todo, los ilustró en el arte de dejar pruebas falsas.

No es de extrañar que Snorky, como le llamaban sus íntimos a Capone, se resistiera a perder un hombre de este mérito. Sólo a regañadientes le permitió que se instalase por cuenta propia y le adjudicó el distrito norte de la ciudad. Ritchie compró la voluntad de algunos personajes con influencias, y el tráfico de sus camiones empezó a aumentar de modo constante, razón por la que cambiaba a menudo el destino y la ruta del reparto, que hacía pasar por distribución de exornos florales.

Tenía una serenidad de juicio y una perspicacia diplomática naturales. Sobre eso no había discrepancias. No sólo era calculador y discreto, sino un hombre de saludable inteligencia en sus ambiciones, que rebasaba de largo las virtudes de un hampón común y corriente. Como se mantenía dentro de los límites de su territorio, por ahora su codicia no colisionaba con la de los peces gordos, ni con la de los otros virreyes del distrito norte.

Era un amante exquisito de las flores.

Un 30 de mayo, Día de la Decoración, cuando las tumbas de los soldados caídos en combate se llenan de exornos florales, le vino a la memoria el viejo cementerio sevillano de San Fernando, donde yacían los restos de su padre adoptivo, el único padre que tuvo. Evocó recuerdos que le dolía traer a la memoria, imágenes de una época ingrata de la que lo separaban muchas noches de insomnio. Recordó cómo se había negado a ir a su entierro, a llevarle flores a su tumba aún fresca. Y una idea le condujo a otra, porque entre sus virtudes figuraba extraer de la amargura una idea para un negocio rentable.

En Riverside compró doscientos acres de buena tierra donde instaló invernaderos y cultivos de flor cortada que bautizó con su propio nombre, Villa Sandino. Luego empezó a buscar un local en el Loop que no desmereciera su genuina elegancia. Lo encontró junto al centro comercial de Marshall Field, uno de los mayores del mundo.

Todas las tardes era vista la inconfundible figura de Ritchie Sandino en las escaleras mecánicas de madera, antes de pasar por la tienda a recoger la recaudación del día.

Pasó así a convertirse en el florista de la Mano Negra, o lo que es lo mismo, en el proveedor oficial de coronas fúnebres y ramos en todos los funerales del hampa de la ciudad de Chicago, y de paso provocó la ruina del principal florista de la ciudad, W.C. Scheffield. También se difundió la idea, nunca demostrada, de que sus viveros en Riverside eran abonados con los cuerpos de los chivatos desaparecidos en las calles de la ciudad.

Como contrapartida, Capone le pidió que se encargara de articular la estructura de una organización delicadísima, pero que podía rendir pingües beneficios: el sindicato de operadores cinematográficos de Chicago, que, en la práctica, ejercía el control absoluto sobre las salas de proyección.

Su propósito consistía en colocar a un hombre de paja, Tommy Maloy, como presidente del sindicato y, de paso, suavizar las relaciones con el hampa de Nueva York y Los Ángeles, cuyas ramificaciones, en este último caso, se extendían hasta Hollywood. El fin último era controlar los principales circuitos de exhibición; pero, para sorpresa de muchos y satisfacción de algunos, Ritchie declinó el privilegio que le concedía Capone. Diplomáticamente, pero declinó. No quería inmiscuirse en el mundo de su hermana, exponerse a que se descubriera el parentesco entre ellos y comprometer su carrera cinematográfica. Desde entonces, las relaciones con Caracortada no habían vuelto a ser las de antes.

A la misma hora en que Evelyn y Donovan iban por su tercera copa de champaña, Ritchie Sandino estaba a punto de echar el cierre a su negocio legal. Como mucha gente del hampa, solía dormir hasta mediodía y trabajaba durante toda la tarde hasta frisada la medianoche.

Allí, en la floristería Villa Sandino, en cuyo estudio del fondo despachaba negocios de una naturaleza que poco tenía que ver con las flores y las plantas exóticas, se preguntaba por qué Sam Cormick y Harry Gusick se demoraban en traerle noticias frescas.

Una de las razones que explicaba su inquietud era que, a partir de cierto día, cuatro años atrás, él decidió proteger a Eva —para todos Eve Paradise— a cualquier precio. Tenía que remontarse al día en que el brutal asesinato del menor Jimmy Bowly —cuyo cadáver fue hallado en el Columbus Park de Chicago— se publicó en los principales periódicos del país. En aquella ocasión, nada sorprendió demasiado a Ritchie excepto que el nombre de su hermana apareciese relacionado con la víctima en calidad de amiga o de amante. ¿Cómo podía haberse enterado tan rápido la prensa de su relación con un menor?

Aunque sus destinos fuesen antagónicos —como demostraba el hecho de que, llegado el momento de naturalizarse como ciudadanos norteamericanos, ella hubiera optado por el apellido materno Paradise y él por el paterno Villasandino, que el mundo del hampa abrevió en Sandino— y ella rechazase el ramo de orquídeas que él

le enviaba en cada cumpleaños, nada evitaría que la protegiese en la sombra.

Desde hacía tiempo, en Chicago la seguían permanentemente dos de los suyos y había llegado a saber todo sobre su vida. Y, precisamente, para mantenerla a salvo, en su momento tuvo que deshacerse de los predecesores de Sam Cormick y Harry Gusick con falsos pretextos. Ya fiambres, ordenó que se dejase una moneda de cinco centavos en las manos de Teddy Flowers y en la única que le quedaba al Manco, en prueba de la abominable opinión que el hampa se había formado de ellos. A pesar de los rumores sobre el abonado de sus flores, Ritchie prefería los escarmientos visibles, y detestaba el método recurrente de lastrar los cadáveres con cuerda y pesos para arrojarlos al río.

Con todo, la única verdad era que Teddy Flowers y el Manco habían visto demasiado, y que para Ritchie, el juramento de sangre que obligaba a guardar los secretos no bastaba en según qué circunstancias. De ahí que se preguntara si esta pareja no correría muy pronto la suerte de su antecesora. ¿Por qué si no se retrasaban tanto? ¿Se vería obligado también a acabar con sus tribulaciones?

No es que le tentase una relación normal con su hermana. Nada sería nunca normal entre ellos, y lo último que pretendía era darle ocasión a la prensa de sacar a la luz que la gran Eve Paradise era, en realidad, medio hermana del mafioso Ritchie Sandino; pero, si de niños se habían llevado tan bien, ¿por qué no ahora? ¿No había sido un verdadero hermano mayor para ella? ¿No había confiado en él aquella niña solitaria, que había hecho un solo amigo, el hijo del jornalero cuyo nombre Ritchie tenía en la punta de la lengua? Entonces, ¿por qué ella lo esquivaba? ¿Por qué no demostrarle a su hermano que lo quería si él no tenía mala fe, si era sólo un asesino de oficio como otros son telegrafistas o tahúres?

Y, sin embargo, la comprendía. Había llegado a ese tácito acuerdo consigo: la comprendía porque era su hermana, la comprendía porque era digna de ser querida y porque había sufrido más de lo que ella misma osaba recordar. De no haber llegado a ese acuerdo, la hubiese matado en vez de matar por ella, si fuera preciso.

Si tan sólo aceptase las flores, si le hiciera saber, al menos, que no olvidaba que compartían la misma y espesa sangre orgullosa, o que Evelyn carecía de tanta influencia en su vida como aparentaba, se hubiera dado por satisfecho. Era evidente que Ritchie tenía recursos más que de sobra para que se vieran sin que ella asumiese riesgos; ahora bien, todo había sido tan extremadamente difícil y la memoria de Eva era un instrumento tan sumamente frágil.

De hecho, durante todos estos años, desde que él se había ido de casa y ella había empezado a abrirse camino en la industria del cine, nunca volvieron a hablarse o a escribirse. Y en Chicago, siempre que él la veía de lejos procuraba darle la espalda. Sí, en el fondo, la comprendía. Renegaba de él. Era una celebridad. Habían malvivido durante años, los tres. Él había mantenido a su madre y a su hermana hasta que Evelyn se enteró de que era un gánster, pero Eva había luchado y vencido. Cómo no iba a respetar sus deseos. Si el único modo de impedir que su hermana se

avergonzase de él hubiera sido la tortura, se habría sometido de buen grado a una sesión interminable.

A las doce menos diez minutos se oyó el tintineo de la puerta principal y Ritchie salió de su despacho.

La célebre floristería Villa Sandino era un establecimiento de una amplitud que aventajaba a cualquier otro del ramo. Sus paredes, revocadas de estuco, lucían recubiertas de palmeras, helechos y plantas tropicales que coexistían en una atmósfera húmeda y cálida como la de un invernadero. Estaba saturada de fragancias de todas las flores continentales, y donde no había plantas, había vitrinas de madera de nogal y espejos con marcos dorados que cubrían las paredes hasta el techo.

Desde la puerta hasta el departamento del fondo, en donde Ritchie tenía un pequeño despacho, discurría un pasillo con una alfombra roja interminable. En su extremo, a la vista de Sam Cormick y Harry Gusick, esperaba un impaciente Ritchie, erguido con las manos cruzadas por la espalda y cara de malas pulgas.

—Ritchie —empezó el gordo Sam—, tienes que perdonar el retraso.

—¿Y las orquídeas? —preguntó Ritchie.

—¿Qué orquídeas? —preguntó el escuálido Harry cuando se detuvieron frente al jefe.

En el lapso que dura un suspiro, Sam miró a su compañero como si fuera su próximo blanco.

—¿Tu compañero me toma el pelo? —preguntó Ritchie a Sam Cormick.

—El ramo de orquídeas para la actriz, Harry —explicó Sam.

—Ah, bien —replicó Harry Cormick, un punto sobreexcitado.

—¿Lo recogió? —preguntó Ritchie.

—Ritchie, no vale la pena que te calientes los cascos —dijo Sam.

—Son todas unas pájaras —aventuró Harry.

Ritchie descargó un puñetazo a la cara de Harry que hizo tambalear a este sobre sus pies.

—Fuera de mi vista. Los dos —dijo dando la espalda a sus hombres.

—Eres un imbécil —dijo Sam Cormick a Harry Gusick cuando ya estaban en la calle. Harry llevaba un pañuelo sanguinoliento debajo de la nariz—. Te dije que estaba enamorado. Te lo avisé.

2

—¿Nombre y apellidos? —preguntó el fiscal Garrett.

—Richard Villasandino, aunque todos abrevian en Sandino.

—¿Edad?

—Cuarenta y cinco años.

—¿Profesión?

—Soy un hombre de negocios. Me dedico a invertir en cafeterías, restaurantes, hoteles, distribución de flor cortada... Participo en el capital. Sólo negocios familiares. A condición de que muevan pasta y, naturalmente, de que el empresario me inspire.

—¿Le une alguna clase de parentesco a la señorita Eve Paradise, señor Villasandino?

—Somos medio hermanos —formidable revuelo entre el público.

—¡Silencio en la sala! —exclamó con retintín el juez Mason mientras golpeaba por dos veces con el martillo—. ¡Háganme el favor! ¡Silencio en la sala!

—¿Le importa ser un poco más explícito? —insistió el fiscal Garrett.

—Hijos de la misma madre. Su padre natural se convirtió en mi padre adoptivo; pero, oiga, yo no soy español. Soy tan americano como cualquiera —se acomodó el brazo que llevaba en cabestrillo. Palpó la muleta para comprobar que seguía allí.

No sólo eran leves las secuelas que le quedaban del tiroteo, sino que podía sentirse mil veces agradecido a la fortuna. Quién en la sala no había oído hablar del atentado que un par de meses antes había estado a punto de costarle la vida.

—Señor Villasandino, ¿dónde estuvo la noche del 6 al 7 de octubre de 1928, cuando se produjo la desaparición del joven Mike W. Murdoch?

—Hasta las diez, trabajando en mi floristería, con mis dos empleados, Sam Cormick y Harry Gusick.

—¿Y a partir de las diez?

—Salí a dar una vuelta con ellos hasta Madison Street.

—¿Por qué hasta Madison Street, señor Villasandino?

—Porque había oído hablar de *El show de Donovan*. Tenía curiosidad por echarle un vistazo al teatro por fuera. Ver el ambiente de un estreno, el famoso hipnotizador, ya sabe.

—¿Y por alguna otra razón?

—Sí. Había leído en alguna parte, no recuerdo dónde, que mi hermana estaría en el estreno. Quería saludarla. Me parece que es bastante razonable que uno quiera saludar a su hermana. ¿A usted no le parece razonable algo así?

—Permita que me encargue yo de las preguntas —dijo el fiscal Garrett—. ¿A qué hora llegó al teatro?

—Sobre las once o un poco antes.

—¿Qué hizo entonces?

—En la puerta principal había un montón de periodistas. Mandé a Sam para que preguntase cuánto duraba el *show*. Le dijeron que tres horas; pero que solía prolongarse un poco más. Así que di una vuelta para hacer tiempo. Quiero decir, mis empleados y yo dimos una vuelta a la manzana, y entonces la vi.

—¿A quién vio?

—A Eva, a Eve Paradise, mi hermana. Iba con nuestra madre, discutiendo. Y detrás, a una cierta distancia, también iba él, persiguiéndolas.

—¿Quién es él?

—Ese hombre, el acusado —lo señaló con la barbilla—. Amós.

—Está usted seguro.

—Cien por cien seguro.

—Continúe, ¿qué ocurrió?

Ritchie se quedó pensativo antes de proseguir.

—Ordené a Sam y Harry que no movieran un músculo.

—Explíquese, por favor.

—Sí, bueno. Mi madre, como he dicho, iba con ella. Me fastidiaba tener que acercarme a mi madre. Ella y yo nos detestamos.

—¿Así pues?

—Debían de estar enzarzadas en una discusión, porque al cabo de un rato se separaron de malos modos. Yo, es decir, mis empleados y yo, seguimos a mi hermana de lejos. El tipo ese iba detrás de ella, La Salle Street arriba, cuando un Cadillac verde lo rebasó muy despacio. El automóvil circulaba muy lentamente detrás de mi hermana. El Cadillac iba sin luces.

—¿Distinguió la marca del Cadillac?

—Un Town Sedan, de color verde.

—El Cadillac que conducía el joven Mike W. Murdoch, la noche del 6 al 7 de octubre, la última noche que fue visto con vida, era un Cadillac Town Sedan, de color verde. ¿Está usted seguro de que el auto al que se refiere tenía esas mismas características?

—Que me parta un rayo si no.

—Y, ¿qué ocurrió?

—Pues que ese hombre de ahí —volvió a señalar con la barbilla— hizo detener el automóvil y se metió dentro. Después, el coche arrancó alejándose de mi hermana.

—¿Y su hermana qué hizo?

—No me pregunte. Me di la vuelta y me largué.

—No hay más preguntas —dijo el fiscal Garrett.

—Turno para la defensa —dijo el juez Mason.

—Señor Villasandino —empezó el joven letrado—, en la investigación previa, usted declaró haber visto a su hermana, la señorita Eve Paradise, alrededor de las once de la noche, acompañada de su madre y tocada con un turbante blanco y gafas oscuras mientras caminaba por Calhoun Street, paralela a Madison. Dicho de otro modo, caminando por la calle a la que da la fachada trasera del teatro que acogió el estreno de *El show de Donovan*. ¿Es esto exacto?

—Sí. Es decir, no. Lo dije, pero luego rectificué.

—Explíquenos qué fue lo que rectificó y por qué razón lo hizo.

—Me equivoqué en un detalle. Mi hermana no llevaba puesto un turbante blanco

sino un pañuelo negro. Ya digo que luego rectificué.

—Aclaremos los puntos al jurado, señor Villasandino. Su hermana, la señorita Paradise, llevaba puesto un turbante blanco cuando entró en el teatro por la puerta principal y fue objeto de la atención de la prensa. Las fotos salieron en todos los periódicos al día siguiente. Los lectores, incluido usted, pudimos hacernos eco del evento y admirar la elegancia de una estrella de Hollywood como la señorita Paradise; sin embargo, cuando salió del teatro por la puerta trasera, llevaba en la cabeza un pañuelo negro, según declaró ella misma. Pues bien, ¿pretende decirnos que fue testigo de lo que ocurrió seguidamente, que vio a su madre y a su hermana pasear por Calhoun Street, que vio a mi defendido perseguirla y más tarde en La Salle Street, lo vio subirse a un Cadillac Town Sedan de color verde similar al automóvil propiedad del desaparecido señor Murdoch, y que, sin embargo, en su primera declaración oficial, confundió un pañuelo negro con un turbante blanco?

—Pues sí. No sé qué tiene de raro equivocarse. Hasta el más listo puede confundirse.

—¿Estaba usted esa noche donde dice que estaba, señor Villasandino?

—¡Protesto! —saltó el fiscal Garrett—. Acoso al testigo. La pregunta es capciosa e impertinente. ¿Acaso está sugiriendo la defensa que mi testigo es perjuro?

—Ha lugar —concedió el juez Mason.

—Lo lamento, señoría. Sólo quería asegurarme de que el testigo no se confunde nuevamente.

—El jurado no tendrá en cuenta la pregunta de la defensa —añadió el juez Mason—. Puede proseguir.

—Señor Villasandino —reanudó su ataque al abogado—, usted ha dicho que se acercó al teatro, entre otras razones, con la intención de saludar a su hermana. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí. Eso he dicho.

—De lo cual se desprende que usted y su hermana se ven o se hablan con una cierta regularidad. ¿Es así?

—En realidad, no nos hablábamos desde hacía tiempo —dijo Ritchie—. Por eso —se precipitó— me acerqué al teatro.

—¿Cuánto tiempo llevaban ustedes sin hablarse? ¿Una semana, un mes, un año?

—Unos veinte años —revuelo entre el público asistente—. Pero cuando éramos pequeños —se alteró Ritchie— nos llevábamos mejor que los verdaderos hermanos.

—¡Silencio en la sala! ¡Silencio! —ordenó tranquilamente el juez Mason.

—¿Quiere usted decir que no hubo ninguna relación entre ustedes durante los dos últimos decenios?

—Le enviaba orquídeas por su cumpleaños.

—Orquídeas que ella rechazaba. ¿Estoy o no en lo cierto, señor Villasandino?

—Bueno, sí.

—Señor Villasandino, y si tanto interés tenía esa noche en saludar a su hermana,

¿por qué no la abordó cuando ella se despidió de su madre y se quedó sola?

—Porque pasó todo aquello. Lo del Cadillac. Y ese hombre —dijo señalando al acusado—, la perseguía.

—Sin embargo, según su personal versión de los hechos, mi defendido se montó en el Cadillac verde y su hermana se quedó sola, en plena noche, paseando por La Salle Street. ¿Por qué no se acercó entonces a saludarla?

—Lo pensé mejor. No quería que nadie nos viera juntos. No quería comprometerla.

—¿Comprometerla? ¿Por qué habría de comprometerla, señor Villasandino?

Ritchie se quedó meditabundo.

—Y yo qué sé. Mi hermana es una estrella. Yo me dedico a ganar pasta, ¿va captándolo? La gente le da mucho al pico. Le gusta sacar punta al lapicero.

—¿Por eso no la abordó?

—Seguro.

—A ver si lo he entendido bien, señor Villasandino. Supuestamente, se acerca al teatro donde se estrena un pintoresco *show* para saludar a una hermana con quien hace más de veinte años que no intercambia un saludo. En lugar de entrar en el teatro por la puerta principal, a la ocho de la tarde, como todo el mundo, o de esperar a que termine el *show*, como todos los periodistas, se limita a pasear por las inmediaciones de la fachada trasera del edificio. Después de localizar a su hermana, ya es casualidad, saliendo por donde nadie la espera, con turbante blanco o con pañuelo negro, la persigue. A todo esto, usted no interviene en ningún momento, y cuando por fin su hermana se queda sola, usted lo piensa mejor y se limita a dar media vuelta. ¿Y pretende que su testimonio resulte convincente?

—Protesto por el modo en que mi colega intenta desacreditar al testigo —dijo el fiscal Garrett—. Que sea convincente o no es algo que incumbe decidir sólo al jurado.

—Ha lugar. El jurado no tendrá en cuenta la última pregunta. ¿Tiene más preguntas la defensa?

—A mis dos empleados no les hubiera importado confirmárselo —de repente alzó la voz Ritchie, que apuntó al abogado con un dedo—. Las cosas sucedieron exactamente de esa manera.

—Sí, señoría. Una última pregunta.

—Adelante —dijo el juez Mason.

—Y, ¿dónde están sus dos empleados, señor Villasandino?

Por un instante, Ritchie miró a ese imberbe como si quisiera arrancarle la cabeza. Cualquiera de sus abogados, a los que untaba de lo lindo, no hubiera puesto tanta pasión ni empeño como este novato sin pedigrí; pero había que joderse. Había dado con un listillo. Lo último que hubiera imaginado.

—¿Sam y Harry? Son historia. Fueron acribillados con plomo frotado con ajo. En Chicago hay que cuidarse las espaldas, abogado. Debería usted saberlo.

Murmullos en la sala.

—No hay más preguntas —dijo el defensor.

7. RICK PATTERSON

1

Se llamaba Rick Patterson y era el joven más idealista que pueda imaginarse una mujer, a condición de que las motocicletas no sean motivo de rechazo.

No pretendía parecerse a nadie, no buscaba que lo quisieran. Cuando Eve pensaba en Rick, a quien recordaba no era a un tipo duro ni muy guapo, tampoco a un hombre que encarnase algún arquetipo de seductor. Se trataba de un joven de pocas palabras y carecía de un cuerpo inolvidable; ahora bien, puestos a imaginar un ser que proyectase indiferencia hacia su encanto físico, pero que de cuyos gestos o maneras emanase auténtico *sex-appeal*, ese alguien habría de llevar por nombre Rick Patterson.

Tres años hacía de su idilio con aquel veinteañero versado como pocos en el arte amatorio. Qué veloz, pero qué veloz transcurría el tiempo, pensaba Eve con frecuencia.

Lo conoció en Galena, al oeste de Chicago, cerca de la frontera con Wisconsin. Un pueblo tan delicioso y con un encanto tan pintoresco que Eve no había podido resistirse a la tentación de comprar allí una casa y un pequeño terreno. No se trataba de una residencia suntuaria, pues lo último que Eve quería era llamar la atención y lo que más codiciaba de esos retiros era vivir sin prisas, pasar inadvertida. Sus vecinos la llamaban *señorita Louise*.

Galena, con su río del mismo nombre, en cuyas aguas era sencillo visualizar la silueta fantasmagórica de uno de aquellos vapores de grandes ruedas dejando largas estelas de espuma, sus edificios bajos, sus casas de ladrillo, el aire bucólico que se respiraba en sus campos y bosques, el hotel en funcionamiento más ancestral de Illinois y la segunda oficina de correos más antigua del país, era el reverso de la vida de Chicago o Los Ángeles. Y a Eve le gustaba la paz, el ritmo lento de Galena. Sentía que esa atmósfera la curaba. Hasta las historias de espectros que abundaban a propósito de las mansiones lujosas a orillas del río la sosegaban, como cuentos que, narrados al amor de la lumbre, hacen que nuestra sangre fluya más lenta.

Y, sin embargo, algunas veces se preguntaba si Galena no le atraía por dos secretas y profundas razones. En primer lugar, porque parecía haberse detenido en el tiempo. En aquella edad inocente y prometedor, que resultaba consustancial a un pueblo de orígenes coloniales: mediados del siglo XIX. Galena permanecía joven; Galena no envejecía. Y segundo, porque guardaba muchas semejanzas con un decorado de Hollywood, siendo auténtica como era. En definitiva, allí, Eve tenía lo mejor de su mundo y del otro.

Ese fin de semana, Eve se recluyó en su casa de Galena mientras Evelyn se quedaba en Chicago.

El viernes que conoció a Rick Patterson, no lejos de su parcela, el chico había desviado su motocicleta por un sendero para contemplar la roja inflamación del crepúsculo. Eve estaba paseando cuando lo vio sobre ella, con el motor encendido. Rick surgió del ocaso.

Eve se fue acercando por detrás, sin ánimo de nada. No estaba tan próxima a él como para que el chico advirtiera su presencia y, además, parecía absorto en la puesta de sol.

Quién sabe por qué no soportó la idea de entablar una charla con un joven en medio de un paraje idílico y con un cielo sangriento como telón de fondo; en realidad, de haber tomado él la iniciativa, es probable que no hubieran llegado muy lejos. Por no hablar de que si el chico montaba una moto de gran cilindrada —una Brough Superior SS 80, capaz de superar las cien millas por hora, como Eve sabría poco después— y la chica era una mujer madura e ignoraba casi todo de las motos de grandes y pequeñas cilindradas, la cosa no podía empezar peor.

A pesar de ello, después de contemplarlo largamente por la espalda, Eve se decidió a saludarlo. El chico correspondió al saludo. Se sucedió un intercambio de frases. Ella se sentó en una roca, frente al río, allá abajo, y él apagó el motor y tomó asiento a su lado. Quién habría dicho a Eve entonces, con medio sol hundido en el horizonte, que sólo unos pocos días después habría sacado los colores a cualquiera que se las diese de entendido en motocicletas.

Hasta el final del corto idilio no habló Rick de su familia. Se limitaba a decir *grosso modo* que merced a trabajos esporádicos disponía siempre de algún dinero, y que, como no tenía muchas necesidades, iba tirando. Y aunque ella sospechaba que era huérfano, no tenía ningún interés en rastrear la intimidad del muchacho.

Le bastaba con saber que procedía de un pueblecito de nombre impronunciable, en lo más recóndito del estado de Iowa, que le gustaba California y había explorado a fondo el Big South, que abrigaba la intención de recorrer el país y luego el ancho mundo, que la Brough Superior era su casa y su velero, y que mientras su compañera devoraba milla tras milla, Rick llevaba consigo, bien amparada, contra el viento, una idea nostálgica de libertad: la libertad de los bucaneros y de los locos, de los sabios, de los mendigos y de los que permanecen jóvenes para siempre.

Eve lo instaló en su casa y, descontando la salida para contemplar un par de atardeceres, apenas pusieron un pie fuera en todo el fin de semana. Les faltó tiempo y, que fuese digna de tal nombre, hubo sólo una interrupción. Un par de tipos trajeados, con aspecto de enterradores, en particular uno de ellos, manco de la mano izquierda. El otro se llamaba Teddy. Se internaron en la casa y, tras hablar con Rick, el llamado Teddy se empeñó en hacerlo con Eve. Le ofreció una póliza de vida. Eve los despidió con cajas destempladas.

Rick, sólo Rick le importaba. Era alto, pero no mucho más que ella, esbelto y de

largas piernas. Sus ademanes jamás eran frenéticos o crispados. Reflejaban una de esas misteriosas masculinidades que son el sello de cierta autonomía de espíritu, de una clase de seguridad que, a su manera, Eve siempre había codiciado para sí, como mujer. Llevaba el pelo largo, un cabello que parecía siempre clareado por el sol y el salitre de los mares, como el de un joven Jesucristo a quien la inmortalidad no distrae de la vida. Era una pizca estrábico, lo que intensificaba la calidez de unos ojos color de miel, y fumaba saboreando una soledad agridulce, con el inconfundible estilo de los que poseen esa dignidad latente de los héroes solitarios.

Lector consumado del *Kama Sutra* y del *Ananga Ranga*, era un estudioso de los amores hindúes que llevaba a la práctica la filosofía del desapego. No besaba; se entregaba a una *auparishtaka* o unión bucal. Y, después de prolongadas caricias, no hacía el amor, sino que efectuaba una *inserción de largo aliento*, o introducía su *linga* en el *yoni* de Eve en todas las posturas imaginables. Y como es azul un cielo sin nubes que cumplía con creces cuanta expectativa era capaz de suscitar.

De hecho, las posturas para el amor y sus divisiones eran tantas y tan variadas que, de no ser porque los deleites de la carne eran superiores a su reticencia a aprender lenguas muertas, la actriz habría desfallecido en medio de aquella zozobra de vértigos. Él estaba a su lado, alrededor de ella, sobre ella, contra ella. Y, de paso, era joven y estaba vivo como sólo están vivos los jóvenes; no como Eve Paradise, que vivía fundiéndose en sus personajes y que fingía, incluso en la cama, en los momentos más intensos, para ella desconocidos.

Por lo que al chico se refería, no se trataba de experimentar con el sexo, pues el sexo era algo más sagrado que un simple método experimental: era un aprendizaje filosófico, la quintaesencia de la sabiduría puesta al servicio de la carne.

Aquel moralista de largas y lentas cópulas palpitantes, aquel apóstol del placer ya había amado y había odiado. Había recorrido buena parte del globo, consumido por la curiosidad de los inocentes que ven el futuro como una caja de sorpresas en la que no tiene cabida el dolor, ni la enfermedad, ni la desesperanza ni la vejez. A su corta edad había conocido a un sinnúmero de gente y, no obstante, la impresión de Eve es que estaba solo sin sentirse solo, y era libre sin sentirse libre. Lo prueba que sus deseos de posesión fuesen inexistentes, o que siguiera buscando, en una eterna huida. A menudo Eve se preguntaba si podrían huir lejos y juntos los dos.

Y el aguante que tenía el chico, la entereza sexual, qué lentamente se deshinchaba, para decirlo pronto y claro. Oh tú, el vigoroso, algo así pensaba Eve, no desmayes, continúa, persevera. Hazlo por mí. Llévame al lugar que desconozco.

Y vaya si lo intentaba. Durante horas, sin prisas, el muchacho gozaba del sexo como de un arte, sin ceder al ciego impulso del desahogo. Porque el arte no era un desahogo, repetía. Y, desde luego, Eve estaba de acuerdo. Amaba ese conservadurismo juvenil, y le entusiasmaba la idea de experimentar el orgasmo común, que nunca se materializaba.

Por ejemplo, en la cama lo que más le gustaba a Eve era acariciar su torso juvenil,

adornado por músculos duros pero flexibles, y besarlo durante horas. El resto no podía evitarlo, pero tampoco hubiera sido imprescindible. Coger con una mano su *linga*, al igual que una flor, esbelta como él mismo, introducirse sólo la mitad en la boca y besarla y succionarla en una operación que había pasado a conocerse, por obra y gracia de la secular sabiduría hindú, como *succión de una fruta de mango*. Lo hacía, por supuesto, y por qué no. El chico le resultaba adorable y a él le entusiasmaba, como casi todo lo demás.

No obstante, los preliminares a veces le resultaban pesados a alguien como ella, que siempre se quedaba en el umbral del paraíso, mientras que Rick se descubría paciente hasta el tormento, interesado como estaba en llevar todo aquel pozo de ciencia a la práctica.

Entonces, para no ser menos que Rick, le rogaba en el nuevo argot que le *insuflara energía*. Rick se incorporaba como un felino, encendía velas y candelabros y quemaba en un pebetero pastillas de esencias arábicas que Eve reservaba para ocasiones festivas. Poco después, la estancia se volvía nebulosa y ambos se zambullían de cabeza en el orientalismo.

El chico no tenía freno, aguantaba horas. A menudo se quedaba en algún rincón dentro de ella, con la *linga* agazapada, pero sin aflojar, tieso como un clavo, parecía cosa imposible. Y Eve, que gozaba con una intensidad muy débil, pensaba cómo le habría gustado vivir y morir así mismo, con Rick dentro de ella, sin nadie que osara privarle de esa urgencia, de esa necesidad, qué vida y qué muerte dulces. De ahí que, en secreto, gozara y sufriera con Rick desde el principio, porque notar la carne vibrátil del chico en lo más profundo era casi como empezar a echarla de menos, como experimentar nostalgia de eso que aún no había perdido, como descubrir que sólo unida a alguien, ahogando la carne de un hombre más joven en su propia carne, estaba completa y podía sentirse libre.

Y así transcurrió el fin de semana.

Durante los siguientes días, la actriz aparcó su trabajo y se dedicó a Rick por entero. Hasta la fecha, Eve nunca había montado en moto. Salían, pues, a la caída de la tarde o al anochecer, tras haber compartido un par de copas. Y como ella había aprendido a combinar ropas que desfiguraban su imagen pública al extremo de que resultaba imposible saber quién era, recorrían el condado de Jo Daviess en la Brough. Ella montada tras él, bien sujeta a su espalda. Y la vida era eso, el olor a tierra y a bosque, el claro de luna, el viento en la cara, su corazón latiendo apresuradamente y el cabello de Rick mezclándose con el suyo.

Galena. 1925. El sol. Su cuerpo y el cuerpo de Rick. Los hombros jóvenes de Rick y su idealismo. La nuca bronceada del muchacho. El agua sigilosa del río, su fuerza infatigable, su sabor a limpio, el placer de caminar descalzos por la hierba al atardecer. Así de celeste. Raramente la vida llegaba tan lejos. Qué rápido pasó todo.

La libertad tenía dos rostros. Para ella, que cedía parte de la suya por elección, no era exactamente lo mismo que para él.

Con el transcurso de los días, Rick no estaba más apegado a Eve; al contrario, se le veía inquieto, con ganas de largarse y salir a explorar en la Brough. Y Eve, para quien la libertad entre amantes tenía bastantes más restricciones que para el chico, presentía que Rick no estaba dispuesto a aceptar que el amor se interpusiera entre la Brough Superior y él.

Ocho días habían bastado para amar lo que él amaba. Y esa mimesis, que ella había reconocido en muchas otras mujeres, ¿era ajena a los hombres? Veía aquí, sin poder remediarlo, una muestra más del consabido narcisismo de ellos. Egoístas que se extasían llenándose la boca con ampulosas palabras para luego escupirlas a un lado.

—Quédate conmigo. Viajaremos los dos. Nos llevaremos la Brough. Haremos un viaje de costa a costa. ¿Qué me dices? —le preguntó con la cabeza apoyada en su vientre y mientras él fumaba un cigarrillo.

—No puedo. Tengo que irme, pero te adoro.

La adoraba. Excelente.

Ese día, tal vez porque se vio obligado —pensó ella—, le contó que sus padres eran rígidos luteranos que frecuentaban varias veces por semana la capilla y que su padre era un moralista feroz. Dijo que él había sido objeto de una educación inflexible y asfixiante, que hasta le habían elegido a su futura prometida, naturalmente una flor cultivada en aquel entorno rural. Dijo que tanto sus padres como él toleraban cada vez peor las controversias, los desencuentros, y le confió que, en un rapto de locura, había llegado a levantarle un cuchillo al viejo.

Se sentía responsable de haber mermado la salud de los dos, y le complacía que, por fin, se hubieran resignado. Ya nada querían saber de él, y su marcha había representado evidentemente una liberación para ellos.

—En cuanto a mí, ser libre tiene algo de eso. Saber que nadie te espera de pie si llegas a deshora, que no hay espías, ni correcciones, ni reprimendas, que nadie te echará de menos si te pierdes. No quiero que nadie se preocupe por mí. No lo soporto. Por eso me voy de todas partes. Tienes que perdonarme.

—¿Y adónde piensas ir ahora?

—Adonde me lleve la Brough —repuso él con una sonrisa.

Y ella decidió conformarse.

2

Poco después, aún hubo una escena que, sin pruebas concluyentes, Eve no dejó de relacionar con Rick y que tuvo lugar cuando este ya había desaparecido de su vida.

Eve estaba en su mansión de Chicago, con Evelyn, y había enviado a Mildred a

Galena para que se encargase de poner en orden la casa.

Mildred telefoneó asustadísima.

—¡Estoy que trino!

—¿Mildred?

—¡Oh, Señor!

—Mildred, ¿eres tú?

—¡Un asalto! —dijo con acento morbosos—. ¡Allanamiento de morada! ¿Habrá sido la Mano Negra de Galena?

—Estás en un plan insoportable. ¿Quieres tranquilizarte y explicármelo todo?

—Cuando llegué, la puerta estaba abierta, todo manga por hombro. Como si hubieran entrado a robar; pero qué va, no falta nada. Hasta han entrado en el garaje. Para qué, me pregunto, si el automóvil está en la ciudad. ¿Qué buscaban? ¡Y la puerta que da al jardín! También de par en par. Usted diría como yo: aquí han estado sembrando o alguien buscaba el cofre del tesoro. Han estado removiendo la tierra del jardín, señora. ¿Qué le parece? Véngase conmigo en seguida.

—¿Sembrando? ¿En la parcela?

—Sembrando o enterrando. Apueste a que sí.

Mildred llamaba jardín a la pequeña parcela. Eve cogió uno de sus autos y llegó en pocas horas para verificar que, en efecto, no faltaba nada. Era extraño. Y aún más que el terreno apareciese como escarbado en diferentes puntos; pero, contra las opiniones de Mildred, no presentó ninguna denuncia. ¿Para qué?

3

—¿Tiene algún otro testigo el Ministerio Fiscal? —preguntó el juez Mason pasándose la mano por la calva.

—Sí, señoría. Llamo a declarar a la señora Evelyn Paradise.

8. INTUICIONES DE UN DETECTIVE

—Me gustan los sábados —dijo el agente Fink.

—Bien por usted, Fink —repuso el sargento de detectives O'Tooley—. Aún le queda toda la tarde.

—Principalmente cuando libro.

—Comprendo.

El agente Fink, un novato rubio de ojos azules y separados, había oído hablar tanto del detective Liam O'Tooley, aquel ser mítico, que apenas podía dar crédito a su reincorporación. Y ahora O'Tooley se dejaba acompañar por él hasta su casa.

—Oiga, señor.

—Dígame, Fink.

—¿A usted no le pasa que todas las mujeres le parecen admirables?

—Desarrolle esa idea.

—Sí, vamos a ver, que da igual que sean viejas o jóvenes. O sea, ¿no le pasa que se acostaría con todas?

Ya en sus primeras charlas, O'Tooley había percibido que el chico era franco, sin segundas ni terceras intenciones; pero, a los cincuenta y seis empezaba a sentirse demasiado viejo para según qué clase de franquezas. En especial, las que versaban sobre la indiscreción de las preguntas y las orientaciones sexuales. Era difícil no aventurarse a pronosticar si sería cuestión de meses o de años que el departamento consumiera la frescura de Fink y lo convirtiese en un cínico.

—Creo que sé a qué se refiere —dijo sin más.

El agente Fink lo miraba con la reverencia con que se contemplan los fósiles de los animales prehistóricos. Y no le faltaba razón. O'Tooley nunca había hecho nada por rectificar su imagen de caballero decimonónico. Cultivaba incluso hábitos de un cierto, cuando no flagrante, anacronismo, como aspirar rapé que pellizcaba de su cajita barroca o utilizar un viejo sombrero hongo que su padre, un irlandés listo como el hambre, le había regalado antes de fallecer.

Su padre le había enseñado a ser puntilloso, pero también a sacar provecho de las primeras intuiciones, que a su juicio, solían ser acertadas. «No te equivoques, como me equivoqué yo con tu madre», decía. ¿Había sido por eso que desconfiaba tanto de las mujeres? ¿No estaba a tiempo de enmendar el rumbo y, salvo en su cama, conceder a las mujeres el lugar que se merecían?

Es posible; pero ya no creía en nada. Y menos aún en sus intuiciones. Unos años atrás había pronosticado, delante del capitán, que un arma acabaría siendo

identificada por la bala que había disparado. El capitán se rio abiertamente. Pues bueno, a raíz de su incorporación, supo que estaba a punto de crearse el laboratorio de la Scientific Crime Detection, gracias al cual, la balística, como empezaba a llamarse, quizá se convertiría en una ciencia de la que hacer un uso frecuente.

—Yo tuve una novia —prosiguió Fink—, pero la dejé. Me gustan demasiado las mujeres, señor. Y soy demasiado joven.

—Tiene usted una clarividencia que causa perplejidad. A sus años, yo no me enteraba de nada.

Continuaron paseando por Dearborn Street, doblaron luego hacia Madison Street y siguieron en dirección oeste, en pleno centro comercial. Había gente por todas partes, yendo y viniendo, caminando con prisas, tal vez con una meta. O'Tooley aborrecía el autobús, detestaba los tranvías y el tren elevado que traqueteaba sobre sus cabezas le parecía un invento propio de salvajes filisteos.

Muy próximo se ubicaba el Union Trust Bank. En el mismo costado, en diagonal, la tienda Boston. Una manzana al oeste, el hotel Morrison, uno de los más importantes de la ciudad, y otra manzana al este, la intersección de State Street y Madison, considerada la esquina de mayor actividad del mundo. Las pequeñas tiendas, con sus toldos, y también los gigantescos almacenes, la interminable hilera de carteles y escaparates que refulgían como alhajas, todo ello en la zona de nueve manzanas situada entre Wacker Drive y el Congress Expressway, acogía a cientos de miles de clientes al día.

No es de extrañar que las avenidas rebosaran de gente. En especial, elegantes hombres de negocios, que se distinguían por sus trajes bien cortados y su lencería fina, y jovencitas ataviadas con deliciosos vestidos parisinos, boas de plumas para el cuello y amplios sombreros de cloché, como era la moda, donde acomodar la melena.

El detective Liam O'Tooley se subió el cuello. El día se presentaba nublado y desapacible. Unas veces llovía, otras hacía frío, otras calor y, a menudo, viento; todos los años era lo mismo para la gente de cierta edad. Las pautas eran recurrentes, la apariencia de las cosas se repetía, invariablemente, año tras año. El mundo era de los jóvenes. De los jóvenes que deseaban a las mujeres.

Se dijo a sí mismo que no bien llegasen al portal de su casa le daría las gracias a Fink. El joven respondería algunas de esas palabras consabidas, como: «Gracias a usted por permitir que le acompañe». La diferencia entre esa probable réplica y la misma dentro de un par de años consistía en que sólo sería franca la contestación de hoy.

Por su parte, O'Tooley jamás le confesaría que su agradecimiento no era debido sólo a su compañía; que su franqueza, la franqueza del joven Fink, reanimaba un poco su lánguida fe en los hombres. ¿Cómo iba a decirle eso sin explicarse demasiado?

9. EL PRECIO DEL ÉXITO

1

El show de Donovan: así rezaba el nada discreto rótulo de la entrada, un cartel luminoso con luces de neón, el último grito en alumbrado comercial.

El sábado, 6 de octubre de 1928, a las ocho menos diez de la tarde, docenas de periodistas obstaculizaban el paso de los viandantes que aún abarrotaban las aceras. Los fotógrafos disparaban sus *flashes* cuando Eve y Evelyn Paradise hicieron su aparición. De acuerdo con lo que habían difundido los representantes de Eve, la actriz acudiría al estreno de un novedoso *show* en el 110^[2] de Madison Street. Ella y su madre fueron las últimas en entrar, poco después de que un anciano en silla de ruedas, un tal señor Murdoch, a cuya diestra caminaba un joven de fino bigote, fuera conducido hasta la primera fila por un criado.

La sala, a pesar de su relativa amplitud, resultó del todo insuficiente para acoger a la concurrencia. De hecho, sólo parte del público había logrado acceder al interior, mientras el resto se quedaba a las puertas.

—Una de tus felices maniobras mentales —observó Eve—. Hacerme venir a esta farsa.

—Mañana saldremos en todos los periódicos, cariño. Créeme, la publicidad nos beneficia —dijo Evelyn, que aspiró una calada de su boquilla.

—Te lo advierto, Evelyn. Estoy harta de *flashes*. Haré que me saquen por la puerta trasera.

—Pues harás mal. Estás siendo descortés con los reporteros. Como eso de traer tu propio coche, para luego pasar desapercibida.

No había palcos, pero una hilera de butacas de felpa sobre un entarimado, resguardada por una baranda con balaústres, recorría los laterales. En las más próximas al proscenio estaban sentadas Eve y su madre.

Sólo el escenario, una vez que se abrieron los cortinones, pareció lo suficientemente espacioso como para acoger una función memorable en los anales del mundo del espectáculo de Chicago.

Es verdad que del escándalo se informó al día siguiente, con pelos y señales, en el *Chicago Tribune*, el *Daily News* y el *Evening Post*; pero todo el que acudió al estreno verificó que crónicas y gacetillas resultaron insuficientes para suplir los testimonios directos.

Pocos, muy pocos se arrepintieron de asistir a la lección de apostura y encanto del protagonista del *show*, el joven Donovan, a quien la prensa empezaría a llamar el «nuevo Mesmer», por sus dones y la arrebatadora y desenvuelta actitud con la que se

metió al público en el bolsillo. ¿Y qué decir de su gentileza o de su ingenio, osado en el punto justo para suscitar, no la envidia, sino la complicidad de sus congéneres? En pocas palabras, presenciar la suma de aquellos insólitos talentos se convirtió en deseo retrospectivo de la mitad de las damas de la ciudad y de un porcentaje no despreciable de liberales caballeros, quienes, además, habrían dado años de vida por haber asistido a lo que ocurrió. Pero ¿quién de los presentes habría podido vaticinar el curso de los acontecimientos?

Las sorpresas se sucedieron una tras otra. Conforme avanzaba el *show*, el joven Donovan se volvió cada vez más lanzado. Los números, que siempre protagonizaban espectadores voluntarios, superaban cualquier elogio. Pocos dejaron escapar una o varias interjecciones durante las tres fugaces horas que duró aquello. ¿Se trataba sólo de admiración?, era para preguntarse. Ni hablar. El público gozaba y padecía, alternativamente. Simpatizaba con el espectador que osaba atreverse; pero, a la vez, cada uno, en su fuero íntimo, experimentaba hacia ese hombre sin igual una mezcla de horror, humildad y deseo. Era un caos de inauditas sensaciones. Un caso para haberse confundido con enamoramiento.

Maravillaba verle con el frac, capa y sombrero de copa, balanceando a derecha e izquierda su reloj de bolsillo dorado y con esa viril apostura que le hacía resplandecer en el proscenio. Estaba ahí para enseñorearse de la voluntad de los otros. Y hasta su ayudante, pese a que observaba fielmente su cometido, se diría invisible. Era un ser gris y cargado de hombros, que atendía al nombre de Amós y se colocaba junto a su jefe, en el costado menos próximo al público, siguiendo muy al detalle las evoluciones de la hipnosis. Mientras, el hipnotista ordenaba al voluntario que cerrase los ojos, y el reloj continuaba su balanceo y él parecía bisbisear a su víctima.

Respecto a lo que se publicó y leyó con avidez al día siguiente, cabría preguntarse cómo había conseguido el hipnotizador que un augusto caballero accediera a subir y, tras haberse prendado del vaivén del reloj, se pusiera a gatear de un lado a otro del proscenio ladrando. ¿Cómo se podía aceptar que, merced al trance a que había sido inducida una mujer, el hipnotizador adivinase todos los objetos que su esposo, sentado entre el público, guardaba en su chaqueta? ¿Cómo entender que un conocido especulador de Wall Street, de paso por Chicago, se sometiera a los influjos de Donovan y, tras el ritual de rigor, revelara sus pronósticos bursátiles para el año en curso mientras una parte de la concurrencia tomaba nota? O, en el colmo de la audacia, ¿quién se explicaba que, en pleno trance, un padre confesase que su hijo, presente en la sala, no era hijo natural suyo, para regocijo de todos? ¿Se podía ir más lejos, ser más efectista?

La audiencia, cautivada hasta las lágrimas, aplaudía, ovacionaba y se encogía en sus asientos mientras Mike W. Murdoch, hijo del acaudalado señor Murdoch, no le quitaba ojo a Eve.

—Donovan es guapísimo. Estarás de acuerdo, cariño —dijo Evelyn. Eve tardó en responder. Esbozó una sonrisa pícara.

—Es un embaucador. ¿Quieres que te lo demuestre? —replicó poco antes de que el hipnotizador, con la mirada fija en ella, solicitase la presencia de la actriz.

A partir de aquí, los cronistas de sociedad se contradicen. Sin embargo, hay puntos concretos que ninguno discute, a saber: *Primero*. Que Eve subió al escenario y que iba tocada con un turbante blanco y vestía un modelo de alta costura obsequio de la mecenas de arte, Peggy Guggenheim. *Segundo*. Que el asistente de Donovan Curtis, comprensiblemente intimidado por la presencia de la estrella, o advirtiéndolo, tal vez, que debía hacerse a un lado, se petrificó a unos pasos de la deslumbrante pareja, y que Donovan le dio la espalda y desplegó la cadena de su reloj de bolsillo frente a la actriz. *Tercero*. Que el hipnotizador la hizo sentar en una de las sillas y dio comienzo al protocolo. *Cuarto*. Que cuando el asistente pareció salir de su particular trance, Eve Paradise ya se había puesto en pie y, en respuesta a la orden del nuevo Mesmer, y como si de una nueva danza de los siete velos se tratara, comenzó a desvestirse de modo harto insinuante. *Quinto y último*. Que de no mediar una contraorden, la señorita Paradise, Dios sabe si emulando a la famosa dama del vodevil Gipsy Rose Lee, se hubiese quedado sin prendas de las que despojarse.

2

El ciego estaba sentado en una de las tres sillas del camerino. Su apariencia era la de un septuagenario enfermo. Tenía el rostro cubierto de surcos y arrugas, y la nariz bulbosa y violácea, un cabello grisáceo y ralo. Arriba, en el escenario, las ovaciones anunciaban un éxito estruendoso. De un golpe, el ciego apartó el plato que le ofrecía su hijo. El plato fue a estrellarse contra el suelo y se hizo añicos.

—Pásame la botella, Amós. ¿Dónde la guardas, estúpido? —preguntó el ciego visiblemente borracho.

—No queda ninguna —dijo Amós recogiendo los trozos del plato y los restos de comida desperdigados por el suelo.

—¿Y por qué no estás con Donovan, haciendo reverencias como un mono? ¿Tanto te cuesta? ¿No hemos triunfado? ¿Qué demonios haces aquí?

Los vítores y los aplausos reclamaban de nuevo la presencia del hipnotizador. Su asistente se había esfumado porque evidentemente sobraba. Prueba de ello es que el público no había acusado su falta cuando bajó al camerino para atender a su padre.

—Mejor que esté solo.

—¡Mejor que esté solo! —En tiempos, el viejo había sido un hombre con ángel para las mujeres, pero el trabajo duro y el alcohol habían hecho estragos en él—. Lo que pasa es que te falta coraje. No sirves para nada, inútil. De no ser por Donovan no tendríamos qué comer. ¿Te parece suficiente con pasar las horas muertas viendo

películas?

—Hago algo más que ver películas, padre.

—Dijiste que Hawai nos traería fortuna, me arrastraste porque te negabas a luchar en el ejército, a cumplir con la patria en la guerra de África. Luego, dijiste que América nos traería fortuna. Y ya han pasado... ¿Cuántos? ¿Ocho, diez años desde que llegamos a América? Menos mal que Donovan también contribuyó con su dinero; si no, ¿qué habría sido de nosotros? Y, a cambio, ¿qué pusiste tú? Hasta aceptó establecerse en Chicago, como tú querías, en vez de hacerlo en Nueva York. ¿Qué se nos ha perdido en Chicago? Pero, bueno, ya que estamos aquí, ¡sube y hazte respetar! ¡Aprende a imponerte!

Imponer la voluntad sobre los otros, sólo eso contaba en este mundo, el don maldito. Y, sin embargo, en todo lo demás, él se esforzaba.

Llevaba años esforzándose. Había nacido en el sur de España, como Donovan. En un pueblo cerca de Sevilla. Sobrevivió a las epidemias y a la hambruna que asoló la región en el alborar del siglo xx, y soportó como pudo los tres años de servicio militar. Pero cuando en 1909 comenzaron a llamar a los reservistas para una nueva guerra en África, Amós decidió que no quería morir en un pedregal de Marruecos. En compañía de su padre buscó un puerto donde embarcarse y empezar una nueva vida al otro lado del mar. Recalarían así en Cádiz, y luego en Algeciras, desde donde intentaron pasar a Gibraltar. Todos sus esfuerzos fueron baldíos: en algunas ocasiones se tropezaban con impedimentos legales, y en otros el precio del pasaje era demasiado elevado para su modesta economía. Al cabo de un año llegaron al puerto de Málaga, donde por fin encontraron un navío que los conduciría hasta un océano al otro lado del mundo: a las islas Hawai.

De aquel periplo hacía diecisiete años. Y él continuaba esforzándose.

Se esforzaba por encorvarse en el escenario y parecer más bajo que Donovan, o por aparentar más de sus cuarenta y tres años, gracias al maquillaje, y así darle un aire más tétrico al asistente del hipnotizador, porque, en verdad, sus facciones desprendían una dulzura y una inocencia poco menos que insobornables. Se esforzaba por que su padre se enorgulleciese de él. Se esforzaba por estar a la altura de las circunstancias. Y desde que a su padre le habían diagnosticado la diabetes, se esforzaba por cuidar de él. Pero el único tratamiento para la enfermedad, llamado Iletin, resultaba muy caro: una insulina que se aislaba a partir de páncreas de animales y que sólo podía suministrársela ocasionalmente.

Se esforzaba tanto. Toda la vida llevaba esforzándose. Cuánto secreto rencor no guardaría por ello. Las películas, sí. Las películas eran su único consuelo pues, en la vida real, ¿a qué mujer podría hacer feliz? ¿Quién habría consentido en casarse con un medio hombre?

—No lo entiendes. Es a él a quien aman —dijo limpiándose con rabia el maquillaje frente a un espejo.

Además, hoy notaba más sed que otras noches, y el adormecimiento de las manos

y de los pies no remitía.

—Quiero una botella. Necesito una botella —dijo su padre.

El hijo abrió uno de los armarios y cogió una botella de tinto, que le puso en la mano al ciego, y siguió desmaquillándose.

—Bebiendo así te vas a matar.

—Si tu madre y tu hermana no hubiesen muerto, me habría quedado en España. Tener un solo hijo es como no tener ninguno. ¡Acabarás jodiéndolo todo, como siempre!

El público aún aplaudía a rabiar cuando Donovan compareció en el camerino, hermoso como un amante saciado, el flequillo sobre la frente, el frac impecable y el fular blanco que pendía de cada lado del cuello, por encima de las solapas. Como el ojo de Evelyn diagnosticase, Donovan pasaba sin grandes apuros por un joven de veinticinco años.

—El mundo a nuestros a pies —dijo mientras Amós daba por terminado el protocolo de limpieza del maquillaje y se agachaba para recoger varias esquirlas del plato roto.

—¿Cómo te has atrevido? —preguntó Amós suavemente, sin levantar la vista del suelo. Tenía una calmada y nada agresiva manera de hablar. Pronunciaba las palabras con desconfianza, como si calibrase el daño que cada una era susceptible de hacer—. Ha estado mal. Lo sabes igual que yo.

—Veamos —dijo Donovan—, si el viejo Murdoch sigue adelante y le hace caso al calvinista de su hijo, se va a encontrar con medio Chicago en contra. Y nosotros, con cientos de ofertas sobre la mesa. Entonces, ¿qué ha estado tan mal?

—Todo. Poner a esa gente así, en evidencia. Humillarla. Y ella... ¿Cómo has sido capaz? —lo miró con ojos húmedos, ojos de perro.

—Cuidado. No voy a permitirte. Yo no hice nada de nada. Me temo que todo lo hizo ella.

—Sabes que lo está pasando muy mal —continuó Amós—. Que su carrera está al borde del abismo. Es muy duro para ella. Tú sabes que es... que es...

—¿Que es tartamuda? —preguntó Donovan—. Pues no será por ti, Amós, que lo sé.

—Ella no es tartamuda. ¡No lo es! —repitió Amós.

—¿Ella? ¿Quién es ella? —preguntó el viejo, y bebió un trago de tinto a gollete.

—Una actriz célebre, señor Zambrano. Conseguí que hiciese un *striptease* para el auditorio.

—¿Hiciste que se desnudara en público? —preguntó admirativamente el viejo.

—Efectivamente —asintió Donovan.

—¡Por favor! —suspiró Amós poniéndose en pie con las restos que había recogido y que tiró a la papelera.

—Dejando de lado los celos artísticos, lo único que debe importarnos —dijo Donovan— es que vamos a ser la comidilla de Chicago. ¿Consecuencia?: éxito y

dinero.

Los aplausos y los gritos proseguían.

—¡Por todos los santos! —exclamó el ciego, y soltó una risotada—. ¡Lo que no consiga de las mujeres este muchacho! ¿Y era bonita, Donovan? ¿Eh?

—Como un radiante sol de primavera, señor Zambrano —dijo agachándose frente al ciego y gesticulando con el brazo libre extendido—. Tendría usted que haberla visto; pero yo se la describiré. Una piel suave como el mármol, gélida en apariencia, pero, a la hora de la verdad, ardiente como las arenas del Mojave, señor Zambrano.

Amós se tapó los oídos y entreabrió los labios como para hablar, pero de su boca no salió más que una especie de gemido.

—¿Qué le ocurre a ese? No estará llorando —dijo el ciego.

—No haga caso, se tapa los oídos —voceó Donovan, que guiñó un ojo a Amós—. ¿A dónde vas? —le preguntó.

—Necesito verla —dijo Amós con voz sofocada.

—Creo que yo también subiré —dijo al poco Donovan—. Parece que me reclaman.

—¡Marica! —gritó el viejo arrastrando las sílabas—. ¡Tengo un hijo que es un marica de mierda!

Amós se dio la vuelta y, precediendo a Donovan, que lo perdió de vista en el acto, subió la escalera en un estado de agitación difícil de describir.

Caminando, como era su costumbre, a saltitos veloces, se dirigió a la puerta de atrás, la llamada *entrada de artistas*, y salió huyendo a la calle, donde nunca correría el riesgo de ser reconocido. Cambió de acera, respiró hondo y siguió caminando, para sosegarse. A lo lejos, vio a dos mujeres de espaldas.

Minutos antes de subir Amós, y de que Donovan hiciera una última aparición sobre las tablas, exactamente mientras se desarrollaba la última escena del camerino, y con objeto de confundir a los periodistas que estuvieran al acecho en la puerta principal, uno de los acomodadores había acompañado a Eve y a su madre a la puerta trasera. De forma simultánea, dos tipejos que podrían haberse confundido con una pareja de gánsteres, uno gordo cual masajista de los baños turcos y el otro alto como una cigüeña y con un ojo de cristal, se precipitaban hacia la puerta que daba a Madison Street, aquella por donde, con arreglo a lo que habían adivinado desde sus butacas, la estrella de Hollywood evitó salir.

Eve, que había sustituido el exótico turbante blanco por un discreto pañuelo negro, y su madre echaron a andar a buen paso por Calhoun Street, paralela a Madison. Eve miraba hacia atrás con insistencia y, como tantas otras veces, fue torpe a la hora de eludir una discusión con su madre; hasta el punto de amenazar a Evelyn con dejarla plantada si proseguía en la misma línea de reproches.

En plena discusión, un joven elegantemente trajeado y con un bigotillo, que, a ojos vista, procedía de una calle transversal que confluía con Madison y Calhoun, las abordó de frente y descubriéndose en presencia de Eve, dijo:

—Discúlpeme si voy demasiado al grano, señorita Paradise. Mi nombre es Mike W. Murdoch —dijo alargándole una tarjeta a la que Eve echó una furtiva ojeada. El joven se subió el cuello del gabán—. Me cabe el honor de haber coincidido con usted en el espectáculo de hipnosis. ¿Aceptaría que la invitase a cenar?

Eve lo miró sin pestañear y, con una media sonrisa, replicó:

—Me siento honrada, pero es un poco tarde. Y, normalmente, antes que por los peatones me inclino por los automovilistas, señor Murdoch. Los años me han vuelto cómoda. Buenas noches —le devolvió la tarjeta y ambas mujeres reanudaron la marcha.

La réplica de Eve no hizo sino echar más leña al fuego entre su madre y ella. Eve, de cuando en cuando, miraba hacia atrás. Evelyn la tildaba de ser descortés con sus admiradores, como antes lo había sido con los periodistas que la esperaban en la puerta principal. Madre e hija se acalararon y la discusión entre ellas se reavivó. Poco después, Eve, que había agotado su paciencia, dejó plantada a Evelyn en plena calle y se marchó por su lado.

Mientras tanto, Amós, que había perseguido a Eve en cuanto reconoció a la actriz por la espalda, fue tras ella durante un buen rato. Siempre por la acera opuesta, Amós vio cómo Eve doblaba a mano derecha y enfilaba La Salle Street, la siguió sin detenerse hasta que un Cadillac Town Sedan de color verde lo rebasó de largo y, poniéndose a la altura de Eve, el automóvil se detuvo con ella. La actriz pareció intercambiar unas palabras con el conductor. Oteó a un lado y a otro, se quitó el abrigo y acabó metiéndose en el auto justo cuando el taxi que venía de frente deslumbró con sus luces a Amós, que, fugazmente, dejó de ser una sombra y se tapó los ojos mientras el Cadillac arrancaba.

3

Al día siguiente, ya en las ediciones matinales, ni un solo diario importante dejaba de hacer referencia a *El show de Donovan* y, más en particular, al *striptease* de Eve Paradise.

—No puedo creer que haya hecho lo que ha hecho —dijo Mildred secándose las manos en el mandil mientras leía las portadas de los periódicos con ojos como platos—. Dígame que mienten todos y la creeré. Me va a costar menos creerla a usted que a los periódicos.

—Estaba hipnotizada —repuso Eve, y prosiguió maquillándose frente al espejo del tocador.

—¿Se cree que soy tonta? ¡Desnudarse en público! —dijo sin sacar los ojos de la prensa—. Y llegó usted muy de madrugada. ¡Que la oí! Debían de ser las cinco y

media. Superó usted a su madre.

—Qué orgullo. Y, ¿por cuánto?

—Casi una hora, pero su madre llegó acompañada de un hombre.

—Buen provecho. ¿Qué más viste?

—¿Ver? ¡Vamos! Yo oigo, pero no miro. No me levantaré para eso. *La novicia*, que parece una vaquera rubia de Arkansas, se levantó medio sonámbula para beber agua. Se dio la casualidad.

—Y, ¿qué vio *la novicia*, como tú la llamas?

—Que su madre de usted traía una papa morrocotuda. Lloraba como una Magdalena.

—Al menos, se consoló con un hombre.

—¿Consolarse? ¡Esa sí que es buena! Le entró como un llanto nervioso. Su madre metió un jaleo que no le voy a narrar.

—¿A quién hemos contratado Mildred, a una doncella o a una espía?

—Ya le digo, casualidad. De todas formas, fui directa a por *la novicia* como uno de esos *torpedos* del hampa. Le solté: «O te tragas la lengua o te la rebano de un tajo». Estoy segura de que no debemos preocuparnos por ningún chismorro.

—Debería despedirla —dijo Eve—. Y otra cosa, Mildred. Anoche regresé a casa temprano, por lo que pueda suceder. Estaba de vuelta después del *show*. ¿Queda comprendido?

—¿Para todos?

—Para todos.

—¿Incluida su madre?

—Incluida, sobre todo, mi madre.

—Cada año anda usted más descarriada.

Sonó el teléfono. Mildred descolgó. Siempre había preferido los teléfonos de gancho, y no estas modernidades.

—¿Habitación de la señorita Paradise? Ah, señor Zimmermann, buenos días tenga usted... Claro... No sé si estará... No cuelgue —con la mano sobre el micrófono, Mildred silabeó—: es el Zorro; perdón, el señor Zimmermann. Quiere aparecer por aquí. ¿Está católica?

Eve se levantó del taburete e hizo un expresivo gesto para que le pasara el teléfono.

—Buenos días, Martin. Sí, claro que estoy visible; bueno, casi... No. Todavía no. ¿Los has leído? Comprendo. Estaba bajo efectos hipnóticos, ¿no se dice así? ¿Tú crees? ¿Será bueno para la película? Excelente. Estaré lista en cinco minutos. Te espero.

—Hipnotizada, sí —dijo Mildred como para sus adentros—. A otra con ese hueso. ¡Desnuda y bien desnuda! —y se deslizó fuera del dormitorio.

—El Ministerio Fiscal tiene la palabra —dijo el juez Mason.

—Con la venia, señoría —empezó el fiscal Garrett—. Caballeros del jurado, hace tres meses y medio, exactamente, el domingo, 7 de octubre de 1928, el señor Murdoch dio parte de la desaparición de su hijo, Mike W. Murdoch, cuyo cuerpo habría de localizarse once días después a las afueras del municipio de Highland Park, a unas veintitrés millas al norte de esta ciudad, horrosamente mutilado y enterrado en un bosque próximo a las costas del lago Michigan.

»No estará de más recordar que la investigación de dicho crimen, así como ciertas vicisitudes tristemente célebres que durante semanas acapararon la atención del público hacia la persona del reportero Jake Lingle y de su periódico, el *Chicago Tribune*, pusieron a la policía sobre la pista de otros cuatro crímenes. Crímenes, por otra parte, distanciados en el tiempo, el primero de los cuales se remontaba a 1924. Por último, todos y cada uno de los cadáveres hallados presentaban inquietantes similitudes: se trataba de hombres, todos ellos jóvenes que habían desaparecido, con o sin denuncia previa, y, con arreglo a los análisis forenses, se dictaminó que al menos cuatro víctimas —los restos de Rick Patterson no permitieron comprobarlo—, habían sido emasculadas.

—Me permito recordar al Ministerio Fiscal que tiene a la testigo propuesta aguardando —intervino el juez Mason.

—Concluyo, señoría. Añadiré tan sólo que alguien acuchilló a la víctima, el señor Mike W. Murdoch. La acuchilló en el corazón diez veces hasta morir, después procedió a castrarla y, por último, le introdujo los genitales en la boca. —Repetidas exclamaciones de horror entre el público de la sala.

—¡Silencio entre el público! ¡Háganme el favor! —golpes de martillo.

—Caballeros del jurado —el fiscal Garrett hizo una larga e histriónica pausa—, quiero agradecer, en nombre de este Ministerio Fiscal al que represento, el valor que demuestra la testigo al prestar su colaboración. No cualquier madre, con sus años, sus mismas y dolorosas circunstancias, y sus crisis nerviosas, habría comparecido a fin de que se esclarezcan los hechos y resplandezca la verdad.

—Avance el Ministerio Fiscal —dijo el juez Mason.

—Sí, señoría. Señora Paradise, la noche del 6 de octubre, víspera de que fuera denunciada por su padre la desaparición de Mike W. Murdoch, acudió usted, acompañada de su hija Eve, a un espectáculo de hipnosis en el 110 de Madison Street, *El show de Donovan*. ¿Es esto cierto?

—Así es —repuso Evelyn—. A pesar de mis años, ese día no estaba en condiciones tan lamentables como para no ir a un estreno.

—Al terminar la función, ¿por dónde salieron ambas?

—Digamos que mi hija tenía decidido que saldríamos por la puerta de atrás, la

llamada *entrada de artistas*. La idea era sortear a los reporteros. Un acomodador tuvo la gentileza de acompañarnos.

—Continúe. ¿Qué pasó a continuación?

—Bueno, íbamos caminando por esa calle, no recuerdo cómo se llama, la paralela a Madison, por detrás.

—Calhoun Street —puntualizó el fiscal Garrett.

—Pues bien, Calhoun Street. Llevábamos un buen rato. Íbamos discutiendo porque a mí me parecía que mi hija no había hecho bien al huir de la prensa cuando, de repente, un joven de bigote se paró delante de nosotras.

—¿Podría describirnos a ese joven?

—Mediana estatura, con bigotito. Pelo castaño. Ni fu, ni fa —risas ahogadas del público—. Muy bien trajeado. Se presentó como Mike W. Murdoch.

—Esta es la última foto tomada del joven Mike W. Murdoch. ¿Era el mismo joven con el que se cruzaron?

—Sin la menor duda.

—Solicito que esta foto sea clasificada como prueba 1A, y que se entregue la foto a la defensa para su examen —dijo el fiscal Garrett, que dejó la foto sobre la mesa de uno de los dos funcionarios.

—Recibida y clasificada. Entréguese la foto a la defensa —dijo el juez Mason—. Puede proseguir.

—¿Recuerda sobre qué hablaron Mike W. Murdoch y ustedes?

—El caballero, ese hombre, Murdoch, la invitó a cenar en un visto y no visto.

—¿Y ella aceptó?

—No. Mi hija repuso que tenía más inclinación por los automovilistas que por los peatones. A buen entendedor...

Inquietud en la sala. Se oyó el martillo del juez Mason.

—¿Y después?

—La verdad es que mi hija estaba muy nerviosa. No dejábamos de discutir. Para qué voy a decirle una cosa por otra.

—Prosiga, señora Paradise.

—El caballero Murdoch, naturalmente, se retiró y nosotras seguimos caminando y, debo decir también, discutiendo. En un momento dado, Eve y yo nos separamos.

—¿Se separaron?

—La discusión había subido de tono. Eve dijo que me volviera a casa en un taxi mientras ella cogía el coche. De manera que tomé uno de esos horribles coches amarillos de la Yellow Cap Company. La empresa fundada por John Hertz, Dios lo bendiga.

—De acuerdo, señora Paradise —dijo el fiscal.

—Tiene unos conductores guapísimos.

—No nos desviemos del tema. ¿Su hija y usted habían ido al estreno en su propio coche?

—Efectivamente. Al salir, mi hija quería pasar desapercibida a todo trance.

—¿Recuerda dónde estacionaron el auto, señora Paradise?

—La Salle Street, se llama. Perpendicular a la calle... ¿cómo ha dicho?

—Calhoun.

—Calhoun, sí.

—Y, ¿qué hora era cuando dejó usted a su hija?

—No estoy segura.

—Aproximadamente, señora Paradise. Le ruego que trate de recordar.

—Me está usted poniendo nerviosa. No sabría decir. Once y media, doce menos cuarto. Quién sabe. ¿Podría fumar un cigarro?

—No me opondré si es imprescindible para la testigo —dijo el juez Mason en un tono insuperablemente plácido.

—Creo que podré prescindir.

—Bien, ¿qué hizo a continuación, señora Paradise? —preguntó el fiscal Garrett.

—¿A continuación? —Evelyn se quedó atónita, como si la hubieran pillado en falta y el fiscal Garrett, en vez de un garante de la justicia, se hubiera convertido en un adversario—. Pues, pues seguí paseando. Encontré un taxi, hice que se detuviera, le di mi dirección al taxista y, una vez en casa, me tomé un sedante y me acosté temprano. Eso hice.

—No hay más preguntas —dijo el fiscal Garrett.

—La defensa puede preguntar, si lo desea —se oyó al juez Mason.

—Con la venia, señoría —intervino el abogado defensor encaminándose hacia el estrado de la testigo—. Seré muy breve, señora Paradise. ¿Su hija le había dicho a alguien que saldría por la puerta trasera o, por el contrario, lo mantuvo en secreto?

—Bueno, lo sabíamos el acomodador y yo, naturalmente. Eve se lo dijo poco antes de terminar la función, con las luces apagadas. Era muy galante el acomodador. No se separó de nuestro lado.

—¿Vio usted a mi defendido justo antes de que su hija y usted salieran por la *entrada de artistas*?

—No. Él no estaba en el escenario, aunque todo el público aplaudía puesto en pie. Supongo que estaría entre bastidores.

—¿Supone?

—Sí. No sé. Supongo.

—¿Vio o no vio entre bastidores al acusado?

—No.

—Y, una vez fuera, ¿vio usted a alguien persiguiéndolas por Calhoun Street?

—No.

—Señora Paradise, en la puerta principal del teatro, entre periodistas y curiosos, ¿cuántas personas calcula que habría en el momento en que llegaron su hija y usted al estreno?

—Bueno, la expectación era grande. Un montón. ¿Cien? ¿Doscientos?

—A la salida de un estreno al que acude una celebridad como su hija, ¿suele haber, al menos, tantos periodistas y curiosos como en el momento de la llegada al estreno?

—¡O más! ¡O más!

—Entonces, ignorando lo que sólo sabían su hija, usted y el acomodador que las acompañó a la puerta trasera, le pregunto: para un admirador de su hija, para un devoto incondicional de la actriz Eve Paradise que pocas veces había tenido la oportunidad de verla tan de cerca como esa noche y que estaba dentro del teatro, ¿por qué puerta diría usted que sería más cómodo contemplar a su hija, saliendo por la puerta trasera y dando toda la vuelta a la manzana, con cien, doscientos o más periodistas y curiosos que se interponían y obstaculizaban la visión de cualquiera que acabase de llegar, o saliendo por la puerta principal?

—No sé. Supongo que por la puerta principal.

—Eso es lo que yo también diría, señora Paradise. Eso es lo que yo también diría. No hay más preguntas.

10. MIKE W. MURDOCH

1

—Normalmente, antes que por los peatones, me inclino por los automovilistas, señor Murdoch —oyó una voz masculina.

No hacía ni diez minutos que Eve había dejado a su madre plantada en plena calle.

Se había atrevido a decirle que tomase un taxi, a gritarle que estaba insufrible y, a continuación, tuvo la suficiente presencia de ánimo como para largarse. Qué deliciosa sensación de libertad, entonces. Lo que menos necesitaba eran disputas neuróticas. Caminar era lo que le apetecía, desembarazarse de la gente, periodistas, admiradores o madres, dedicarse sólo a pensar en él, pues, desde que había salido con Evelyn por la *entrada de artistas*, se descubrió con la imagen del joven Donovan Curtis bullendo en su interior. Donovan Curtis, el mago que esa noche acababa de robarle más que la voluntad, el corazón, y cuyas palabras repicaban aún en sus oídos como en un templo.

Es verdad que, desde hacía un rato, algo la inquietaba y le impedía concentrarse en él: tenía la seguridad de que un automóvil circulaba a sus espaldas y que, intencionadamente, no acababa de rebasarle. Siguió adelante sin volverse; además, la calle no estaba muy iluminada y hubiera dicho que el auto no llevaba los faros conectados. Entonces fue cuando vio proyectarse frente a ella dos conos de luz y oyó a su altura la voz de un hombre. Una voz joven. Una voz, hasta cierto punto, conocida:

—«Normalmente, antes que por los peatones, me inclino por los automovilistas, señor Murdoch» —dijo la voz—. Admita que no ha tenido tiempo de olvidarme, señorita Paradise.

Fue mirar hacia su izquierda y ver a Mike W. Murdoch al volante de un Cadillac Town Sedan, con la cabeza muy próxima a la ventanilla del copiloto. Se detuvo. El Cadillac frenó a su vez. De forma instintiva, la actriz oteó a un lado y a otro, nadie venía, y temiendo que Murdoch pronunciara su nombre en plena calle, o quizá temiendo los faros del coche que venía de frente, se quitó el abrigo y, ya dentro del auto, cerró la portezuela que el joven acababa de abrir.

—Recuerdo también que me invitó a cenar, señor Murdoch —dijo Eve—. Y puesto que no me apetece cenar y mi coche está aparcado en esta calle, despedámonos.

—Antes, la llevaré a dar un paseo. Así nos conoceremos. Este es un auto fantástico. Como el de Al Capone.

Ni ella misma estaba segura de por qué no había rechistado cuando el joven Mike

W. Murdoch tomó la iniciativa con aquellos humos.

—¿Va siempre disfrazada, señorita Paradise? —preguntó el joven pisando el acelerador.

—¿Disfrazada?

—Las gafas, el abrigo. Ya me entiende. ¿Es para que nadie la reconozca? Creía que una estrella de cine adoraba que la reconocieran por la calle. A mí no me importaría.

—¿Qué edad tiene, señor Murdoch?

Mike W. Murdoch apretó las mandíbulas y dijo:

—Veintiséis. Pero cuando triplique la fortuna de mi padre, me reconocerán.

Con el mismo y crispado aplomo, se quitó el sombrero, lo echó en el asiento de atrás y se aflojó el nudo de la corbata con una mano.

Eve podía haberle hecho parar. No había necesidad de poner más énfasis del preciso; sin embargo, lo desechó. ¿Por qué? ¿Por qué no lo hizo?, se preguntó horas después.

Quizá porque adivinaba algo familiar en ese joven que, a la vez, la estremecía y subyugaba. Algo duro y egoísta que formaba parte indisoluble de su personalidad masculina y que convertía a una mujer como ella en presa fácil, en rehén voluntario. Aquel instinto salvaje, la fuerza elemental que se abría paso a través de los gestos y de las palabras del chico, ella lo reconocía.

Por ejemplo, el modo en que se aferraba y manejaba el volante, o el modo en que se negaba, sin pronunciar la palabra *no*. Por ejemplo, la certeza del poder físico, su suficiencia, su inaptitud para compadecer y el goce espantoso que se derivaba de ahí. Todo cuanto le repelía de los hombres estaba junto a ella, en estado puro, conduciendo un Cadillac y, no obstante, también estaba aquello que Eve amaba y que tanto se hacía perdonar: la juventud. Sí, la juventud fue lo que impidió a Eve obligarle a frenar mientras el coche discurría, imparable, hacia las afueras de Chicago.

Por otro lado, la irritaba más de lo que hubiese querido la imagen del hipnotizador clavada en su cabeza, su necesidad de él. Aquel hombre que no tenía nada en común con nadie, su magnetismo y el recuerdo de lo que había pasado encima del escenario le robaban la poca serenidad que le quedaba, y sabía que volver al hotel significaba revisar la secuencia obsesivamente y en vano.

Así que dejó que Murdoch se impusiese al recuerdo de Donovan para neutralizar el foco de su angustia y, sin apenas transiciones, el muchacho empezó a hablarle de sí mismo con elocuencia.

Mike W. Murdoch: alguien que siempre había visto satisfechos sus antojos. Un hijo único consentido, producto de la ternura ciega de unos padres rigoristas en casi todo, excepto para llevar a buen puerto su crianza y educación.

A Eve le asombraba que unos padres pudieran amar así a un hijo, guiados sólo por el principio tácito de que su vida valía un imperio. La complacencia con que

hablaba de su propio pasado cuando Eve ni tan siquiera podía recordar una parte del suyo. Por no hablar del entusiasmo que experimentaba por la montería —abrió la guantera para enseñarle un cuchillo, le dijo que en el maletero guardaba una escopeta — y su devoción por la ética más conservadora, cuando Eve odiaba la caza — siempre la había odiado, sin saber por qué— y el Partido Demócrata le parecía medieval mientras no se postulara en favor de los derechos de la mujer. Todo ello revelaba en Mike W. Murdoch un desconocimiento profundo de lo que significaba sentirse humillado, desplazado, sin certezas, precisamente como cualquier mujer sensible.

Sin ir más lejos, ¿por qué había llegado ella a ser actriz? ¿Por qué seguía forjándose un destino, a ciegas? ¿Por qué no sabía lo que era sentirse en paz con su alma pese a haber triunfado mientras aquel joven, que aún no había hecho nada de provecho y cuyo único mérito consistía en ser Mike W. Murdoch parecía tener una estrella? Hubiera dado años de vida por saberlo, por que alguien se lo explicara; pero a quién podía recurrir a estas alturas. Y qué podía hacer ahora, montada en un Cadillac último modelo, junto al hijo de un ricachón, salvo dejarse llevar por la marea, *embriagarse*, como siempre decía Jimmy Bowly.

Antes de que Eve tomara dolorosa conciencia, el chico se había desviado de la vía y aminoraba la velocidad. Transitaban ahora por un sendero de tierra, entre árboles frondosos.

—¿Dónde estamos, señor Murdoch?

Por toda respuesta, el chico sonrió. No articuló palabra hasta que detuvo el Cadillac y apagó el motor. El aire era húmedo. Todo estaba en silencio. La luna ponía destellos como escamas en las olas del lago Michigan. A la luz de aquellas claridades, replicó Murdoch:

—Uno de mis lugares preferidos. Highland Park, a orillas del lago —Eve notó un aliento en su cara, el chico buscaba su boca y, de repente, unos labios se pegaron a los suyos.

Simultáneamente, un automóvil oscuro, sin luces, frenó a una prudente distancia, detrás del Cadillac. Nadie se apeó del coche, cuyas ventanillas estaban cerradas.

Por lo que a Eve concernía, no fue una decisión; realmente lo deseaba cuando entreabrió los labios y permitió que Mike W. Murdoch le metiese en la boca su lengua y juguetease.

Era como capitular ante aquello de lo que abominaba, y todo, también el placer no plenamente satisfactorio que la sexualidad le ofrecía, cobraba para ella un sentido nuevo. Hacía mucho, desde que se acostaba con jóvenes, que leía el sexo como un libro grueso y complicado, un libro con una infinita riqueza de variantes interpretativas, pues hasta las palabras habría que elegirlas e inaugurarlas, deberían ser distintas para cada amante. ¿Acaso era igual el sexo con quien amamos que el sexo con quien odiamos, el sexo por caridad que el sexo por ternura, el sexo con quien sólo es apto para infundirnos deseos de protección que el sexo con alguien en

cuyos brazos correríamos a refugiarnos? ¿Acaso era igual el sexo con Jimmy Bowly que el sexo con Rick Patterson o con Mike W. Murdoch? Luego entonces, ¿cómo podía hablarse de sexo siempre con las mismas palabras? Y, sobre todo, ¿cómo sería el sexo con alguien a quien adorase?

Murdoch se desplazó al asiento trasero, desde donde atrajo a Eve. Procedió a quitarle los zapatos y el vestido con una rabia enloquecida que denotaba escaso control sobre sus impulsos, y luego la despojó de la lencería. Y puesto que en ese instante, el único anhelo de Eve era ser amada por alguien que parecía incapaz en absoluto de amar, se rindió al joven Murdoch. Es más, abriéndose a él por voluntad propia, ensayó el placer de humillarse ante la brutalidad masculina.

Desabotonó el pantalón de aquel hombre demasiado joven para hacerse aborrecer, y a continuación la camisa. Con dedos tensos y los labios apretados, le acarició el vientre y la cara interior de los muslos. Había una mezcla en ella de temor, ansiedad y un vacilante deseo cuando la erección del joven alcanzó un grado mínimo para que él pudiera desempeñarse con holgura. A Eve jamás se le habría ocurrido desnudarlo y, a la vista de que Murdoch tampoco abrigaba intenciones de hacerlo, se comprende en qué medida ella estaba a su merced mientras el chico pretendía darle su merecido. Nada menos que eso dijo: «Darte tu merecido».

Se entregó a Murdoch como una niña que extrae un íntimo placer de un castigo. Y sólo cuando Murdoch se deslizó furtivamente dentro de ella y, sin ningún tipo de consideraciones, acometió y empezó a menearse camino del angustioso desenlace, sólo entonces sintió Eve cómo sus ojos se anegaban en lágrimas, se olvidó de los agudos dolores infligidos y, sin apenas darse cuenta, dijo:

—Espacio. Por favor, espacio... ¿Me quieres? ¿Aún me quieres, sí?

Hubo de transcurrir un interminable lapso de tiempo hasta que del otro automóvil, aparcado a una prudente distancia y entre los árboles, un automóvil prácticamente indistinguible, acabaron bajándose Sam Cormick y Harry Gusick.

Nadie habría podido cerrar las portezuelas con más sigilo que ellos. Nada ni nadie habría podido avanzar entre las hojas con más precauciones.

Una hora después, el automóvil que conducía el gordo Sam Cormick, más serio que nunca, estacionaba a las puertas de la floristería de Ritchie Sandino, quien estaba a punto de echar los cierres.

La noticia de la cual Sam y Harry eran portadores les sorprendió más a ellos mismos de lo que habría de sorprender a Ritchie.

sala, la señora de la pamelita verde, y que hoy lucía una pamelita negra, siempre tomaba asiento en la misma silla, al igual que el señor bizco. Ambos eran de los primeros en llegar y, hasta ahora, no habían intercambiado impresiones; pero esta mañana, la mujer de la pamelita negra concedió al señor bizco un cuchicheo en medio del interrogatorio:

—Oiga, ¿ese no es el famoso detective de las intuiciones?

Impertérrito, el señor bizco se recolocó el bigote y afirmó con la cabeza como si la incertidumbre de la dama lo hubiera defraudado.

—Detective O'Tooley —dijo el fiscal Garrett—, ¿cómo procede el departamento desde que el señor Murdoch denuncia a la policía la desaparición de su hijo Mike W. Murdoch, el domingo, 7 de octubre, hasta que tiene lugar el hallazgo del Cadillac Town Sedan del joven desaparecido?

El detective O'Tooley se acarició la barbita terminada en punta.

—De acuerdo con el protocolo, y con la autorización de mis superiores, di orden de que nuestros agentes patrullasen la ciudad. Serían entonces las cinco de la tarde.

—¿Ordenó que se patrullase sólo la ciudad, o también los alrededores?

—Tan sólo el casco urbano. Debo precisar que teníamos la descripción del automóvil del señor Mike W. Murdoch, un Cadillac Town Sedan 1928, de color verde carruaje, así como la matrícula.

—Continúe.

—Al cabo de tres horas y media, en torno a las ocho y treinta de la tarde, una de nuestras patrullas localizó el Cadillac en un lateral del Lincoln Park. En Sheridan Street.

—¿Y qué se descubrió en el Cadillac?

—Me desplazé personalmente al lugar del hallazgo, señor. El automóvil estaba vacío; no obstante, había una gran cantidad de sangre seca en la tapicería de piel gris y también en las alfombras. Sin duda, aquello había sido una sangría tremenda. Y, curiosamente, sólo en los asientos traseros. Dentro de la guantera se encontró un cuchillo de monte que, con toda evidencia, había sido utilizado no hacía mucho. También tenía manchas de sangre seca.

—Solicito la clasificación de las fotos y del cuchillo hallado en la guantera del automóvil como pruebas 2A y 2B —dijo el fiscal Garrett, depositándolas en la mesa del funcionario.

—Recibidas y clasificadas —dijo el juez Mason—. Puede proseguir.

—¿Hallaron algo más que llamase su atención, detective O'Tooley? —preguntó el fiscal Garrett.

—Una escopeta de caza en el maletero; pero no había sido disparada recientemente.

—Una vez inspeccionado y analizado el vehículo, ¿se halló algún indicio, como huellas dactilares, que sirviera a la investigación?

—Únicamente las huellas dactilares del señor W. Murdoch, señor. De hecho,

aquella sangría, significara lo que significase, en absoluto parecía obra de un aficionado.

—¿Qué le hizo pensar eso, detective O'Tooley?

O'Tooley se afiló la barba con dos dedos.

—Mire, es insólito que un aficionado no deje en la escena del crimen ningún indicio, ningún rastro, por leve que sea. Allí no había nada; nada salvo el cuchillo que, por cierto, como había traspasado la camisa y la ropa interior de la víctima, tras analizar la pelusa que había quedado impregnada en su filo y las ropas del cadáver, resultó ser el arma homicida.

—No nos precipitemos, detective O'Tooley. Por sus palabras, ¿debemos entender que, antes incluso del hallazgo del cuerpo de Mike W. Murdoch, dedujo usted que dentro del Cadillac se había cometido un crimen?

—Desde luego, señor.

—La sangre, ¿no podía haber sido sangre de un animal, por ejemplo?

—Nadie mata a un animal dentro de su Cadillac, deja el cuchillo sucio de sangre en la guantera y luego limpia todas sus huellas dactilares, señor; incluso las del mango del cuchillo.

—Comprendo. No obstante, quedémonos, por ahora, en el Cadillac. Pronto llegaremos al cadáver —el fiscal Garrett se detuvo un instante y prosiguió—. A ver si lo comprendo. En su opinión, dentro del Cadillac se había cometido un crimen y la persona que había cometido tal crimen no era un inexperto. ¿Lo he entendido bien?

—Esa es la idea, señor. La persona o personas que habían cometido el crimen no me parecieron inexpertas.

—Dígame, hasta que once días después se publicó la primera y célebre carta en el *Chicago Tribune*, carta de la que muy pocos ciudadanos no estarán al tanto, ¿hubo algún progreso en la búsqueda de Mike W. Murdoch?

—Naturalmente, no teníamos la certeza de que la sangre perteneciera al señor W. Murdoch.

—Naturalmente. Así pues, ¿hubo algún progreso?

—Estábamos totalmente desconcertados, señor. No hubo ningún avance hasta que se publicó la primera carta en el *Chicago Tribune*, junto con el artículo del señor Lingle.

—De acuerdo. Once días después, se recibe esa primera carta en el *Chicago Tribune* que conducirá al hallazgo de los restos de Mike W. Murdoch. Centrémonos, pues, en el hallazgo del cadáver.

11. OBSESIÓN

1

Un mayordomo de uniforme entró en la biblioteca con una taza de café sobre una bandeja de plata. Dejó en una mesita el café y el azucarero para el detective Liam O'Tooley. El mayordomo tenía los guantes de un blanco impoluto. Acto seguido, desapareció de la estancia sin articular una sílaba y cerró la puerta de doble hoja.

—Han matado a Mike, ¿verdad? —preguntó Murdoch padre con el corazón en la boca.

—No estamos seguros, señor Murdoch. Mientras no aparezca el cuerpo, siempre hay esperanzas.

O'Tooley se sirvió dos cucharaditas de azúcar y removió el café. Se oía el tictac de un reloj ilocalizable.

El señor Murdoch estaba en su silla de ruedas, junto a una gran mesa maciza de forma rectangular, con varios sillones de piel grana alrededor de la mesa. Una manta de cuadros escoceses le tapaba las piernas. Su pelo era abundante y algodónoso.

—Haga el favor de sentarse, detective —el señor Murdoch señaló con la mano abierta uno de los sillones.

Silencio y lentitud.

El fuego crepitaba en la chimenea y las paredes estaban revestidas de libros hasta una altura de quince o veinte pies. Por aquí y por allá había lámparas con tulipa *beige* y pie de bronce. Todo era de madera, tal vez caoba, pensó O'Tooley: los paneles, el techo, el suelo, que decoraba un par de alfombras persas, las ventanas, la escalera para alcanzar los volúmenes que estaban más altos. Igual que el silencio y la lentitud, la madera resultaba tranquilizadora. Era la garantía de que no había un interés real por que las cosas cambiasen, de que cualquier cambio era siempre para peor.

Liam O'Tooley tomó asiento en donde se le indicaba y bebió un sorbo de café.

—¿Cómo es su hijo, señor Murdoch?

El anciano, curtido en mil batallas, lo miró con una ligera mueca de sarcasmo.

—Le agradezco la delicadeza; pero no tiene por qué hablar en presente —se retorció las manos—. Mike era único. En muchos sentidos. ¿Es usted padre?

—No, señor Murdoch.

—El orgullo de cualquier padre es su hijo, aunque no sea el hijo que le hubiese gustado tener. Cuando su madre concibió a Mike ya no era una jovencita. No pudimos tener más. Helen nunca lo superó. Deseábamos una pandilla de críos, familia numerosa. Mientras vivió, Mike fue todo para ella.

—¿Su hijo trabajaba con usted, señor Murdoch?

—Mike no necesitaba trabajar. Ese cuento de *trabaja duro*, el gran lema americano, nunca se lo tragó. Yo no desaprobaba su actitud. Le diré que, hasta cierto punto, comprendía sus argumentos. Sólo hasta cierto punto.

—¿Tenía novia?

—No, que yo sepa.

—¿Cómo eran sus relaciones con las mujeres?

—Y yo qué diablos sé, detective. Uno no le pregunta a su hijo cómo se las arregla con las mujeres. Desde luego, sólo necesitaba chasquear los dedos.

—¿Tenía amigos?

—Un par de amigos íntimos, de toda la vida. Y muchos que se acercaban a él sólo por puro interés.

—¿Algún enemigo?

—Ninguno. ¿Se tienen enemigos antes de los treinta?

—¿Algún altercado últimamente, alguna llamada, alguna misiva amenazante?

—Escuche. No era un chico conflictivo, ¿lo entiende? Era especial. Habría llegado lejos, a donde quisiera, con sólo proponérselo. El caso es que no había encontrado una vocación. Por lo demás, no era conflictivo. Era un joven magnífico, sano e inteligente.

—¿Quiere usted decir que no era colérico?

—¿Mi Mike? ¿Colérico? —mover las ruedas para encarar con su silla a O'Tooley—. Oiga, detective O'Tooley, él no lo necesitaba. ¿Lo comprende?

—Eso creo, señor Murdoch —bebió otro sorbo de café—. ¿Notó algo raro en él esa noche, en el teatro, algo que le llamase particularmente la atención?

—No. Su actitud fue la normal.

—¿Le gustaba especialmente la actriz Eve Paradise?

—¿En qué sentido lo dice? ¿Cómo mujer?

—Por ejemplo.

—¿Especialmente? ¿Una actriz? Lo dudo mucho. Mi hijo era serio. Un joven de principios.

Liam O'Tooley suspiró, dejó la taza con su platito en la mesa y se levantó despacio alisándose los pantalones.

—¿Algún dato más que le parezca de interés, señor Murdoch?

Por sus propios medios, Murdoch padre se desplazó hasta una esquina en donde tiró de un cordón.

—No soy yo quien tiene noticias para usted; sino usted quien debería tenerlas para mí.

El periplo que condujo a Amós y a su padre —en ese entonces aún bastante bien de la vista— desde las costas de España al corazón del Pacífico fue excepcional y no lo fue. Lo fue porque merece ser relatado; y no lo fue porque reprodujo las vicisitudes de miles de españoles durante los primeros años del siglo.

Su abuela querida, la madre de su padre, había fallecido meses antes y una inminente guerra en África le hacía sospechar que pronto lo obligarían a incorporarse a filas. Todavía hoy, diecisiete años después de aquel viaje, podía evocar el bosquejo del gallardo bergantín con sus velas desplegadas. Lo peor fue que el navío y su gallardía acabaron siendo reales sólo en los pasquines que, de la noche a la mañana, empapelaron las tapias de muchos pueblos del sur de España.

Aquellos carteles no duraban colgados, pues los pocos que sabían leer acostumbraban a tomarse al pie de la letra las palabras escritas. Hasta hubo quienes entendieron que por sí mismos garantizaban «un pasaje gratuito a Hawai». Qué candorosa inocencia, debieron de pensar los agentes encargados de la recluta, y cuya subselección en Gibraltar estaba dirigida por «J. Lucas Imossi e Hijos». Pero si para hacerse una cabal idea del asunto bastaba con reprimir la sonrisa, acercarse a los pasquines y leer sosegada y descreídamente lo que sigue:



EMIGRACION CON PASAJE GRATUITO AL ESTADO DE HAWAII,

(ESTADOS-UNIDOS DE AMÉRICA)

Descripción de las Islas Hawai, según el célebre viajero M. C. de Variony

..... Es punto menos que imposible hacer comprender, á quien no los ha disfrutado, los incomparables atractivos del clima de las Islas de Hawai. Una temperatura constantemente igual, que todo lo mas varia diez grados, y que casi siempre está á 30° centígrados, un cielo purísimo, apenas velado de vez en cuando por frías nebulas y lluvias oportunas; una naturaleza alegre y lozana, admirablemente iluminada por un sol radiante, constituyen el atractivo mas poderoso para atraer al extranjero y obligarle á prolongar su permanencia en aquellas Islas. Las tempestades son muy raras allí, tan raras como los huracanes, que suelen ser el azote de los países intertropicales, las noches, sobre todo, son sumamente apacibles, y cuando brilla la luna, envolviendo las campiñas en los suaves y misteriosos reflejos de sus rayos, cualquiera se creería victima de una ilusión encantadora. Es tan pura y despejada la atmósfera que á media noche se puede leer á la claridad combinada de la luz y las estrellas. En ninguna parte se extiende la vis lítica con tanto esplendor y majestad como allí: las constelaciones invisibles en Europa, iluminan el espacio y brillan como destabradoras perlas: el mar despierto en la costa sus olas fosforescentes y mece sus plácidos ensueños con lento y monótono movimiento.

Los emigrantes Españoles que quieran acceder á las concesiones y beneficios que ofrecen las Leyes de Inmigración y Colonización del Estado de HAWAII, obtienen pasaje gratuito desde Málaga para dicho Estado, en magníficos vapores de marcha rápida, de más de 12 000 toneladas, con comida, durante el viaje, á la Española, condimentada por cocineros embarcados expresamente para ello.

El Gobierno de dicho Estado, bajo cuya garantía se efectúa la emigración, ofrece, á los VERDADEROS AGRICULTORES un porvenir halagüeño, cuyas ventajas son las siguientes:

Los varones cabeza de familia

20 duros americanos oro, al mes, durante el primer año de trabajo.

21 duros americanos oro, al mes, durante el segundo año.

22 duros americanos oro, al mes, durante el tercer año.

Las mujeres, sus esposas 12 duros oro al mes.

Los demás individuos de su familia que sean mayores de 15 años, 15 duros mensuales, si son varones y 10 duros si son hembras.

Desde que desembarquen, se les facilita una magnífica casa-vivienda (que vale más de 300 pesos oro) agua y luz libre y escuela gratuita, donde reciben educación los hijos menores, para los que es obligatorio asistir á ella.

Y á los 175 años de trabajo, con buena conducta y en los que hayan demostrado que son buenos Labradores (y especialmente para el cultivo de la caña de azúcar), se les cede gratuitamente y en propiedad absoluta y sin gravamen alguno, la casa donde esten viviendo y además una fanega de tierra.

Condiciones que deben reunir los emigrantes

Es condición indispensable que los emigrantes sean agricultores que gozen de buena salud, no padezcan de la vista, que no tengan defectos físicos y que formen precisamente familias cuya constitución puede ser, como sigue:

- 1.º Marido y mujer sin hijos, no teniendo el marido más de 45 años, ni la mujer más de 40.
- 2.º Marido y mujer con hijos, no pudiendo los jefes tener más de 45 años, con tal que haya en la familia un hombre útil de 17 á 45 años.
- 3.º Viudo ó viuda con hijos, teniendo siempre un hombre útil mayor de 17 años y menor de 45 años.
- 4.º Hombre casado no llevando la mujer, pero si llevando hijos con tal que haya siempre un hombre útil de 17 á 45 años.
- 5.º Mujer casada no llevando su marido, pero si llevando hijos con tal que haya uno útil de 17 á 45 años.

Podrán ir como agregados á las familias antes expresadas, todos los parientes, carnales y políticos, menores de 40 años.

Las personas mayores de 45 años no gozan de pasaje gratuito: estas tienen que pagarle el pasaje que cuesta Pesetas 400.

Documentos que necesitan presentar las familias que deseen emigrar

- 1.º Cédula personal para todos los mayores de 14 años.
- 2.º Los varones y mujeres solteras, hasta la edad de 21 años una autorización de sus padres ó tutores, otorgada ante Notario ó ante el Alcalde del pueblo de su vecindad. Este Documento no es necesario cuando vayan en compañía de sus padres, pero en todo caso las mujeres solteras han de presentar un certificado que acredite su estado de soltería.
- 3.º Partida de bautismo para todos los varones y mujeres solteras.
- 4.º Los varones de 15 á 20 años no pueden embarcar sin presentar un certificado que acredite haber consignado en la Caja de Depósito la suma de 1 500 pesetas á las resultas de la quinta, según previene la ley.
- 5.º Los varones de 20 á 40 años han de presentar la licencia absoluta si son licenciados definitivos. Los que pertenecieran á la reserva ó á la clase de reclutas disponibles han de presentar un permiso del Capitán General del distrito respectivo, autorizándoles para efectuar su embarque ó asentarse de la Península. Este documento no puede tener más de 4 meses á contarse desde la fecha de su expedición.
- 6.º Las mujeres casadas que no vayan acompañadas de sus maridos han de presentar un permiso de éste, visado por la Alcaldía del pueblo de su vecindad ó por Notario, siendo en la Capital.
- 7.º Partida de casamiento para los instrumientos.
- 8.º Partida de viudez para las viudas.
- 9.º Certificado de buena conducta expedido por la Alcaldía de su residencia con las señas personales, para todos los individuos mayores de 14 años.
- 10.º Certificado de no estar procesado, expedido por el Juzgado del pueblo donde residan, para todos los mayores de 14 años, ó de la Audiencia siendo en la Capital.

DESCONFIAR DE LOS INTERMEDIARIOS

Para mayores detalles y presentación de documentos:

DON CARLOS CROVETTO, Encargado del Departamento de Revisión
CALLE DE RIOS ROSAS (antes Cañón) núm. 3.--Málaga

Por otra parte, en esos días, el remoto Hawai no era un estado integrado en la Unión, apenas se consideraba un *territorio*, y los barcos de vapor surcaban con ciertas dificultades las diez mil millas náuticas que separaban las costas andaluzas de aquel paraíso del Pacífico.

La historia dice que, hacia mediados del siglo XIX, se había establecido en las islas Hawai un puñado de colonos norteamericanos que llevaron consigo el cultivo de la caña de azúcar. Pero aquellas plantaciones extensivas precisaban mano de obra abundante y barata, y al llamado de las compañías azucareras pronto llegó una muchedumbre de chinos y japoneses desde más allá del Pacífico. Así las cosas, a principios del XX, la población de origen oriental representaba ya el noventa por ciento de sus habitantes, una circunstancia que alarmó a las autoridades norteamericanas, dispuestas a incentivar la emigración de origen europeo.

Ahora bien, ¿dónde hallar agricultores capaces de trabajar bajo un clima sofocante y que supieran del cultivo de la caña de azúcar? Pensaron en el sur de España y Portugal, tierras donde el azúcar de caña venía cultivándose desde tiempos inmemoriales, y donde incluso se había destilado un licor a partir de la melaza, al que habían llamado ron.

Además de los carteles y pasquines, una nutrida tropa de gancheros que trabajaban a comisión invadió los pueblos de Andalucía al objeto de reclutar a miles de hombres. Y las circunstancias no podían ser más favorables: una población diezmada por lo que luego se conocería como los años del hambre, una brutal epidemia de gripe y, por si fuera poco, una nueva guerra colonial en Marruecos, a cuyo esfuerzo sólo parecían contribuir las clases populares.

Acompañado de su padre, Amós, como otros prófugos de la época, subió al barco vestido de mujer, y sólo días más tarde, cuando dejaron atrás las islas Canarias, se despojó de pañuelos y atavíos para volver a vestir ropas de hombre. Era la suerte de toda una generación, la que fue llamada a filas después de lo que se conoció como el desastre del barranco del Lobo, y, bueno, nunca hubo forma de cuadrar la lista de mujeres que salieron de la aduana de Málaga con la relación de las que se inscribieron en el consulado de Honolulu. Por no hablar de que, interesados como estaban en la mano de obra, los agentes reclutadores fomentaron el incumplimiento del servicio militar hasta que, a partir de 1913, el Gobierno español tomó medidas para evitar la salida de prófugos.

Casi dos meses duró la travesía del SS Orteric, un buque de carga habilitado para el transporte de personas como si fueran ganado. Ni el acomodo tenía que ver con lo prometido; ni la comida a bordo, preparada por cocineros sin experiencia, hasta que las mujeres del pasaje decidieron hacerse cargo del asunto.

Eran frecuentes, además, las trifulcas entre emigrantes por las mil razones que excita el miedo y la inseguridad ante el porvenir inmediato.

Pese a todo, lo más grave fue la epidemia de sarampión, que se cebó entre los niños más pequeños después de alejarse de las islas Azores y antes de doblar el cabo

de Hornos. Fue el momento más insoportable de la travesía para Amós, que aún tenía clavada en la memoria la muerte de su madre y de su hermana mayor a causa de una epidemia de gripe. Y encima, las circunstancias en el barco no pudieron ser más macabras.

Como estipulaban las inmisericordes leyes del mar, cada vez que fallecía un pequeño era arrojado a las aguas envuelto en un sudario. Pero la virulencia de la epidemia fue tal que, a partir de cierto día, ya no hubo lastre suficiente para hundir todos los cuerpecitos, que empezaron a arrojarse por la borda sin contrapeso alguno. En consecuencia, las mortajas de las criaturas eran atrapadas por la corriente que generaban las hélices y, conforme pasaban los días, fueron componiendo un cortejo de immaculada inocencia que seguía la estela del buque con una fidelidad a prueba de horrores. Para Amós, habría sido difícil no llorar en silencio por la pléyade enlutada de mujeres que, desde la popa del barco, miraba inconsolable a sus bebés muertos, aquellas almas en pena que navegaban en pos de sus madres como negándose a abandonarlas.

A las nueve de la mañana del 11 de abril de 1911, el SS Orteric arribó al puerto de Honolulu. Ciertamente que los emigrantes españoles que viajaban a bordo aún tardarían semanas en formarse una opinión sobre aquellos vergeles, pero los primeros indicios no fueron muy tranquilizadores. A pesar del cansancio, se les sometió a escrupulosos reconocimientos médicos y obligó luego a guardar cuarentena en una isla lazareto. Después fueron distribuidos entre las plantaciones azucareras de las distintas islas. Pronto iban a comprobar que el paraíso prometido era, cuando menos, un purgatorio.

Las viviendas a las que tenían derecho se encontraban en poblados aislados, cerca de las plantaciones, y no eran más que simples barracones de madera contruidos sobre pilotes, sin cuarto de baño ni suministros de electricidad y agua.

El trabajo en las plantaciones era casi tan duro como en los latifundios de Andalucía, y el salario de veinte dólares mensuales les permitía ahorrar bastante menos de lo que habían supuesto. Amós sufrió en propia piel los reproches continuos de su padre, que empezaba a resentirse un poco de la vista y esperaba un trabajo bastante más cómodo; sin embargo, padre e hijo no tardaron mucho en acomodarse a la nueva vida.

Y con ellos, una buena parte de los españoles, para quienes las condiciones de trabajo en su tierra no distaban gran cosa de la esclavitud. Frente a las revueltas de emigrantes de otras nacionalidades europeas, los españoles optaron por guardar silencio y sacarle partido al viaje. Al final, pocos fueron los que regresaron a España, y la mayoría puso su empeño en cumplir el contrato firmado y obtener luego un pasaje a California. Allí los salarios cuadruplicaban, se decía, a los que pagaban en Hawai; sin embargo, partir hacia California no estaba entre las prioridades de Amós y su padre, que habían soportado infinitamente más de lo que ahora soportaban. Además, año tras año, como veteranos braceros que ya eran, veían mejoradas sus condiciones laborales. Y, es más, si no hubiera sido porque la vista de su padre se

deterioraba y, sobre todo, por el joven extraordinario con el que tropezaron un par de años después de su arribada a las islas, quién sabe si en vez de dar el salto a los Estados Unidos no habrían seguido en Hawai.

3

Amós y su padre se dejaron persuadir por Donovan Curtis para hacer las Américas. Fue en 1918 cuando los tres dieron el salto a la costa oeste de Estados Unidos. Padre e hijo llevaban siete años en Hawai.

Por ese entonces, Donovan, que había recalado con los últimos cargamentos de emigrantes españoles, ya llevaba unos años instalado en el archipiélago, exactamente en la capital, Honolulu, en donde también se había asentado Amós.

Sobre él, Amós nunca supo nada a ciencia cierta, salvo que era joven, misterioso y emprendedor. Según el propio Donovan, su padre era británico y su madre de Huelva, pero quién podía estar seguro. Tenía acento andaluz, hablaba la lengua de Shakespeare como los descendientes del más grande de los bardos, su presencia derrochaba un atractivo al que pocos hombres resistían compararse y, puede que uno de sus más secretos dones, tenía tal capacidad persuasiva que los cuentos que salían por sus labios eran más interesantes que las verdades de la vida. Donovan era incomparable, las mujeres lo amaban y mentía con esa despiadada naturalidad que rezuma un felino encarnizándose con su presa.

Era doce años más joven que Amós, pero había huido de España con destino a Hawai por las mismas razones que este y también para labrarse un futuro. Llegó al archipiélago en 1913, todavía muy joven, pero convencido de que a partir de entonces, como así fue, el Gobierno español adoptaría férreas medidas para contrarrestar las evasiones de los muchachos en edad de prestar servicios a la patria. Lo que Donovan hizo fue no desaprovechar la última ocasión que le brindaba la suerte para no convertirse en héroe de guerra.

Se cameló a una familia medio amiga que, documentos falseados de por medio, lo hizo pasar por un hijo más, hermano —todo hay que decirlo— de la hija mayor y casadera. Juntos subieron a uno de los últimos buques fletados por los plantadores de caña de azúcar y el Gobierno Territorial hawaiano, y, una vez en las islas, la familia aquella no volvió a saber de las andanzas de Donovan.

Transcurrieron los años, y Donovan y Amós se hicieron todo lo íntimos que entre sí pueden hacerse dos seres tan dispares. La confianza dio lugar a las verdades, las verdades a las confidencias, las confidencias a los proyectos, y los proyectos a las ansias de libertad.

Donovan tenía sólo veintiuno o veintidós cuando llegaron a San Francisco y los

tres pasearon por las cercanías del Ferry Building. Ese fue el primer edificio que vieron al llegar a California. Y Amós, boquiabierto por la semejanza entre la torre del reloj con la Giralda de Sevilla, se emocionó al describírsela a su padre, que acusaba cada vez un carácter más agrio, más problemas de vista y más adicción al alcohol.

Días después, empezaron con la gira del incipiente espectáculo por los pueblos; pero, a menudo, Amós recordaba aquella vislumbre de la Giralda reencarnada a orillas del mar, con el Golden Gate al fondo de la bahía, y su halo de inmortalidad maravilloso. Fue la misma sensación experimentada muchos años antes por la famosa actriz Eve Paradise, la primera y memorable vez que vio la torre del reloj del Ferry Building de San Francisco; sólo que ella no supo explicársela nunca.

De modo que llevaban diez años recorriendo los Estados Unidos con el espectáculo del hipnotizador. Se conocían al dedillo docenas y docenas de pueblos y ciudades pequeñas y, si bien lo normal era que no les faltase alojamiento y un plato de comida caliente en la mesa, el dinero no les sobraba, contra los vaticinios de Donovan. Ciertamente que no habían arriesgado mucho. Ciertamente que hasta ahora se habían limitado a pasar por prestidigitadores, que no pretendían sacar al público de su engaño y que sólo contribuyendo con los ahorros que habían reunido en Hawai pudieron dar el gran paso. Porque, de repente, llevar el espectáculo a una gran capital se convirtió en un desafío, al menos para Donovan. Refutar las falsas explicaciones, probar que el hipnotizador no era un ilusionista sino un mago y que la hipnosis era tan real como la vida y como el amor les reportaría gloria y fortuna.

Ganar o morir, nació como el adagio común de Donovan y su padre, el padre de Amós, la divisa triunfal de la empresa. *Ganar o morir*.

Pensaron en Nueva York, Los Ángeles o Chicago; y como Amós optase, con una pasión desusada en él, por Chicago aduciendo que era una ciudad próspera, en pleno desarrollo, y que las otras eran demasiado caras, Donovan aceptó sin objeciones. Coincidió con Amós en que se exponían a pasar inadvertidos en una jungla de emigrantes, como Nueva York, o en una ciudad cinematográfica como Los Ángeles.

Chicago era la capital que Amós conocía de memoria antes de pisar el Nuevo Mundo y a la que amaba, el lugar donde residía Eve Paradise. Hasta el clima frío le gustaba. Y el lago Michigan, como un inmenso espejo celeste a los pies de la metrópoli. Y su historia. Y sus rascacielos, erigidos después del gran incendio, en 1871, cuando la ciudad quedó asolada porque, a tenor de la leyenda, una vaca golpeó una lámpara de queroseno. Y su modelo urbanístico de cuadrícula. Frank Lloyd Wright, Daniel Burnham, Louis Sullivan, John Root, Mies van der Rohe... Conocía desde los nombres de los más célebres arquitectos que habían dado vida al *skyline*, o panorámica de los rascacielos, hasta que la temperatura, junto al río, era varios grados más baja. Lo sabía todo sobre Chicago.

Así que se instalaron allí; más exactamente, y por economizar, alquilaron un húmedo bajo de dos dormitorios en Cicero, una pequeña ciudad obrera de 70 000 habitantes, asentada en los suburbios, con fama de estar tomada por el hampa y que,

en realidad, formaba parte de la metrópoli, pues limitaba con Roosevelt Street al norte, 39th Street al sur, la 46th Street al este, y la 72nd Street al oeste. *Ganar o morir*.

Respecto al padre de Amós, el señor Zambrano, mal que bien soportaba un destino itinerante. Como sus mejores tiempos nunca llegaron, le costaba resignarse a seguir descendiendo. Su cuota de felicidad había sido siempre tan mísera... Durante años había trabajado duro como jornalero en un cortijo. Con el corazón arrasado por la impotencia, sufrió el drama de ver cómo su esposa y su hija, la primogénita, sucumbían a una epidemia de gripe y, a partir de entonces, en sus ratos libres, se dio a la botella y a perseguir faldas. Tal vez la enfermedad que padecía desde sabe Dios cuándo era una justa penitencia, pero no había sido una vida fácil la suya. Amós aún recordaba cómo su padre, que echaba pestes contra los curas y la Iglesia, salía en Semana Santa como nazareno de la cofradía de la Sexta Angustia, de la que era hermano mayor el amo de las tierras, porque así podía calzarse unas alpargatas decentes. Y, es más, de no ser porque su madre, la abuela de Amós —su querida y excéntrica abuela medio bruja, que amaba los libros—, tomó las riendas de lo que quedaba de la familia, la suerte de Amós habría sido más negra.

Ya entonces, Amós consideraba que había tantas formas de humillación como distintos eran los modos de sobrevivir a ella. Después, aprendería en carne propia el significado de trabajar como jornalero, y la razón por la que su padre odiaba la lectura, que de nada sirve a los pobres, aunque la abuela, naturalmente, también le había enseñado el alfabeto a su hijo.

Aprendió a subsistir entre la oscura desesperanza y el oprobio, *comer o morir*. Más tarde, su abuela falleció, aunque no antes de hacerle prometer que cuidaría de su padre: «Cuida de tu padre. Tu padre te necesita. Es débil. Está enfermo. Tiene diabetes, Amós». Y, como en su familia las desgracias llegaban juntas, empezó a temer que el país reclamara su sangre y su valor para defender las posesiones en Marruecos; pero él era un cobarde. ¿No decía su padre siempre que era un cobarde? Huyeron. Se largaron a Hawai, el fin del mundo, a la búsqueda de esperanzas y alternativas.

Y ahora, al cabo de media vida, pero sólo cuarenta y ocho horas después del estreno del *show* en Chicago, los mejores auspicios de Donovan empezaban a cumplirse.

Ese lunes, tras el correspondiente paseo matinal con su padre, Amós salió a despejarse por su cuenta, ya que, no por esperadas habían resultado menos punzantes las palabras de Donovan anoche:

—Necesito verla de nuevo —le dijo. Algo demasiado similar a lo que él mismo había soltado la noche del estreno, en el camerino, como para que fuera casual.

—¿A quién? —preguntó retóricamente Amós.

—A Eve. Necesito verla.

A Eve, había dicho, como si la conociera de toda la vida. Y añadió que, a través de los representantes de la actriz, pensaba averiguar la zona de la ciudad en donde,

según anunciaba la prensa, mañana rodarían la última escena del film que protagonizaba.

Para Amós no fue una sorpresa. Y no sólo para él. Nadie que hubiese presenciado el *show* podía dudar que una chispa de euforia, una llama sin nombre, algo incandescente había prendido entre Donovan y Eve Paradise. Esa chispa, aún más que la hipnosis o el insospechable espectáculo que protagonizó la diva y del que aún hablaban los periódicos, era lo que había hecho de aquel número algo incomparable. Un número que casi les había garantizado el éxito y, gracias al cual, la posibilidad de que el señor Murdoch instase la anulación del contrato de arrendamiento por «atentar contra la moralidad pública» carecía de importancia.

Él mismo, en el proscenio, había retrocedido. No se había quedado petrificado, como repetía la prensa, no. En vez de situarse junto al hipnotizador, con arreglo al protocolo, había retrocedido cobardemente. Eso hizo cuando Eve, en carne y hueso, se materializó sobre las tablas y Donovan la invitó a sentarse.

Pero ¿acaso se avergonzaba? Andaba siempre un poco encorvado, y sin ser, desde luego, irresistible, como Donovan, su rostro tenía una dulzura cautivadora. Puede que demasiado. En un hombre maduro, no parecía natural esa dulzura. Parecía esconder algo. En España, su piel morena y algo cuarteada, y su cabello oscuro y muy lacio, que se le pegaba un poco a la frente, no habrían llamado la atención. Sin embargo, de cerca, los grandes ojos negros de Amós y aquella sonrisa lánguida le daban un aire poético y permanentemente sorprendido. Un aire que desentonaba con los papeles que la vida se había dignado asignarle.

Con la secreta certeza de los marginados, Amós sabía que Eve Paradise no era sólo inalcanzable como un sueño, era una parte importante de su vida, la estrella de las quince películas cuyas tramas, escena por escena, se sabía a la perfección. No habría osado tocarle un pelo de la ropa. El tiempo, que había esculpido en el rostro de la actriz una obra de proporciones conmovedoras, lo hizo retroceder en el escenario. Fue como si, indigno de estar en su presencia, Amós temiera que Eve lo señalase con el dedo acusándolo, reconociéndolo.

Después de dar una vuelta, entró en uno de los cines de Cicero en donde se proyectaba el último de sus filmes.

Amós gastaba muy poco; pero, desde que había llegado a los Estados Unidos, a la menor oportunidad, hacía escapadas para ver a la actriz en persona; particularmente, en los estrenos de sus películas. Aún guardaba en la billetera como recuerdo una tarjeta del *hostal* de Chicago en donde se había alojado casi dos años y medio antes, así como la entrada del 14 de mayo de 1926 para la *première* de *Lazos de sangre*, que protagonizaba Eve. En esa época, viajaban por Indiana con *El show de Donovan* y, aprovechando la cercanía de Chicago, se animó. Había tenido que esperar horas y más horas en la cola del cine, pero el esfuerzo bien había merecido la pena. Consigo trajo un autógrafo que guardaba en la carpeta destinada a todo lo relacionado con Eve Paradise. E, igualmente, había ido al estreno de *Leyendas de ensueño*, en Nueva

York, su último film hasta la fecha. También con el cine de bote en bote.

Hoy, sin embargo, el cine que eligió estaba prácticamente vacío. Cómo era posible que la carrera de la diva estuviese en decadencia, que el sonoro precipitara su declive. ¡Qué no habría dado él por ayudarla! Tomó asiento en la sala. Poco después, el cinematógrafo se puso en acción y el músico empezó a interpretar la partitura en un piano vertical.

Adoraba ese arte. Lo adoraba. Le había permitido huir de una realidad, para él abrumadora, en la que el mal no era suficientemente castigado ni el bien suficientemente recompensado. De acuerdo, la vida era copulativa, como las conjunciones, suma y sigue; pero ese arte, ay, el cine tenía su propia lógica y verdad, más justas que la lógica y la verdad de la vida.

Y, en cuanto a las películas de ella, ¿acaso había alguna que no hubiera visto al menos cincuenta veces?

En esta, Eve interpretaba a una madre de familia enternecedora, llena de coraje. Había sido uno de sus primeros grandes éxitos, pero había tantos otros memorables... Y en cada una de esas películas había una Eve nueva, un personaje diferente a los demás que había interpretado. Pero ¿cómo era, realmente, Eve Paradise? ¿Se parecía a cada uno de sus personajes? ¿Acaso había en ella una *femme fatale*, una madre coraje, una hija resentida, una amante despechada, una puta tierna y sentimental, una novia objeto de una traición imperdonable, una hermana abnegada? ¿Todas esas voces y esas almas convivían en ella? ¿Todas esas Eve pugnaban por expresarse? ¿Qué podía, entonces, infundir en los hombres? ¿O, tal vez, Eve Paradise no era más que un espejo en el que las imágenes del amor y de la muerte se reflejaban?

Se apoyó en el respaldo de la butaca, rendido, y se abandonó a los avatares del argumento que tan bien conocía.

Volvió a compadecerse de aquel personaje, una madre humilde, con menos dinero del que precisaba para sacar adelante a sus hijos. Una mujer iletrada que tenía el raro don de la belleza, la sabiduría de buscar siempre la hermosura cuando la carga de la vida se hacía menos tolerable y que, en cierto modo, tenía tanto en común con su abuela.

Cada vez que Eve dirigía su mirada ensoñadora hacia un punto fijo, el corazón de Amós se le encogía. Se le encogía como si, por fin, despuntase el amanecer que había estado aguardando con paciencia durante una larga noche, y algo, muy dentro de él, fluía hacia la luz de aquellos ojos. Y entonces, al igual que otras veces, susurraba cada muda réplica de ella, oraba en silencio, repetía para sí las frases que no figuraban en los subtítulos, las réplicas que trascendían el guion y que nadie, salvo él, tras docenas y más docenas de visionados, estaba en disposición de adivinar en los labios de Eve Paradise. Cuánto tiempo llevaba queriéndola.

—¡¡Acción!! ¡¡Rodando!! —exclamó el asistente.

Jack McFinney accedió a salir poco favorecido para encarnar el papel de labriego enamorado de una vampiresa. Tal vez pensando en la posibilidad de que fuera la última película muda que protagonizase Eve Paradise, Jack McFinney, la estrella en ciernes, abrazó con tal ímpetu a la diva que nadie habría tomado a broma sus ambiciones.

A punto estaba de besarla cuando Eve, con reposada suavidad y una deliciosa mueca que expresaba un desánimo más allá de todo consuelo, se liberó de su abrazo.

—¡¡Corten!! ¡¡Corten!! —gritó Martin Zimmermann, que se acercó a Eve—. Excelso. Realmente excelso. Tenemos la expresión. ¿Para qué necesitamos la palabra, Eve?

Lo que no pudo presentir el Zorro, que aprovechaba cualquier oportunidad para robustecer el maltrecho ego de su actriz, es que esta había reconocido a Donovan Curtis entre el público que presenciaba el rodaje.

Claro que ella sospechaba que Donovan iría a su encuentro esta mañana de lunes. Estaba sobre aviso, pues Simon Larabee, su principal representante, la había prevenido. Y, aun así, distinguirlo entre el público la había azorado tan inexplicable y vergonzosamente que había bordado el papel. Habría preferido que se abriese un abismo bajo sus pies antes que rebajarse a ojos de Donovan con una mala actuación.

El jardín Osaka, en pleno Jackson Park, al sur de Chicago, era la recreación de un jardín oriental. Rodeado de puentes rústicos, flores como recién coloreadas, esplendorosos cerezos, una cascada y un estanque de cuento de elfos, había sido elegido para rodar la escena cumbre del film. La última que faltaba, aquella que dejaría sin aliento a millones de espectadores y mostraría la auténtica faz de la protagonista.

Sentada en una silla, por detrás de las cámaras, Evelyn permanecía atenta a todo lo habido y por haber. A partir de media mañana, cuando la luz era lo bastante intensa y había empezado el rodaje en el jardín Osaka, Evelyn no se había despegado de su hija. Eve se preguntaba cuánto tenía que ver en ese repentino apego la llamada telefónica de Simon Larabee y el hecho de haber saciado la curiosidad de su madre al respecto.

—Ahora escucha, encanto —dijo Martin Zimmermann tomándole las manos—. Este es el momento decisivo. Estás desanimada. Estás decepcionada con la gente, con el mundo. Quieres más. Lo quieres a él, y lo quieres ahora. Y, con él, todos sus bienes, su paz y su equilibrio. Quieres dejar de huir, nadie sabe por cuánto tiempo, pero así funcionas tú. Necesitas dinero. Y él es un tipo que ha ahorrado como una hormiga para la vejez. Necesitas ese dinero. De modo que vas a engatusarlo y meterle en la cabeza que se desprenda de lo más preciado para un campesino: su seguridad.

¿Me escuchas, Eve? ¿Queda claro?

Lo escuchaba demasiado cansada. Entre la última noche y la noche del sábado, cuando lo de Mike W. Murdoch, apenas había dormido unas horas.

Y, entretanto, podía notar físicamente la mirada de Donovan sobre ella. Podía sentir cómo actuaba para él, y lo fingida y amanerada que debía de resultarle a Donovan su actuación.

—Necesito prepararme, Martin. Estoy exhausta.

—Qué va. Estás inspiradísima, cielo.

—Mentiroso. Si casi no tengo fuerzas.

—No es más que la verdad.

—¡Martin!

—Así sea. Media hora. Pero sólo media hora.

Increíblemente, su madre ya estaba de pie cuando ella se dirigió hacia Donovan y le dijo al vigilante que le permitiera el paso.

—Quiero decirle que está usted arrebatadora —dijo él. Se quitó el sombrero e hizo el secular gesto de besarle el dorso de la mano.

—Gracias, señor...

—Donovan. Me llamo Donovan, si recuerda.

—No diré que le esperaba; sin embargo, aquí está.

—Cariño, disculpa —intervino de pronto Evelyn—. Martin dice que haremos un descanso. Oh, vaya. ¿Interrumpo algo?

—De ningún modo, señora. No soy más que un rendido admirador.

—Madre, ¿recuerdas al señor...?

—Curtis. Donovan Curtis. Para servirle.

—La sesión de hipnosis, madre. La noche del sábado.

—Sí, sí. ¿Debería recordar lo que quiera que sea? —preguntó Evelyn.

—Nadie me ha disputado el privilegio de hipnotizar a su hija; pero, en realidad, temo que el único realmente hipnotizado fui yo.

—Ya veo, ya. Parece usted vibrante de energía tanto dentro como fuera de un teatro, ¿no estás conmigo, Eve? —la actriz lo miró desarmada, sin temor. La vida se ralentizaba a tal punto que pocas cosas parecían tener importancia salvo su propio reflejo en las pupilas de él—. ¿No estás conmigo, Eve, cariño?

—Por qué no —dijo Eve—. ¿Tiene un cigarrillo, señor Curtis?

—Claro —ofreció a Eve y, seguidamente, a Evelyn.

—No, gracias —repuso Evelyn—. Creo que deberíamos tomar un té en el restaurante, hija mía.

—¿Quiere usted acompañarnos, Donovan Curtis? —preguntó Eve.

—Me encantaría —prendió con una cerilla el cigarro de ella y el suyo.

Se sentaron los tres junto a un ventanal cuya vista panorámica poco desmerecía de la del Jardín del Edén.

—Tan sólo quería asegurarme de que se encuentra perfectamente —dijo

Donovan, que estaba sentado frente a Eve y a Evelyn—. A veces, la hipnosis deja un ligero insomnio, nada importante, durante un par de días.

—Me encuentro bien —dijo ella. Inhaló una bocanada y, en un gesto de involuntaria coquetería, se pasó la mano por la nunca, arreglándose el pelo—. De todas formas, fue muy atrevido por su parte pedirme lo que me pidió. Creo que debería estar furiosa con usted.

—¿Y no lo estás, cariño? Por lo que recuerdo, este joven casi te desnuda con los ojos. De largo, es la mirada de hombre más lasciva que haya conocido —terció Evelyn.

Eve miró furtivamente a su madre. Evelyn se había alisado el pelo y llevaba su mismo peinado, se fijó. La media melena que la actriz había hecho célebre en el mundo del celuloide. Y también un maquillaje similar al suyo.

—Entonces, les rogaría que aceptasen mis disculpas —dijo él.

—Supongo que estaba convencido de sus facultades, Donovan —dijo Eve.

—Audaz. La palabra es audaz, cariño —intervino Evelyn.

—Es la primera vez que alguien me llama audaz, señora.

—¿Y no lo es? —volvió a la carga Evelyn.

—En realidad, la hipnosis sólo produce el efecto deseado si el paciente se presta de manera voluntaria y no está en contradicción con sus principios. Este es el único truco —Donovan aligeró el cigarro de ceniza.

—¿Insinúa que mi hija deseaba desnudarse para usted sobre las tablas? Porque el efecto no fue nada bueno, le diré.

—¡Oh, madre!

—Sólo digo que estaba predispuesta a confiar en mí.

—Qué necedad —soltó Evelyn.

—Puede que no sea una necedad —dijo Eve, que jamás había creído en los flechazos.

—No obstante, la comprendo, señora. Tiene usted razón al sentirse indignada —repuso Donovan.

—¿Indignada? ¿Yo? ¿En qué se funda para saber cómo debo sentirme? ¿Acaso ha intentado hipnotizarme?

Se impuso un largo silencio. Un silencio durante el cual un hombre y una mujer aún jóvenes se miraban. Un silencio que tenía el espesor de la culpa y el deseo. A continuación, Eve dijo:

—Donovan, haría usted bien en no jugar con la voluntad de la gente —y apagó el cigarrillo en el cenicero.

—Si me cree, nunca he jugado menos en mi vida. Deme la oportunidad de explicárselo a solas. Si no la convenzo, no volveré a molestarla.

Se hubiera sonreído halagada, pero no había lugar para la risa. Todo era mortalmente serio.

—¡A solas! —exclamó en voz baja Evelyn.

—¿Y cuánto tiempo cree usted que los periodistas nos permitirían estar a solas?
—preguntó Eve.

—Odio los restaurantes —se aventuró a decir Donovan.

—A eso me refiero cuando digo *audaz* —soltó Evelyn—. Odia los restaurantes.

—¿Pretende usted llevarme a su casa? —preguntó Eve.

—No soy lo suficientemente audaz ni acaudalado.

—Peor. Mucho peor —agregó Evelyn.

—A menudo, hasta la cancela que da entrada a mi jardín suele estar vigilada por periodistas —mintió Eve, pues, como bien sabía por experiencia, los periodistas raramente llegaban hasta su mansión en River Forest. ¿Lo estaba probando? ¿Probaba la efervescencia de su pasión?—. Le verían entrar, Donovan Curtis.

—Con su permiso, podría escalar una montaña por estar a solas con usted. Y no creo que su mansión tenga la misma dificultad que una montaña. Deme permiso para escalar su fachada, Eve, y lo haré.

—¡Qué barbaridad! —dijo Evelyn—. Tenemos que volver. Martin nos aguarda, Eve. Esta película es muy importante para tu carrera.

—¿Escalar? ¿Está usted de broma? —por fin, ella esbozó una sonrisa. Qué hermoso era. Qué joven. Qué adorable—. ¿Como un ladrón?

—Como un Romeo —dijo él.

—Romeo no llegó a escalar —contestó Eve.

—Después del fiasco de *El viento* —soltó Evelyn—. Qué decepción para Victor Seastrom no haber aceptado el papel protagonista, hija mía.

—Pues yo sí me atreveré —afirmó Donovan.

—Me permito dudarle —repuso Eve.

—Póngame a prueba. Ningún periodista me verá, por la noche.

—Mi casa dispone de una terraza trasera, en el primer piso —se aventuró a decir la actriz.

—¡Señorita Paradise! ¡La hora! —exclamó el asistente desde la puerta del restaurante.

—Mañana por la noche —dijo Eve con una sonrisa pícar—. Después de su función, encontrará la puertaventana entreabierta. Si se atreve...

—Mañana por la noche, sin falta —repitió Donovan—. Allí estaré.

Se levantaron intercambiando una mirada inacabable, y, por un segundo, Evelyn cerró los ojos para hacerlos desaparecer a los dos.

12. UN ADMIRADOR INSOSPECHADO

1

Después de cenar, en la *suite* del hotel Blackstone, donde, por contrato, debían alojarse los actores del film, con la posible excepción de los sábados por la noche, Mildred permitió la entrada a un visitante intempestivo.

Lo hizo pasar al vestíbulo antes de anunciarlo. Eve estaba en *déshabillé*, y, a buen seguro, para violentar a quien hacía gala de tan poca consideración, se negó a cambiarse.

La doncella le franqueó al visitante la puerta de la sala de estar.

—Buenas noches, señorita Paradise. El detective Liam O’Tooley a sus pies. Le ruego que disculpe mi impertinencia. Sé que estas no son horas, pero la responsabilidad me obliga a ser descortés.

—Hola, señor O’Tooley. Ya que está usted aquí —dijo Eve, ofreciéndole una mano desfallecida—, ¿en qué puedo serle útil?

El detective Liam O’Tooley, que llevaba el bombín en una mano, le tendió la otra y, a continuación, hizo el gesto de abanicarse con el bombín.

—¡En presencia de la mismísima Eve Paradise! ¡Madre mía! Cuando se lo cuente a Fink y a los otros no se lo van a creer. ¿Le importaría firmarme un autógrafo?

Con el meñique estirado, sin cesar de mirarla a los ojos —bien porque estaba imantado por ellos, bien para apartar su atención del *déshabillé*—, O’Tooley le pasó un recorte de prensa con una foto de la actriz. Eve tomó el recorte y la pluma del detective, estampó su firma y se los devolvió.

—¡Oh, mil gracias, señorita Paradise!

—Y ahora, si no le importa, no nos vayamos por las ramas —dijo Eve sin ofrecer asiento al policía—. Tengo el baño a punto, detective.

—¡Vaya, señorita Paradise! Discúlpeme. No se imagina cómo lo lamento. Voy a resumir —dijo guardándose la foto y la pluma en un bolsillo interior del abrigo—. Pues verá, ayer domingo, por la tarde, fue denunciada en comisaría la desaparición de un tal señor Mike W. Murdoch. La denuncia fue presentada por su padre. Siempre según él, su hijo le habría acompañado el sábado al estreno de un espectáculo de hipnosis, *El show de Donovan*, al que usted también asistió, como recogen los periódicos. Bien, el señor W. Murdoch abandonó el teatro por su cuenta antes de que se encendiesen todas las luces, se llevó su automóvil y no habría dormido en su casa en toda la noche. ¿Conocía usted al señor Mike W. Murdoch, señorita Paradise?

—Muy superficialmente.

—Excúseme; pero ¿qué significa «muy superficialmente»?

—Me invitó a cenar y rechacé su invitación. ¿He infringido alguna ley?

—Verá, horas después de que su padre presentase la denuncia, una de nuestras patrullas localizó el automóvil de Mike W. Murdoch, un Cadillac Town Sedan de color verde carruaje, estacionado en las inmediaciones de Lincoln Park. Con los asientos traseros empapados de sangre.

—Dios mío. Eso es horrible.

—Lo es.

—Pero qué tiene eso que ver conmigo, señor O'Tooley.

—Todo esto me resulta muy embarazoso, señorita Paradise. Es usted mi actriz favorita.

—No se apure; mientras pueda, seguiré haciendo películas.

—¿Salió usted del teatro antes de que se encendieran todas las luces?

—Así es. Mi madre y yo salimos por la puerta trasera. Le rogué a un acomodador que nos condujese a la *entrada de artistas*.

—¿Puedo preguntarle cuándo la invitó a cenar el señor W. Murdoch?

—De hecho, me lo está preguntando. Pues justamente esa noche, al salir del teatro. Debía de estar acechándonos. Pregunte a mi madre, si busca una confirmación.

—Créame. No será necesario, señorita Paradise.

Hubo una pausa violenta.

—Oiga, detective O'Tooley.

—Dígame, señorita Paradise.

—¿Trata de engañarme? Usted sabía de antemano que esa noche, la noche del *show* de hipnosis, fue cuando conocí personalmente al señor W. Murdoch.

—¿Saberlo? No, saberlo no lo sabía, señorita Paradise.

—¿Entonces?

—No se inquiete, por favor. El padre del joven desaparecido, el anciano señor Murdoch, me explicó que su hijo se había ido precipitadamente del teatro con la intención de invitarla a cenar. Sólo eso.

—Es usted un tramposo.

—Nada más lejos de la realidad, señorita Paradise.

—¿Mildred? —la doncella acudió al llamado de la estrella rauda como el eco.

—¿Sí, señorita?

—Al detective O'Tooley quizá le gustaría saber dónde estaba yo el sábado alrededor de medianoche.

—¿El sábado? ¿Alrededor de la medianoche? En su casa de River Forest. ¿No era su noche libre? Cuando rueda al día siguiente, al señor Zimmermann le gusta que sus actores se recojan pronto.

—El señor Zimmermann es el director del film que estamos rodando —matizó Eve.

—¡Aaaaah! Fascinante —dijo O'Tooley.

—¿Satisfecho, detective? —preguntó la actriz dirigiéndose con abandono hacia la

puerta.

—Más que satisfecho. Mucho más que satisfecho.

—Esta es mi última noche en el Blackstone. A partir de mañana, estaré a su disposición en mi casa de River Forest.

—A sus pies, *mademoiselle*. Hasta el capitán rabiará de envidia.

Cuando el detective hubo desaparecido, la doncella, con una faz que resplandecía de curiosidad rayana en el morbo, la misma curiosidad que le imponía la lectura diaria de la crónica negra de Chicago, y de la que no estaba exenta una lúgubre admiración por la fuerza bruta, dijo a Eve:

—¡Qué pingo, pero qué pingo está usted hecha!

Eve dio la espalda a su doncella y, sin más, se retiró a su dormitorio.

2

—La defensa tiene la palabra —declaró el juez Mason—. ¿Señor Spelling?

Al fondo, un periodista estaba de pie y, después de rematar un esbozo a carboncillo del juez y los funcionarios, retocaba la figura del letrado defensor, con su aire de estudiante despistado y su corte de pelo militar. En una de las filas intermedias, la señora de la pámela gris le soltó al caballero bizco:

—Está interesantísimo. ¿No le parece?

Por toda respuesta, el bizco del bisoñé la miró de reojo y, sin inmutarse, asintió con la cabeza.

—Siguiendo el orden de mi estimado colega, y antes de entrar en detalles sobre la primera carta anónima enviada al *Chicago Tribune*, díganos, detective O'Tooley: ¿En el Cadillac de la víctima apareció algún indicio que dirigiera las investigaciones hacia mi cliente?

—Pues... no.

—Si no me equivoco, los restos de la víctima, Mike W. Murdoch, fueron hallados once días después de que su padre hubiera presentado la correspondiente denuncia; o sea, el 18 de octubre fueron desenterrados en un bosquecillo del municipio de Highland Park, a unas veintitrés millas al norte de Chicago. ¿Es esto exacto, detective O'Tooley?

—Es exacto.

—Junto al lugar del enterramiento se encontraron las roderas de un automóvil. ¿Es esta la fotografía de las roderas?

—En efecto.

—¿Diría usted que un automóvil estacionó en ese punto?

—Por la profundidad de los surcos, no me cabe duda. Además, así fue

determinado por los técnicos.

—Bien. ¿Diría usted que el bosque donde aparecieron enterrados los restos era una zona de fácil acceso para un automóvil?

—No, no. Estaba llena de árboles.

—Y esta segunda foto, detective O'Tooley, ¿la reconoce?

—Sí. La tomamos el mismo día, en el bosquecillo de Highland Park. A unas cincuenta o sesenta yardas del lugar en donde se tomó la primera fotografía.

—¿Le importa explicar al jurado qué se ve en esta segunda foto?

—Dos colillas, roderas, manchas de aceite y dos *tickets*.

—¿Son estos los dos *tickets* que aparecen en la foto, detective O'Tooley? — preguntó la defensa blandiéndolos en la mano.

—Sí, desde luego.

—Acérquese más al micrófono, si no le importa. ¿Está usted seguro de reconocerlos?

—Sí. Estoy seguro. Son los mismos *tickets* de la segunda foto. Mis hombres los encontraron no demasiado lejos del lugar en donde desenterramos el cuerpo y se tomó la primera.

—¿Le importaría leer en voz alta el contenido de los *tickets*?

El joven abogado le pasó ambos *tickets* a O'Tooley y el detective leyó:

—*El show de Donovan*. 20 horas. Fila 17. Asiento 5. *El show de Donovan*. 20 horas. Fila 17. Asiento 7.

—Gracias, detective —el letrado cogió los *tickets*.

—Volvamos a la segunda foto. ¿Se determinó o no por parte de los técnicos de la Brigada de Homicidios que esas manchas eran pérdidas de aceite de un automóvil?

—Sí, así fue. Además, es evidente que las manchas se encuentran entre las roderas.

—¿Y se determinó o no que eran manchas de días?

—Eso fue lo que dijeron los técnicos. Que eran manchas de días. Al parecer, en el caso de que sólo hubieran transcurrido unas horas, el aceite estaría más fresco.

—Y, como en el caso de la primera foto, ¿se determinó o no que un automóvil había estacionado en el punto en donde se fotografiaron las manchas de aceite?

—Desde luego. Al igual que en la otra foto, las roderas eran mucho más profundas en ese punto.

—Sin embargo, ¿diría usted que las marcas de las ruedas son similares en las dos fotos?

—No. No lo diría.

—¿A este respecto, cuál fue la conclusión de los técnicos de la Brigada de Homicidios?

—Analizando las roderas, concluyeron que dos vehículos habían entrado en el bosquecillo de Highland Park.

—Solicito de su señoría que se admitan y clasifiquen las fotos y los *tickets* como

pruebas de la defensa.

—Admitidas y clasificadas —dijo el juez Mason—. Prosiga.

—Disculpe, detective O'Tooley. ¿A qué distancia me ha dicho que estacionaron ambos vehículos?; es decir, ¿a qué distancia del lugar del enterramiento de la víctima y de las primeras roderas fue tomada la segunda fotografía?

—A unas cincuenta o sesenta yardas en dirección sur.

—Así que, basándonos en las huellas que dejaron ambos coches, el único acceso al interior del bosquecillo y las vistas al lago, el segundo coche debió de estacionar a cincuenta o sesenta yardas *por detrás* del otro automóvil y del lugar del enterramiento. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí.

—Recapitulemos, detective O'Tooley:

»Hace unos días, un automóvil se adentra en un bosquecillo por el que difícilmente transitan los coches y estaciona en un punto que se encuentra a cincuenta o sesenta yardas por detrás del lugar en donde, probadamente, la noche del 6 al 7 de octubre estacionó a su vez otro automóvil y se inhumaron los restos del malogrado Mike W. Murdoch.

»Por si fuera poco, en el mismo punto donde estaciona el segundo coche, aparecen dos colillas y dos *tickets* para la función de hipnosis del mismo día 6 de octubre.

»Detective O'Tooley, con tales indicios, ¿considera lógico pensar que la noche del 6 al 7 de octubre un auto hubiera perseguido al Cadillac del difunto señor W. Murdoch y hubiera estacionado a cincuenta o sesenta yardas por detrás de él?

—Protesto —dijo el fiscal Garrett—. Improcedente.

—Se admite —dijo el juez Mason.

—Retiro la pregunta —dijo el abogado con una casi indetectable sonrisa—. Detective O'Tooley, ¿considera usted lógico que alguien que protagoniza un *show*, como mi cliente, compre dos entradas numeradas para ese mismo *show*?

—¡Protesto! —se levantó el fiscal Garrett—. Señoría, protesto enérgicamente contra lo que no puedo por menos de considerar una estrategia de la defensa. Se pretende que mi testigo emita opiniones de carácter personal que nada tienen que ver con sus cualificaciones profesionales.

—Advertimos a la defensa que en lo sucesivo se abstendrá de preguntas impropias —declaró en tono benévolo el juez Mason—. El jurado no tendrá en consideración la última pregunta.

—Lo lamento, señoría —dijo el abogado defensor—. Pasemos, pues, a hablar del primer anónimo publicado en el *Chicago Tribune*, detective O'Tooley.

13. EL GACETILLERO AMBICIOSO

1

No podía dormir. Cómo hubiese podido si era muy de madrugada y Donovan no había regresado aún.

Tomó asiento a la mesa, en el desangelado cuartucho que compartía con su padre, un dormitorio con desconchones en las paredes y un pequeño armario corroído por la carcoma. Por toda compañía, una carpeta abierta con recortes de prensa para los que reservaba su ternura y que iluminaba un quinqué de petróleo. Los coleccionaba desde hacía años. En una esquina de la mesa había un ejemplar vespertino del *Chicago Tribune* del martes 9 de octubre, uno de cuyos artículos, firmado por un tal Jake Lingle, había leído hasta la saciedad.

Se había puesto el gabán por los hombros y un sombrero de copa de Donovan, para mirarse en el espejo.

Su padre, arrebuñado hasta las orejas en su cama, emitía un sibilante ronquido de borracho. Ni el menor riesgo de que se desvelase. Después de la última botella, bajo los estragos del alcohol y antes de irse a dormir, procedía la sesión de reproches, sobre todo cuando se quedaban a solas.

—¡Si tu abuela viese cómo me tratas! Pero como no soy más que un ciego. Por qué no te casarás. Estaría mejor que a tu cuidado —había dicho.

Su padre no lo quería. Nunca lo había querido. Él callaba. Estaba habituado desde chico a que se avergonzase de él. Era la mancha de su hombría. Desde hacía años, su padre había hecho de las mujeres y el vino el propósito de una vida mísera, sin más voluptuosidades ni lujos; sin embargo, le había tocado un hijo poco hombre que era una suma de deficiencias, un cobarde a quien ellas rehuían. No podía superarlo. Le parecía la broma de un dios pérfido.

Amós habría dejado en la estacada a ese padre odioso, pero se acordaba de su abuela y de sus últimas palabras: «Cuida de tu padre. Tu padre te necesita. Es débil. Está enfermo. Tiene diabetes, Amós». Era superior a sus fuerzas.

Una noche de borrachera, su padre le dijo que Dios le había quitado la vista para no tener que volver a verlo, y que, con semejante detalle, Dios había mostrado piedad por él. Amós se quedó mirándolo con sus ojos enormes y húmedos; ojos, más que humildes, sumidos en una perpetua sorpresa.

A continuación, como esta misma noche, el viejo borrachín se adormilaba, vencido por el sopor del vinazo, y Amós, por fin, se sentía en paz.

En paz para soñar, o para visitar la carpeta, con sus amados recortes de prensa, o para ponerse uno de los sombreros de Donovan y mirarse de perfil en el espejo. En

esos instantes, se sentía un poco artista. Jamás se lo habría confesado a nadie, por pudor infinito, pues era un querer darse una importancia que no tenía, pero en la intimidad de su cuarto, alguna vez se probaba uno de esos sombreros y ensayaba un personaje y sonreía. Era casi como sentirse parte de un mundo remoto hacia el que experimentaba una atracción mágica: el mundo del arte, el mundo de la ficción.

Oyó que alguien hurgaba en la cerradura. La puerta de entrada se abrió y volvió a cerrarse sin estrépito, con un leve chirrido. En el dormitorio apareció Donovan, con una incierta expresión de desaliento, su capa negra y el sombrero de copa en la mano. Para entonces, Amós ya había guardado el otro en el armario y cerrado la carpeta a la vista. Sobresalían, no obstante, algunos recortes.

Se levantó y, con su propio cuerpo, la ocultó a la vista de Donovan.

—¡Qué fechoría! —exclamó Donovan.

—¿Tan pronto?

Donovan echó la capa y la chistera a los pies de la cama libre. El señor Zambrano seguía roncando.

—Las puertaventanas de la terraza estaban cerradas —dijo Donovan en voz baja y tensa.

—¡Ah!

—Habíamos quedado en que yo treparía hasta la terraza, ¿recuerdas?

—Sí.

—Pues me la jugó —Donovan tomó asiento al pie de la otra cama—. Se ha reído de mí.

Las palmas de Amós rozaban la carpeta, una carpeta que constituía todo su capital y su fortuna.

—No parece una mujer que se ría de los demás.

—¿Por qué la defiendes? —preguntó Donovan.

—¿Y si no es culpa de ella?

—Explícame eso de la culpa, a ver si consigo entenderlo.

—No sé. No estoy muy seguro.

—Pongamos que no fue ella, ¿quién pudo ser, según tú, que no estás seguro de nada? —Amós, muy turbado, guardó silencio. Donovan se pasó una mano por el pelo, de delante atrás—. Tú y tus brillantes ideas. Hasta que no me convenciste de que hablara con su madre no paraste. En qué mala hora se me ocurrió hacerte caso.

—Que acudiera al estreno nos ayudó mucho, Donovan.

—Bah, hubiéramos salido adelante sin necesidad de recurrir a esa mujer y a sus mañas.

—Pero Eve...

—¡Eve! ¡Eve! ¡Eve! —exclamó Donovan, irguiéndose en toda su estatura—. ¿Qué pasa, amigo mío? ¿Estás enamorado de una actriz de cine? ¿Amor platónico, se dice? —Donovan se le acercó y empezó a darle golpecitos con el índice en el hombro—. Pero si está acabada, muchacho. ¿No ves que está acabada?

—¿Acabada?

—Sí. Acabada —Amós hubiera retrocedido, pero estaba la mesa, y en la mesa, la carpeta. Y sólo su cuerpo se interponía entre Donovan y su tesoro—. Es tartamuda, como sabemos.

—No es tartamuda. Es sólo un defecto de dicción.

—¡Ah, bien! ¡Sutil diferencia! ¡Bravo! —no le costó mucho a Donovan otear por encima del hombro de Amós—. Oye, ¿qué me estás ocultando? ¿A ver? ¿Qué tenemos aquí?

—Déjame.

Se volvió aterrado hacia el tesoro, se encogió sobre sí mismo. Por su parte, Donovan, con rapidez endiablada, asió la carpeta con una de sus manazas mientras reprimía un ataque de risa. Hubo un breve forcejeo, suficiente como para que la carpeta, llena a rebosar como estaba y sin cerrar del todo, se abriera al tiempo que un aluvión de recortes de prensa se precipitaba en cascada.

En una estampa grotesca, Amós se arrodilló con toda la agilidad que le permitían su posición y el gabán que llevaba por los hombros y, avergonzado, se puso a guardar los recortes en la carpeta con manos temblorosas.

Gimió un somier. Se reanudaron los ronquidos del señor Zambrano.

Donovan cogió uno de los recortes que habían quedado en la mesa, y, con expresión no menos desconcertada que risueña, cogió otro, y luego otro, y otro más. De repente, Amós se puso en pie, le arrebató de las manos los recortes, se apresuró a coger los pocos que quedaban en la mesa y volvió a arrodillarse.

Donovan tomó la capa y el sombrero, silbó y dijo:

—En vista de las pasiones que levanta, mañana por la noche me acercaré de nuevo a la mansión. Veremos qué es lo que tiene esa mujer de especial.

Donovan salió del dormitorio y Amós se quedó así, de rodillas, con el abrigo por los hombros, todo él arrugado.

Acto seguido, se encogió otro poco y abrazó la carpeta de la que no sobresalían más que recortes con la foto de Eve Paradise.

2

Jake Lingle había sido gacetillero del *Tribune* durante no menos de quince años, pocos en Chicago lo ignoraban. Como tampoco se ignoraba que, a los treinta y seis bien cumplidos, no pasaba de sesenta dólares a la semana, lo que venía a probar su mediocre cotización como reportero.

Una especie de pelusa infantil le coronaba el cráneo, tenía una tez descolorida, físico de pajarraco. El traje se le escurría por los hombros y llevaba siempre la uña

del meñique larga; pero sus ojos fulguraban como grandes gemas y parecían ver donde otros sólo miraban. Además, tenía don de gentes.

Stricto sensu, su trabajo consistía en llevar noticias a la redacción y, una vez allí, en darles forma. Esto último representaba el mayor inconveniente para Lingle. Escribiendo sufría igual que Sísifo cuando empujaba la roca, pues apenas si había pisado las aulas y leer un solo libro se le antojaba tan cuesta arriba como abstenerse de beber cerveza y echarse malos faroles sobre el tapete verde; pese a todo, no perdía la esperanza de ir más lejos y, allí donde no llegaban sus aptitudes, lo hacían sus amistades.

Según la creencia generalizada no era trigo limpio. Tenía fama de no perdonar una ofensa. Por eso, y también por sus contactos, a Lingle se le temía. En sus propias palabras, levantaba envidias. Ahora bien, nadie ponía en entredicho su amistad con los próceres, como los comisionados del condado, o como el alcalde William Hale Thompson, a quien él había bautizado en sus gacetillas con el sobrenombre de Big Bill, o como el jefe de la policía, William F. Rusell, recientemente nombrado —según se rumoreaba— merced a las influencias políticas del *Tribune*. Sólo ciertas revelaciones póstumas confirmaron que el asesinato de Lingle, dos años después, en 1930, era un ajuste de cuentas, producto de sus relaciones con la Mano Negra.

La tarde en que se publicó su artículo del 9 de octubre, pocos sabían que la osada actitud con que enfocó el caso Murdoch sin que nadie le parase los pies se explicaba no sólo por sus amistades *legales*, sino porque alguien como el propio Capone lo tenía en tan alta estima que, tras su asesinato, diría: «Jake fue amigo mío hasta la misma hora de su muerte».

Todo ello no estaba en contradicción con sus ambiciones periodísticas, y, al menos, en 1928, Jack Lingle suspiraba por convertirse en un reportero admirado.

Por la noche, como muchos otros entre los que se contaba Amós, leía y releía su propio artículo. Un paso adelante en su trayectoria periodística, reflexionaba. Un modo más atrevido de hacer lo que siempre había llevado a cabo: rebuscar en las calles, sacar el notición a la luz, recurrir a sus contactos en la policía, lanzar inofensivas hipótesis al aire... Sólo que esta vez no eran tan inofensivas. Por eso no dejaba de enorgullecerle lo bien que había sabido vender la idea al director de su periódico, Robert McCormick, que con discreta habilidad optó por designar a uno de sus veteranos redactores para que le ayudase con el estilo, el punto débil de Lingle.

¡Recuerden!: la reciente desaparición del millonario Mike W. Murdoch aún dará mucho que hablar. Tanto como la carrera de la actriz Eve Paradise, en horas bajas, según unos, sin futuro, según otros. Así pues, ¿aparecerá Mike W. Murdoch? ¿La personal dicción de la diva frenará su carrera en el cine sonoro?

Lingle se sonrió embelesado y continuó leyendo más abajo.

Según nuestras últimas informaciones, la estrella y el señor W. Murdoch salieron a la vez por

diferentes puertas del teatro al que habían acudido la noche del pasado sábado, la víspera de que se denunciase la desaparición del señor W. Murdoch. El señor W. Murdoch tenía intención de invitarla a cenar, y la diva de Hollywood bien pudo haber sido la última persona en verlo con vida. Por no hablar de que... ¡El coche del señor W. Murdoch, un Cadillac Town Sedan de color verde, tenía rastros de sangre en su interior, nada más y nada menos!

En estos tiempos en que la actriz Eve Paradise está en boca de todo Chicago por razones extraprofesionales, ¿será que alguien en trance, hipnotizado o hipnotizada, hizo desaparecer al señor W. Murdoch?

Dejó de lado el periódico y, complacido, respiró hondo.

A Lingle hasta sus camaradas lo miraban con un nuevo respeto, una suerte de temor reverencial. Todos en el *Tribune* tenían presente la importancia que Mc Cormick concedía a las ventas, pero arriesgarse a que una diva de Hollywood demandara a un periódico serio por amarillismo ponía de relieve algo impalpable: la capacidad para embrollar y confundir de Lingle, o el poder de sus contactos, o que las cosas estaban cambiando y la frontera entre el rigor y el despropósito palidecía. De cualquier modo, cabía deducir algo oscuro. Por ejemplo, que el poco escrupuloso Jack Lingle se estaba constituyendo en un precursor.

Las percepciones de Lingle, sin embargo, eran de otro orden.

Opinaba que su artículo era un primer paso rumbo al éxito profesional, y que el tiempo, a poco que le favoreciese la suerte, vendría a darle la razón.

3

Los cuchicheos iban en aumento cuando se llamó a declarar al siguiente testigo. Amado por sus lectores y, a partes iguales, detestado por sus colegas, el reportero pertenecía a esa raza de héroes cuyos laureles son flor de un día. Con todo, en Chicago, su ciudad natal, se había convertido en una figura casi tan célebre como Eve Paradise.

Tras prestar juramento, fue invitado a sentarse.

—¿Cuál es su verdadero nombre, señor Lingle? —preguntó el fiscal Garrett.

—Alfred Lingle Junior; pero todos me llaman Jake Lingle.

—¿A qué se dedica, señor Lingle?

—Soy reportero en el *Chicago Tribune*.

—¿Y eso qué significa exactamente, señor Lingle?

—Localizo noticias, hago labores de investigación, doy mis opiniones, por descontado, fundadas todas ellas, informo a mis lectores y fomento su espíritu crítico
—replicó de carrerilla.

—¡¡Bien dicho, Jake!! —gritó alguien en las sillas del fondo, secundado por un nutrido coro de risas.

—Silencio en la sala —ordenó el juez Mason—, o me veré obligado a expulsar a los alborotadores. Prosiga el Ministerio Fiscal.

El fiscal Garrett blandió un documento en el aire.

—Señor Lingle, tengo en mi poder la primera de una serie de cartas destinadas a usted y que se recibieron en la redacción del *Chicago Tribune*, la carta que puso el caso Murdoch, utilizando una expresión muy de su agrado, *en boca de todo el país*, pero también el corazón de muchos americanos en vilo. La primera de las cartas que usted tuvo la fortuna o la responsabilidad de recibir.

El fiscal Garrett estaba determinado a formular su primera pregunta, y lo habría hecho de no haberse interpuesto una voz rota, un grito encanallado que procedía de las sillas de atrás.

La mayoría de las cabezas se volvieron en redondo. El juez cambió su mirada de san bernardo por la de una raza más temperamental, escudriñó las sillas hasta que un energúmeno de cabello azafrán y mirada sulfurosa se levantó y, agitando el puño, soltó bien alto:

—¡Mentira! ¡Todo lo que diga ese hombre es una pura mentira! ¡Esa primera carta y las demás cartas son una farsa y una mentira! ¡Falso! ¡Todo falso!

—¡¡Silencio!! ¡¡Silencio en la sala!! —golpes reiterados de martillo.

—¡Yo digo que la prensa miente! ¡Es un embustero! ¡Todo es mentira! ¡Está manipulado! —el espontáneo se enardecía en un vertiginoso *crescendo*—. ¡Para vender más periódicos! ¡Mentira!

—¡Agentes! —ordenó el juez Mason—. Por favor, desalojen a ese hombre de la sala.

La soflama era corta. Tampoco dispuso de más tiempo para adornarla. Dos agentes lo agarraron sin apenas resistencia por su parte.

Por unos se dijo que estaba loco de atar; por otros, que estaba muy cuerdo, y sólo unos cuantos allí eran conscientes de que se trataba de un veterano periodista del *Daily News*, un gacetillero a la vieja usanza, con el pecho a rebosar de principios y recientemente despedido. La mayoría lo miraba como a un apestado cuya fijación es provocar una pandemia, pues, incluso cuando se lo llevaban a rastras, soltó justo antes de cruzar el umbral:

—¡Mentira! ¡Todo mentira!

El alboroto empezó a amainar y, sólo una vez que las aguas volvieron a su cauce, el juez ordenó:

—¡Receso de treinta minutos para calmar los ánimos!

El abogado defensor intercambió una mirada cómplice con su cliente. Y en la cara del abogado despuntó una indetectable sonrisa.

14. GÁNSTERES DE CHICAGO

1

Si alguna vez Eve había cedido a la ansiedad, esta noche era una de esas veces. Ni los primeros encuentros con magnates de los estudios, acompañada por su madre, ni las pruebas con directores para persuadirlos de que daba el perfil idóneo: la cita de esta noche estaba a la cabeza de todas.

Y, sin embargo, ya no era una adolescente. Había tenido amantes. Inesperados y de los otros. Había sido admirada y deseada como pocas mujeres. Entonces, ¿por qué no había experimentado con ningún hombre una ansiedad parecida?

Amaba su profesión; sin embargo, forzoso era reconocer que había logrado su estatus gracias a una generosa dosis de fortuna. La misma dosis que habría precisado su madre para dar con las fuentes del Nilo, si se hubiera empeñado en descubrirlas. Porque fue su madre, ausente en lo demás, quien, en principio, alimentó en ella la pasión por la industria del cine. Una pasión como han de ser todas: perfectamente amoral y hasta inmoral.

Evelyn había llevado a su hija aquí y allí, le había presentado a este y a aquel, la había empujado a esto y a lo otro y, durante años, la había instruido para que no permitiera que su hermano Richard se mezclara en su vida a riesgo de ver desinflada una carrera que se elevaba como un globo aerostático. Richard, a quien su madre había enseñado a temer y a esquivar a causa de los perjuicios que habría podido ocasionarle su condición de gánster. Richard, a quien, no obstante, ella nunca había dejado de querer.

Siempre había tenido el presentimiento de que su madre le mentía sobre el pasado o, cuando menos, le ocultaba cosas. Se trataba de piezas, anécdotas, retazos de información sobre su larga infancia desvanecida. Si se concentraba lo suficiente, podía suceder que experimentase la emoción de algún recuerdo con la intensidad dolorosa de un latigazo, pero no recordaba la causa de esa emoción. No recordaba nada.

Qué insegura la había hecho sentir la amnesia durante todos estos años. Esas piezas, que Eve encajaba de oídas, a veces no se ajustaban bien entre sí. Entonces, para tranquilizarse se repetía que su inquietud era fruto de la amnesia, una amnesia que abarcaba toda su infancia y la volvía mucho más susceptible y, en el fondo, infeliz que el resto de la gente.

Así, no estaba lejos de pensar que la vida era un fraude, un lamento, una estafa, y que lo más próximo a la felicidad que nunca conocería era yacer en brazos de un hombre joven. Otras veces, se tranquilizaba diciéndose que aún no había encontrado

al gran amor de su vida, porque ahí estaba el remedio, y porque Eve, uno de cuyos más fervientes anhelos consistía en ser más libre que un hombre, sólo podía sentirse plena gracias al amor de los jóvenes.

Al final, sin embargo, persistía en ella la convicción de que no tenía las respuestas que merecía tener, y de que su madre o no podía o no quería proporcionárselas. Por eso, de un tiempo a esta parte pensaba, cada vez con más frecuencia, que sólo una persona en el mundo podía proyectar luz para ella, hablarle sin tapujos sobre su larga infancia en común y reforzar una seguridad de la que carecía: su hermano Richard.

La noche del martes esperó a Donovan. Lo esperó hasta la una, lo esperó hasta más allá de las dos en una salita de la planta baja, desde donde oiría abrirse en el primer piso la puerta del salón, la única estancia que daba a la terraza trasera.

La función diaria de *El show de Donovan* terminaba alrededor de las once, de modo que, tal y como el joven prometiera, no había ninguna razón para pensar que tardaría más de una hora en plantificarse allí, incluyendo la escalada a un balcón de fácil acceso.

Según lo que habían acordado, Eve se encargó de dejar una de las puertaventanas entreabierta.

Y, pese a todo, en el silencio reinante de la noche, ni oyó abrirse la puerta del primer piso, ni vio aparecer a Donovan por lado alguno. Y fue tal su decepción que, en vez de comprobar si la puertaventana seguía entornada, como la había dejado horas antes, algún resorte oculto saltó en ella y, buscando un alivio o una explicación que trascendía con mucho a la persona de Donovan Curtis, tomó una decisión insólita.

Se puso un abrigo de seda negra, uno de sus sombreritos de fieltro y, alrededor del cuello, unos zorros plateados. Eran las dos y media de la madrugada.

—¿A dónde vas, cariño? —preguntó Evelyn, que apareció de improviso en bata y camisón.

—Me has asustado. Qué raro, tú en casa.

—Estaba a punto de irme a dormir —dijo Evelyn.

—¿Mala racha en el casino?

—Qué hiel destilas, hija mía.

—Déjame en paz, Evelyn.

—Ese Casanova, el de la hipnosis. Era todo verborrea, ¿verdad? Un farsante.

—Métete en tus asuntos.

—¿No pretenderás hacerme creer que ese embaucador te hipnotizó?

—Para qué me preguntas, si ya conoces la respuesta.

—¿Qué estás haciendo?

Eve se puso los guantes. Sus ojos buscaron los de Evelyn.

—Lo que debí haber hecho hace mucho. Voy a coger el coche para visitar a mi hermano.

—¿Has perdido de repente el juicio?

—Adiós, madre —dijo rozándola al trasponer la puerta.

—¡No vayas, Eva! —gritó—. ¡Te perderás! ¿Estás escuchando a tu madre?

Y Eve dejó de oír lo que vino a continuación.

2

Encima de la floristería tenía Ritchie Sandino su cuartel general y también su residencia, no en vano era suyo el inmueble entero.

Desde allí seguía la evolución de sus negocios, como los tugurios en los que recibía un tanto de las ganancias mensuales a cambio de protección, y a los que también suministraba licores de contrabando. Sus depósitos y destilerías clandestinas, como los de tantos otros dedicados al comercio ilícito de licores en el medio oeste, estaban situados en Las Lomas de Chicago, a casi cuarenta millas hacia el sur.

Al principio había pensado en Goose Island, sólo a diez manzanas al noroeste del Loop. Un lugar oscuro, con fábricas y almacenes solitarios, y que debía su nombre a los miles de patos silvestres que poblaban el río Chicago a principios de los años 80; pero le pareció demasiado céntrico, mientras que Las Lomas, antes un área residencial, no sólo estaba llena de cantinas, casas abandonadas, pajares y garajes, sino que era un modo de confraternizar con los camaradas.

En su zona, la zona que le había asignado Capone, vendía cerveza y alcohol de maíz. El alcohol se comercializaba en dos categorías: puro, tal y como salía del serpentín del alambique, que tenía ciento noventa y ocho grados y se vendía a seis dólares el galón, y el rebajado, que tenía cien grados, y se vendía a tres dólares el galón. Mandaba a sus *torpedos* a un local, y, por las buenas o por las malas, estos persuadían al dueño de que su *whisky* o su cerveza eran infames. Al otro día, Ritchie ordenaba un primer envío al nuevo cliente.

De todas formas, los negocios más rentables, y que más quebraderos de cabeza causaban a Ritchie, eran los prostíbulos. Solía comprar a las chicas en Nueva York, Filadelfia y Boston, los mejores centros de reclutamiento. Muchas eran orientales, y la compraventa rondaba los doscientos cincuenta dólares.

A veces, acudía allí, a sus prostíbulos, por vicio. Le gustaba espiar a sus chicas en pleno trajín, a través de orificios que mandaba practicar en las paredes, pues el sexo consistía para Ritchie sólo en mirar; sin embargo, para cuestiones de mero trámite, delegaba en los muchachos, excepto cuando la ocasión requería su presencia. Entonces, comparecía, suave como una malva y hábil como un viejo diplomático.

De la escuela de Capone y John Torrio, sus mentores, no se recataba en lucrarse con prostíbulos, al contrario que la banda del distrito norte. Enfrentados a muerte a Capone, los jefes del Norte alardeaban de una moral que les impedía embolsarse ni

un centavo que procediese de los prostíbulos, aunque luego se liasen a tiros por una bagatela. Con ellos toda diplomacia era poca, y Ritchie, que lo sabía, se afanaba en mitigar unas crisis de codicia que disfrazaban de moralismo.

Sin embargo, esta noche lo que desazonaba a Ritchie no eran los burdeles, ni las traiciones, ni los conflictos entre bandas rivales, ni las ganancias del alcohol o del juego, sino el único ser en este mundo por el que sentía un afecto y una compasión reales. Y, al igual que Amós, o que Jake Lingle, el gacetillero, o que cierto detective de la policía de Chicago, y todos por diferentes razones, no paraba de darle vueltas al insidioso artículo que horas antes había publicado el *Tribune* y que, se mirase por donde se mirase, podía suponer el principio del fin para su hermana.

Según nuestras últimas informaciones, la estrella y el señor W. Murdoch salieron a la vez por diferentes puertas del teatro al que habían acudido la noche del pasado sábado, la víspera de que se denunciase la desaparición del señor W. Murdoch. El señor W. Murdoch tenía intención de invitarla a cenar, y la diva de Hollywood bien pudo haber sido la última persona en verlo con vida. Por no hablar de que... ¡El coche del señor W. Murdoch, un Cadillac Town Sedan de color verde, tenía rastros de sangre en su interior, nada más y nada menos!

En estos tiempos en que la actriz Eve Paradise está en boca de todo Chicago por razones extraprofesionales, ¿será que alguien en trance, hipnotizado o hipnotizada, hizo desaparecer al señor W. Murdoch?

Tiró a un lado el periódico con furia. Hacía tiempo que, fuera del terreno estrictamente sexual, no degustaba el amargo sabor de la impotencia. Por una vez, Ritchie no tenía solución a mano. Conocía a Lingle de oídas, sabía a ciencia cierta que era un protegido de Capone y lo último que deseaba era pecar de irreflexión poniéndolo en el centro de la diana y dar pie a que la Bestia se tomase el desquite.

Desde que Ritchie le había negado el favor de encargarse del sindicato de operadores cinematográficos, las relaciones con Capone eran distantes; pero si liquidaba a Lingle y llegaba a oídos de su antiguo jefe, estaría sirviéndole en bandeja el pretexto para que divulgase que a Ritchie empezaban a subírsele los humos o, peor aún, que se había pasado a la banda del Norte.

En esas estaba cuando uno de sus matones le anunció la última visita que podía haber previsto. Creyó no haber oído bien.

—¿Cómo? ¿Quién dices? ¿Estás seguro?

Mandó que la acompañasen al salón principal mientras él mismo se trasladaba. Casi en seguida entró ella.

Qué hermosa estaba. Fue lo primero que pensó al verla. Traslucía salud y vigor. Y no representaba su edad. El sueño de ellos, Eve Paradise, la envidia de ellas. En eso se había convertido su hermana.

Bien podía ocurrir que no volvieran a hablarse en la vida, que los oscuros manejos de Evelyn, que el pasado común y sus crímenes los separasen, pero quedaba en pie el hecho de que Eva sería siempre algo suyo. Podía sentirse orgulloso. Y ese orgullo de sangre lo sostendría en las horas malas.

—Hola, Richard.

—¿Qué horas son estas, hermana? —dijo él ayudándola a quitarse el abrigo y lo demás, que dejó en manos del escolta antes de ordenarle que desapareciera—. Siéntate, ¿quieres? —se apresuró a mostrarle el sofá de terciopelo púrpura.

El amplísimo salón estaba tapizado de alfombras orientales. El mobiliario era de caoba rojizo. Había espejos, columnas y dorados. Por supuesto, jarrones con flores y, en un rincón, junto al mueble bar, una pequeña palmera en un tiesto. Tres o cuatro estatuas en bronce de hombres y mujeres desnudos y un par de arañas venecianas consumaban una estética que estaba a medio camino de todo. Ritchie se felicitó de que las cortinas de damasco disimularan las celosías de acero con que estaban recubiertas las ventanas.

¡Si su hermana intuyera que las paredes ocultaban compartimentos secretos forrados de corcho! O que allí había nidos de armas y municiones, donde varios hombres podían guarecerse durante días, comunicándose por medio de un tubo acústico y recibiendo alimento y bebida por medio de un torno...

—Por qué te arriesgas a venir. Bastaba con que hubieras aceptado las orquídeas. Me habría encargado de arreglar una cita discreta. ¿Te preparo algo?

—*Whisky*.

—¿No prefieres algo más suave?

—Por favor, Richard.

Ritchie fue al mueble bar y volvió con un par de *whiskys*. Fantaseó con la idea de que no eran más que dos hermanos normales, que no habían pasado más de media vida sin dirigirse la palabra.

—Nunca p... pensé en venir. Fue un impulso repentino —se sinceró ella.

—Bueno, siempre he adorado tus impulsos repentinos, hermana; siempre —dijo con énfasis alcanzándole el vaso mientras tomaba asiento en el sofá, ni cerca ni lejos de ella—. De niña, te escabullías sin decir ni pío. Desaparecías durante horas. Todo el mundo te buscaba. Era un misterio.

—Cuando dices «todo el mundo», no estarás refiriéndote a Evelyn, ¿verdad?

—Precisamente a Evelyn, no. Dejémosla al margen.

—Como quieras. ¿A mi padre, entonces? ¿Mi padre se preocupaba por mí? No guardo un solo recuerdo de él.

—Ha pasado tanto tiempo... —dio un buen trago.

—¿Cuántos años le llevaba a Evelyn? ¿Era tan viejo como dice ella? ¿Por eso le daba asco? ¿Porque era un *viejo*?

—Desde luego, era mayor, pero no creas. Yo tampoco recuerdo muchas cosas. El pasado es la tierra de las brumas. ¿Asco? No sé si le daba asco por eso o porque la dejó en la miseria.

—P... pero yo no recuerdo nada, Richard. Nada de nada. ¿Por qué?

—Un momento, permíteme que siga. Nadie te encontraba, ¿vale? Estábamos en ese punto. Continúo. La servidumbre preguntando por ti. La casa patas arriba. Orden

de búsqueda. Zafarrancho de combate. ¡¡La niña!! ¡¡La niña!! —ella dejó escapar una sonrisa—. Y, ¿sabes dónde estaba la niña?

Durante años no había frecuentado a Ritchie. De haberlo hecho, habría sabido que con cada pregunta Ritchie buscaba siempre dos respuestas: lo que se decía y lo que se callaba.

—¿Sabes dónde estaba la niña?

—No tengo ni idea.

—En el bosque.

—¿El bosque? ¿Qué bosque?

—Solías irte a un bosque de encinas, cerca de nuestra casa. Te reunías con un amigo —Ritchie la miró con atento disimulo para estudiar su reacción, pero ella no dio muestras de esconder ni recordar nada—. Me hablabas muchísimo de él.

—¿Tenía amigos? ¿Era una niña normal?

—Eras la niña más preciosa de todas. ¿Es que las niñas preciosas no pueden tener amigos?

—¡Hay que ver! ¿Y c... cómo te enteraste de eso?

—Te lo he dicho. Porque me hablaste de él, y porque te seguí. Eras mi hermana pequeña. Tenía que protegerte —una luz asomó a sus ojos cuando dijo, con deliberada lentitud—: te sorprenderá saber que aún recuerdo el nombre de tu amigo. Y nunca olvido una cara.

—¿Ah, sí? —pareció divertida—. ¿Qué nombre tenía?

Ritchie la miró aún más gravemente.

—No pienso decírtelo. No, hasta que tú misma lo recuerdes. Cuando lo necesites, estoy seguro de que lo recordarás.

Ambos bebieron. Ritchie se levantó con el *whisky* en la mano. Se acercó a la palmera. Examinó sus hojas con estudiada negligencia.

—¿Siempre te gustaron las plantas? —preguntó la actriz mirando a su alrededor. Ritchie se volvió hacia ella.

—No siempre. ¿Tú crees en los amores a primera vista?

—Puede que sí. Puede que ahora tenga más fe que nunca en los flechazos.

—Pues cuando conocí el reino vegetal, fue amor a primera vista. Las flores hacen que me olvide de toda la mierda que me rodea. No hablan. Escuchan. Son hermosas. Limpias. Me dan paz. ¿Tiene algún sentido para ti?

—Lo tiene. Oh, desde luego. Son como las buenas películas mudas.

—Sí. Como las buenas películas mudas —Ritchie bebió otro sorbo, y luego, con su voz más despreocupada—: por cierto, se dice que rechazaste un papel en una película de la Metro.

—*El viento*.

—*El viento*, sí. De Victor Seastrom.

—No me gustaba la historia, ni me gustaba el director.

—¿Algún problema?

—No sé —dijo ella transparentando un visible malestar—. No me convencía. Demasiado sueco. Demasiado puritano.

—Claro. Ya veo —dejó el vaso en la mesa y sorbió por la nariz—. Hermana, te voy a hacer una pregunta: ¿Crees que soy una mala persona?

Ella reaccionó con agilidad.

—Eres mi hermano.

—A eso se le llama eludir la pregunta.

—Si creyera que eres una mala persona, no estaría en tu c... casa. La vida no ha sido fácil para ti, Richard. Admiro tu coraje.

—¿Coraje?

—Nos mantuviste a las dos hasta que conseguí mis primeros papeles.

—¡Erais mi familia! ¡Cómo no iba a mantener a mi familia! ¡Lo habría seguido haciendo si Evelyn me lo hubiese permitido!

—Olvídalo, Richard. Por suerte, aquello pasó. Y, de no haber sido porque papá sólo dejó deudas...

—Nunca fue mi padre, Eva. Siento decirlo.

—Pero te adoptó. También era tu padre.

—¡Nunca!

Temió asustarla. Y sólo pensar en asustarla, lo ponía malo; pero ¿cuál habría sido la reacción de su hermana si conociera su papel, el papel de Ritchie, en la muerte del Viejo, asesinado de un tiro en pleno vientre? Bajó el tono para decir:

—Verás, tuvimos nuestras diferencias. Para qué andar removiendo el estiércol.

—Lo lamento, Richard.

—Fue culpa mía. No comprendí a los españoles. No comprendí su carácter. Suponte que no echo de menos España y darás en el clavo. Aquello era...

—¿Cómo era, Richard? ¿Por qué nunca he querido volver? He recorrido medio mundo; sin embargo, allí ja... jamás volvería.

—No te pierdes nada. La tierra es hermosa; pero los españoles parecen siempre irritados con algo superior. ¿Qué hay más grande que la familia? Pues para esa gente siempre hay algo más importante. El destino, Dios, algún ideal, algún vicio, vete a saber. Son maliciosos. Hasta su humor me lo parece. No los entiendo. Les corroe el veneno de la envidia. Una envidia de la peor clase. Son enanos. Imposible crecer de ese modo. Se merecen una guerra civil como la que nosotros padecemos —apuró el *whisky* y se acercó al mueble bar—. ¿Te sirvo otro?

—Tengo suficiente.

—Y qué me dices de ti —preguntó escanciándose—. Últimamente estás en el candelero.

—¿Lo dices por el espectáculo del hipnotizador?

—Digamos que sí —volvió a sentarse—. ¿Has echado un vistazo al *Tribune* de la tarde? —preguntó con fingida espontaneidad.

—Sí, Richard. He leído el artículo de ese tal Jake Lingle.

—¿Y?

—Estoy pensando en demandarlos. A él y al periódico.

—Ah.

—Tengo una reputación que proteger.

—Se comprende.

—¿Tú crees que haría bien demandándolos?

—No soy el más indicado para dar consejos legales.

—¿Tú que harías?

—Lo dejaría estar.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Una demanda, ahora, levantaría más polvareda. Yo dejaría que se ensuciaran. Cuando se descubra la verdad, quedarán con el culo al aire. A no ser... —alentado por el *whisky*, se dijo que este era el momento, que una oportunidad así no volvería a presentarse—. Escúchame, te lo voy a preguntar una vez sólo; al fin y al cabo, cada uno tiene derecho a vivir según le plazca. ¿Tienes algo que ocultar sobre ese tío, Mike Murdoch?

—¿Yo? ¿Qué tendría que ocultar? Se acercó para cortejarme. Hasta entonces no lo había visto en mi vida.

—¿No le diste cuerda?

—Le dije que me inclinaba por los automovilistas antes que por los peatones. Él era un peatón. ¿Tú lo hubieras pillado?

—Como para no pillarlo —dijo Ritchie procurando que no se percibiera su decepción. Evitó recordarle lo que había publicado el *Tribune*. Entre otras cosas, que el Cadillac había aparecido con rastros de sangre. No tenía sentido presionarla—. Sin embargo, pensaba no sólo en Murdoch, pensaba en lo que fuera que el *Tribune* pudiese airear para enfangar el nombre de Eve Paradise.

La actriz permaneció taciturna. Luego bebió, dejó la copa en la mesa baja y terminó diciendo:

—No te entiendo, Richard. So... soy una actriz. Sólo me dedico a eso.

Él volvió a levantarse. Dejó el *whisky* junto al de ella, chasqueó los nudillos y se puso a dar unos pasos con el convencimiento de que el control se le escapaba. Metió las manos en los bolsillos, ahuecando la chaqueta, con las piernas separadas. El Ritchie que sus *torpedos* conocían y admiraban.

—Quédate tranquila, hermana. Déjame a mí. Yo me ocupo de todo. Verás como se me ocurre algo —y, al momento, supo que había echado a perder la ocasión. Él, que en sus negocios jamás se dejaba arrastrar por las pasiones, que si por algo se caracterizaba era por su espíritu cauteloso, desde pequeño había experimentado que los vínculos familiares eran su talón de Aquiles.

—Nadie cambia, Richard. Como siempre, las cosas han de hacerse a tu manera —se levantó.

—Sólo esta vez, Eva. Una última vez. Deja que lo haga a mi modo. ¡Soy tu

hermano mayor!

—Gracias. Sé que tienes las mejores intenciones. Estoy se... segura.

—Voy a ayudarte. Quiero hacerlo. Debo hacerlo. ¿Por qué no me dejas, ahora que puedo? En mi mundo nada es para siempre, nuestra vida pende de un hilo. Tú eres toda la familia que me queda.

—Ha sido un error venir. Un error. La culpa es mía. Tengo que irme.

—¿Ya?

—No imaginas cómo estoy arriesgándome.

—¿Es tu última palabra?

—Lo siento muchísimo, Richard.

Él dio una voz. Apareció el mismo escolta de antes.

—El abrigo de la señorita —dijo Ritchie.

Aunque recobró un cierto control sobre sí mismo, le supuso un tormento que la charla languideciese de manera civilizada. Hasta le dijo, y sonó a súplica y a derrota, que esperaba que volvieran a verse, cuando era innegable que estaba espantándola.

De todos modos, él se ocuparía. Tomaría cartas en el asunto porque no quedaban muchas más opciones. Al fin, perderla era irremediable como una maldición. Y, en el mejor de los escenarios, su única hermana, su medio hermana de la que tan orgulloso seguiría sintiéndose hasta el mismo día de su muerte, desaparecería de su vida durante otros diez o quince años más; pero la ayudaría, estaba dispuesto a evitar que le hicieran sufrir. No había nada que no hubiera hecho por ella.

3

A las tres de la madrugada, el capitán permanecía aún en su despacho. El detective O'Tooley estaba de servicio.

—Nunca le había visto a usted tan desconcertado, O'Tooley. Y este es mal momento para desconciertos. Malísimo.

El capitán estiró las piernas y puso los pies sobre su escritorio. Abrió su pitillera dorada y mostrándosela, como otras veces, dijo:

—¿Le apetece?

—No, gracias, capitán. Ya sabe que no fumo.

Una capa de violencia flotaba en la atmósfera cada vez que jefe y subalterno se veían a solas.

—Y, para acabar de arreglarlo, ese artículo de Lingle. ¡Hay que joderse! ¿Qué tenemos entre las manos, O'Tooley? Soy todo oídos.

—Por ahora, un hombre desaparecido, señor.

—Acaba de descubrir las Indias, O'Tooley.

—Y un periodista ebrio de notoriedad.

El capitán encendió el cigarro, inspiró profundamente y cerró los ojos por un instante.

—¿Sabía usted que Lingle está a partir un piñón con el nuevo Gran Jefe? — preguntó expeliendo humo con cada palabra.

—Algo he oído, capitán.

—La opinión pública se nos va a echar encima si metemos la pata, O'Tooley.

—Coincido con usted.

—Hábleme de la puta actriz. Qué pasa con ella.

—Aún no me atrevería a aventurar nada. Está en el ojo del huracán de la prensa. Cuando aparezca Murdoch, veremos.

—¿Vivo o muerto?

—Todo parece indicar que Mike W. Murdoch es cadáver, capitán.

Con el cigarrillo en la mano y los pies sobre el escritorio, el capitán volvió a cerrar brevemente los ojos y suspiró.

—Pues encuentre el cadáver, O'Tooley. Hágalo.

15. ENAMORADA

1

La siguiente noche, Donovan volvió a casa de Eve y obtuvo su recompensa: una tenue luz en el salón dejaba ver la puertaventana entornada. La actriz lo estaba esperando como si nada hubiese ocurrido. Habría que remontarse unas horas para explicar por qué.

Después de visitar a Ritchie, cuando Eve estuvo de regreso, aquel vacío, aquel desamparo suyo, que las contrariedades ponían más y más de relieve, hizo de nuevo su aparición. En nadie podía confiar, a nadie podía recurrir, estaba harta de escapar de todo —¿no era la interpretación también una forma de huida?—. Se sentía una extraña para sí misma y sus pensamientos volaban hacia Donovan, el hombre que había considerado despectivamente su amor, el único que, a juzgar por las apariencias, no la quería.

De manera que subió al primer piso, entró en el gran salón a que daba acceso la terraza y vio la puertaventana atrancada. Se quedó de una pieza. Naturalmente, pensó, esto sólo demostraba que alguien la había cerrado; pero, quién y en qué momento. ¿Su madre? ¿La servidumbre? ¿Pudo ser esa la causa de que Donovan no apareciese? ¿Se le había impedido la entrada sin ella saberlo?

Aunque intenciones no le faltaron, se abstuvo de mencionar el asunto a Evelyn y caviló de modo desesperado. La siguiente noche se quedaría aguardándole en el salón a partir de las nueve, hora en que Evelyn estaba citada con sus amigas en el casino, y que la misericordia de Dios bendijera su proceder.

Y, contra pronóstico, o quizá porque la fuerza de los deseos de Eve era más viva que la fuerza de su desesperación, no era medianoche cuando Donovan irrumpió jadeante en la estancia con su capa negra y su chistera.

Henchida por un ansia inexpresable, se levantó para recibir al joven que, de algún modo, había esperado siempre. La sola presencia de Donovan le había cortado el resuello. Y, al preguntarle por la causa de que se hubiera ausentado anoche, algo en algún lugar dentro de ella se fundió al calor de las palabras de él, cuando le oyó decir, a modo de evidente pretexto:

—Me fue del todo imposible. No sabe cómo lo lamenté, Eve —y pensó que, si de ella sola dependiese, le haría entrega de su soledad con las palmas hacia arriba.

Permanecieron juntos durante horas en el salón, al acecho el uno del otro, hablando en susurros. Pasaron a tutearse sin apenas advertirlo. Oyeron a Evelyn, que abría la puerta con su llave a altas horas de la madrugada y, a trompicones, se perdía, pasillo adelante, en el ala oeste, en donde estaba su cuarto. Hubieron de sofocar las

carcajadas. Se asombraron haciéndose confianzas. Ella se pasmó de lo lejos que podían llegar las casualidades.

Fueron descubriéndose mutuamente esas particularidades que inauguran un amor, y allí donde otros están ciegos, veían ellos semejanzas milagrosas.

Por lo que a ella se refería, empezaba a tomar conciencia de que no podría prescindir de ese hombre como había prescindido de otros. La sola ocurrencia de huir de él hubiera sido como empañar la superficie de algo nuevo. Ese algo que en la actriz se representaba como un sentimiento leve y puro que gravitaba a su alrededor.

Era la primera vez que no deseaba humillarse ante un hombre, o dedicarse a admirar su juventud con fervor, la primera vez en que protegerlo y pertenecerle significaban la misma cosa. La primera vez que pensaba en amar y en dejarse amar, en sentirse ardorosa y tiernamente deseada. Sentía que eran como dos soledades que se buscaban a tientas, ambos en pos de esa media humanidad que todo enamorado llama, en algún momento, *el amor de su vida*.

No lo conocía; pero deseaba intercambiar con él esperanzas y promesas, reírse con él durante horas. Adueñarse de un joven a quien socorrer y que la socorriera todo el tiempo, que no la abandonase ni tuviera intención de hacerle ningún daño. Lo que fuera que los uniese tendría que ver con la verdad, con la franqueza. Hasta ese punto anhelaba ahondar en las profundidades del amor verdadero. Ese que llevaba toda la vida aguardando. ¿Qué no daría de sí un amor semejante?

Y ella, qué no daría por el misterio y la delicia de amar y ser amada. Ser la sierva de alguien, ser su dueña. Lamer su sagrada tierra. Convertirse en su dolor y en su tormento. Vivir las pasiones de las grandes aventuras sin el tedio de sus largas incertidumbres. Abrasarse y tener frío. Ser cordero y ser pantera. Ser menos agua que fuego. Tener luz y estar a oscuras. Ver más que nadie y estar ciega. Ser sabia e iletrada, vivir lúcida y embriagada. Estar llena, entera, exhausta y descansada, hambrienta y satisfecha. Atar y desatar, envolver y descubrir, derrochar y atesorar. Nunca escarmentar ni saber nada de escarmientos. Sentirse buena y profunda, ser condescendiente y frívola. Gozar de un día como de una hora, y de una hora con la emoción de las vísperas. Ser inmortal y vulnerable. Llevar con una la enfermedad y el paraíso. Desvestirse, entrar desnuda, sin cargas, sin pecados, sin heridas, sin dolores. Ser para él la princesa del cuento y para los demás la narradora. Todo eso, vaya si lo había comprendido, era estar enamorada.

¡Oh, tú, mi señor, mi rey, mi vida nueva, heredero de todos mis futuros, amo de mis virtudes y flaquezas!, habría exclamado. Vendrán tiempos hostiles, llegará la muerte, pero, si tienes fe en mí, parecerá que nunca te hayas ido. Eve flotaba sin rozar la tierra. Era un ascenso hacia la luz, hacia el sol de su porvenir, hacia un joven y dorado amanecer. Todo era ascenso. Amaba, y amar era un acto democrático que abolía las clases y los prejuicios, y también un acto de íntima rebelión contra la sociedad y sus dictados, contra la sordidez y lo consabido, contra la monotonía y las conveniencias. Así era. Y así sería.

Todo lo que el joven tenía de arrogante, lo tendría de complaciente el amor de ella. Y supo, como sólo una enamorada sabe, que Donovan correspondía a ese amor que estaba naciendo y que se moría de ganas de besar unos labios que tantos hombres antes habían besado.

Amargamente, le habló de su previsible ocaso como estrella. De su dicción, que no era la más deseable para una actriz en el nuevo cine sonoro, del caso Murdoch y de la prensa que se dedica a sembrar sospechas y propagar medias mentiras. Se abrió a él sin pretenderlo, sin forzar. Sucedió así, poco a poco.

Poseída por una sensación de plenitud, le contó sus más veladas confidencias, aquello que no le había contado a nadie, con una mezcla de animosidad hacia los suyos y de alivio, ese alivio que todo pecador experimenta al confesar su más secreto pecado. Le confió que su medio hermano se llamaba Richard. Richard, solamente. Y, aunque Donovan nada sabía sobre su hermafroditismo, ella quiso pensar que, con aquel discernimiento, aquella sutileza que demostraba para conocer al prójimo y que lo había elevado a la categoría de *showman* y hombre de moda, él intuía más de lo que intentaba hacerle creer. Al fin, Donovan Curtis se había adentrado en su interior como nadie lo había hecho. Era como si Eve no deseara recordar su verdadera experiencia con él sobre las tablas del escenario.

Aunque su nacionalidad era norteamericana, le dijo que había nacido en Sevilla, como su padre, quien murió limpiando una escopeta de caza; que de pequeña su madre había vuelto con sus dos hijos a América, la tierra natal de Evelyn y de Richard, que de su infancia no guardaba memoria, ni de su tierra de origen, ni de sus gentes. Le habían arrebatado una parte de su vida. Porque había algo oculto que no afloraba. Estaba segura, manifestó, de que hasta sus pequeños problemas de expresión tenían su origen en la amnesia. Al igual que pensaba, dijo con una tristeza inconsolable, que su defectuosa pronunciación acabaría con su carrera en el nuevo cine sonoro. Su carrera, lo único que tenía y le quedaba.

A Donovan le estremeció su tono. Traslucía tal desamparo que aliviar su amargura parecía lejos del alcance de cualquiera. Lo estremeció hasta el punto de sentirse fuerte, capaz de cualquier cosa, feliz de enfrentarse a cualquier reto por su chica, su orgullo. Le tomó la cara entre ambas manos, estudió sus ojos desde muy cerca, ojos verdes en los que relucían pequeñas lágrimas. Aun sin estar muy seguro de su determinación, sintió el coraje fluyendo por él, como sangre ardiente, y entonces, llevado por un entusiasmo y una ternura que lo impregnaban todo, se brindó con una sencillez desarmante. Afirmó que la hipnosis podía ayudarla y que él se sentiría feliz de intentarlo. El asunto se reducía a provocar una regresión que ahondase en los conflictos no resueltos, buscar el problema y atajarlo.

Eve se quedó sin palabras. ¿Cómo iba a pensar que él le propondría algo así? No se le hubiera ocurrido a ella ponerle en ese trance, sobre todo, después de lo que había ocurrido sobre el escenario. ¿O es que él lo dudaba? ¿O es que él no estaba seguro? ¿Y si él creía que la había hipnotizado realmente?, se preguntó. ¿Y si, en

verdad, creía en sus mágicos dones?, pero descartó decírselo. Temía, al hablar demasiado, herir su frágil vanidad de hombre, y, como consecuencia, temió que él no quisiese volver a verla. Después de todo, ¿acaso él no había dejado de acudir la víspera alegando un pretexto convencional? Y perderlo ahora, eso hubiera sido insoportable para ella. ¿Le quedaría algo con qué soñar?

Decidió acceder porque se jugaba mucho, porque, excepto a Donovan Curtis, nada tenía qué perder, porque, a fin de cuentas, ¿qué podía ese *showman* maravilloso averiguar que ella no quisiera? Y, lo más significativo, lo que terminó de convencerla, acceder a su ofrecimiento le garantizaba volver a encontrarse con él durante las noches siguientes.

Sólo hacia el final, cuando la luz macilenta del alba parecía ensuciarlos, descomponer sus facciones, volverlas imprecisas, él le dijo con un misterio que a ella la enterneció en lo más íntimo de su ser:

—Espérame aquí, a la misma hora, durante las próximas noches. Seré discreto como tu sombra. Las sesiones serán en la penumbra, sin luces. Sólo tú, mi voz y tus recuerdos.

Y entonces sí, ella acercó su boca a la suya. Y se besaron como si este fuera el último beso del primer gran amor, cuyo nacimiento acababan de presenciar.

2

—¿Sabías que Eve tiene un hermanastro llamado Richard? —preguntó Donovan.

—Sí.

—¿Lo sabías?

—Sí.

—¿Y que Eve nació en España?

—Sí.

—¿En Andalucía?

—Sí.

—¿Y que no guarda ningún recuerdo de su infancia?

Amós no respondió. Sí, por supuesto que lo sabía. Desde hacía exactamente veintiocho años; pero se encogió de hombros. A continuación, se estiró la manga del gabán viejo y desgastado, la única prenda de abrigo que le quedaba. Cogió el borde de la manga con un dedo, limpió con ella el cristal empañado y se puso a mirar por la ventana.

El cabello negro le tapaba ambas orejas. Sus grandes ojos y su tez solían impresionar a los norteamericanos genuinos; pero había que fijarse. Porque no era un hombre que llamase la atención. Pese a la dura vida que le había tocado, su físico era

agradecido. No desmentía que era alguien más cerca de los cuarenta que de los cincuenta. Sin embargo, su voz, aquella arma aterciopelada, rica en amables matices, insólitamente acariciadora, era una voz sin edad. Una voz que estaba fuera del tiempo.

La escarcha recubría parcialmente el vidrio. Desde la calle, casi no podría leerse el rótulo del café, sobreimpreso en el cristal, con forma de semicírculo y letras rojas. La gente llevaba los cuellos de los abrigos subidos. Muchos exhalaban por la boca nubecillas de vaho. Algunos de los que permanecían de pie, mientras esperaban el tranvía, golpeaban el suelo con los zapatos para entrar en calor.

—¿Hay algo que no sepas de ella? —preguntó Donovan.

—Vámonos. Tengo que inyectarle la insulina a mi padre.

—No. No nos iremos, Amós. No todavía. Aún no me has respondido —le puso una mano en la muñeca. El otro se removió en la silla—. ¿Por qué tengo que permitírtelo? Es muy arriesgado. Necesito una respuesta.

—Porque me lo debes. Y porque no tienes otra salida.

A mediodía, el establecimiento estaba casi vacío. Sólo ellos dos. Al fondo, un camarero representativo del gremio de camareros de Cicero se aplicaba a secar vasos, ajeno a las cuitas de sus clientes. Sobre la mesa de mármol, hacía tiempo que los dos cafés habían dejado de humear.

Donovan clavó en él una mirada hosca.

—¿Qué te debo? —preguntó Donovan como tratando de poner orden en sus recuerdos—. Para empezar, el culpable de lo que ocurrió con ella en el escenario no fui yo. Yo no fui el que se quedó petrificado, o el que retrocedió. Para continuar, estamos aquí en Chicago por ti. Tú quisiste venir, tú insististe. Por mí, habiéramos ido a Nueva York. ¿Puse objeciones? Estuve de acuerdo. No te pregunté si había motivos personales. Dije: «¡Adelante!». Dije: «¡A Chicago!». Después hablé con su madre, con esa Evelyn. Vaya petarda. Lo hice por ti, porque me lo pediste. Porque me convenciste de que hablando con Evelyn podríamos conseguir que una estrella de cine acudiese al *show*. Yo no lo habría hecho. Qué me importaba a mí Eve Paradise. Yo no colecciono recortes de ella.

—¿Y ahora? ¿Te importa ahora?

—Me importa, sí. Me importa. Por eso quiero que me expliques. Estoy esperando.

—Si te importa, ¿por qué le mentiste? ¿Por qué le dijiste que no habías estado en el balcón, que no habías acudido a la cita?

—A veces me revientas —se echó hacia delante y le puso una de sus jóvenes manazas en la nuca—. Son cosas de hombres. Es parte del juego —separó la mano y recobró la actitud—. Se nota que no has tenido líos de faldas. Decirle que no había podido ir la otra noche fue un acicate para ella. ¿Comprendes? Supo que no me tenía en un puño. En qué lugar habría quedado yo de haberle dicho que había estado esperando como un imbécil en su terraza, a la intemperie.

Amós se dijo que esa manera de conducirse ponía de manifiesto un carácter

simple; claro que, a estas alturas, no iba a descubrir en Donovan profundidades abisales. Por lo que él había leído en los libros y visto en las películas, y por lo que le había contado su abuela, las mujeres buscaban franqueza, ternura y pasión en los hombres, odiaban la mentira. Entonces, ¿era su abuela quien le había mentado? Si las insinuaciones de Donovan tenían fundamento, ¿a qué se reducía el amor? ¿A un juego de estrategia, a dos egos en liza con tácticas enfrentadas?

—Además...

—¿Qué? —repitió Amós.

Se había metido las manos entre la mangas, como un monje, y se balanceaba muy ligeramente adelante y atrás.

—Yo no sólo contribuí con mi dinero: puse en marcha el negocio. Puse en práctica una idea. Hice realidad un sueño, por si lo has olvidado, que se me ocurrió en Hawai. Un sueño en el que ni tú mismo creías.

—¿Y yo?

—Ya sabemos que tú has aportado lo tuyo; pero eso no te da derecho a suplantarme. ¿Aún no te das cuenta?

—Le dijiste que la hipnotizarías —dijo Amós.

—Lo cual me incumbe a mí. Ya me las arreglaré. ¿Por qué debo permitir que vayas tú? —preguntó Donovan.

—Porque necesita ayuda. Pasa por un mal momento. Su carrera está en crisis y el *Tribune* la está acorralando con el caso Murdoch. Ya se habla de ella como sospechosa. Y Murdoch no aparece. Y la tapicería del coche estaba empapada de sangre. Y tú vas y te atreves a decirle que podrías ayudarla con la hipnosis. No puedes decepcionarla. ¿No ves que debo ir, que debo hacerlo? Quizá pueda ayudarla a corregir esa dicción defectuosa. Que no tenga que retirarse. Que siga siendo una estrella.

Tuvo tiempo de cuestionarse su propia honestidad, de preguntarse si no se estaba engañando a sí mismo, y tuvo tiempo de negarlo. Se preguntó si era tan sucio y lascivo, tan siniestro, tan vicioso como su padre, que nunca había perdido una sola ocasión de aprovecharse de una mujer; en especial, si le gustaba, si le había gustado siempre, si era la única mujer de sus sueños. Y lo negó. Lo negó.

—Has perdido un tornillo, ¿lo sabes? —preguntó Donovan—. ¿Por qué te preocupas tanto por alguien a quien ni siquiera conoces?

—Es como si la conociera de toda la vida.

—Pues a ver si lo entiendes, amigo mío. Al final de la noche, nos besamos. ¿Necesitas que te lo explique? Resultó algo increíble. Nos estamos enamorando. Y ella es tan deliciosamente desvalida... Me necesita y yo la necesito. Y tú, ¿pretendes sustituirme?

—Devuélveme mi reloj —repuso Amós.

Donovan sacó de un bolsillo el reloj dorado, el reloj de cadena que utilizaba en el escenario, lo sostuvo en la palma y lo sopesó antes de soltarlo en el aire.

—Toma tu repugnante reloj.

Amós lo asió con ambas manos, temeroso de que se golpeará contra la mesa de mármol.

—¿Cómo pudiste ofrecerte a hipnotizarla? —preguntó Amós.

—Le hubiese ofrecido el tesoro de la reina de Saba.

—Cuando sabes que no es posible.

—Da igual lo que tú y yo sepamos. Sin palabras, ella me lo estaba pidiendo. Necesitaba que alguien la ayudase, la socorriese. Me pedía que se lo pidiera. Me dejó llevar. Al fin y al cabo, sobre el escenario...

—Cuando tú no eres hipnotista.

—Pero, sobre el escenario...

—Sobre el escenario, fingió. Fingió, Donovan. Acéptalo. Fue un simulacro. Es una buena actriz.

—¿Quién puede estar seguro? ¡Hice lo mismo que tú! ¡Seguí los pasos! El reloj se balanceaba. Le ordené que cerrase los ojos. Procuré hipnotizarla con la voz, como tú. Palabras sencillas, órdenes firmes, voz insinuante. Sólo que esa vez no eras tú, el ventrílocuo, quien hablaba, sino yo.

—No estaba hipnotizada. Tú no sabes hipnotizar.

—¿Por qué demonios no reaccionaste, allí arriba? ¿Tanto te impresionó ella?

Ambos buscaron con la vista al camarero. Este seguía abstraído secando vasos, en el extremo más distante del mostrador.

—Hazlo por Eve. Piensa en Eve —dijo Amós—. Déjame ir a mí.

—Imposible. Sólo intentarlo, requeriría... Podría darse cuenta. Es demasiado arriesgado.

—Está triste. Está sola, rodeada de tensiones. Estarás ayudándola. Y, por otro lado, cumplirás tu palabra. Eso le hará bien, Donovan. Sabrá que está con un hombre en quien puede confiar.

—Creo que estás peor de lo que pensaba —dijo Donovan, agotado.

—En la penumbra no me verá el rostro. No lo permitiré. Y trepar a la terraza es sencillísimo. Tú mismo lo has dicho.

—¿Y la voz? —preguntó Donovan.

—¿Eso te preocupa? Yo soy el mago. Quien tiene el don de captar las voluntades. Tú siempre lo estás diciendo. La voz no representará un contratiempo. Mi voz me ayudará a ayudarla.

—No seas imbécil. ¿Pretendes hipnotizarla en serio?

—Por qué no. Claro que sí.

—Es una idea horrible —dijo Donovan—. Iré yo. Lo afrontaré solo. Todo esto es muy desagradable.

—En ese caso —dijo Amós en tono lúgubre—, le diré la verdad. Que no eres tú quien tiene el don. Que sólo eres un farsante.

Abominaba de las discusiones; pero hoy era distinto. Se sentía invencible. Miró a

Donovan. Era hermoso. Había como una suerte de intrepidez en sus rasgos. Una intrepidez que no entraba en colisión con la dureza que comunicaban sus facciones cuando fruncía el ceño o crispaba la mandíbula. Frente a alguien como Donovan, que se creía con derecho a amarla, ¿qué derecho tenía él? Ninguno. Si nunca se había atrevido a desear a una mujer, ¿cómo se atrevía a desearla a ella?

—¿Cómo te atreves?

—No me dejas alternativa —tan sólo le quedaba una duda—. Te dijo cuál es su verdadero nombre, ¿verdad?

Implorante o indignado, Donovan bajó la barbilla un segundo para erguirla acto seguido. Después, con gesto solemne, se mantuvo silencioso midiendo la mirada de Amós con la entereza del odio.

—Lo primero que deberías saber es que se llama Eva. Originalmente, fue Eva Villasandino —afirmó Amós.

3

El fiscal Garrett se levantó respetuosamente de su asiento y, dirigiéndose al juez, dijo:

—Señoría, llamo a declarar a la testigo Eva Paradise.

—Que pase la testigo —concedió el juez Mason entre el murmullo del público.

16. ABDUL FARAH

1

A menudo lo que termina por ser un infierno, empieza como una especie de paraíso; pero, aunque este fue el caso de su romance con el joven Abdul Farah, si hubiera conocido el desarrollo de los acontecimientos, si hubiera adivinado el torrencial curso de aquella pasión, Eve se habría zambullido igualmente en sus aguas.

Fue en 1926. Evelyn y ella llevaban pocos días instaladas en Chicago, después de un agotador viaje en tren, ya que la Ruta 66, como habían empezado a llamarla, una carretera que uniría Chicago y Los Ángeles, pasando por ocho estados, sólo había empezado a construirse.

Sucedió uno de esos días en que el atardecer la sorprendió paseando, de vuelta a su mansión de River Forest.

Eve adoraba pasear de incógnito. Sabía ataviarse para que nadie la reconociese, ni siquiera los auténticos amantes del cine. En ocasiones, hasta la misma Eve pensaba que, para una parte del público, su nombre era más conocido que su rostro.

Iba tocada con un pañuelo, gafas oscuras y ropa más que discreta para pasar inadvertida. A lo lejos le pareció escuchar música de calle, aplausos y jolgorio. Fue acercándose al lugar de donde procedía el bullicio y, de repente, al doblar una esquina, vio una aglomeración de público y un buen número de parejas de baile que se arremolinaba en torno a un estrado de tablones. Sobre el entarimado actuaba una banda: un acordeonista acompañado de varios instrumentistas de percusión y de viento tocaba una música festiva. Varios alambres, de los que pendían bombillas azules, banderines y farolitos chinos atravesaban la calzada, suspendidos de los balcones.

Se apoyó contra una pared y se quedó triste y embrujada mirando a las parejas de baile. Ante expresiones de gozo como aquella, tan puras, Eve siempre se había sentido al margen, lo que contribuía a entristecerla aún más.

Así estuvo un buen rato, con la mente en blanco, hasta que su mirada se posó en una silueta viril.

Estaba de pie, joven como era, y su físico tenía tan poco que ver con el de un norteamericano que sintió curiosidad. Al principio, no hizo más que trasladar al cuerpo del muchacho su fascinación por la fiesta, pero en seguida detectó que el chico no estaba menos apenado y solo que ella misma.

Era alto, de poderosas espaldas y tendría unos veinte años, la edad de los prodigios. Lo miró largamente por detrás, lo miró de perfil y se quedó mirándolo cuando, por un instante, el joven se dio la vuelta y descubrió a una extraña con la

vista clavada en él. Entonces, mientras las parejas revoloteaban al son de la música, Eve se acercó y le preguntó, con la desenvoltura de una experta, por qué no la sacaba a bailar.

Bailaron durante más de media hora e intercambiaron algunas frases antes de que el chico, con una pericia que no se hubiera dicho innata, le quitase el pañuelo, las gafas, se asomara a sus ojos de ensueño y, absorto en sus pupilas, apretase sus labios contra los de Eve. De un dulce modo, se mezclaron sus dos lenguas mientras, en un rincón sombrío de la calle, él le metía mano por debajo de la falda.

Esa noche yacieron juntos en un hostel de más que dudosa calificación. Él se llamaba Abdul Farah.

Vivía en el Valle, un lugar en donde reinaba la sordidez y la pestilencia y que la policía apenas si frecuentaba. El Valle se extendía al oeste del río, poblado de almacenes en estado ruinoso, casas decrepitas, tiendas miserables y cafés de mala nota. Lo bordeaban infinidad de vías férreas, y sólo los perros vagabundos y las ratas gozaban de una cómoda existencia gracias a la basura apilada en los patios y en los callejones que se utilizaban como estercoleros. A horas tempranas, las mujeres iban a la compra ocultándose el cabello con gorros de lana y pañuelos para no llamar la atención de los borrachos que dormían la mona por las esquinas o bajo las escaleras metálicas de incendios. El Valle era el lugar indicado para que los malhechores de Chicago buscaran refugio y, al proliferar viviendas de rentas bajas, no pocos emigrantes optaban por irse a vivir allí, lo que no siempre se revelaba como una buena elección.

Los padres de Abdul tenían una tienda de comestibles en Halsted Street, con varias dependencias en las traseras del bajo, en donde vivían hacinados junto con sus once hijos, de los cuales, Abdul era el mayor. Abdul tenía dieciocho años y era el único de los once que había nacido en el Líbano, de cuya capital procedían los padres, que habían invertido los ahorros de su vida en un viaje transoceánico con destino al Nuevo Mundo. Aunque libaneses, para casi todo el mundo los Farah eran los Turcos, como también eran turcos los sirios y los jordanos, los palestinos y los árabes, pues todos ellos llegaban a la Isla de Elis con pasaporte del imperio otomano.

Los Fahrat trabajaban de sol a sol, y el joven Abdul, desde bien pequeño, aprendió las leyes que rigen la sobrevivencia. Se pasaba el día cargando pesadas cajas de frutas, legumbres y hortalizas de un tamaño desproporcionado para su edad. A fin de hacerse pronto con una clientela en zona hostil, el padre le obligaba a transportar la compra a los domicilios de los clientes. Así era como el negocio daba de comer a trece bocas y había fortalecido extraordinariamente el cuerpo de Abdul, que gozaba de una musculatura formidable; por lo que a su alma se refería, se le adjudicó a la religión de Mahoma el cometido de robustecerla.

No sabía leer ni escribir; nunca había ido al cine; nunca tuvo nada suyo; quien fuera Eve Paradise para sus devotos lo traía sin cuidado. Hay que haber vivido con semejantes privaciones para entender su forma de amar. Y aunque la actriz no estaba

más cualificada para entender a Abdul que cualquier mujer pudiente, su única idea mientras lo desnudaba fue que era grande y sólido, seguro y acogedor como un árbol.

Aquel niño de dieciocho años vivía en el cuerpo de un gran árbol. Fue la primera idea que Abdul le sugirió a Eve. Que él encarnaba toda la potencia de la virilidad, su benéfica fortaleza, y también hasta qué punto los dominios del sexo podían colmar la vida de valor.

Fue la primera vez que la actriz acarició la idea de que no es posible estar en armonía con la vida sin hacer el amor bien y a menudo, la única vez hasta entonces que admitía lo mucho que un ser humano puede llegar a pensar en ello de forma delirante, con verdadero frenesí, vorazmente, hora tras hora. Incluso ella, pese a las particularidades y carencias que el sexo le reservaba siempre, estaba en disposición de admitirlo.

No pasó mucho hasta percatarse de que, en efecto, todo él era una fuerza serena, un milagro de paternalismo. Fue entonces cuando el afán de protección física del joven, en combinación con la madurez de una carne tan soberbiamente masculina, ejerció su influjo sobre ella. A su personalísimo modo, Eve nunca había experimentado tanto deseo por alguien, y, desde el principio, hubo de hacer frente al hecho de que, en sentido literal, temblaba a su lado. Eran unas fiebres internas. Lo que siguió siendo cierto hasta el fin de su idilio. Con la relación devastada y los despojos de su amor a la vista, aún le costaba reprimirse para no introducir la mano por dentro de su pantalón mientras le decía: «Estoy ardiendo». Y lo decía como si realmente lo estuviese, tal era su convicción.

Porque hubo algo que Eve no comprendió desde el principio, o que la desconcertó: que no era sólo la presencia física de él o su actitud protectora lo que la atraía, era también su olor.

Nadie diría de Abdul *qué hombre tan guapo*, pero tenía el físico épico de un sarraceno, unos ojos como el hollín, un vigoroso cabello encrespado y la piel tersa y color canela. Su pecho estaba salpicado de vello y combado como el peto de un centurión, tenía muslos como vigas y un culo como Eve no había acariciado jamás antes; pero era su olor lo que trastornaba a la actriz.

No era el olor de la vulgaridad ni de la dicha, sino el del trabajo humilde, el sudor de la pobreza, de la sordidez honrada, un olor ahumado en el que se mezclaban las emanaciones de la dura lucha por la vida y de la aptitud para la reproducción. Aquel olor propio de las selvas era el olor de la salud y el amor sexual, de la sucia tierra implacable y de los cazadores que viven sólo para acabar muriendo jóvenes. Era el olor del esfuerzo y la resistencia y el combate, que envolvía a Eve, como una piel de lobo sin curtir, junto a la hoguera y bajo un frío manto estrellado cada vez que se refugiaba en los brazos del joven Abdul. Aquel olor embalsamaba el cuerpo del muchacho y hacía posible que ella dejara de respirar el suyo propio, la voluptuosa fragancia de afeites y perfumes exquisitos que cada vez le daba más asco. Aquel olor la sacaba fuera de sí.

Ni antes, ni después conocería a alguien con semejante voluntad sexual y con un desprendimiento tan franco. Abdul tenía fuego en las entrañas, y su cuerpo era un derroche de vida generosa, de la que estaba rebosante. Él podía pasarse horas besando y lamiendo sus huecos más íntimos. Primero, la besaba en la boca, demoradamente, como si el tiempo hubiera dejado de fluir, o bien no quedase resquicio alguno entre ambas pieles por el que pudiera filtrarse. Porque sus relaciones comenzaban siempre por los besos. Besos largos, húmedos, profundos, que daban una forma más precisa que las palabras a su idilio, besos que se encadenaban fundiéndose.

Y luego ella se abría sólo para él con la misma confianza y necesidad con que una flor abriría sus pétalos bajo la benefactora luz diurna. Y él hundía su boca en ella, succionando y lamiendo los contornos de una piel que resplandecía, pero también sus más sensibles y delicadas sombras, como si toda la esperanza y la vida entera del chico estuvieran concentradas allí.

Aprendieron juntos, como antes ella había aprendido con Jimmy Bowly y con Rick Patterson. Y como antes había intentado infructuosamente aprender con tipos maduros, romances presididos por el signo de sus intereses profesionales, y que dejó de lado una vez que empezó a inclinarse decididamente por la juventud.

En cuanto a Abdul, sólo había hecho el amor con prostitutas, pero era un alumno con un talento natural. Pasó de ignorar las emociones auténticas de una mujer a convertirse en un maestro que prodigaba placeres celestiales. Y Eve, sumida en un estado de victoriosa placidez, gemía sólo con ver a aquel hombretón, que parecía el héroe de una saga legendaria, rindiéndose a ella de aquel fascinante modo. De rodillas o agachado, procurando saciarse durante horas, mil veces reluciente de sudor, hacía uso del cuerpo femenino de un modo tan infatigable como alguien que se enamora por vez primera.

Al muchacho le gustaban sus pechos. Le gustaba hacerlos brotar del sostén, y que después, ella misma se los ofrendase con las manos. Y le deslumbraban otras cosas indecibles, que, por pudor, Eve siempre solía disimular. Hasta que llegó Abdul, la actriz se había avergonzado de sus atributos menos visibles, pero, al ver las reacciones que provocaba en el chico el abultamiento de sus bragas de encaje, bajo las cuales latían sus más reservados deseos, empezó a experimentar el orgullo de sentirse poderosa, una hembra aún fértil capaz de proporcionar placer a un macho joven.

¡Ah, el aroma de la juventud! Su apetito. Su fuerza inagotable. ¡Ver la vida con sus ojos! El chico le robaba horas al sueño y estaba siempre como una rosa. Qué ansia de dominio, qué espíritu feudal, qué autoridad la de su cuerpo, qué deseo de infligir privaciones y necesidades en el suyo. Por ello lo hacían interminablemente y en todas partes, en cualquier parte, excepto en la mansión de la actriz o en donde pudiesen reconocerla; porque para huir de todo, en primer lugar, tenía que huir de ella misma.

Además, para ella, no abandonarse a las exigencias del sexo, pese a que los

placeres últimos se le resistían, habría sido como violar un artículo de fe, la fe que movía a un muchacho y su poderosa e inocente juventud.

Cuando Abdul la cogía entre sus brazos, como un robusto esclavo, se dejaba entrelazar las piernas alrededor de la cintura y la encajaba entre sus muslos, Eve olvidaba su soledad, la tristeza, los dolores arrumbados en los confines de su alma, la negrura que veía al final del túnel en que se había convertido su oficio, olvidaba incluso que había llegado a olvidar su infancia. Y, en especial, cuando en pleno acto, él le musitaba una frase alusiva a casarse con ella, a protegerla y amarla por siempre y tener hijos, entonces Eve cerraba los ojos y se sentía en paz consigo, como si también ella gozara del privilegio de una segunda oportunidad.

No obstante, de sobra sabía que la fidelidad y el ansia de protección eran las manías del chico; lo que no pudo prever fue que los celos, unos celos que acabaron por abrasarlos, harían tan pronto su aparición.

Llevaban viéndose durante casi tres semanas a diario, día tras día, cuando ella se atrevió a acercarse al Valle, la zona de Abdul, y lo hizo del modo menos expuesto, vestida casi como una pordiosera.

Pues bien, lo que no había presagiado ni sentido, sucedió. En la mismísima Halsted Street, muy cerca de la tienda de comestibles de sus padres, Abdul la recibió con frialdad. Como si en su territorio, incluso a riesgo de rebajarse en la estimación de ella, Abdul se convirtiese en otra clase de amante.

En el acto, Eve vio la otra cara de Abdul, un Abdul que no conocía, de una cultura diferente y para quien ella era tan digna de posesión como una joya en su estuche. El chico la cogió por encima del codo y la llevó a un rincón oscuro, lejos de la curiosidad de la gente. La zarandeó y le preguntó qué estaba haciendo allí, y Eve, que interpretó esa hostilidad como una expresión más de su amor, no dudó en obedecerle cuando el chico dispuso que volviera inmediatamente a su casa.

En realidad, él no era violento, o no especialmente; pero era hijo de sus padres y muy joven todavía, mientras que ella era una mujer de rompe y rasga. Por primera vez, Abdul Farah tenía algo que podía sentir como suyo.

Fueron pasando los días y él indagaba y sufría.

Le preguntaba a Eve por todo, adónde y con quién había ido, cómo se vestía cuando no estaban juntos, si llevaba o no el cabello suelto y por qué, siempre por qué. Y, pese a que ella jamás le reveló la naturaleza de su trabajo, se sentía cada vez más abrumada por los escrutinios del chico. Era la historia más vieja del mundo. Cada pregunta implicaba una nueva, y cada nueva incertidumbre originaba un moratón en el alma.

A veces, de manera sorpresiva, él, como antes había hecho ella, aparecía en su territorio, en el señorial barrio de River Forest y, como un mendigo, se apostaba en la verja de entrada aguardándola. Cuando Eve llegaba, él la envolvía en una mirada de humildad que la dejaba sin aliento, porque aquello ni era prudente ni apropiado. ¿Hasta qué extremo estaba el chico dispuesto a degradar la relación y a romper los

pactos?

Durante varias semanas el acoso fue abriendo un abismo de soledad entre los dos. Estaban juntos, y la acosaba. Eve empezaba a dormir mal. No era temor; era un disgusto inconcreto, una pena honda, inmensa, oceánica, como para ahogar cualquier optimismo y que abarcaba a todos los hombres. Y por eso los arrebatos tempestuosos del chico le afectaban cada vez un poco menos, porque venían a diluirse en aquella inmensidad de pena como lágrimas en la lluvia.

Para colmo, Eve no simpatizaba con una religión que relegaba a las mujeres de manera infamante. Se había formado la impresión de que Abdul estaba creciendo demasiado rápido, que la carne compartida lo había madurado, *envejecido* a ojos vista, y que el amor había hecho fermentar lo que siempre había estado ahí, presente. ¿Cómo sería andado el tiempo? ¿Su virilidad se volvería contra las mujeres? ¿Llevaba camino de ser como tantos otros que maltrataban a sus esposas? No se consideraba racista, pero todo aquello le asqueaba. Lo que estaba aprendiendo en América, ¿le bastaría a Abdul para corregir las ideas medievales de su cultura nativa?

Con la decisión tomada y los nervios a flor de piel, fue preciso tener el valor de decir *no*. Le quedaba amor suficiente para decírselo en persona. Además, el 14 de mayo tenía la *première* de *Lazos de sangre* aquí, en su propio hogar, en Chicago, y reclamaba para sí todo el desenfado, la alegría y hasta la frivolidad que había perdido. Abdul pasaría a convertirse en un nombre para el recuerdo. Y el pasado, ¿acaso no lo perfeccionaba todo?

2

Al igual que las jornadas precedentes, en la sala de vistas no cabía ni un alma. La señora de las pamelas multicolores, que hoy exhibía una pamelita rosa, le dijo al caballero bizco de su izquierda:

—Ay, qué mentirosas pueden llegar a ser las estrellas. ¿No le parece?

El bizco del bisoñé, sin volver la vista, meneó afirmativamente la cabeza y ahí acabó todo.

—... Pero, señorita Paradise, discúlpeme —continuó el fiscal Garrett—. La noche del estreno de *El show de Donovan*, ¿sabía usted o no sabía que el señor Murdoch, a instancias de su hijo, pensaba solicitar la anulación del contrato de arrendamiento del teatro sito en Madison Street 110, por inmoralidad y escándalo público del espectáculo? Disculpe, formularé la pregunta de otra manera: ¿era usted consciente de que Mike W. Murdoch quería poner al hipnotizador y a su ayudante de patitas en la calle?

—No.

—¿Conocía usted personalmente al acusado?

—No. No lo conocía.

—¿Y al protagonista del *show*, el señor Curtis?

—Tampoco.

—¿Había oído hablar de *El show de Donovan*?

—Unos días antes. A Mummy Fitzsimmons, una vecina.

—¿Qué le indujo a asistir al estreno?

—Mi madre me lo p... pidió. Dijo que le apetecía mucho.

—¿Y su madre no añadió ninguna otra razón?

—No recuerdo.

—¿No le explicó que la noche del 1 al 2 de octubre, se citó con Donovan Curtis en el Sheridan Wave Tournament Club, en donde este le rogó, como favor personal, que la llevase a usted al estreno porque era el mejor modo de publicitar su espectáculo y de lograr un éxito que evitase su ruina?

—Eso sí, p... pero lo supe días después. Esa noche lo ignoraba todo.

El fiscal Garrett hizo una pausa.

—Su participación esa noche en el espectáculo acaparó grandes titulares de prensa. ¿El protagonista del *show*, Donovan Curtis, la sugestionó realmente para que usted hiciera el famoso *striptease* que llevó a cabo?

—En absoluto. Fingí que estaba hipnotizada.

Murmullos entre el público.

—¿Quiere usted decir que ese hombre, Donovan Curtis, en ningún momento logró, como se suele decir, hipnotizarla?

—No. Ni esa noche en el teatro; ni tampoco durante las noches que le p... permití entrar en mi casa. Siempre fui yo m... misma. En todo momento.

—Me interesa, por ahora, la noche del *show*, señorita Paradise. ¿Por qué consintió entonces en desvestirse, parcialmente, sobre el escenario?

—Me pareció una buena idea.

—Además de una buena idea, ¿le pareció un buen modo de poner en evidencia a un farsante?

Pausa.

—Bueno, en aquel momento, así lo p... pensé. Yo no creo en la hipnosis.

—¿No cree usted en la hipnosis?

—No, señor.

—¿Por qué, entonces, como declaró a la policía, permitió al señor Donovan Curtis escalar hasta la terraza de su mansión durante seis noches consecutivas?

—Se lo p... permití para seguirle el juego; pero nunca temí que me hipnotizase. Y fueron siete noches, no seis; sólo que la primera noche, Donovan se encontró con las puertaventanas atrancadas.

Risas sofocadas entre el público.

—Incluso, unos días más tarde, entró una última noche por la puerta principal de

su mansión. ¿Es esto cierto?

—Sí.

—Declaró usted que en cinco de esas siete noches, el señor Curtis trató de hipnotizarla sin conseguirlo. ¿Se ratifica en su declaración?

—Sí, me ratifico.

—Señorita Paradise, ¿está usted segura de que, en contra de lo que el señor Orson Fitzsimmons testimonió, la persona que escaló su fachada y trató de sugestionarla en su propio hogar fue el señor Donovan Curtis y no el acusado?

—P... por supuesto que estoy segura. ¿Qué pregunta es esa? ¿Q... qué está sugiriendo?

—¿Le vio usted el rostro?

—La primera noche que entró, naturalmente que sí. Había algunas luces encendidas en el salón.

—Y esa primera noche, ¿intentó él hipnotizarla?

—Esa primera noche no.

—¿Le vio usted el rostro durante las noches siguientes?

—Una mujer no se deja eng... engañar tan fácilmente, señor.

—Conteste a la pregunta, ¿le vio el rostro?

—No. No le vi el rostro.

—¿Estaban, quizá, a oscuras, en uno de los salones de su casa?

Silencio.

—¿Señorita Paradise?

—¡Sí! ¡Sí! Estábamos a oscuras. En el salón de la primera planta.

—¿Y está usted segura, señorita Paradise, de que no estaba realmente hipnotizada?

Silencio.

—En su celo —intervino el juez Mason—, ¿el Ministerio Fiscal ataca ahora a sus propios testigos?

—Con el máximo respeto, señoría —repuso el fiscal Garrett—, es mi intención que el jurado tenga la absoluta certeza de que las preguntas del Ministerio Fiscal no son infundadas.

—Desde luego, esa también es mi intención —dijo el juez Mason—. Prosiga.

—Repito mi pregunta. ¿Está usted segura de que no estaba realmente hipnotizada?

—C... claro que estoy segura.

—Eso es cuanto deseaba saber.

Hizo una larga pausa, en medio de la angustia de la testigo y el público.

—En la declaración previa ante la policía, aseveró usted que, una vez finalizado el espectáculo, su madre y usted salieron a Calhoun Street por la puerta trasera, también llamada, *entrada de artistas*, y que usted vio que la seguían. ¿Se ratifica en ello?

—Sí. Vi que alguien nos seguía a distancia.

—¿Confirma asimismo el testimonio de su madre con respecto a que, poco después de salir a Calhoun Street, Mike W. Murdoch les cortó el paso, la invitó a cenar y usted se excusó?

—Lo confirmo.

—¿Qué pasó a continuación?

—Recuerdo que mi madre y yo discutíamos. En realidad, ella no estaba de acuerdo en que hubiéramos salido furtivamente del teatro. La cuestión es que nos enfadamos. Me fui sola. Di una vuelta antes de coger mi propio coche para volver a casa.

—¿Dónde tenía su coche estacionado?

—En La Salle Street.

—Y, antes de montarse en su propio coche, ¿le ocurrió algo extraño en La Salle Street?

—Un auto me persiguió durante un tramo con las luces apagadas. Luego me adelantó.

—¿Podría describirnoslo?

—Recuerdo que era verde. Sólo eso. Era de noche. Lo vi de refilón.

—Y, luego, ¿qué hizo usted?

—Pues, monté en mi auto y regresé a mi casa en River Forest.

—Perfectamente.

El fiscal se acercó a su escritorio, cogió un documento y volvió sobre sus pasos.

—Pasemos a otra cuestión. Señorita Paradise, ¿cómo y cuándo conoció a la víctima inmediatamente anterior en el tiempo a Mike W. Murdoch, el joven conde Alexei Vasíliev?

17. ALEXEI VASÍLIEV

1

¿Cómo iba a suponer que aquel joven vagabundo no era un embaucador, ni un granuja con acento eslavo, ni un mitómano con un encanto adolescente; cómo podía haber supuesto que no había mentido, después de todo, y que era, en realidad, un conde ruso?

Lo conoció en la primavera del 27, en Nueva York, en la fiesta que siguió al estreno de *Leyendas de ensueño*, la que sería su última película hasta que Martin Zimmermann acudió en su ayuda para ofrecerle una nueva oportunidad.

Con objeto de que la celebración no tuviera límites, por la noche hubo un baile de máscaras en el Madison Square Garden. Y a partir de cierta hora en que no se restringió el acceso, la asistencia fue tan masiva que una multitud de espontáneos disfrazados se fueron dando cita en la sala.

La fiesta se tradujo en un éxito de euforia alcohólica. Ella vestía un *smoking* femenino, lucía una máscara de porcelana inexpresiva y fumaba, raro en Eve, como su madre fumaba siempre, en boquilla. Permaneció, pese al calor y la concurrencia, con la máscara, empinando el codo durante horas y hablando no más que lo justo.

A Eve nunca le había gustado hablar demasiado, ni siquiera estando borracha.

Lo que pasó a partir del instante en que un pelirrojo con antifaz veneciano tomó asiento junto a ella le pareció tan común, tan consustancial a la celebración, que no le dio ninguna importancia. De buenas a primeras, el joven captó su atención por el exótico acento, dijo llamarse Alexei Vasíliev, que era *ruso blanco* y que había acudido a la fiesta porque esa noche apenas tenía qué cenar.

Eve empleó para sí el primer nombre que le vino a los labios, y, para seguirle el juego, le insinuó que no se quitasen las máscaras. Por la tez y la apariencia, aparte de por el insaciable apetito, no dudó que bajo el disfraz respiraba un muchachito lleno de vida. Prueba de ello es que Alexei Vasíliev no puso reparos en llevarse a la boca todo cuanto cruzó por delante de su nariz enmascarada que fuese digerible. Y mientras, Eve, que de minuto en minuto andaba más intrigada, aprovechó para inquirir acerca de él.

En resumen, Liosha, pues así le llamaban familiarmente en Rusia, dijo provenir de un linaje aristocrático. Sus padres y hermanos, todos habían sido fusilados por los rojos, de manera que sólo quedaba él como heredero directo del condado. Dijo que cuando estalló la revolución y les confiscaron casas y propiedades, tenía once años y, como era el hijo pequeño, si no hubiera mediado una de sus institutrices, que huyó con él a través de Finlandia para luego embarcar rumbo a los Estados Unidos, no

habría vivido para contarle. Y ahora, siguió diciendo, deseaba tanto conocer Nueva York que se había lanzado unos días a la aventura.

—¿No vives aquí, en Nueva York? —preguntó Eve.

No. Vivía a las afueras de Palatine, un pueblecito a unas treinta millas de Chicago, en una casa medio ruinoso, con cartones en las ventanas. Eve abrió los ojos tras las ranuras de su máscara.

—¿En Palatine? —preguntó la actriz—. Yo soy de Chicago.

Qué casualidad, qué coincidencia. Su antigua institutriz (ya mayor), su ángel custodio, que trabajaba como doncella para una buena familia de Palatine, lo visitaba regularmente y no cesaba de reprocharle su vida de pordiosero. Estaría preocupada, confesó, pues él llevaba casi un mes fuera del pueblo.

—Nunca aprendí a trabajar —dijo con una distinción que hablaba por sí misma—. Los *amerricanos* me intimidan... Son, supongo, *espírritus merrcantiles*.

Aunque Liosha tenía un punto de indolencia, sus frases y maneras le parecieron tan irresistibles como firme era su convicción de que el muchacho fantaseaba; pero ¿podía ser vulgar alguien capaz de mentir con esa desenvoltura?

Abandonaron juntos el baile de máscaras y fueron caminando por el Madison Square Park, camino de la estación de metro de la 23rd Street, donde Liosha tenía intención de tomar la línea de la Seventh Avenue. En el otro extremo del parque se levantaba el Madison Square Garden: el arquitecto Stanford White lo había rematado con una torre de inspiración árabe. Y esa construcción, de pronto le trajo a Eve un vago e inexplicable recuerdo que no supo definir.

Fue entonces cuando el chico la distrajo. Se atrevió a suplicarle que lo acompañase a las montañas Pocono. Pasarían unos días en una acogedora cabaña, juntos y desnudos, cerca de una laguna, rodeados de colinas boscosas, un retorno a edades bucólicas. Y, en coche, a dos horas y media escasas de Nueva York. Él ya había estado allí.

—Conozco las montañas Pocono —dijo Eve—. Pero ¿dispones de coche y no tienes para cenar?

—No tengo coche —repuso él, tan borracho como ella.

—¿Entonces?

—Lo robaré para ti.

Ella se rio de buena gana y lo tranquilizó diciendo que robar sería del todo innecesario.

—¿Me lo prometes? —preguntó Liosha.

Lo único que Eve omitió prometer fue que le hubiera resultado imposible no ligar temporalmente su destino al suyo. Se desvivía por contemplar el verdadero rostro del conde Alexei Vasíliev, pues se despidieron con las máscaras puestas.

Al día siguiente, aún no despuntaba la aurora cuando la actriz lo recogió en su coche en la misma y solitaria esquina en donde se habían separado. Ahora, sin la máscara veneciana podía mirarlo en paz. Era un joven pelirrojo, con la cara llena de

pecas y aspecto de no haber roto un plato en su vida.

Compraron provisiones por el camino y vieron salir el sol en las Pocono. Y, si algo quedó claro desde el simbólico amanecer en Pennsylvania, fue que el refugio, levantado con troncos sin desbistar y con vistas al río Delaware, estaba lejos de cualquier ruta frecuentada; en particular, de los pintorescos pueblecitos de arquitectura victoriana que salpicaban la región. Un alojamiento abandonado, sí, pero en condiciones idóneas para que se instalase, lejos, muy lejos de la civilización adulta, una pareja adolescente.

Por otra parte, aquel entorno virgen era tan apropiado. Estaban rodeados de laderas cubiertas de abetos y bosques de robles y arces, y ya habían visto fugazmente varios ciervos. Mayo tocaba a su fin, y para Eve esa época en que florecen las montañas y las flores silvestres se engalanan con tonos anaranjados, rojos y amarillos, era tan dulce como el muchacho. Sin mencionar que, no lejos de allí, había una pequeña laguna cubierta de lirios acuáticos en la que podrían nadar a sus anchas.

Y ella estaba ansiosa de aventuras y, bueno, por qué no habría de entregarse a alguien con la fértil imaginación de Liosha. Por ese lado, había algo formidable en el chico, algo susceptible de hacer que una amante se rindiera a su fragilidad y que no necesariamente estaba en consonancia con la belleza o el aroma que emanaba, atributos de los que estaba exento el muchacho.

Más aún, cuando después de haberse acomodado en la cabaña, logró desnudarlo y contemplar su cuerpo a placer, Eve adivinó, y no especialmente defraudada, que aquel chico no tenía vocación de amante. Lo presintió. Ante ella no se alzaba la figura de un hombre carnal, sanguíneo, un macho reproductor.

Se desnudó frente a él, compadecida, y se le hizo imposible pensar que fuese algo más que un muchacho de carnes fofas, hambriento de pequeñas ternuras y con modales exquisitos. Un enfermo de amor es lo que era, un niño que se valía de su ingenio para acostarse con una mujer o refugiarse en ella sin necesidad de otra cosa.

Ya la primera noche lo hizo objeto de sus caricias con un espíritu tan maternal que rayaba en la compasión; compasión que, no obstante, para sí desearían muchos hombres fogosos. Y luego, mientras se amaban y lo montaba con ternura, no tuvo nunca la impresión de que el chico pudiera aliviarse y yacer a su lado con naturalidad, como un hombre cuya sangre le palpita en las venas.

Era innegable que al muchacho le sobraba imaginación y que sus maneras tenían el sello de un refinamiento natural; pero, a la vez, no sabía ser leve. Le sobraba gravedad. Adolecía de un humor lúgubre. Y no confiaba en el juego; el escepticismo más peligroso en que puede incurrir un amante. No es de extrañar que, a menudo, todo en él se derrumbase en plena escaramuza amorosa, prueba de que algo extravagante sucedía en su cabeza. Entonces volvían a lo mismo y se abrazaban, y Liosha, entre lamentos, volvía a estar a punto. Eve percibía su indefensión, el calor de su piel suave, y, con delicadeza, lo intentaban de nuevo. Debe de haber mil formas de amor y de odio.

Y hasta hubo veces, a lo largo de toda la noche, en que Eve se creyó la fantástica historia de Alexei Vasíliev, conde ruso en el exilio, dulce muchacho de muslos del color del mármol y ojos de pez, cuya juventud era su fuerza y su debilidad, su mejor salvoconducto y su máscara y su mentira.

A mediodía se bañaban en la pequeña laguna cubierta de lirios. El tiempo era espléndido y, aunque el agua estaba fría, resultaba estimulante. Se secaban, se vestían, almorzaban lo que fuera y, tras una siesta reparadora, salían de la cabaña a merodear por un territorio que parecía inspirado en el Génesis. No hacía falta ser muy astuta para llegar al convencimiento de que, fuera de la cama, el joven Liosha respiraba con alivio. Y, en cierto modo, ella lo perdonaba y lo comprendía.

Llegó a preguntarle si le atraían los hombres. Liosha lo negó en redondo. Le gustaban las mujeres. Vaya idea la suya. ¿Acaso podía ponerlo en cuestión? Le gustaba ella.

Quizá la vida y sus goces le resultaban precarios, o no se fiaba de ellos; pero la verdad es que el chico era un fracaso en la cama. Y este era el hecho desnudo.

Ella no le reveló nada de su oficio. No quería intimidarlo. Por otra parte, el chico se sentía a gusto en los silencios y podía quedarse en paz durante horas, cogido del brazo de ella, acurrucado. A veces, las conversaciones giraban en torno a su infancia, la inmensidad de las estepas siberianas, los siervos de su padre, su amada y rica lengua rusa que, si se daba el caso y Eve se lo pedía, hablaba en susurros para ella. A Liosha le disgustaba hablar del futuro. No creía en los futuros, le incomodaban.

Sólo una vez durante los diez días que compartieron cabaña en las Pocono, la última tarde, ella dio rienda suelta a su ángel negro. Cualquiera mujer tendría razones para sentirse frustrada porque, conforme pasaban los días, el niño evitaba los contactos comprometidos con más frecuencia, y qué amante no esconde algo de ladrón. A la actriz le espoleaba un secreto empeño: despertar al animal que dormía en el joven de modales exquisitos.

De modo que esa tarde, la única vez que se mostró desconsiderada, estaban durmiendo o haciendo que dormían una de esas breves y reparadoras siestas cuando Eve empezó a acariciarse en el sitio justo de forma cada vez más decidida.

Entonces, al cerciorarse de que Liosha no abría los ojos, se desnudó de cintura para abajo. Le pasó una mano por la nuca, lo atrajo hacia su vientre y, con un resentimiento que ella misma habría de juzgar desaforado, se abrió de piernas y lo obligó, lo obligó mientras, al mismo tiempo, empezaba a arrepentirse.

Lo obligó porque no veía en Liosha a un amante sino a un chiquillo, una criatura cuyo apetito había que satisfacer por la fuerza, alimentarlo, saciarlo, educarlo, robustecerlo. La simple idea la excitaba más, tal vez, que cualquier caricia.

Al principio, él pareció debatirse; pero acabó resignándose a mucho de aquello por lo que un hombre sano suspira, y no levantó la cabeza hasta que Eve reparó en que tampoco ese era el camino idóneo.

¿Qué le pasaba a Liosha? O estaba loco, o enfermo, o no había nacido en este

mundo; pero, entonces, ¿de qué mundo procedía un joven que no derrochaba energías, vivía de lo que desperdiciaban otros y hablaba como un archiduque al que hubieran expoliado?

Decidió que esa noche sería la última allí, en las Pocono, y que al día siguiente, puesto que el chico había formulado el deseo de regresar a Palatine, tendría con él la deferencia de llevarlo en el auto.

Tal vez Liosha estaba impedido para compartir su cuerpo. Eve se preguntaba, mientras conducía y él, tumbado en la parte de atrás, iba durmiendo, dónde estaba el origen de la vejación o el desasosiego de Liosha; sin embargo, aunque resultaba tentador preguntarle, él se habría refugiado en evasivas y lo último que deseaba ella era dar lecciones de amor a un niño, por muy ruso que fuese.

Por eso la despedida resultó menos entrañable de lo que había imaginado. Después de todo, él no era un hombre de tierras meridionales ni de sangre caliente, como ella.

2

La gran conmoción, el gran hallazgo tuvo lugar sólo dos días más tarde, cuando Eve ya descansaba en su residencia de Chicago y el joven Liosha no era más que un recuerdo de contornos indefinidos.

Mientras desayunaba, abrió un periódico al azar, leyó en primera plana la noticia. Los caracteres eran pequeños. Pasó a páginas interiores.

... Una zona muy depauperada de Palatine... El muchacho, de veintidós años, al que asestaron varias cuchilladas en el corazón y otros órganos vitales... Con arreglo al dictamen del forense, el cadáver habría sido cruelmente mutilado... El asesino, que introdujo las partes íntimas de la víctima en su boca... Identificado gracias a la que fuera institutriz del joven, quien halló el cuerpo en medio de un charco de sangre y vómitos... probó de modo fehaciente la verdadera identidad de la víctima: el conde ruso Alexei Vasíliev, cuya familia fue expoliada y ajusticiada por los comunistas en el 17... A la vista de tamaña atrocidad, la embajada de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en los Estados Unidos ha tomado cartas en el asunto... «Un ciudadano ruso —dijo el embajador—, es siempre un ciudadano ruso. Para el Estado Soviético no hay ciudadanos de un color o de otro...».

Y aprisionada en el pasado de su infancia, con la mirada perdida en aquella inmensidad impenetrable, Eve se levantó de la mesa.

3

—La defensa tiene la palabra —dijo el juez Mason—. ¿Señor Spelling?

—Gracias, señoría —repuso el abogado Spelling aproximándose al estrado de la testigo—. Señorita Paradise, a la vista del exhaustivo interrogatorio del fiscal, me interesa sólo insistir en dos puntos.

»El testigo de cargo, señor Fitzsimmons, afirmó no hace mucho, desde esa misma tribuna, haber reconocido a mi cliente en unas condiciones de visibilidad muy semejantes a las que yo me atreví a reproducir en esta sala. Por eso, quisiera preguntarle, señorita Paradise: ¿está usted segura de que el hombre que escaló su fachada era el señor Donovan Curtis y no mi cliente?

—Sí, estoy segura.

—¿Le importaría repetirlo en un tono más alto?

—¡Sí, estoy segura!

—Por otra parte, ha dicho usted que cuando salió del teatro por la puerta trasera vio que alguien la seguía por Calhoun Street. ¿Distinguió usted a esa persona?

—No, no la distinguí.

—Al menos, ¿distinguió usted si se trataba de un hombre o de una mujer?

—No.

—No hay más preguntas, señoría.

18. SOBRE LA PISTA

El mismo día en que Amós pensaba acceder a la terraza de Eve, unas horas antes, el detective Liam O'Tooley fue invitado a pasar a la biblioteca privada del señor Murdoch por el mismo mayordomo con librea que lo hizo la primera vez. Seguidamente, el mayordomo desapareció.

—¿Alguna novedad, O'Tooley? —preguntó el señor Murdoch.

Como en la otra ocasión, el viejo estaba en su silla de ruedas, junto a la gran mesa maciza de forma rectangular. Tenía un librote abierto en el regazo, sobre la ya familiar manta a cuadros escoceses que le tapaba ambas piernas. Se quitó las gafas de lectura.

—Todavía no, señor Murdoch.

Al anciano se le cayó el libro del regazo. O'Tooley se precipitó a recogerlo.

—Se lo agradezco. Siéntese ahí mismo —señaló uno de los sillones—. ¿Qué toma?

O'Tooley se sentó.

—Nada, gracias —jugueteaba con el bombín entre las manos—. He venido sólo para aconsejarle que tenga un poco más de paciencia. Aún no está todo dicho.

Los anaqueles de caoba y los libros, los miles de libros, seguían ahí. Como el silencio, la lentitud y el tictac del reloj. O'Tooley paseó una mirada errática por los anaqueles.

—Esta biblioteca era para que Mike se educase. Yo nunca dispuse de tiempo para leer. Los negocios son amantes celosos.

—Es fantástica —dijo O'Tooley, enderezándose en el sillón.

—¿Sabe usted? Estaba leyendo sobre hipnosis —dijo el anciano, que volvió a ponerse las gafas—. Interesante, ¿no le parece?

—Me temo que no es mi especialidad.

—Tampoco era la mía hasta hace poco. Escuche —leyó—. «Técnica que conduce a un estado alterado de conciencia... Viaje interior... ¿Durante cuánto tiempo se mantienen los efectos? Depende de la persona hipnotizada y del grado de hipnosis conseguido. Normalmente minutos, como máximo, horas; si bien, aunque raro, a veces los efectos duran días... Normalmente, los efectos van desapareciendo; pero continuas sesiones posteriores de refuerzo ayudan a que no desaparezcan...».

—No se torture, señor Murdoch.

Pero Murdoch padre siguió leyendo:

«Sabido es que el individuo sugestionado es capaz de recibir dos clases de

mandatos: los intrahipnóticos, o sea, aquellos que obligan al sujeto a cometer actos o acatar la voluntad del sugestionador durante el tiempo de la hipnosis, y los posthipnóticos, es decir, aquellos mandatos que el sugestionado obedece algún tiempo después de haber sido hipnotizado, ya en estado de completa vigilia».

—La magia no creo que tenga nada que ver con la desaparición de su hijo.

—Cómo se nota que usted no estuvo allí, esa noche. Yo sé lo que vi. Mire, nunca he sido muy creyente, O'Tooley. Al contrario que mi hijo. Pero aquello era cosa del diablo.

—Verá, si algo enseña la experiencia a un detective es a no fiarse de los ojos. Hasta las manos, señor Murdoch, son más rápidas que los ojos.

—Usted se empeña en que la hipnosis no tuvo nada que ver con la desaparición de mi hijo, ¿verdad?

—Confieso que me desconcierta, señor Murdoch. ¿A dónde quiere llegar?

—A Mike todo aquello le parecía obsceno. Un espectáculo poco edificante. Mike era muy religioso. Me convenció, o casi, para romper lazos con esa gentuza —cerró el libro de golpe.

—Eso ya me lo dijo. ¿Aún tiene intención de echarlos a la calle?

Murdoch padre se quitó las gafas.

—Por ahora, aún no es seguro que alguien haya asesinado a mi Mike. ¿Me equivoco?

—No. No se equivoca.

—¿Qué le han hecho a Mike? ¿Quién se habrá atrevido? ¿Por qué no está en su casa? ¿En qué me equivoqué? No dejo de preguntarme lo mismo a todas horas. ¿Piensa que dispongo de tiempo para ocuparme de esa gente? ¿Y que la prensa me acuse de lunático?

—Disculpe. No fue mi intención.

—Era tan joven.

—Señor Murdoch, ¿qué fue lo último que le dijo Mike? Me refiero a, ¿cuáles fueron exactamente las últimas palabras que recuerda haberle oído?

El anciano se tomó su tiempo.

—Que estaba seguro de que esa actriz saldría por la otra puerta y que quería que cenase con él.

—Que quería que cenase con él. ¿Se lo dijo en esos términos?

—Las tengo grabadas a fuego aquí —dijo tocándose la frente con el índice—. Esa zorra tiene muchos admiradores, ¿no? He oído que pululan por ahí locos que le hacen la vida difícil. No me extraña, si se dedica a desvestirse en público, como esa noche. De todas formas, que yo sepa, Mike no la conocía. Y una cosa puedo decirle.

—Dígame, señor Murdoch.

—Mike era hijo de su padre.

—Trato de seguirle.

—Si Mike dijo que quería cenar con ella, no le quepa duda de que estuvo con

ella. No había cosa que mi hijo no lograra si se lo proponía.

—Se lo agradezco —O'Tooley se levantó suavemente del sillón—. Con su permiso, ahora tengo que irme, señor Murdoch.

—¿Encontrarán a Mike?

—Lo encontraré.

SEGUNDA PARTE

*Hasta el fallo de la causa
contra el Segador de Chicago.*

1. EL HIPNOTIZADOR

1

Nevaba sobre Chicago. A través de los cristales, se veían caer los copos sobre el pretil de mármol. Afuera, el silencio de la noche tenía una densidad ensoñadora.

En aquel salón sin velas, con la chimenea apagada, sin focos de luz ni nada capaz de emitir resplandores a excepción de algún destello leve, hacía frío, y ellos hablaban en voz baja.

—Espera, por favor, espera —dijo Eve, que se arrebujó en el abrigo de pieles. Por un instante, centelleó el reloj de cadena dorado—. ¿Tenemos alguna prisa? Esta es la sexta noche, y aún sé tan poco sobre ti. ¿Por qué no me dejas encender la luz un minuto?

—Me has prometido...

—Oh, sí. Te lo he prometido. Pues ven a besarme. Dime, ¿es que hemos hecho promesas sobre los besos?

—No.

—Bésame, entonces. No seas despiadado conmigo.

—Debes concentrarte. Esta es la última noche.

—Uf.

Si ella no hubiese sospechado que a él le habría parecido mal, se hubiera erguido *ipso facto* del sillón, sentado con él y estrechado contra su cuerpo porque se ahogaba en su propia impaciencia; pero le seguía la corriente.

—Te noto nervioso.

—A tu lado, siempre lo estoy.

Estaban a tres o cuatro pies de distancia, tal vez menos, resguardados por la inmensidad oscura del salón. Ella y aquel cándido farsante, tan seguro de sí que resultaba conmovedor en su empeño y cuya deliciosa seriedad la engatusaba. Ni siquiera se había quitado la capa y el sombrero. Ella lo sabía por el tacto. Él había insistido en que, durante los minutos previos a la hipnosis, hablasen sólo de ella; por ejemplo, sobre sus películas, que él conocía de memoria. Y qué cautivador se ponía cuando, después de una buena charla, balanceaba el reloj como un péndulo y Eve oía el sonido de la cadena.

Nunca hubiera imaginado semejante dulzura en la voz y en las palabras de Donovan. Aquella radiante calidez, la riqueza de sus tonos, la música de sus frases se gozaban mejor en la oscuridad que a la luz del día, pues la belleza del joven le privaba de concentrarse en otra cosa. Su personalidad oculta le había sorprendido tanto como advertir lo muy en serio que se tomaba él todo el asunto. Por Dios, ¿cómo

podía ser que Donovan creyese haberla hipnotizado de veras, tanto en el escenario como aquí, en su casa, durante las cuatro noches precedentes? Pues, por inaudito que pareciese, lo creía. Y bien, qué más daba. ¿No estaba ahora junto a ella? ¿No la adoraba? ¿No habían empezado a enamorarse? ¿Por qué sacarlo, entonces, de su error?

—Lo haces para torturarme, ¿es o no es? —preguntó ella mitad en broma.

—Sólo intento ayudar. Necesito que me creas.

Y su voz vibraba sobre un fondo de humildad. Cómo no iba a creerlo, si precisamente esa mezcla de confianza y humildad le hacía sentir a ella más viva que nada que hubiera hecho nunca, si por primera vez la convertía en una amante con futuro, en una amante purificada, ennoblecida.

Cuando lo conoció, sólo su físico la descompuso, su forma de moverse, sus gestos, el modo que tenía de imponer su voluntad; por ello había decidido jugarse el todo por el todo en el escenario, la noche del *show*. Qué le importaban las habladurías; además, como publicidad para su próxima película, sería un acierto total en una época en que la mímica se subestimaba. Y eso que, al pedirle Donovan que se desvistiera, que hiciese un *striptease* frente al público, estuvo a un paso de carcajearse en su cara. Apenas podía creer tamaña audacia en un *showman* anónimo con una estrella de su magnitud; pero, como resultado de esa incredulidad pensó que el chico se merecía una buena lección y, sobre todo, que era hermoso como un joven dios heleno. Qué mejor réplica que darle su propia medicina, hacerse la hipnotizada, desvestirse como el farsante aquel pretendía.

Sin embargo, ahora habría dicho que un nuevo sol se alzaba para ella y que su propia inocencia podría reconstituirse a partir de la dulzura de Donovan, su torpeza, su espíritu comprensivo, su melancólica suavidad, aquella voz acariciadora que no pesaba en el aire y la enamoraba envolviéndola como una fragancia cálida.

—¿Has cerrado los ojos?

—Sí.

—Concéntrate en mi voz. Tienes que estar relajada. Confía en mí. Te dormirás cuando te lo diga. Después contaré hasta cinco. Estaré justo aquí. No me apartaré de tu lado.

Eso mismo le había dicho las cuatro noches anteriores ese hombre, el único con quien no actuaba a la defensiva.

Poco después, él dejó de expresar su voluntad para impartir órdenes pausadamente. Un pequeño matiz que lo cambió todo.

Repitió que contaría hasta cinco. Avanzó sin titubeos lo que sucedería entonces. Te pasará esto y lo otro, dijo. Contó despacio mientras se oía la respiración cadenciosa de ella y, al llegar a cinco, chasqueó los dedos y ordenó:

—Duérmete. ¡Ahora!

Dejó pasar casi medio minuto. Se guardó el reloj.

—¿Puedes oírme, Eva?

—Sí.

Le hizo un par de preguntas más y se levantó. Se quitó la capa y el sombrero. Como las otras noches, hubiese podido verificar que, en efecto, estaba sumida en el sueño hipnótico, pero le pareció innecesario, dadas las inflexiones de voz de ella. Era la ventaja que le concedía su larga experiencia. La experiencia en el ejercicio de su don. Un don que soportaría hasta el fin de sus días.

Para él, todo había empezado cuatro noches antes. Y esta era la quinta. En realidad, había empezado mucho antes, cuando era niño y su abuela, que tenía fama de bruja porque recolectaba plantas y raíces como remedio para esto y para lo otro, le dijo que era especial y le enseñó a leer.

Su abuela, una mujer tan notable como temida. La miraban con recelo, como luego habrían de mirarlo a él. De ella y de sus libracos había aprendido Amós cuanto sabía, empezando por las plantas medicinales y siguiendo por la hipnosis. Porque en su abuela y en los libros estaba, sin duda, el origen de su don.

Ella le había enseñado las propiedades de la valeriana, la ortiga, el regaliz, la borraja, las hojas de eucalipto, el hinojo, el romero o la salvia, y con ella había aprendido nombres tan divertidos como el diente de león, la uña de gato, la pata de gallo, la hiel de lagarto o la cola de caballo; pero también el tomate del diablo, la flor de muerto, el cardo de santa María o el dedal de monja.

Y, aun así, el pequeño Amós veía claramente que no era especial en absoluto; era sólo un cobarde que huía de las pandillas que se formaban en el cortijo y de las peleas infantiles con palos y piedras. A veces, cuando no huía a tiempo o lo acorralaban entre varios, prefería dejarse zurrar antes que defenderse. Solían tapanle los ojos con la mano. Qué ridículo era todo.

Las peleas le daban miedo físico, la violencia en general. Un día, un niño, el peor de todos, lo arrinconó contra un muro decidido a darle una paliza. Al matón le habían soplado que su mirada, la mirada de Amós era peligrosa. ¿Peligrosa? ¿La mirada de un cobarde? El matón y él compartían la misma idea. De repente, el matón le dijo que no temía nada ni a nadie, que no pensaba tapanle los ojos; al contrario, que lo retaba a que lo mirase muy fijo, que hiciera con él lo que se le antojase, le concedía esa oportunidad, estaba a su merced. Adelante, le animó, estoy deseándolo, haz conmigo lo que quieras.

Amós ya no era tan niño. Tenía trece años. Lo miró concentrada y largamente, como sugería que se hiciera el libro gordo sobre hipnosis, el volumen repleto de ilustraciones que había leído y releído hasta sabérselo de memoria, y que decía:

«Las prácticas para conseguir la perfecta autosugestión o posesión de nosotros mismos consisten en la concentración del pensamiento, la fe en nuestros propósitos, el carácter imperturbable, la convicción de nuestro poder sobre aquellos que nos rodean y el deseo ferviente y decidido de hacernos obedecer».

Miró a su adversario poniendo en ello todo su rencor y su ira, porque el miedo, por momentos, lo había vuelto osado. Y de pronto ocurrió lo inexplicable. Le dijo

algo así: «Vete, fuera de aquí. ¡Vete! ¡Lárgate!». Y su oponente obedeció. Como un autómatas sin voluntad, inexpresivo.

Era solitario; pero eso lo volvió aún más solitario. Los niños lo rehuían. Como los perros presienten la tormenta, los niños presentían en él algo oscuro. No obstante, ese cambio, ¿lo había vuelto más valeroso? No. Para su padre, Amós seguía siendo un cobarde que no encaraba el dolor. Para él mismo, seguía siendo un cobarde que no se enfrentaba. Un pobre tiene pocos universos en donde refugiarse. La soledad y su abuela fueron su universo. Los libros, y después las películas de Hollywood, su refugio.

En cierta ocasión leyó en una autobiografía algo inolvidable: su autor confesaba que había empezado a escribir para enamorar a las mujeres. Decía que un hombre podía enamorar a una mujer por la palabra; no así al contrario, pues la mujer era más sensible que el hombre a la poesía del lenguaje. Así pues, durante una larga temporada leyó no sólo sobre hipnosis y otras cien cosas, leyó también novelas, hasta que el trabajo y la fatiga terminaron por impedirle la concentración necesaria. Con el tiempo, cambiaría las novelas por las películas. Sobre todo, por las películas de ella.

Y, ahora, años más tarde, aquel chico pobre había llegado hasta aquí, la mansión de Eve Paradise, la estrella de Hollywood. Y nada menos que a esto se había atrevido, a hipnotizarla. Durante cinco noches consecutivas.

Inicialmente, aunque bien sabía que los límites de la hipnosis estaban por explorar, la hipnotizó para ayudarla, y también para que ella no sospechase y no pudiera detectar el engaño, y para descender tranquilamente de la terraza y huir de la mansión. Sin embargo, en el fondo, siempre supo que lo hacía porque deseaba estar cerca de Eva, como cuando eran niños. Y que este era el único modo posible.

Eso fue al principio, porque, después de cuatro noches, le dijo a Donovan —y, de otra forma, también a ella— que esta sería la última, que había que ir con tiento, ser cuidadosos, no exponerse más.

La verdad del asunto era que Amós no podía seguir adelante sintiéndose culpable como se sentía. Lo cierto era que su mismo afán de saber había devenido en perversión, porque cada nueva pregunta que le formulaba durante el estado de trance espoleaba su curiosidad, y la curiosidad se convertía en un vicio y el vicio arrastraba su propio infierno. Siempre había temido que se le reflejasen en la cara los vicios, como a su padre. Y, aun estando frente a la mujer que siempre deseaba, ¿qué derecho le daba eso a hurgar en las intimidades de ella? ¿Tanto se parecía al viejo vicioso?

Se preguntaba si, como al viejo, su debilidad, el hecho de haber cedido a las tentaciones tendría algo que ver con ciertos síntomas que, como el cansancio o el hormigueo en las extremidades, o la sed o la vista borrosa, se manifestaban con más virulencia últimamente.

Siempre había sabido que podría tropezar en la misma piedra de veintiocho años antes, en el bosque de encinas, cuando eran sólo unos niños. Y he aquí, que de nuevo sucumbía a la tentación de hipnotizarla porque deseaba estar a su lado, impregnarse

de su olor, escucharla respirar, oír las palabras de Eva sólo para él. Sucumbió porque era un hombre débil; y ella, la mujer de su vida, y porque se habría muerto si ella lo hubiese identificado o de algún modo reconocido.

Sí, de nuevo se veía en la misma y falsa posición de su infancia, en su tierra, en Sevilla, en aquel bosquecillo de encinas, cerca del cortijo El Silencio, con las mismas pretensiones de ayudarla, pero con una diferencia esta vez: él era un hombre maduro y estaba ante una mujer deseable.

Pasaba que ahondar, meterse en la cabeza de ella constituía algo que no tenía justificación, algo ignominioso.

Sabía que no estaba haciendo lo correcto, que, al traicionarla, se dejaba vencer por su debilidad y por sus mórbidos deseos. Sacaba lo peor de sí mismo. Tantos años como llevaba soñando con Eve Paradise, coleccionando sus recortes, viendo todas sus películas y, ahora que la tenía ahí, junto a él, en un estado de indefensión y entrega del que muchos sacarían provecho, también él se dejaba tentar. Podía olerla, podía tocarla si quisiera; pero había otros muchos modos de envilecerse. Y uno de ellos era el suyo: indagar hasta saciarse, pregunta tras pregunta, curiosidad tras curiosidad, figonearlo todo como un enfermo o un vicioso. Le aterraba lo lejos que puede llegar alguien que ha probado el sabor de la humillación.

Él era el dominado, no ella. Quien se rendía al hechizo era él, no ella. Y el borracho de su padre sabía lo que se decía cuando le echaba en cara que era un medio hombre, un cobarde, un fisgón, un resentido, un humillado, no como Donovan.

Ya durante la primera noche de hipnosis la hizo regresar a sus nueve años; luego, una revelación condujo a otra y ya no pudo refrenarse, le fue imposible. Se sentía avergonzado y sucio, un pervertido. Con todo, no paró hasta que hubo rastreado los más insignificantes y morbosos detalles. Quería saber, deseaba averiguar, no podía remediar el ansia de ir más lejos con la impotencia de un hombre que no se atreverá nunca a expresar su amor. Por eso no podía volver a esta casa.

Y por eso anunció a Donovan que esta sería la última noche. Con él utilizó una excusa que, no por ello, dejaba de ser una verdad a medias. Le dijo que corregir los defectos del habla de la actriz mediante la hipnosis era una tarea excesivamente laboriosa y sin ninguna garantía de éxito.

—¿Con quién lo hiciste por última vez? ¿Cuál era su nombre? Cuéntamelo todo. ¿Y después? ¿Cuántas veces? ¿Dónde prefieres? ¿Gozas con ello? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Esta noche las horas habían transcurrido volando, como las otras noches, y, por un momento, antes de despertarla, poco faltó para traspasar los límites que se había impuesto, acercar la mejilla a su hombro y oler su fragante cabello mientras en voz baja le decía palabras prohibidas. En su lugar, sofocó el anhelo que le abrasaba, se limitó a decirle que iría despertándose poco a poco y le dio las órdenes para que su último recuerdo se remontase a la conversación previa al trance.

Se volvió a poner la capa y la chistera, contó hasta cinco, chasqueó los dedos.

Eve empezó a despabilarse, pero él ya estaba fuera de su vista. Las hojas de la ventana batían con suavidad una contra la otra a causa del viento. La actriz se había levantado cuando escuchó un ruido sordo del otro lado de la puerta. Fue hacia allí tambaleándose. La abrió.

—¿Donovan? —preguntó en voz baja—. ¿Madre?

A lo lejos, crujió algo, un mueble antiguo, tal vez una puerta que se cierra.

Aún le dio tiempo a correr hasta la terraza y ver cómo él saltaba la verja sin mirar atrás.

2

Amós se sentía consternado.

Eran las tres y media de la madrugada. Ahora apenas nevaba; además, aquellos copos prematuros no habían bastado para alfombrar las calles.

Recorrió un buen trecho a paso vivo por las inmediaciones de River Forest ordenando las ideas. Buscó un taxi, pero divisó sólo a dos tipos caminando en dirección contraria, por la otra acera. De repente, los tipos cruzaron. No había bicho viviente y los pasos resonaban en el aire húmedo de la madrugada.

Siempre había sabido lo que era el miedo. Por miedo, desde hacía años evitaba pensar en la diabetes y se negaba a someterse a ningún tipo de análisis, con su padre bastaba. Conocía el miedo físico y el miedo moral. No era ningún valiente. Por eso admiraba el coraje. Siguió adelante.

Trató de no prestarles atención, pero, en el momento en que iba a sobrepasarlos, uno de ellos, el enjuto, el del ojo de cristal, lo interceptó. Impactaron a la altura del hombro y, a pesar de su extrema esbeltez, el individuo le echó las manos a los codos con envidiable agilidad de reflejos y lo inmovilizó para que no saliera despedido.

El sujeto se disculpó con cara de perplejidad. Hasta hizo ademán de sacudirle el polvo de la capa. El amigo voluminoso ni se había inmutado tan siquiera y fumaba un puro con profunda expresión de hastío.

—Venga. Es tarde —dijo el buey exhalando una bocanada.

—Alto ahí, Sam. Este tipo me mira torcido.

—Qué carajo, Harry —lo cogió por un brazo, pero Harry se zafó.

—Te digo que me está mirando torcido —sacó un revólver y apuntó directamente a la cabeza de Amós—. Dame la billetera, so cerdo. Sabe Dios de dónde vendrás a estas horas —Sam Cormick, ahora sí, no salía de su asombro. Amós le dio la cartera al flaco. Harry Gusick, a su vez, se la entregó a su compinche, que se entretuvo en echarle un vistazo—. Me dan ganas de pegarle una paliza.

—Vámonos.

—Míralo. Es un asqueroso.

—Cuánto me tocas a veces los cojones, Harry —echó a andar como dándose por vencido.

Entonces, haciendo alarde de una inesperada contundencia, Harry Gusick empleó el revólver para golpear a Amós en la cabeza. Y Amós se desplomó sin un quejido, con mansedumbre.

—Esto para que aprendas y no andes jugando con fuego —dijo, y salió en persecución del gordo.

3

Al día siguiente, a media mañana, la floristería de Ritchie estaba tan concurrida que los dependientes no daban abasto. Sam Cormick y Harry Gusick entraron con cara de haber dormido poco y Ritchie, que los esperaba, siguió departiendo con la clientela en tono de amigable profesionalidad.

Los dos *torpedos* hacían como que curioseaban hasta que Ritchie guiñó un ojo a Sam antes de dirigirse al cubículo del fondo.

—Lo trincamos, jefe —anunció Harry.

Sam cerró la puerta y Ritchie, que acababa de sentarse, encendió un cigarrillo y montó una pierna sobre otra por detrás del escritorio. La mesa estaba llena de papeles en desorden; además, había un calendario de hojas móviles y una pluma en una escribanía dorada. A su espalda, los retratos de los últimos seis presidentes de los Estados Unidos.

—Casi le pega un tiro —dijo Sam llevándose la mano al bolsillo interior de la chaqueta—. Tiene gracia, ¿no, Ritchie?

—¿Ah, sí? —preguntó Ritchie con ojos relampagueantes. La mano de Sam se paralizó en el bolsillo—. Habría sido un mal paso, muchachos.

—El tipo llevaba capa, jefe —se excusó Harry—. ¿Yo que sabía? Con capa, se lo juro, es complicado birlar una cartera.

—Te entró por el ojo izquierdo, el de cristal —dijo su compañero—. ¿Por qué no lo reconoces?

—¿Tú te crees que soy tonto, que no sé lo que intentaba el tipo con la chica del jefe? ¿Qué te parece a ti que hacía a esas horas en casa de ella, jugar al *blackjack*? Usted perdone, jefe. Por eso le di lo suyo.

—¡La cartera! —dijo Ritchie.

Una vez que los despidió, se puso a revisarla. Unos cuantos dólares, la tarjeta de un hostel de Chicago, una entrada de cine y, por fin, como había supuesto y Sam Cormick le había adelantado por teléfono, la cédula personal expedida por las

autoridades de emigración, con su nombre, apellidos y el nombre de sus padres.

Lo sabía. Lo supo desde la noche en que asistió personalmente a una función de *El show de Donovan*, tras haber leído en la prensa el insidioso artículo de Jake Lingle. Habría sido demasiada coincidencia.

Ya cuando él, que nunca olvidaba una cara, vio a Amós sobre el escenario, desde la primera fila, a tan poca distancia del proscenio, sus rasgos le resultaron familiares. Y cuando escuchó cómo Donovan, el hipnotizador, le llamaba por su nombre, Amós, y cuando explicó fluidamente que procedían de España, le trajo a la memoria aquel niño del que su hermana tanto le había hablado muchos años antes.

La pequeña le había dicho que su amigo sabía hipnotizar, y él se había reído de la inocencia de ella. En ese remoto entonces había esbozado una sonrisa.

Tenía diecisiete años; su hermana, nueve. Él era el mayor, un adulto que ya había tenido algún que otro percance con la Guardia Civil, y que nunca había trascendido gracias a las influencias de su padrastro. No creía en hipnotizadores. No creía en nada.

Cómo olvidar al amigo de Eva, el hijo del jornalero, si pocos días después de haberla seguido y descubrir que se reunía con él en el bosque, bajo la copa de aquel añoso ejemplar de encina, tan sólo dos semanas después, el cadáver de su padre adoptivo yacía desangrándose en el salón principal de la residencia con el vientre reventado, el arma sujeta por el cañón y las paredes salpicadas de sangre. Un accidente. Ese fue el resultado oficial de las sumarias investigaciones llevadas a cabo por la Guardia Civil. No podía olvidarlo. Al contrario que su hermana, no lo olvidaría nunca.

Dobló la cédula y se la guardó.

A continuación, le echó un largo vistazo al billete de cine. Se trataba de una entrada del 14 de mayo de 1926 para la *première* de *Lazos de sangre*.

Si su memoria no le era esquiva, *Lazos de sangre* la había protagonizado su hermana. Tenía una buena razón para no olvidar eso: al 14 de mayo lo precedía el 13; y el 13 de mayo no había sido un día cualquiera. El 13 de mayo, de forma providencial para sus intereses, la banda del Norte había liquidado al estúpido de Sammy Lombard, un lobo solitario sin familia, con pocos amigos y menos futuro, para quien Ritchie había encarnado algo así como la camaradería o la lealtad.

Cogió por los bordes la tarjeta del hostel y, sin apartar la vista del nombre y la dirección del albergue, se quedó enfrascado en sus pensamientos como si hubiera tenido una revelación.

2. LA PRIMERA CARTA

1

Tan sólo tres días después de la quinta y última sesión de hipnosis, la investigación sobre el caso Murdoch tomó un cariz impensable; impensable, al menos, para casi todos, incluido el detective O'Tooley.

Por ello, en la comisaría, a las nueve de la mañana, los teléfonos humeaban. Los nervios atenazaban a unos, la responsabilidad a otros y, al revelarse el porqué del telefonazo que O'Tooley acababa de recibir, la impaciencia general se desató.

Excepto al capitán, O'Tooley no facilitó el nombre del informador a nadie, pero su rostro hacía suponer que se hallaba ante uno de los momentos cruciales de su carrera. Ya se estaba poniendo el gabán para salir con la urgencia que el asunto requería cuando el agente Fink, siempre pulcro y trajeado, entró sin ceremonias en el despacho del capitán, desde donde O'Tooley acababa de telefonar a su jefe.

—Señor, una mujer lo busca.

O'Tooley, consumidor habitual de rapé, inspiró por ambas fosas nasales y se guardó la cajita rococó, adornada con piedras multicolores.

—Gracias, Fink. Despídala.

—Insiste. Alega que es importante.

O'Tooley tenía la última palabra en la boca, pero oyó un torrente verbal que se fue aproximando hasta sofocar su réplica.

—Oiga, habrase... ¡Déjeme! —se oía aun con la puerta del despacho cerrada—. ¡Que no me toque! ¡No me retenga o lo denuncio! ¡Que alguien me quite a esta bestia inmundada de encima!

O'Tooley, tras ojear por los resquicios de la persiana, se ajustó el nudo de la corbata, se abrochó la chaqueta para disimular el estómago y, humedeciéndose las yemas de los dedos con saliva, se las pasó por las sienes para revigorar el fijador; luego, abrió la puerta de la oficina y se apostó en el umbral.

—¿Señora... Paradise? ¡Por el amor de una madre! Agente, permita pasar a la dama. Por aquí, señora Paradise.

Evelyn entró en la oficina del capitán esperanzadoramente intrigada.

—Así pues, ¿me conocía, detective?

—La duda ofende, señora. Es usted la madre de mi actriz favorita.

—Debí imaginármelo —y recuperó la tensión de un minuto antes—. Con más motivo ha de escuchar lo que tengo que decirle, antes de que sea demasiado tarde.

Hablaba como un personaje melodramático, pensó O'Tooley, que cerró la puerta y dijo:

—Tendrá que excusarme; pero este no es el mejor momento. Debo irme a Highland Park, y debo marcharme ya, en este preciso instante. Créame, es cuestión de vida o muerte.

—Mi hija está en poder de un sátiro. Y esto también es cuestión de vida o muerte. Alguien llamó a la puerta y abrió.

—Señor, estamos listos.

—Dos minutos —el agente Fink cerró la puerta por fuera. O'Tooley consultó su reloj de bolsillo y Evelyn asintió con el pensamiento: al menos, aquel policía usaba un reloj de hombre, y no esos relojes de pulsera que se habían puesto de moda después de la guerra, y que Evelyn consideraba un complemento más propio de señoritas—. ¿Qué me está diciendo de sátiros, señora?

—Eve recibe visitas en casa, por las noches. Se trata de Donovan Curtis, ese hipnotizador temible donde los haya. Ese joven que está en boca de todos.

El detective O'Tooley se acarició la barba.

—Me atrevo a insinuarle que para cualquiera sería una bendición que su hija le honrase con sus atenciones.

—Conmigo no valen ironías, oiga —Evelyn tomó aliento y prosiguió bajando el tono—. Ese hombre no entra por la puerta, como los demás. Por las noches, trepa como un furtivo hasta la terraza. Entra en nuestro hogar embozado en una capa y tocado con una chistera, ¿me entiende? Una vez allí, hipnotiza a mi hija. Lleva cinco o seis noches en ese plan. Cinco o seis noches seguidas teniéndola a su merced. Ignoro cuántas leyes habrá violado.

—En tal caso, y si no es indiscreción, ¿usted cómo lo sabe, señora?

—Lo he visto por la ventana. He oído cómo la hipnotiza detrás de la puerta. Los pases y todo eso. Tiene usted que actuar antes de que ocurra algo horrible, si es que no ha ocurrido ya.

—¿Dice usted que trepa?

—Vaya si trepa. La primera noche, yo misma le impedí el acceso. Atranqué las puertaventanas, pero volvió a la noche siguiente.

—Hay que admitir que es extraño. ¿Quiere denunciar el hecho, señora?

—No sea ridículo —dijo haciendo un expresivo ademán con la mano—. Haga usted las averiguaciones que quiera, pero ni se le ocurra mezclar mi nombre. ¡Se lo prohíbo! ¿No ve que mi hija está siendo objeto de una campaña de desprestigio?

—Con todo el respeto, señora Paradise —dijo O'Tooley, que acarició el pomo de la puerta—, está yendo usted demasiado lejos.

—Algunos ya hablan de Eve como de una asesina.

—¿Lo dice por el *Tribune*?

—Y usted mismo sospecha de ella. Me consta que estuvo en casa haciéndole toda clase de preguntas insolentes.

—Señora Paradise, las pesquisas forman parte del procedimiento habitual.

—Mi hija está siendo hipnotizada. Hipnotizada por un seductor, un sátiro, un

hombre sin escrúpulos. Sé de qué hablo. Antes lo intentó conmigo.

—Lamento decir que me estoy perdiendo.

—La noche del 1 de octubre, ese hombre me citó en el Sheridan Wave Tournament Club. Pregunte allí, si no me cree.

—Descuide, señora.

—Me utilizó para que llevara a mi hija a su patético espectáculo. ¿Va comprendiendo?

—Me parece que sí, señora.

—Si no le parece suficientemente grave, puede que se lo parezca a sus superiores.

—Mire, le prometo volcar toda mi atención en ello; es más, en confianza, le diré que a partir de hoy las tinieblas del caso Murdoch es muy posible que se vayan disipando.

—Sería muy de agradecer —dijo Evelyn levantándose.

—A su servicio —O'Tooley hizo ademán de besarle la mano. A renglón seguido, abrió la puerta—. Señora Paradise, su hija estaba divina en *Leyendas de ensueño*. Fue su última película, ¿no?

Evelyn se quedó pensativa, con la mirada oscilando entre la indulgencia y el arrepentimiento.

—Sí, ¿verdad? Mi pequeña estaba preciosa.

Y desapareció con la misma e insatisfecha ansiedad con que había irrumpido.

2

—Causaremos impacto. ¡Vaya si lo causaremos! —dijo Donovan—. ¿Te imaginas? El público agolpado a las puertas y, de repente, un Rolls Royce estaciona delante de la entrada. El hipnotizador y su asistente se apean; a ver, primero, se apea el asistente, que abre al hipnotizador la portezuela y, seguidamente, en medio del maremágnum de admiradores, los dos entran, como si tal cosa, por la puerta principal. ¿No te parece impresionante?

—Tal vez —replicó Amós. Le importaba un comino.

Claro que, en justicia, había que reconocer el encanto de Donovan a la hora de persuadir y lo poco rencoroso que era. O la expectativa de hacerse rico borraba todo atisbo de rencor hacia su fuente de ingresos o, sencillamente, él era así. ¿Estaría realmente enamorado? No hay enamorado rencoroso, y, en apariencia, Donovan había olvidado el enfrentamiento a propósito de la suplantación.

Desde luego, la suplantación había salido a pedir de boca y, al improvisar una terapia de hipnosis para Eve, Amós hasta había beneficiado a su socio, quien, a ojos de ella, había cumplido su palabra. Además, nadie tergiversaba hechos y manipulaba

con el encanto de Donovan, a costa incluso de la verdad, sin indicios de remordimiento, como un psicópata.

Ya de chico, cuando lo conoció en Hawai, Donovan había dado muestras de ello, en lo que se refería a su pasado. Era difícil pillarlo en una mentira, como también lo era hacerse una composición de lo que había sido su vida hasta entonces. Lo único seguro es que los libros le aburrían, aunque leyese de corrido. Y, por cierto, ¿no había leído Amós en alguna parte que según Kurt Schneider, el famoso psiquiatra alemán, los psicópatas no sólo están encerrados en prisiones o manicomios, sino viviendo entre nosotros, que incluso son personas con gran éxito social?

A menudo, la impulsividad traicionaba a Donovan, y su estado de ánimo oscilaba de un extremo a otro; pero su impotencia para ponerse en el lugar del otro terminaba por resultarle provechosa. En favor de una buena convivencia, Amós se inclinaba a pasar por alto muchas sombras de su biografía, como las oscuras y no muy desveladas razones por las que el jovencísimo Donovan había sido acusado de cometer un crimen en España, o arrestado sin mayores consecuencias. Y también porque necesitaban dinero.

Tras la experiencia de hipnosis con Eve, a Amós le asaltaba la inquietud de que estas eran sólo las primeras dificultades, y que el dinero le permitiría no sólo afrontarlas, sino procurarle a su padre el costoso tratamiento que sólo por temporadas se podía permitir. Aunque, sin duda, el hecho de que él mismo experimentase un empeoramiento de la vista, lo tenía sobrecogido.

—¡Arriba ese ánimo! —Donovan lo cogió por los hombros con firmeza—. ¡Tú ves donde los otros no ven! ¡Lees sus pensamientos! ¡Tienes los ojos de un mago! Gracias a ti nos haremos de oro, chico —le palpó el chaleco rústico, por debajo de la chaqueta—. Pero ¡si llevas el chaleco del revés! Venga, dale la vuelta —Amós, más compungido de lo que aparentaba, se apresuró a desvestirse ante el espejo. Ni mirándose habría percibido que estaba del revés—. ¿Tú crees que a Eve le habrá servido de algo la hipnosis?

—Eva. Se llama Eva —dijo Amós.

—¿Crees que le ayudará?

—Ya te lo dije. Es muy lento. La hipnosis no hace milagros.

—Vale. Entonces, ¿por qué volviste? ¿Por qué estuviste yendo a su casa cinco noches seguidas?

Donovan había endurecido el tono. Se echó la capa por encima.

—Había que intentarlo —se limitó a replicar Amós. Porque, cómo añadir que su curiosidad hacia ella nunca parecía saciada.

—Y, ¿qué le digo si me pregunta por qué no ha hecho progresos?

—No va a preguntártelo —repuso Amós.

—¿Ah, no? ¿Y tú que sabes?

—Porque no cree en la hipnosis. Para ella no es más que un cuento chino.

—Más vale que me lo expliques. Lo único que saqué en limpio de tus cargantes

sesiones con ella es que la orquídea blanca en su flor preferida.

—Sobre el escenario, comprobó que tú eras un embaucador; y conmigo, no recordará nunca haber caído en trance. La hipnosis no existe para ella. Es mentira.

Donovan cogió la chistera. Le dio un par de vueltas mirándola y sonrió.

—Aún me parece más adorable. Ha empezado a tratarme con más confianza, con más ternura. Quería saber todo sobre mí. Francamente, a veces dudaba si decirle o no la verdad. ¿Es una intelectual? No he conocido una mujer que le llegue a la suela de los zapatos. ¿Me estará obsesionando con ella?

«Para ti todo es un juego; para ella no es ningún juego», estuvo a punto de replicarle Amós que, sin embargo, optó por la mesura.

—Tienes que tratarla bien. Tienes que protegerla —se preguntó si el tono desolado que impregnaba sus palabras era muy evidente.

De pronto, se oyeron en el cuarto del viejo ruidos, farfulleos, un cajón que se abre con violencia, una botella que rueda por el suelo.

—Tu padre, que ha vuelto a empinar el codo —dijo Donovan.

Amós se llegó al cuarto del viejo.

No tenía que haberle impresionado, pues era una actitud propia de él; pero lo hizo. Entró en el cuarto y cerró la puerta.

Su padre, borracho como un cerdo, sentado en el borde de la cama, había cogido las revistas y semanarios de Amós dedicados al mundo del cine y a las estrellas de Hollywood. Estaba destrozándolos.

Una vez más lo veía comportarse como siempre, sólo que ahora estaba más viejo, más borracho, con el alma más deformada y enferma. El espectáculo lo descorazonaba.

Para él, lo que muchos llamaban maldad era el vicio enquistado del miedo, un vicio que la vejez, más que atenuar, robustecía. No había falacia mayor que aquello de que la vejez atesoraba sapiencia y comprensión; por el contrario, solía ser más radical que la juventud porque había encajado más golpes. No eran los años sino el dolor lo que hacía a la vejez más fea, menos luminosa. En cierto sentido, comprendía a Eve, su afecto por los chicos, su obsesión por la juventud, ahora que, por así decir, le había salido al paso de sus pensamientos ocultos.

Cuánto le amargaba pensar que los años fueran a hacer con él lo mismo que habían hecho con su padre. A fin de cuentas, ¿no había heredado de él sus mismas enfermedades y vicios? ¿No era un ser cobarde desde la infancia? ¿No iba a quedarse ciego como él? Entonces, ¿se volvería contra la vida, contra el amor, como su padre había hecho?

—¿En esto te ocupas? ¿Lees revistas y vas al cine, en vez de ganar dinero y sacarme de este asqueroso país? Mira lo que hago yo con tu basura —farfulló el viejo mientras despedazaba una de ellas.

—Padre...

—¡Sé un hombre! —dijo arrastrando las palabras—. ¡Un hombre pelea, jode, cae y se levanta, funda una familia, gana dinero! Quisiera volver a mi país —cogió la

botella del suelo, la destapó, echó un largo trago.

—Dame el vino, anda —dijo Amós.

—Yo no quería emigrar, sino quedarme. Por tu culpa tengo que morirme en la tierra de los apaches. ¡Porque le tenías miedo a la guerra! ¡Miedo a defender tu país!

—Volverás.

—No es cierto. Me prohíbes volver —gimoteó.

—Aceptaste acompañarme. No tenías alternativa.

—Te crees alguien porque haces truquitos de magia, pero eres una mierda. No vales nada. Si no fuera por Donovan, íbamos listos. Ni siquiera sabes cómo se folla a una puta —bebió otro sorbo de la botella—. Si tu madre y tu hermana no hubiesen muerto, nunca te habría acompañado.

Estremecidas todas las fibras de su ser, Amós cerró los ojos.

—Deja ya eso —respondió.

—Siempre de un lado para otro.

—Padre, serénate.

—Si, al menos, pudiera ver. Oh, ¡maldito seas!

El viejo se levantó con la botella agarrada por el gollete y echó a andar hacia él, tambaleándose. Amós, sin moverse, recibió el aliento a vinazo de su padre en plena cara.

—Eres un cobarde. Sólo te escondes. Tienes tibia la sangre. ¿Hay algo dentro de ti que se caliente, hijo mío? La culpa fue de tu abuela. Se lo dije tantas veces. Mamá, estás malcriando al chico. Olvida los libros, para lo que le sirven a un pobre. Para lo que me sirvieron a mí. Un pobre ha de soportar el yugo, tiene que olvidarse de leer. Yo lo hice, pero él se volverá un marica de mierda.

—Déjalo, padre.

—Me estoy pudriendo, lo sé. Apesto a ciego, pero, aquí... ¿Me escuchas? Aquí, aquí —dijo dándose puñadas en el tórax— no he envejecido. Estoy más vivo de lo que estaba cuando era joven.

—Sí, padre.

A continuación, pegó sus labios al oído de Amós.

—Las mujeres son la sal de la vida. Folla mucho. Vivirás más. Aún recuerdo cómo eran los pezones de una mujer cuando se ponía caliente. ¿Has visto los pezones de una buena hembra abultados, endurecidos, muchacho? ¿Has mamado alguno que no fuesen los de tu madre?

Amós se mordió la lengua, apretó los párpados, la camisa empapada en sudor. De niño se resistía a emplearse con violencia. Prefería que le pegaran. Su padre lo sabía. En más de una ocasión le habían dado su merecido por cobarde. Hasta que un buen día el chiquillo descubrió su don y no volvieron a ponerle la mano encima.

—Ahora no valgo nada. Con el dinero que me das no puedo follarme más que a viejas. Y sólo cuando a ti te apetece. Tienes que llevarme de putas más a menudo, muchacho.

Era verdad. De tarde en tarde lo llevaba a un burdel, por petición expresa del viejo. Le daba un asco y un pudor ilimitados, pero lo hacía. Se esforzaba en vencer el asco y el pudor que le provocaba la simple idea de acompañar a su padre a un prostíbulo, cuando hasta el alcohol, la camaradería viril y las conversaciones plagadas de chistes verdes lo intimidaban. De modo que iba con él y se quedaba en el bar, tomando un café, o se daba una vuelta para hacer tiempo mientras su padre...

—Pero hubo una época en que era joven —prosiguió—. Y les gustaba. Les gustaba, sobre todo, porque a mí me gustaba hacerlo con ellas. ¿Comprendes? Ahí está el meollo. Lo notan. Ellas notan que te gusta, que lamerías la tierra que pisan y venderías tu alma por eso. ¿Tú no? —su padre alcanzó a sujetarlo por un brazo sin soltar con la otra mano la botella. Tenía saliva blanca en las comisuras, sus ojos muertos parecían rastrear con desesperación el techo—. Eres inofensivo. ¿A que doy en el clavo? ¿A que eres inofensivo?

—Me das asco, padre.

—Y si eres inofensivo, ¿qué haces, entonces? ¿Hablas para que se corran? ¿Las hipnotizas, muchacho?

Ocurrió de repente, sin darse cuenta, un impulso repentino. Lo golpeó con toda la rabia y el rencor acumulados. En pleno rostro.

El viejo, necesariamente frágil por la diabetes y la abusiva ingesta de vino, perdió la consciencia en el acto. Se derrumbó por efecto del golpe mientras la botella estallaba en pedazos contra el suelo.

Antes de que Amós lograra lamentar nada, su padre estaba tendido cuan largo era, rociado de vino y de cristales rotos.

Cuando Donovan acudió, él aún tenía el puño crispado y temblaba como un palúdico. Entre los dos tumbaron al viejo en su cama.

3

Por fin, el *Chicago Tribune*, en su edición de tarde publicó el bombazo que el detective O'Tooley esperaba desde hacía horas, más exactamente desde que Jake Lingle lo había telefoneado por la mañana.

El artículo, firmado por el propio Lingle, no reparaba en golpes de efecto. Es decir, si el asesino de Mike W. Murdoch buscaba una rápida celebridad, no había escogido mejor heraldo para pregonar sus méritos. Con todo, el notición, publicado en primera plana, era de tal envergadura que seguramente ya tendrían varias ediciones listas para salir a la calle.

Asqueado, O'Tooley fue leyendo por encima.

Nadie hubiera imaginado que en pleno siglo XX un alma tenebrosa seguiría los pasos de Jack el Destripador... La carta, sin franqueo postal, fue recibida en la sede del periódico a altas horas de la madrugada, a nombre de este reportero... Alguien pudo introducirla por debajo de la puerta principal... Carta *collage*, donde cada palabra está confeccionada a base de... ¿Significa que el asesino o asesina pretende hacernos jugar con él? ¿Confía en nuestra insobornable actitud de informar? Este reportero, responsable y privilegiado, como intermediario entre la colectividad y el monstruo... Alertadas las autoridades por quien esto escribe, verificada por la policía la realidad de su contenido, estamos en condiciones de asegurar que la carta, que se reproduce íntegramente... El derecho a la información... Desde esta tarima, Jake Lingle...

Leyó a la carrera hasta que llegó a la misiva, con diferencia, lo que más interesaba a O'Tooley.

Le llamó la atención la técnica del hipotético autor del crimen para no dejar rastros. La diferencia con el Destripador saltaba a la vista. Mientras el legendario criminal de Whitechapel enviaba manuscritos cuya letra era susceptible de ser identificada, este recortaba letras de imprenta y las pegaba, una tras otra, confeccionando el mensaje. Un procedimiento vulgar pero higiénico.

Señor Lingle:

Dé usted el uso que corresponda a esta información. El cadáver del joven Mike W. Murdoch yace bajo tierra, en un bosquecillo de Highland Park, castrado y con eso, o lo que quede de eso, entre los dientes...

A continuación figuraba el lugar exacto; por otra parte, tan meticulosamente descrito que, merced a ello, por la mañana habían localizado el cadáver a las primeras de cambio. El detective O'Tooley levantó la vista del periódico y revivió mentalmente el instante en que habían exhumado el cuerpo medio desnudo junto al resto de prendas.

El cadáver tenía una coloración pardoverdosa y estaba hinchado y recubierto de ampollas, en particular, el abdomen, las mejillas y los párpados, con algunas uñas despegadas y varias heridas mortales por arma blanca a la altura del pecho.

En concordancia con lo que se explicaba en la misiva, Mike W. Murdoch yacía mutilado de manera truculenta y con los restos de su virilidad encajados en la boca.

Se lo merecía. Y aún quedan cuatro más que le haré llegar, uno tras otro. Firmado: Por qué no dice a la policía que me atrape, si es tan lista como piensa.

Seguidamente, y en lo que, a mayor gloria de Jake Lingle, representaba un desafío y una victoria profesional, el reportero se explayaba sobre las incógnitas que dejaba en el aire la misiva. Sin embargo, Lingle se guardaba muy mucho de ofender al miserable sin nombre a quien, después de todo, debía gratitud.

O'Tooley entró en el despacho del capitán, como casi siempre vacío, tomó asiento, descolgó el teléfono y marcó el número de Lingle. Una duda, por encima del resto, lo devoraba: ¿A qué aludía el autor con esta frase: «Y aún quedan cuatro más que le haré llegar, uno tras otro»? ¿Se refería a las futuras víctimas o a los infelices

que ya había asesinado?

—¿Qué opinión le merece todo eso, señor Lingle? —preguntó O'Tooley desde un extremo del hilo telefónico.

—Que se refiere a cinco crímenes consecutivos, y que este es el primero. O sea, que faltan cuatro.

—En tales circunstancias, ¿piensa enfocar todo esto como un circo?

—Quieto ahí, O'Tooley. Piense derecho. Fue él quien me eligió a mí para trasladar sus palabras a la opinión pública.

—Señor Lingle, acabará desencadenando el terror colectivo. Me permito recordarle lo que sucedió con el Destripador y la prensa británica hace cuarenta años. Deberíamos aprender de los errores del pasado.

—Deduzco que ha leído mi artículo.

—Lo tengo delante.

—Bien, entonces, pregúntele al jefe Rusell, a ver qué opina. Pregúntele si es partidario o no de la libertad de prensa —y casi en seguida—. ¿Cómo estaba el cadáver, O'Tooley? Al no telefonarme, di por entendido que se trataba de Murdoch.

O'Tooley se retrepó en la silla con ojos desesperanzados.

—Medio vestido. El resto de ropas, metidas en el hoyo. La documentación en un bolsillo de la chaqueta. El padre lo identificó.

—Hum... Arma blanca, ¿verdad?

—Sí.

—Quiero un hueco en su agenda. Sea buen chico.

—Mejor vaya con pies de plomo, señor Lingle. No se pase de la raya.

—Yo he cumplido. Le avisé con tiempo. Me debe usted una.

—Eso es opinable. Creo, señor Lingle, que usted nos alertó sólo por interés. Para que iniciásemos el procedimiento de identificación del cadáver. Lo hizo para evitar el descrédito, en su caso.

—¿Y qué si es así? Hágase un favor, gran tipo. Háganos un favor a ambos. No se reserve la información importante y obtendrá de mí toda la que reciba, antes de meterla en prensa.

—Ya lo entendí la primera vez que me lo dijo, señor Lingle.

—Entonces, trabajemos juntos. Ese hombre no está en sus cabales. O intenta demostrar lo estúpida que es la policía, o bien desea, inconscientemente, que lo atrapen. En ambos casos, de manual.

—Pero qué astuto es usted.

—No tiene mérito. Impulsos autodestructivos. Cualquier lector aficionado a la crónica negra estaría de acuerdo.

—Astuto de una forma extraordinaria.

—¿Pretende burlarse, amigo?

—Cabe una tercera posibilidad. Que todo sea una argucia, un engaño.

—Adelante. Sorpréndame.

—Una maniobra de distracción.

—¿Cómo una maniobra de distracción?

—Me he aventurado a pensarlo, señor Lingle. Sólo eso —dijo O'Tooley, que llevaba un buen rato con la cabeza en otra parte.

¿Y si le pidiera a sus contactos en los departamentos de Galena y de Palatine que le transmitiesen por radiofax las fotos de aquellos dos jóvenes que habían aparecido con los genitales en la boca? ¿Y si las cotejase con las fotos de Mike W. Murdoch?

—Pues, para ser una argucia o una maniobra de distracción, el cadáver es muy real. No sé qué opinaría el viejo Murdoch de esa ocurrencia.

—Es preciso que nos veamos, señor Lingle.

—Ahora habla usted con la voz de la cordura, amigo, con la voz de la cordura.

4

El periodista que tenía a su cargo los dibujos del proceso, ahora estaba sentado en una de las primeras filas y trazaba con mano ágil los rasgos faciales del doctor Forbes, un hombre de tez rubicunda y mantecosa, con una nariz desproporcionadamente pequeña, gafas y un cabello frágil y recolocado que parecía teñido. Al igual que en las jornadas anteriores, la sala estaba atestada, y la evidente consecuencia de ello, así como de las tensiones acumuladas, era que muchas mujeres entre el público se aliviaban con abanicos y algunos hombres hacían uso de los sombreros.

El fiscal Garrett ponderó el dictamen del doctor Forbes, considerando, dijo, su dilatadísima experiencia como forense psiquiatra.

Doctor Forbes, ¿cómo describiría usted la personalidad del acusado?

—Obsesiva, narcisista y psicopática. Estamos ante alguien que ha desarrollado una personalidad ligada a la obsesión por una mujer. Se enamoró platónicamente de ella. Es un hombre introvertido y que tiende al aislamiento, pero con la facultad de resultar encantador cuando le conviene. Una personalidad susceptible de desembocar en una hostilidad extrema.

La defensa tomaba notas con el convencimiento de que la reputación de los peritos era uno de los ases del fiscal. En su caso, el perito no tenía el mismo renombre.

—Doctor Forbes, ¿opina usted que el acusado podría actuar con *hostilidad extrema*?

—A mi modo de ver, sí.

—Y, ¿con total responsabilidad de sus actos?

—Por supuesto. Yo no lo definiría como un perturbado, sino como alguien

aquejado de un trastorno de personalidad; en modo alguno una patología que afecte a su capacidad de saber lo que hace o que merme su voluntad. Los trastornos de personalidad no suelen alterar la capacidad, pero sí hacen que se ejecute una conducta que otra persona no ejecutaría. Este hombre se mantiene continuamente en la realidad. Es lúcido y consciente de sus actos.

Y, sin embargo, pensaba el joven abogado defensor, su perito diría justamente lo contrario. Diría que su cliente era un perturbado. Que era víctima de una patología que afectaba decididamente a su capacidad para discernir el bien del mal, y que lo real y lo fantástico se confundían en su mente.

—¿Estamos ante un psicópata, doctor Forbes?

—Con certeza. Basta con remitirse a los recientes estudios de Kurt Schneider, para quien las personalidades psicopáticas son aquellas que, debido a su anormalidad, sufren ellas mismas, o hacen sufrir. Estamos ante una psicopatía grave, de carácter criminal.

»El acusado diferencia claramente el bien del mal, pero no experimenta el menor grado de solidaridad por el dolor ajeno. Es más, su estructura psicológica le permite controlar la situación. Planea sus actos y, a la vez, no muestra sentimientos de arrepentimiento ni necesidad de expiar sus malas obras, cualesquiera que estas fueren. Los psicópatas, a mi juicio, son personas incapaces de amar. Son manipuladores y mentirosos. Suelen ser increíblemente encantadores y se mantienen extremadamente fríos en situaciones de estrés. Son impulsivos, no conocen la culpa y no se arrepienten de sus actos. A este dibujo mental obedece, al menos, la personalidad psicopática potencialmente peligrosa para la sociedad.

»En resumen. El acusado es incapaz de ponerse en el lugar del otro, requisito indispensable para entender a una víctima y del que adolecen los psicópatas. Sus reacciones son meditadas, su carácter no es impulsivo, desconoce el remordimiento y responde al arquetipo de manipulador. Faltaría saber si ha tenido problemas anteriores con la ley para completar el círculo. Para el psicópata, todo es un juego. Al igual que para este hombre.

—Doctor Forbes, asuma como hipótesis que el acusado fue objeto de maltratos físicos y psicológicos en su infancia. ¿Variaría esto la opinión sobre su personalidad?

—¡Protesto! —exclamó el abogado Spelling, que levantó la pluma y la vista del papel—. Señoría, se trata de una hipótesis sin fundamento alguno en relación con los hechos ocurridos que constan en autos. La pregunta debe ser considerada improcedente y el perito instruido para que no la responda.

—Se admite —dijo el juez Mason—. Con todas las consecuencias antedichas. ¿Tiene el Ministerio Fiscal más preguntas?

—Una última pregunta, señoría. Doctor Forbes, a tenor de su informe, el acusado, señor Amós Zambrano, se obsesionó con la actriz Eve Paradise. ¿Puede explicar los sentimientos que, en su opinión, experimentaba este hombre hacia la actriz?

El doctor Forbes se lo tomó con cierta calma antes de responder.

—Su amor platónico nada tenía que ver con el amor. Para él, los hombres jóvenes con los que la señorita Paradise mantenía relaciones eran rivales inferiores a él en talento y dones naturales. Tal vez, todo eso lo humillaba. Tal vez ella no fue más que un pretexto para canalizar su instinto asesino.

—No hay más preguntas, señorita —concluyó el fiscal Garrett.

3. EN EL CAMERINO

1

—Créame, aprecio en lo que vale su disponibilidad, señor Curtis —el detective Liam O’Tooley estaba de pie, con el auricular pegado al oído, había interferencias—. No imagina cómo se lo agradezco... Eso es... Póngase en mi lugar... —se afiló la barba con dos dedos—. Del todo imprescindible, sí. Espléndido. A las cinco. Seré puntual —y colgó suavemente el teléfono.

—¿Quiere que le acompañe, señor? —preguntó el agente Fink, que acababa de hacer su entrada con un haz de documentos bajo el brazo. En la sala había varios agentes en sus respectivas mesas de trabajo, otras permanecían vacías, aunque atiborradas de expedientes. Los teléfonos no dejaban de sonar. O’Tooley permanecía de pie junto a la suya. Abrió la cajita rococó, cogió una pizca de rapé y aspiró antes de replicar.

—Gracias, Fink. Iré solo.

—Conforme —dijo Fink, que desapareció.

El detective O’Tooley tomó un taxi mientras, en su cabeza, forcejeaban las inquietudes y las presunciones, las conjeturas y los indicios.

Tras el hallazgo del cadáver de Murdoch, era inevitable que volviera a su mente el sádico crimen de Palatine, aquel que durante días tuvo en vilo a la prensa y al Departamento de Policía de la pequeña ciudad, y cuya investigación O’Tooley siguió a distancia.

Más de año y medio hacía. Desde el principio, fue una investigación infructuosa. Uno de tantos crímenes sin resolver, pero con una diferencia notable: el Gobierno bolchevique, a través de su embajador, había hecho llegar su enojo a las más altas instancias políticas. «Era un súbdito relevante de la patria soviética». Tales fueron, entre otras, las cínicas palabras del diplomático, pues la víctima, un jovencísimo conde ruso, era el último superviviente de un noble linaje, los Vasíliev.

Alexei Vasíliev, recordaba el detective, vivía sin medios de fortuna, como un indigente en una casa ruinoso de un barrio depauperado de Palatine. El hecho es que una nefasta mañana, la que fuera su institutriz, en una de sus asiduas visitas, lo encontró en medio de un charco de sangre y vómito, con los genitales en la boca.

Así y todo, el detective Liam O’Tooley se hubiera abstenido de concederle una atención reflexiva a un caso que no era de su competencia, de no haberlo precedido el crimen de James Bowly, cuyo cadáver había sido hallado en el Columbus Park de Chicago.

James o Jimmy Bowly era el menor asesinado aquí, en la Ciudad del Viento, en el

24, el mismo al que más tarde la prensa vinculó de algún modo a la actriz Eve Paradise, con el subsiguiente escándalo. El hecho es que, una mañana, el servicio de limpieza del Columbus Park había hecho un descubrimiento tan espantoso que uno de los operarios sufrió un ataque de pánico. El cadáver, sentado en un banco, la cabeza contra el pecho, como si durmiese, estaba cubierto de sangre y tenía algo enorme y sanguinoliento metido en la boca. Se demostró que Bowly había sido asesinado entre dos y cuatro horas antes.

El caso Bowly nunca llegó a cerrarse, y sus circunstancias, prescindiendo del tiempo transcurrido y del lugar del crimen, ofrecían evidentes similitudes con los más recientes asesinatos del conde Vasíliev y de Mike W. Murdoch. Tan evidentes como para no descuidar su análisis y, por supuesto, como para cotejar las fotos de Murdoch con las que le enviarían por radiofax desde Palatine. Las tres víctimas eran chicos jóvenes, habían fallecido a consecuencia de cuchilladas y los cadáveres tenían la macabra seña de identidad del asesino: la ostentosa exhibición de los genitales emasculados.

Si había algún género de vínculo entre los crímenes o no, O'Tooley por ahora no se hubiera atrevido a mencionarlo. Y, como tampoco nadie, ni siquiera su jefe, el capitán, se había atrevido a exponer la azarosa hipótesis, ¿por qué iba a hacerlo él? ¿Para que lo tildaran de peliculero y fantasioso? ¿Para que algún bocazas irónico sacase a relucir las virtudes de su *intuición*? Es más, ¿qué habría ocurrido si, precisamente ahora, cuando las circunstancias que rodeaban el hallazgo del cadáver de Murdoch eran *vox populi*, ahora que por obra y gracia de Lingle todo Chicago conocía la carta del presunto asesino; qué habría pasado si él, por su cuenta y riesgo, hubiera establecido imaginativas conexiones? Y, puesto que Jimmy Bowly se había relacionado con la gran Eve Paradise, ¿no habría empezado alguno a hacer escarnio de su manía persecutoria por las sospechosas?

Se apeó del taxi. Se hizo el más que firme propósito de sacarse de la cabeza todo cuanto no tuviese que ver con la cita inminente. Al fin, acariciaba la esperanza de que el interrogatorio arrojase algo de luz sobre las sombras. En todo caso, había que ver la cita como algo inexcusable tras la comparecencia de Evelyn Paradise en la comisaría. Una comparecencia que, si no había acabado en denuncia, se debía sólo a que la madre de la estrella había acudido con la indisimulada intención de tirar la piedra y esconder la mano.

Eran las cinco en punto. El detective Liam O'Tooley estaba frente a la que el *showman* había denominado por teléfono como la *entrada de artistas*. Una puerta revestida de hierro o de acero, un poco abollada por todas partes y cuyo deterioro parecía la directa consecuencia de años de desuso. El lugar en donde se había citado con el célebre hipnotizador.

Transcurrieron un par de minutos. Al cabo, alguien abrió por dentro con llave y la puerta gimió sobre sus goznes agónica e inmediatamente antes de que Donovan apareciese en el umbral.

—¿Detective O’Tooley?

—Para servirle, señor Curtis —dijo el policía mostrando su placa del CPD, como familiarmente era conocido el Departamento de Policía de Chicago, y en cuya tarjeta se leía: «Sargento de detectives Liam O’Tooley, S-D».

—Entre.

O’Tooley siguió a Donovan hasta el camerino y, una vez allí, entre sillas, mesas, percheros, ropa en confuso desorden y dos grandes espejos que enmarcaban bombillas rutilantes por tres de sus lados, el *showman* le ofreció un asiento mientras procedía a cambiarse tras un biombo con motivos florales.

—Brevemente, señor Curtis. Lo último que pretendo es ser un incordio —el detective permaneció de pie extremando su cortesía.

—Dispare.

—¿Qué relación había entre el joven asesinado, Mike W. Murdoch y usted?

Hubo un brevísimo lapso.

—Ninguna. Su padre es propietario de este inmueble; en consecuencia, de este teatro. Nos lo arrendó.

O’Tooley percibía, tras el biombo, la estática sombra del otro.

—¿Algo más, señor Curtis?

—Esa es toda la relación que hay entre la familia Murdoch y nosotros. Exclusivamente contractual.

—¿Y con el difunto?

—¿Con Mike W. Murdoch? —Donovan asomó la cabeza—. Le repito que ninguna. No tuve el placer de que me lo presentasen —y volvió a ocultarse.

—Veamos, señor Curtis. ¿Me equivoco al suponer que Murdoch padre tenía intención de que se anulase el contrato de arrendamiento?

—Está usted bien informado —exclamó zumbonamente—. Inmoralidad y escándalo público. La idea era esa.

—¿Le amenazó?

—Algo así —dijo asomando de nuevo los ojos—, pero dudo que ahora se atreva a echarnos a la calle. Lo crea o no, este es el espectáculo más popular de Chicago —y volvió a ocultarse.

—¿La amenaza partió de él? Quiero decir, ¿fue decisión propia?

La sombra tras el biombo se inmovilizó por un espacio de tiempo considerable.

—¿Por qué tantos rodeos, O’Tooley? —salió de detrás del biombo abotonándose la camisa blanca y con el cuello postizo ceñido—. Si lo que insinúa es que su hijo, el difunto, como usted dice, estaba en contra nuestra, no tengo por qué ocultarlo. Mike W. Murdoch era un fanático religioso de la peor especie. Nos la tenía jurada. Para él, hipnotizar era pecado.

—Señor Curtis, ¿mantuvo usted una entrevista a solas con la señora Evelyn Paradise, la noche del 1 de octubre, en el Sheridan Wave Tournament Club? —disparó Liam O’Tooley.

—¿Con la madre de Eve? —preguntó un desconcertado Donovan.

—Ajá.

—Bueno, así es. Charlamos un rato, como buenos amigos.

—Ah, pero ¿se conocían ustedes?

—Nos habíamos visto en una ocasión anterior. ¿Por qué? ¿Es pecado citarse con la madre de una estrella?

—En absoluto. ¿Cuáles fueron los motivos de estas citas?

Donovan chasqueó la lengua y silabeó:

—Pedirle que acudiera con su hija al estreno del *show*. A Amós y a mí nos parecía un buen reclamo para el público. Sabiendo que teníamos en contra al puritano de Murdoch, necesitábamos que se llenase la sala.

—Amós es su asistente.

—Sí.

—También él estaba preocupado, como es comprensible.

—Incluso más. Tiene un padre invidente a cargo. ¿Usted no estaría preocupado en nuestra piel? De hecho, la idea partió de Amós. Es un apasionado de la actriz. Tiene cientos de recortes de prensa de Eve bajo llave.

—¿Ah, sí? Tal vez debería conocerlo.

—No diga que se lo he dicho.

—Soy una tumba. Y, volviendo a la señora Paradise, ¿diría que estaba enamorada de usted?

—Qué tontería. La gente se forma una imagen distorsionada y fabulosa de las técnicas de sugestión.

—¿Lo dice por la señora Paradise?

—Por ejemplo.

—Y usted, señor Curtis, ¿cuál es su idea sobre las técnicas de sugestión?

—Mire, la hipnosis ni es pecado, ni magia, ni un arte del demonio, ni una inmoralidad, como, por lo visto, pensaba Mike W. Murdoch. Y existe abundante literatura acerca de ella. Sobre todo, a partir del último tercio del siglo XIX.

—¿Ni siquiera en el caso de que se apodere completamente de la voluntad del otro?

—Depende del uso que se haga de ese privilegio. Recuerde que, antes de nada, el sujeto tiene que consentir y que los mandatos no pueden ir contra sus más íntimos deseos.

—Le aseguro que me resulta fascinante. ¿Es un talento natural?

—Bueno, no todo el mundo posee la misma fuerza psíquica, el mismo fluido vital, como está de moda decir. Suele admitirse que cada individuo nace con sus propias singularidades espirituales, su propio poder, ¿verdad? Sin embargo, en gran medida, es también una cuestión de aprendizaje. Por mi parte, yo he leído y estudiado mucho sobre hipnosis.

—Y, ¿cómo se hipnotiza, señor Curtis? ¿Con la mirada?

—En general. Sin embargo, ciertas voces y sonidos pueden conducir a la persona a un trance hipnótico. Se ha dado la circunstancia a lo largo de la historia de hipnotizadores ciegos que sugestionaban mediante la voz, y que incluso provocaban alucinaciones.

—¿Alucinaciones? —preguntó el detective.

—Sí, trastornos alucinatorios. Tanto visuales como auditivos. Cuando a un hipnotizado se le sugiere la visión de un perro, por ejemplo; o el estrépito de un cañón disparándose.

—Y, ¿en su caso?

—Prefiero la voz, aunque pueda servirme de la mirada.

—¿También hipnotiza mediante la voz? —preguntó el detective.

—Así es.

—Vaya. Y, ¿la hipnosis no tiene efectos secundarios?

—Raramente, algo de insomnio o un ligero dolor de cabeza. Son efectos muy transitorios.

—No, no me he explicado. Pensaba en otra clase de efectos, señor Curtis. Mi duda es, ¿durante cuánto tiempo se puede estar hipnotizado?

—Pues, sólo mientras dura el trance. Comprendo que resulte turbadora la idea de alguien que permanece, al menos parcialmente, en estado de suspensión hipnótica durante horas o días —lanzó una breve carcajada—. Créame, es sólo un argumento de película de terror. Al menos, en lo que a mi experiencia se refiere.

—Su experiencia. Comprendo. Y usted, señor Curtis, ¿hasta qué punto es capaz de hipnotizar?

—Vaya pregunta, O'Tooley. Es difícil saberlo.

—Digamos, ¿podría inducir a alguien en estado de trance a suicidarse?

—Comprenda que nunca se me ha dado un caso tan original —dijo poniéndose la chaqueta.

—Imaginemos.

—Como he dicho, en estado de vigilia, la persona debería prestarse de manera voluntaria a ser hipnotizada. Eso, en primer lugar.

—Que así sea. Sigamos imaginando.

Ambos, frente a frente, se miraban a los ojos. Donovan, impertérrito; O'Tooley jugueteaba con el sello dorado del meñique. De súbito, un amago de sonrisa gravitó en el rostro de Donovan.

—Tiene usted la imaginación osada de un artista —se dirigió a uno de los percheros, cogió una capa negra y se la echó por los hombros—. En segundo lugar, si hubiera un impulso suicida en el sujeto, supongo que, teóricamente, sería posible, a condición de que...

—¿Sí? ¿A condición de...? —Liam O'Tooley se quedó boquiabierto y sinceramente intrigado.

—A condición de que, en tercer lugar, la fuerza mental del hipnotizador fuera

suficiente.

—¡Aaah, ya! —dijo como si recordase—. Y usted, señor Curtis, dijéramos, ¿podría hipnotizarme a mí si le diese mi consentimiento?

—En otra ocasión, si le parece. Debo ensayar antes de salir a escena, como recordará —se desplazó hacia una mesita, en donde cogió un sombrero de copa.

—Seguro que podría. Su fuerza mental debe de ser enorme. Ya lo ha demostrado incluso con una estrella de Hollywood.

Donovan torció el gesto.

—Supongo que se refiere a Eve Paradise.

—Sí. Y, a propósito, ya que usted la menciona. No me queda más remedio que preguntarle desde cuándo se dedica a escalar de madrugada las mansiones de las estrellas.

—¿Me está llamando ladrón? —preguntó limpiando la chistera con el reverso de la manga.

—En modo alguno. La pura verdad es que me desconcierta. Y convendrá conmigo en que el procedimiento resulta inusitado. Para los testigos, sobre todo. Lo que es yo, si me lo explica, tal vez podría llegar a entenderlo, señor Curtis.

Donovan se dejó cegar por un aluvión de imágenes. Pensó en los prismáticos de los vecinos de Eve, a los que había visto espiarle. Pensó en Amós trepando a la terraza con la indumentaria del hipnotizador, en el talento innato de su asistente para sugestionar y en su probada, por no decir enfermiza, admiración hacia Eve. Se preguntó si había algún hombre bajo el firmamento, joven o no, incluido su asistente, incluido el detective O'Tooley, incluido el sujeto de los prismáticos y la muchedumbre de rendidos admiradores, que no adorase a Eve. Pensó que O'Tooley sospechaba de ella, que todas las sospechas parecían confluír en su amada y, por puro juego, se preguntó si Amós tendría la capacidad de convertir a una persona sana en un suicida y cómo de fácil o intrincada se le haría la hipnosis.

—¿Señor Curtis?

—Eve y yo estamos enamorados —dijo de forma categórica. Se puso la chistera añadiendo—. Y, por mucho que le cueste creer en mis palabras, soy un caballero.

—¡No me diga! —exclamó entrelazándose los dedos como si acabase de batir palmas—. ¡Enamorados! ¡Menuda suerte!

—Discúlpeme. Amós está al llegar. Le acompaño hasta la puerta.

Ya en la calle, observó el detective:

—Creía que su asistente, su padre y usted compartían vivienda.

—Y así es —replicó Donovan—, pero viene desde el hospital. Su padre permanece ingresado.

—Espero que no sea nada grave. En cuanto a usted, señor Curtis, en lo sucesivo, vaya con cuidado a la hora de trepar. ¿Cuánto tiempo lleva en Chicago?

—Casi tres meses.

—¿Y es la primera vez que nos visita?

—Sí.

—Pues créame, tres meses son suficientes para que haya ojos y oídos al acecho.

—Estimo su advertencia en lo que vale, O'Tooley —dijo Donovan, y le cerró la puerta en las narices.

Liam O'Tooley echó a andar sin rumbo fijo. Consideradas desde todos los ángulos posibles, las palabras de Donovan no habían trastocado el orden de sus inquietudes, excepto en lo relativo al amor entre él y Eve Paradise. Y a saber cuánto había de cierto en el asunto.

Su mente volvió al pasadizo de espejos por el que deambulaba antes de apearse del taxi. Y, como si la perspectiva no fuera suficientemente especular, añadió otro espejo. Valía la pena preguntarse qué cara pondrían algunos si, junto al conocido dato de que la actriz ya residía entre Los Ángeles y Chicago cuando James Bowly, natural de Los Ángeles, fuera acuchillado en un parque de la Ciudad del Viento, él les desvelase este otro: que Eve había asistido al estreno de *Leyendas de ensueño*, en Nueva York, pocos días antes de que el conde ruso fuese hallado por su antigua institutriz en su ruinoso alojamiento de Palatine, y que, según ella, el chico había estado de viaje durante semanas, visitando Nueva York. ¿Qué dirían del detective O'Tooley si les soltara esa perla? ¿Dirían, como era de prever, que iba a la caza de las sospechosas? ¿Echarían pestes contra sus *intuiciones*? ¿Le recordarían su único, pero tan memorable, fracaso profesional?

Sin embargo, cómo iba a pasarle inadvertido el pormenor si, con todo el respeto por la filmografía de la actriz, *Leyendas de ensueño* era, de las suyas, la película que más le gustaba.

2

—¿Desea llamar a algún otro testigo el Ministerio Fiscal? —preguntó el juez Mason pasándose una mano por la calva.

El fiscal Garrett se incorporó tocándose el bigote. La armadura de su traje se hubiera dicho más invulnerable que nunca.

—Con la venia, señoría. Llamo a declarar al señor Donovan Curtis.

Donovan, situado en la última silla de una de las primeras hileras, se levantó y, entre el suspiro más o menos inconsciente de la mayor parte de las damas, recorrió el espacio que lo separaba del estrado.

—Levante la mano derecha, por favor. ¿Jura solemnemente que el testimonio que prestará ante este tribunal es la verdad, sólo la verdad y nada más que la verdad? —preguntó el funcionario.

—Sí, lo juro.

—Tome asiento, por favor.

—¿Nombre y apellidos? —preguntó el fiscal Garrett.

—Donovan Curtis Ponce.

—¿Profesión?

—*Showman* —el fiscal Garrett levantó la cabeza de los papeles y lo miró con un fulgor extraño en los ojos—. Ese es mi verdadero oficio.

—Bien, señor Curtis, ¿admite, como así testimonió la señorita Paradise y usted mismo señaló en su declaración previa, que las noches del 9 y del 10 de octubre fue usted quien escaló la fachada de la señorita Paradise?

—Sí, lo admito.

—¿Con qué intención, señor Curtis?

—Eve y yo lo habíamos acordado así. Nos hizo gracia, supongo. Nos lo tomamos como un pequeño reto. Nos pareció una idea original y emocionante; sin embargo, la noche del 9 me encontré las puertaventanas cerradas; por eso volví al día siguiente.

—¿Y pudo entrar la noche del 10 de octubre?

—Sí, claro.

—¿Acordó usted con la señorita Paradise que regresaría las noches siguientes?

—Así es.

—¿Por algún motivo en particular?

—Porque le dije que hipnotizándola podría ayudarla a superar sus problemas de dicción —murmullo en la sala—. Y es verdad que habría hecho cualquier cosa por ser de ayuda si hubiera estado en mi mano. ¡Cualquier cosa!

—Señor Curtis, ¿volvió a trepar hasta la terraza de la señorita Paradise las cinco noches siguientes? —Donovan entrelazó sus manos a la altura de los muslos. Miró al fiscal. Miró furtivamente a Eve—. ¿Señor Curtis? ¿Desea que le repita la pregunta?

—No es necesario —se detuvo, miró sus manos, respiró y levantó la vista—. No, no volví a escalar la fachada ni tampoco volví a entrar en su residencia. Nunca más —hubo un «oh» cercano a la superstición entre el público de la sala. Eve, situada en una de las primeras filas, palideció.

—Silencio en la sala. Por favor, silencio en la sala —dijo el juez Mason ayudado por su martillo.

—Protesto, señoría —dijo el abogado Spelling blandiendo una hoja de papel—. El testigo señaló todo lo contrario en su declaración previa ante la policía. Lo hizo sin dejar lugar a dudas, en sintonía con el testimonio de la señorita Eve Paradise y desvirtuando las manifestaciones del testigo Orson Fitzsimmons.

—Señor Curtis —dijo pacíficamente el juez Mason—, está usted rectificando su declaración previa. ¿Es consciente de la gravedad de sus palabras?

—Sí, señoría.

—Bien —dijo el juez Mason—. ¿Volvió o no a entrar en la mansión la señorita Paradise por la terraza?

—No, señoría.

—¿No volvió a entrar en la mansión de ningún modo? —preguntó el juez.

—No, señoría.

—El Ministerio Fiscal puede proseguir.

—Entonces, si no era usted, ¿podría decirnos quién era esa persona? —preguntó el fiscal Garrett.

—Amós Zambrano. Mi asistente.

De nuevo, expresiva sorpresa del público. Donovan y Eve intercambiaron miradas.

—Qué vergüenza —susurró la señora de la pámela amarilla al bizco del bisoñé, que parecía aquejado de Parkinson de tanto afirmar con la cabeza.

—¿Está diciéndonos que durante las cinco noches siguientes fue el acusado, haciéndose pasar por usted, quien trepó hasta la terraza?

—Sí, señor.

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque me exigió que le permitiera suplantarme.

Murmullos en la sala.

—Vamos a ver, señor Curtis. ¿Qué quiere decir con que *le exigió que le permitiera suplantarle*?

Donovan paseó la vista por el público hasta posarla, por un instante, en Eve.

—Me amenazó con revelar a Eve que yo era un farsante si no le permitía ir a su casa haciéndose pasar por mí.

—¿Un farsante? ¿Le importaría explicar esto?

Donovan tomó aire.

—Amós siempre fue el verdadero hipnotista. Yo no tengo ese talento. De los dos, sólo él podía hipnotizar.

Exclamaciones de sorpresa, seguidas de murmullos escandalizados.

—¡Silencio o me verá obligado a suspender la sesión! —ordenó el juez Mason—. Prosiga el Ministerio Fiscal.

—¿También sobre el escenario, señor Curtis?

—Sí, también. Sobre el escenario, en apariencia hipnotizaba yo y él me ayudaba; cuando justamente era a la inversa. Yo únicamente soy la imagen del espectáculo.

—Está bien, señor Curtis. Entonces, ¿cómo lograban que el voluntario alcanzase el estado de sueño hipnótico?

—A través de la voz. Mi asistente era el que hablaba, en susurros, después de que yo hubiera ordenado al voluntario que cerrase los ojos. Yo me limitaba a mover los labios.

—Interesante —replicó el fiscal Garrett—. Y, ¿le dijo el acusado qué intenciones tenía al suplantarlo en la mansión de la señorita Paradise?

—Ayudarla con la hipnosis; eso dijo. Principalmente se refería a los problemas del habla que tiene Eve. Más o menos lo que yo le había prometido a ella.

—¿Y usted lo creyó?

—Claro. Es cierto que me indigné con él; pero me pareció la prueba de que Amós estaba enfermizamente obsesionado con Eve. En cierto modo lo justifiqué por ser quien era. Nunca, nunca se me pasó por la cabeza que fuera un asesino.

—Por otra parte, bien podía suceder que la hipnosis resultara infructuosa; al fin y al cabo, señor Curtis, la señorita Paradise dejó muy claro que nunca llegó a ser hipnotizada en el teatro y que el famoso *striptease* sólo fue una iniciativa personal de ella, ¿o no?

—Lo que pasó esa noche, la noche del estreno, fue un accidente. Me quedé a solas con ella, sobre las tablas. Mi ayudante se quedó rezagado y, por fuerza, yo tuve que improvisar. Por eso Eve no fue objeto de sugestión. Y naturalmente por eso pudo fingir.

—¿La señorita Paradise nunca le confesó que había fingido, señor Curtis?

—No.

—A su juicio, ¿por qué razón nunca se lo confesó?

—Puede que por delicadeza. Seguramente también porque desconocía que la hipnosis es más que un mito, que es algo real, y que Amós era el verdadero hipnotista. Yo mismo... reconozco que por un tiempo dudé si Eve había caído en trance o no.

—Señor Curtis, ¿por qué mintió en la declaración previa ante la policía?

Pausa.

—Porque temí que Eve dejase de amarme. Temí que me despreciara si descubría que yo no era más que un embaucador, un ilusionista, un mentiroso —silencio sepulcral en la sala—. Pensé que mi declaración no era esencial a la vista de las pruebas que había contra Amós.

—Sin embargo, señor Curtis, la señorita Eve Paradise, desde este mismo estrado, y como testigo de cargo, sostuvo en todo momento, y muy persuasivamente, que fue usted quien escaló la fachada todas las noches y permaneció a su lado.

—Lógico.

—¿Por qué lo considera lógico, señor Curtis?

—Porque durante cinco noches seguidas, Eve fue hipnotizada. Amós la hizo caer en trance. Por eso, en su propia casa, no adivinó que era él y no yo quien estaba a su lado. Por eso, quizá, el señor Fitzsimmons reconoció a Amós vestido con mis propias ropas.

—Y, ¿no consideró que la señorita Paradise podía correr un serio peligro al dejarla a solas con el acusado?

—Entonces, no.

—¿Qué quiere decir con exactitud?

—Echando la vista atrás, me doy cuenta de que fui un irresponsable, y de que Amós era un hombre peligroso, de violentos instintos.

—¿Tiene pruebas de ello, señor Curtis?

—Una tarde, su padre se emborrachó. Era un enfermo crónico, y estaba ciego.

Padecía diabetes. La botella le ayudaba a superar la soledad. Esa tarde, Amós fue al dormitorio en donde estaba el anciano y le pegó —consternación entre el público—. Al cabo de unos instantes entré allí, y vi al pobre viejo en el suelo, rodeado de cristales y manchado de sangre.

—¡Silencio en la sala!

Golpes de martillo.

—¿Fue testigo de ello, señor Curtis?

—En cuanto entré, Amós me lo dijo. Ni siquiera tuvo la dignidad de ocultármelo.

—Y, ¿cuál fue la evolución del padre del acusado, señor Curtis?

—Falleció a los pocos días.

—Con la venia, señoría —intervino el abogado Spelling levantándose—. Ante el cambio en la declaración del testigo, la defensa no puede por menos que solicitar un receso de una hora para reconsiderar su estrategia.

El juez se cruzó de brazos, su mirada de san bernardo pareció reposar en el joven con el pelo cortado a cepillo, a continuación se rascó la barbilla y declaró:

—Sea. Receso de una hora. La causa se reanudará a las once en punto.

Un par de agentes de uniforme acompañaron al abogado defensor y a su cliente a una estancia situada al fondo del pasillo. La estancia tenía una mesa redonda. Varias sillas tapizadas de piel marrón circunvalaban la mesa.

El letrado y Amós entraron solos en el despacho y tomaron asiento, el uno frente al otro. Los agentes cerraron la puerta y aguardaron del otro lado.

—Me ha mentado, Amós. ¿Por qué no me dijo que era usted y no Donovan quien escalaba la fachada de Eve Paradise? —Amós se encogió en el asiento mirando la mesa—. ¿Se da cuenta de que ahora las cosas se van a poner muy, pero que muy feas para usted? —Amós no movía un músculo—. El jurado será proclive a verle como un obseso capaz de cualquier cosa. Y lo acusan de cinco asesinatos en primer grado. ¿Sabe lo que eso significa?

—Sí.

—Bien. ¿Y le suena el *principio de confidencialidad* entre letrado y cliente?

—Sí.

—Entonces, respóndame: ¿hipnotizó usted a Eve Paradise en su propia mansión?

—Sí.

—¿Por qué lo hizo?

—Para estar con ella. Para ayudarla.

—No es lo mismo para *estar con ella* que para *ayudarla*. ¿Por qué lo hizo?

—No lo sé. No estoy seguro —gimió.

—¿Hizo algo con Eve Paradise mientras estaba hipnotizada?

—¿Hacer algo? No comprendo.

—¿Se aprovechó de ella? ¿La obligó a hacer algo inapropiado?

—¡Oh, no, no! Sólo preguntas. Yo preguntaba; ella respondía. Durante horas no salimos del salón.

—¿Nada más? ¿La hipnosis no tuvo ningún efecto en ella que yo, como letrado suyo, deba conocer?

—Por favor, por favor. Yo nunca le haría daño a Eve.

—¿Por qué no me dijo lo de su padre, que le había pegado?

—No... no imaginé que fuera importante.

—¿Me ha ocultado o mentido sobre otras cuestiones que puedan tratarse en el proceso? —silencio—. Concretamente, sobre el asesinato de W. Murdoch, la noche del estreno del *show*. ¿Me está comprendiendo?

—Sí.

—La versión que, a instancia suya, yo he insinuado y defendido se resume en que, con la sala a media luz y la gente aplaudiendo, usted salió por uno de los pasillos laterales y llegó hasta la puerta principal. Que lo hizo de este modo, sencillamente, porque no vio a Eve ni a su madre en sus butacas. Fue así como ocurrió, ¿no es cierto?

—No.

—¿No? ¡Pero si eso mismo fue lo que usted declaró ante la policía!

—Salí por la *entrada de artistas*. Después de ellas.

—Dios nos asista. ¿Por qué mintió?

—Porque... después tuve miedo.

—¿Miedo? ¿De qué?

—De lo que había visto esa noche.

—¿Y qué fue lo que vio, Amós? Por el amor del cielo, ¿qué fue lo que vio esa noche? —Spelling apretó un puño y se lo mostró—. Deme un buen cabo y tiraré de él con todas mis fuerzas. Amordazaré a Garrett. A ese gallo tramposo y engreído. Lo dejaré sin palabras. ¿No le he demostrado a usted mi compromiso? ¿No contraté a un reportero que tenía cuentas pendientes con Jacke Lingle para que lo desacreditase a voz en grito en plena sala de vistas?

—Habla usted como si odiase a Garrett.

—¿Odio? Soy un profesional de las leyes —relajó las manos—. No trabajo con el odio, sino con la inteligencia. La justicia es desapasionada.

—Es usted un buen abogado, señor Spelling. De veras, le agradezco mucho el interés que se toma.

—No me agradezca nada —dijo terminante—. Es mi trabajo. Como el de Garrett enviarlo a la silla eléctrica. Ese tipo se cree por encima del resto. ¿O no lo ha visto actuar estas semanas? Todo habilidad desplegando tácticas mezquinas. Está en su salsa. Y no dudará, ya lo ha visto, en desconcertar a sus propios testigos con tal de sacarse un conejo de la chistera. En la universidad ya era así. Los alumnos no importaban. Vivía de gestos. Por una de esas anécdotas que sobreviven de promoción en promoción, era capaz de vender a su madre o de humillar a un alumno. ¡El fiscal Garrett! ¡El jurista que conoce todo Chicago por salir en las páginas de la crónica social!

—¿Fue profesor suyo?

—Fue profesor mío —silencio—. No me ha respondido. ¿Qué fue lo que vio esa noche?

Pausa.

—Escúcheme atentamente, Amós. Cuando Garrett lo llame a declarar, ajustará usted sus respuestas a lo planeado, ¿verdad que sí? No me defraudará.

—No estoy seguro.

—No está seguro.

—No soportaría pasar el resto de mi vida en un manicomio. Ciego, en un manicomio. Durante todos estos días, le doy mi palabra de que lo he intentado. He intentado hacerme a la idea; pero no lo resistiría. Sé que no lo resistiría.

—Está echando por tierra toda mi estrategia, ¿lo comprende?

—Sí que lo comprendo.

—Y comprenderá también que, por ética profesional, no voy a permitir que lo ejecuten si tengo alguna opción de salvar su vida. Alegaré locura en toda regla. Lucharé para que lo den por perturbado.

—No lo haga por mí.

—¡No lo hago por usted!

—Entonces, señor Spelling, ¿por quién lo hace?

Silencio.

—¿Los mató usted, Amós? ¿A los cinco? Yo he confiado en su palabra. Dígame la verdad. ¿Mató usted a esos cinco jóvenes a sangre fría? Lo defenderé igualmente. Con más tesón, aun. Es mi trabajo. Y mi responsabilidad. Aquí, ahora, en este momento, como letrado, comprenda que estoy por encima del bien y del mal. Me asiste el derecho a recibir una respuesta sincera. ¿Mató usted a esos cinco jóvenes? Responda.

Él cerró los ojos. Tan sólo su respiración se oía en el despacho.

Pasó un breve espacio de tiempo.

—Es una respuesta como cualquier otra —concluyó Spelling. Amós se dijo que al joven más le valdría, por su propio bien, no persistir en la obstinación de llevar adelante su defensa, y que, por pura ignorancia, se estaba jugando la vida. Pensó que si Richard Villasandino hubiera sospechado que un letrado bisoño iba a ser tan tenaz, no hubiese dado el visto bueno para que sus hombres lo contratasen—. Garrett lo va a hacer pedazos. Lo humillará. Lo rebajará. Hará que se avergüence de ser quien es. Y yo no tendré armas para defenderlo. ¿Está preparado para eso?

—Nadie está nunca preparado para eso, señor —dijo él.

4. EL RECADO

1

Alguien le había franqueado la entrada al campanario, abierto expresamente para él, a horas intempestivas. En la negra humedad de la noche, no lucía ni una estrella. Todo estaba en penumbras. Tanto mejor.

Para Ritchie, subir un par de veces al año al campanario del Chicago Temple Building, el rascacielos más grandioso de la metrópoli, era un hábito que le gustaba conservar. Aunque el Chicago Temple Building era un templo, sólo las primeras de sus veintitrés plantas se dedicaban a usos de la Iglesia metodista. La mayoría de ellas se aprovechaba para oficinas convencionales.

Esperaba allí a los muchachos, a quienes aguardaba con expresión severa, a pesar de que aún no fuesen las nueve. Había llegado antes a propósito. Le tranquilizaba aquella soledad del campanario, su aire sacro, su altura.

Se asomó a uno de los antepechos, desde el cual se divisaba una parte del Loop, el trajín ya menguante de una ciudad feroz, pero viva como ninguna otra. Los bulevares entrecruzados, los faroles eléctricos, las luces de neón y los rótulos luminosos, la multicolor miríada de reflejos en el río Chicago, el fragor de los tranvías discurriendo por los pasos elevados. Aullaba una sirena de la policía. A quinientos sesenta y ocho pies de altura, el viento resultaba molesto.

El Loop demostraba, como ninguna otra zona de Chicago, la audacia, la imponencia de la ciudad. El amado Loop, que había recibido esa denominación porque los raíles de la tupida red de trenes envolvían como un aro el centro de negocios, con su recorrido a la altura de las primeras plantas de los edificios. Todo se hallaba en el Loop. En pleno Loop, incluso estaba uno de los clubs favoritos de Capone, el Friar's Inn, que había acogido durante años a los New Orleans Rhythm Kings, banda emblemática formada por músicos blancos.

Desde ahí arriba disfrutaba contemplando el río y el puente de Michigan Avenue, donde el magnate de la goma de mascar, William Wrigley Junior había construido la sede de su empresa: un fastuoso edificio coronado por un rascacielos que se inspiraba en la Giralda de la catedral de Sevilla. Siempre que fijaba la vista en él, Ritchie se preguntaba si Eva habría reparado en la semejanza. Y se preguntaba si la asociación entre ambos edificios estimularía en ella algún recuerdo.

La torre, que rebasaba los cuatrocientos pies de altura, era más alta que la propia Giralda; sin embargo, observada desde el Temple parecía pequeña. Una circunstancia que a él no dejaba de parecerle una metáfora de su propia biografía: la evidencia de haberse superado una y otra vez a sí mismo.

Nada había que ocultar en Chicago, pensaba Ritchie con una sonrisa, todo era exposición, todo grandeza. Hasta en las calles sucias y ruidosas, hasta en el tráfico pesado que cruzaba en todas direcciones, hasta en el cielo salpicado de grasa y humo había grandeza. Y el propio tren urbano, que desde las ventanillas ofrecía a los viajeros las estampas más genuinas, era el mejor ejemplo del espíritu del país, como el paisaje que se divisaba desde la esquina sureste del Union Loop, con los trenes detenidos en la parada State y Van Buren.

Sí, esta era una ciudad con un concepto del destino propio, y la que mejor representaba el sueño americano. Sólo treinta años antes, se hablaba de que Chicago carecía de tradiciones, pero estaba creándolas. Pues bien, treinta años después, superaría a todas las demás en sueños y en tradiciones. Se convertiría en la primera ciudad de América y del mundo. Así pensaban muchos de sus ciudadanos, incluido Ritchie. Y el esfuerzo, la prosperidad de cada uno de ellos, no sólo redundaría en beneficio de sus familias, sino de la gran metrópoli.

Se caló mejor el sombrero, cuyo fieltro tenía como encolada una película de humedad, enderezó la pajarita y se enfundó los guantes de piel. No es que Ritchie fuera un experto en arquitectura, pero sabía, como cualquiera, que para aprovechar mejor los solares del Loop, Chicago era el origen de los rascacielos. De todas formas, con excepción del Temple, ni a él le gustaban en especial los rascacielos, ni el suyo era un pragmatismo de alturas. En su oficio, sólo se llegaba lejos con un pragmatismo a ras de calle.

Esa tarde había leído el artículo de Jake Lingle en el *Tribune* de hoy, y ya no estaba seguro de haber hecho lo correcto aconsejando a su hermana que no demandase ni al periódico ni a Lingle.

Quedaba patente que el reptil de Lingle gozaba de autonomía para dedicarse a especular en clave, sin dar nombres, sobre el asesinato de Murdoch; con más derecho moral ahora que había sido el receptor de la carta del presunto asesino. Naturalmente, esto a Ritchie no le pilló por sorpresa; de hecho, lo esperaba. Como también esperaba que las cosas dieran un giro espectacular en el futuro. Sin embargo, era suficiente por ahora con leer a ese cerdo entre líneas, o con acudir a sus contactos en la corrupta policía de Chicago para que se afianzase en él la convicción de que la prensa hostigaba a su hermana porque seguía siendo la principal sospechosa.

Por eso había citado a sus *torpedos*, que estaban al llegar. Quería trasladarles un mensaje inequívoco para que no se llevaran a engaños, para que hicieran bien su trabajo, de la mejor manera. Lo ocurrido en el Columbus Park de Chicago, cuatro años atrás, con James Bewly o Boolly, o algo por el estilo, había sido imprevisible, por consiguiente, era agua pasada; pero, en cuanto a lo de Palatine —¿no se trataba de un marqués ruso o un barón; en cualquier caso, un aristócrata venido a menos?—, Teddy Flowers y el Manco no habían merecido el perdón de Dios; y Ritchie, ya por ese entonces, era menos compasivo que el Todopoderoso.

Teddy Flowers y el Manco habían perdido de vista a Eve en Nueva York durante

más de diez días, en el curso de los cuales ignoraron su paradero, quién la siguió y con quién estuvo; por eso el cadáver del joven ruso apareció mutilado en una casa abandonada de Palatine; y por eso y porque sabían demasiado, Ritchie ordenó suprimir a aquellos dos inútiles y dispuso que les dejaran en las manos las temibles monedas de cinco centavos.

Parecía difícil que Sam Cormick y Harry Gusick escapasen a la suerte de sus antecesores, pero no estaba dispuesto a que le fallasen, como sí le habían fallado Teddy Flowers y el Manco.

Se abrió la puerta del fondo y, en la penumbra, distinguió la luz procedente del vano. Volvió a cerrarse y, a distancia, oyó la voz de Harry Gusick:

—Hola, jefe.

Ritchie siguió contemplando la calle.

Sam Cormick y Harry Gusick se detuvieron a su espalda.

—Me tenéis disgustado —dijo Ritchie, y se metió las manos en los bolsillos del gabán haciendo sonar unas monedas.

—Por favor, jefe —replicó Harry—. Disgustado sí que no.

—Cierra la boca —dijo Sam.

—¿Qué significa esa carta? —preguntó Ritchie sin volverse. Era la suya una voz sin inflexiones.

Harry Gusick, que llevaba puestas unas manoplas, se golpeó las manos entre sí.

—¿Qué carta, Ritchie? —preguntó el gordo Sam.

—Me refiero a la carta que hoy ha publicado el *Tribune*.

—Oye, Ritchie, no pensarás que nosotros... —dijo Sam.

—¿Que nosotros qué? —preguntó Harry mirando al gordo Sam.

El gordo Sam le devolvió la mirada por espacio de un pestañeo, volvió los ojos a la espalda de su jefe y repitió:

—No pensarás que fuimos nosotros.

Ritchie se volvió encarándolos con aire glacial, las manos en los bolsillos.

—Os diré lo que pienso. Pienso que alguien ha escrito una carta revelando el lugar en donde estaba enterrado el cadáver del tipo. Pienso que ese alguien dice ser el autor del crimen. Pienso que airearlo todo perjudica a Eve Paradise. Y pienso que, a la vista del contenido, no sería extraño que hubiera más cartas en un futuro.

—Nos andaremos con cien ojos —aseguró Harry.

—Para eso os llamo.

—Ritchie, lo que no entiendo es quién ha podido escribirla, a no ser... ¿Has pensado que, a lo mejor...? —empezó Sam.

—Calla, Sam. No des lecciones al jefe. El jefe lo tiene todo aquí —soltó Harry, que repiqueteó con los nudillos en el cráneo.

—Sí, es una locura —convino Sam—. Oye, Ritchie. Nadie nos vio. Te lo juro. Sólo había dos coches por allí cerca. El de ellos y el nuestro.

—Bien pudo ser que no miraseis a fondo.

—Imposible —dijo Sam.

—Imposible, no es —dijo Harry mirando a su compañero.

—¿Y si había alguien escondido por los alrededores? —aventuró Ritchie—. Si Eve y el tipo no os vieron a vosotros, si no os esperaban, por qué no pensar que hubiera un tercer auto en las cercanías. Es posible que no estuvierais atentos. Que tampoco vosotros lo esperaseis.

—Joder, nos habríamos enterado, Ritchie —dijo el gordo, que buscaba algo a lo que asirse—. El tercer coche tendría que habernos seguido desde Chicago hasta Highland Park. Nos habríamos dado cuenta.

—Casi que sí —asintió Harry.

—¿Ah, sí? ¿Acaso se dieron cuenta los ocupantes del Cadillac que conducía Murdoch de que los seguía? —preguntó Ritchie.

—Nosotros somos profesionales, jefe.

—Algo salió mal —dijo Ritchie—. Qué salió mal, podría discutirse; pero lo que me interesa es: ¿volverá a salir mal? Los focos de los moralistas, todos esos bienpensantes que no saben una puta mierda de nada y que personifica Jake Lingle, apuntan hacia Eve Paradise. ¿Os lo traduzco?: pueden hacerle la vida imposible.

—¿Jake Lingle? ¿El periodista de Capone? —preguntó Sam.

—Bingo —repuso Ritchie.

—Que no, jefe. Verá como no es tan grave —dijo Harry negando vertiginosamente con la cabeza mientras cerraba el ojo bueno.

—No la perderemos de vista ni un minuto —dijo Sam, cuyo semblante relucía de sudor pese al frío.

—Quiero que de mi parte le llevéis un recadito a Jake Lingle, para que sepa a qué atenerse. Algo rápido y contundente.

—¿A Jake Lingle? ¿Estás seguro, Ritchie? —preguntó un inquieto Sam.

—No quiero complicaciones. Rápido y contundente, muchachos.

En silencio, los dos hombres volvieron sobre sus pasos. Cuando Sam Cormick puso la mano en el picaporte para salir del campanario, Harry Gusick le soltó casi al oído:

—Le ha dado fuerte al jefe, ¿eh?

El gordo se volvió un instante para comprobar hacia donde miraba Ritchie.

—Un día de estos te voy a coser la boca, Harry. Hablas poco, pero cuando hablas delante de Ritchie, adelgazo un par de libras.

Ritchie, de espaldas, había olvidado a sus *torpedos*.

Apoyó los antebrazos en el pretil y, a través de la noche, se quedó observando con expresión torturada la parte del Loop que alcanzaba con la vista. El mismo Loop que, por ejemplo, después de una succulenta comida en el Chancy's con alguno de los peces gordos ofendido por su olfato para prosperar en aguas turbias, podía volverse en su contra, de un día para otro.

Unos días después, a primera hora de la tarde, el detective O'Tooley, que había pasado toda la mañana fuera de la comisaría, encontró una nota en su escritorio que rezaba como sigue:

Llamar al señor Lingle, del Tribune. Urgente.

Hubiera apostado la barba a que lo de «señor Lingle» era cosa del gacetillero, y, sin la menor duda, lo de «urgente».

Para fastidiarlo, O'Tooley decidió demorarse. Nada de llamar con urgencia. Se moría de ganas, pero se obligó a no coger el teléfono. Era un modo simbólico de afianzarse en la idea de que no iba a permitir a ese tipo inmoral que lo mangonease, con más razón puesto que Lingle gozaba de una situación de privilegio. Miró su reloj de bolsillo. Que se joda, murmuró contraviniendo sus propios hábitos verbales.

Para hacer tiempo, abrió el cajón muy despacio. Cogió las fotos de Jimmy Bowly y Alexei Vasíliev. Eran varias las fotos que sus colegas de los Departamentos de Policía de Galena y de Palatine, a petición suya, le habían remitido por radiofax. O'Tooley siempre había confiado en la bondad de los conocidos más que en la bondad de las amistades. De vez en cuando comparaba todas esas fotografías con las del cadáver de Mike Murdoch. Sólo cuatro años después de haberse inventado el artilugio, y le parecía un milagro contar con fotos facsímiles enviadas a través de radio.

A menudo había oído decir a los forenses que la autopsia comenzaba en el lugar de los hechos; lo bueno era que, en esta ocasión, también contaba con fotos tomadas en la mesa de autopsia. Pues bien, cotejando las instantáneas, y aunque los restos de Murdoch habían sido hallados bajo tierra once días después de su desaparición, y las fotos de Jimmy Bowly y Alexei Vasíliev habían sido tomadas al cabo de unas horas de los crímenes, los tres cuerpos mostraban huellas de violencia muy semejantes, demasiado como para ser soslayadas.

En ninguno había signos de lucha, como excoriaciones en el rostro y en el cuello. Ni tampoco rastro de las típicas heridas de defensa que se producen por la acción instintiva de la víctima al protegerse cuando sufre el ataque. Nada de heridas en la cara externa de los antebrazos y muñecas, en el dorso o en las palmas de las manos. Tampoco sus vestimentas presentaban desgarros o roturas. Todo inducía a pensar que las víctimas habían sido atacadas con decisión y por sorpresa.

Los tres cadáveres llevaban al menos parte de la ropa puesta, tenían la verga y los testículos seccionados, presumiblemente con un arma de filo cortante, y encajados entre los dientes, con lesiones secundarias en torno a la zona inguinal. El arma homicida, salvo en el caso de Mike W. Murdoch, no había sido encontrada. Los tres

presentaban heridas múltiples por arma blanca. Las heridas se localizaban en el tórax y, lo más llamativo, no estaban dispersas, sino agrupadas en torno a la región del corazón, o precordial, como decían los forenses. Las cuchilladas —se determinó que el instrumento punzocortante había sido en los tres casos un cuchillo— se habían asestado siguiendo un patrón uniforme de trayectoria, de arriba abajo, puesto que las lesiones estaban orientadas en la misma dirección descendente. En los tres casos había unas pocas con trayecto doble o múltiple, revelando que el arma había sido retirada en parte y de nuevo hundida en distinta dirección. Y aún había algo más.

La impronta de la empuñadura del arma rodeaba, en los tres casos, muchas de las heridas principales, lo que era tanto como decir que el cuchillo había penetrado en su totalidad en la carne, y que el asesino no era precisamente un ser débil.

También los orificios de entrada revelaban características comunes. Eran heridas, casi todas, con cambio de dirección dentro de los tejidos. El arma blanca, con mucha probabilidad, de apreciables dimensiones en los tres casos —posiblemente mayor en el caso de Alexei Vasíliev— había penetrado con una orientación y retirada con otra distinta, pues las heridas eran de aspecto anguloso y con grandes ramas. Dicho de otra forma, debido, tal vez, más a movimientos voluntarios del agresor que de la víctima —algo consecuente con la hipótesis de que los ataques fuesen, en los tres casos, por sorpresa—, alguien con suficiente sangre fría imprimió al arma una rotación sobre su eje que implicaba un ensañamiento evidente.

En el caso de Alexei Vasíliev, y puesto que, seguramente, el arma homicida era de hoja larga, había varios orificios de salida por la espalda; de menor tamaño todos ellos que los de entrada, prueba de que el arma tenía, al menos, una arista afilada y cortante y que terminaba en punta.

Y, en fin, en cuanto a las ropas que vestían las tres víctimas, eran de tejidos ligeros, camisetas o camisas que aparecieron perforadas. Los cortes en las prendas, sin embargo, no eran limpios, como consecuencia del modo especialmente cruento en que el asesino introdujo el arma y luego la extrajo, después de haber variado su orientación.

Sí, las semejanzas eran evidentes. Eran muy evidentes. Se había pasado horas cotejando las fotos.

Volvió a guardarlas. ¿Cuánto tiempo había transcurrido? Miró el reloj. Ocho minutos. Insuficiente. Apeló a su paciencia. Se cruzó de brazos. Nueve minutos. Telefoneó en el acto.

—Señor Lingle, O'Tooley al habla.

—Hombre, *inzpector*. No dirá luego que no cumplo o que me *zalto* el protocolo.

—¿Le ocurre algo, señor Lingle? Su voz suena extraña. Le escucho con un ligero ceceo.

—Me caí en la bañera. Me he roto *trez dientez*.

—¡Caramba! Debió de ser un buen golpe. Suena como si tuviese la boca hinchada.

—*Azí ez. Muy hinchada. Nada que le intereze. Y ahora ezcuche.*

—Soy todo oídos.

—Acaba de *pazar*, por *zegunda* vez.

—No le comprendo.

—*Zegunda* carta. Por la mañana. Me *ziento*. La abro. La leo. Cojo el teléfono y lo llamo. ¿Me *zigue*?

—Parece código morse. ¿Me está usted diciendo lo que creo que me está diciendo?

—Deje de *hazer* comedia, O'Tooley. *Nueztro* hombre, o *nueztra* mujer, también *ez* un *azezino* cómico. Jimmy Bowly. ¿Recuerda el *cazo* de Jimmy Bowly?

—¡Y tanto!

—Ahí apunta la carta. La *zegunda* carta.

—¡Jimmy Bowly! ¡Un crimen ya cometido! Parece que se equivocó, señor Lingle.

—El *asezino eztá* jugando. Le *esztá* retando, *inzpector*. A *uztedez*. En fin, *ze* lo advierto. Voy a *zacarlar* en la edición matinal.

—Oiga, señor Lingle, ¿lleva la carta consigo?

—La tengo delante. Anónima, como la primera.

—Hágame un favor. Tóquela, acaricie el papel, estrújelo suavemente.

—Vaya un degenerado que *esztá* hecho, *inzpector*.

—¿Diría que el papel estuvo en un ambiente con un alto índice de humedad? No le estoy preguntando si se mojó. Es un poco más sutil que eso. ¿Nota cómo cruje? ¿No diría que está un poco acartonado?

O'Tooley escuchó un restallido.

—Oiga, O'Tooley. Conmigo no *ze* haga el *ezquizito*. *Buzque* algo *maz* inteligente para *imprezionarme*. *Loz papelez* crujen, ¿o no?

—No todos crujen igual.

Ante el riesgo de que Lingle utilizase cualquier información extra, se guardó de revelar que ese rasgo lo compartían las dos cartas del presunto asesino.

—Amén.

—Verá, señor Lingle. Me importa más lo que oculta la carta que lo que dice.

—¿Por qué? ¿Me equivoco al *zuponer* que *buzca piztaz encubiertaz*?

—Por favor, señor Lingle, ¿quién habla de pistas encubiertas? Yo no he dicho nada de pistas encubiertas —replicó con abierto fastidio—. Las pistas encubiertas significarían que el autor pretende que sigamos sus huellas.

—¡Diana! *Ezo ez*. Para él *ez* un juego. *Lez eztá* retando. *Ze* lo he dicho.

—¡Por Dios! Léame de una vez el contenido.

Menos que nunca O'Tooley pensaba decirle que los tipos de letra que formaban el mensaje de la primera misiva eran caracteres del *Tribune*, el periódico de Lingle, y que ardía en deseos de examinar los recortes de la segunda.

El juez Mason, con varias carpetas abultadas bajo el brazo, entró por una puerta lateral. Mientras subía a la tarima, los presentes se levantaron en señal de respeto, y sólo volvieron a sentarse cuando el juez hubo tomado asiento.

El juez abrió un par de carpetas y apiló documentos ante la expectación general. Finalmente, golpeó con el martillo declarando:

—Se abre la sesión. El Ministerio Fiscal tiene la palabra.

El fiscal Garrett se incorporó.

—Con la venia, señoría. Deseo llamar a declarar al acusado.

Amós se puso en pie, pasto de un público que lo miraba como en trance.

El juez dio una orden y, por vez primera desde que se había iniciado la causa, el reo, llevado del brazo por el ujier y con andares torpes y vacilantes, se dirigió hacia la tarima.

Tras haber prestado juramento el acusado, el juez hizo la siguiente advertencia:

—Antes de que el Ministerio Fiscal dé comienzo al interrogatorio, es mi deber como juzgador recordar que el imputado tiene derecho a no declarar contra sí mismo, quedando establecido, en tal supuesto, que ni la acusación ni la defensa podrán deducir ninguna consecuencia de ese silencio. Turno para el Ministerio Fiscal.

—Con la venia, señoría.

El fiscal Garrett formuló las preguntas relativas a la identificación del compareciente, después, con lentitud deliberada se desplazó hasta a su escritorio, cogió un pliego de papel y volvió a acercarse a la tarima. Le entregó el papel al acusado y preguntó:

—¿Confeccionó usted esta carta?

Amós pareció sobrecogido. Transcurrió un breve intervalo.

—Sí —repuso, y le devolvió el papel.

—Señoría, si la defensa no tiene inconveniente, comenzaré por esta misiva, la segunda de las que se enviaron a la redacción del *Chicago Tribune*. ¿Por qué por esta carta y no por la primera? Porque se refiere al primer asesinato por orden cronológico, el crimen impune del joven James Bowly, cuyo cadáver fue hallado en el verano del 24, un 5 de agosto, en el Columbus Park de la ciudad de Chicago, y cuyo fallecimiento habría tenido lugar entre dos y cuatro horas antes.

—¿La defensa pone objeciones? —preguntó el juez Mason. El abogado defensor se levantó y dijo:

—La defensa no tiene nada que objetar, señoría.

—Prosiga el Ministerio Fiscal —ordenó el juez Mason.

—Gracias, señoría —repuso el fiscal—. El matasellos de la carta que obra en mis manos indica que fue cursada por correo urgente desde Sandersville, en Georgia, y que su destinatario fue el señor Jake Lingle. Está confeccionada con letras recortadas

y pegadas una por una, al estilo *collage*. La tipografía es característica del *Chicago Tribune* y, de hecho, la policía halló en el domicilio del acusado un ejemplar de dicho periódico con letras recortadas. Recortes que coinciden exactamente con las letras que se utilizaron para elaborar el mensaje de esta misiva, entre otras. Leo textualmente:

Señor Lingle:

La torpeza de la policía no tiene límites. Buscan donde no hay que buscar. Ven donde no hay nada que ver. Dícales que vayan al origen, que empiecen por el principio. ¿Recuerda el crimen de James Bowly, en el Columbus Park de Chicago? Siendo, como fue, el primero de los cinco, no me resultó nada fácil rebanársela.

Sigan en la brecha.

Una parte del público se removió en sus asientos, escandalizado.

—¡Silencio, por favor! —ordenó el juez Mason.

—¿Qué procedimiento empleó exactamente para confeccionar esta carta?

—Recorté letras de un periódico que tenía por casa.

—¿Qué quiso decir con esto?: «Buscan donde no hay que buscar. Ven donde no hay nada que ver. Dícales que vayan al origen, que empiecen por el principio».

Las manos de Amós descendieron hasta sus rodillas y se quedó cabizbajo.

—Pensaba dar noticia de todas las víctimas.

—¿Lo pensó así, con esa frialdad, con esa lucidez?

—Sí.

—Entonces, empecemos por el principio. ¿Por qué mató usted a James Bowly?

—No sabría decirle, exactamente.

5. UN HOMBRE PARA RECORDAR

1

Despertar y descubrir el ramo de orquídeas blancas que descansaba en la almohada, junto a ella, como un rendido y fragante enamorado, fue todo uno. Eve se estremeció de tal modo que hubo de incorporarse y respirar lenta y profundamente.

La luz del mediodía, filtrándose en brochazos, iluminaba los cortinajes del baldaquino y, a los pies, el diván haciendo juego, y, al fondo, su romántico tocador que decoraba un dosel de brocado. Las paredes estaban revestidas de tela con diversas tonalidades de rojo, y por el suelo había cojines y almohadones, todo en desorden, desperdigado sobre una espesa alfombra, como los pacíficos restos de un naufragio.

Si no seguía soñando y este era, en efecto, su dormitorio, el escenario donde había interpretado la pasión más honesta de su vida, si acababa de compartir la noche con su amor sólo en sueños, ¿quién le había dejado las orquídeas en la almohada? Es más, ¿cómo podía saber nadie que la orquídea blanca era su flor predilecta cuando ella, por alguna curiosa razón, nunca lo decía y sólo su hermano Richard estaba al tanto?

Cogió el ramo, aspiró la fragancia y se sintió tan conmovida que tardó en reaccionar a los golpecitos de la puerta.

—¿Sí?

—¡Ya está bien! —dijo Mildred que, en una mano sostenía una bandeja de desayuno con café, tostadas, mantequilla y zumo de frutas—. ¡Y venga a dormir! ¡Dale que te pego! ¡Vaya horas que se gasta! Aquí tiene —situó las patas de la bandeja a ambos lados del regazo de la actriz, que dejó las orquídeas en la almohada—. Que le aproveche.

Desperezándose, Eve bostezó voluptuosamente.

—¿Qué hora es ya?

—Las once y media —Mildred separó las cortinas y subió las persianas. Eve hizo ademán de cubrirse los ojos con el dorso de la mano.

—¡Qué horror!

—¡No me venga con horrores! —Recogió los almohadones y los cojines y se plantó junto al diván, a los pies de la cama, con las manos entrelazadas a la altura del abdomen—. ¿Y ese ramo de orquídeas? ¿Qué? ¿Ahora cumple años por quincena?

—Déjame en paz. Y dime quién te ha pedido que lo dejases en mi almohada.

—Que sepa que su madre ha preguntado por usted. No he dicho ni mu —cogió del tocador una pitillera plateada y una caja de cerillas que le pasó a Eve.

—¿Quién era, Mildred? —encendió el cigarrillo.

—Y yo qué sé. Un repartidor. ¿Es que no ha leído la tarjeta? Está usted dormida como un topo.

Rebuscó junto al ramo. Entre el embozo y la almohada encontró la tarjeta. Rasgó el sobrecito y suspiró de felicidad.

—¿Por qué suspira? ¿Se está enamorando?

—¡Uy, cuánta cháchara! —removió el azúcar en el café humeante y empezó a tomarlo a sorbitos—. Para tu conocimiento, también las actrices de Hollywood tienen derecho a ser ingenuas.

—Por mí, viva la ingenuidad. ¿Alguna otra cosa? —La criada sacudió la cabeza y se dispuso a salir.

Eve posó la taza en el plato y miró a Mildred a los ojos.

—Mildred...

—¡Qué!

—¿Me traerías el *Collier's* semanal, para hojearlo?

—Bah. No sé qué ve usted en esos artículos del *Collier's*.

—¡Tú tráemelo! La única revista que trata a la mujer como un ser humano con derechos es el *Collier's*.

—¡Bobadas! —La doncella salió cerrando la puerta.

—¡Y deja de protestar o te despido!

En lo único que podía pensar era en él, ese joven intuitivo que encargaba orquídeas blancas ordenando que se las dejaran en la almohada, mientras dormía. Ay, qué gracia si le hubieran pronosticado que a sus años iba a perder la cabeza y a descubrir el amor de verdad. Lo habría considerado una locura. Y, no obstante, aquí estaba, había llegado.

Pensaba en Donovan a todas horas, lo veía en todas partes. Abría los ojos y soñaba despierta con él. Invasión por una sensación de irrealidad, sus horas diurnas conservaban la policromía de los sueños, volaban con alas de colores hasta que llegaba la noche y, entonces, flotando en una nube rosa, soñaba dormida con él.

Al modo de una feliz noticia que da color a cualquier acontecimiento gris, así era su amor por Donovan. Ese joven devastador había surcado los cielos y descendido sobre ella como un ángel inmortal para seducirla como seducen los que no saben vivir más que enamorados. Porque eso mismo le había dicho Donovan, que «malvivía si no estaba enamorado». Y era tan misterioso en su belleza. Y era tan varonil. Y estaba tan vivo. Parecía idealizado por la pátina de la nostalgia y, al igual que los buenos amantes del cine, poseía la intensidad de los seres extasiados.

Donovan Curtis le ofrecía una ocasión inigualable de ser feliz. ¿Qué más podía desear sino aferrarse al chico, no permitir que la ocasión se le escapara? Deseaba tanto conservarlo...

Bebió otro sorbo de café ardiente. Mentira que el amor nos volvía ciegos. Decir esa memez era propio de quien había sufrido un desengaño. Los demás, los solitarios y amargados, eran los ciegos. Ella nunca sería así. Jamás estaría sola. Jamás estaría

ciega. Los años le habían infundido la esperanza de que el amor, el verdadero amor era eso, una gracia que nos inundaba de luz, el pretexto para sentirlo todo con la sabiduría de los muy jóvenes, a quienes, si algo redime, es la pasión y un futuro de ilimitada esperanza. Y ahora que, por fin, se había enamorado perdidamente, la esperanza se había convertido en convicción.

No obstante, en ocasiones, tenía que admitirlo, esperaba al joven Donovan que la había deslumbrado por la noche, durante aquellas cinco fingidas sesiones de hipnosis. Esperaba que reapareciese para hacerse cargo de sus incertidumbres y sus miedos; pero esa faceta de la personalidad de Donovan estaba pudorosamente oculta. Quizá porque era la más sensible, la más curativa y poética, la que terminó de cautivarla y, a decir verdad, la enloqueció. Y, si bien la echaba de menos, se consolaba con esta otra apariencia jovial y arrogante, hermosa como pudieron o debieron ser las apariencias de los héroes áticos.

El resto, pensaba, eran los siniestros acordes de la vida adulta, una música para duros de oído: los artículos de prensa sobre el caso Murdoch, las dos cartas de las que hablaban todos y que sacaban de nuevo a la luz atrocidades que ya creía haber superado, sus penurias para arrostrar dignamente los defectos de dicción que pondrían el punto y final a su carrera, la imposible relación con su madre, el destino de su hermano Richard o las inquietudes de Martin Zimmermann, el Zorro, quien, por cierto, ayer la había telefonado para aconsejarle que demandase al *Tribune*.

—Por el film y por tu propio prestigio de diva, pequeña —soltó Martin tras una pausa. Y luego, el muy zorro aprovechó para intentar sonsacarle si se había montado en el célebre Cadillac Town Sedan. A lo cual, Eve, replicó que no.

—¡Eve! ¡Eve! ¡Eve! ¿Estás durmiendo?

Una simple puerta no amortiguaba la voz de Evelyn, cuyo timbre metálico era capaz de interrumpir el más profundo de los sueños.

—¡Ya no, madre!

Evelyn entró vestida con un vaporoso diseño de Jean Patou en organza, con puntillas y ribeteados en terciopelo, conjunto que coronaba un aparatoso sombrero gris, con el velo echado. Aparentaba el doble de los años deseables; pero, así disfrazada, sería el centro de algo, un foco de interés. Sólo por ello merecía la pena el disfraz.

—¿Cómo me ves? —se volvió en redondo.

—Magnífica. ¿Cómo te voy a ver?

—He quedado para almorzar con Wilfred Rochester.

—¿El banquero?

—El banquero.

—¿No es un poco mayor para ti?

—Sesenta y nueve —repuso con una cierta expresión de agravio—. No veo dónde está la ventaja de ser joven como no sea para pecar impunemente. Ah, y que no se me olvide. Déjame recordarte que no estás haciendo bien, cariño —hizo una pausa

mientras el dedo índice oscilaba como un metrónomo—. ¡No-estás-haciendo-bien!

—No es imprescindible; pero sería un detalle que te explicarás.

—Sabes perfectamente a qué me refiero. Ese hombre es un peligro. Por si aún no te has enterado, hipnotiza.

—No volvamos a empezar. Sería inútil repetirte que no creo en la hipnosis.

—Tampoco yo creía en la hipnosis hasta que te vi medio desnuda en un teatro de tercera categoría.

—Por última vez, estaba actuando.

—Sólo alguien que tiene algo que ocultar entra por las ventanas, como los vampiros. Y los vampiros huyen de la luz. No lo olvides.

—Tienes madera de poetisa, Evelyn.

—Ese hombre no es de fiar. Ahora tengo que irme, pero considéralo detenidamente.

—No, madre. No volveremos a hablar de Donovan —dejó la bandeja a un lado, se levantó, cogió del respaldo del sillón un bata de muselina estampada y se la puso.

—¿No te das cuenta de que es demasiado joven, un muchachito sin escrúpulos?

—No es ningún muchachito, madre. Tiene treinta y un años. Sólo seis menos que yo.

—¡Demasiado joven! Sólo miran hacia delante. Acabará contigo. Acaban con cualquiera. Abre los ojos. ¡Santo Dios! Ya estás talludita para dejarte engañar.

—Eres imposible.

Evelyn se enfundó los guantes blancos que había tenido en una mano todo el tiempo.

—Escúchame bien. He quedado con Wilfred Rochester para ir al Sheridan Wave Tournament Club. Todos me conocen allí. La gente de peso, quiero decir.

—No me cabe duda.

—Soy una clienta excelente.

—Es un casino.

—No seas mala, hija mía —se aclaró la voz—. El club está tutelado, podríamos decir, por el señor Moran. El señor Clarence Moran, ¿te suena?

—¿Te refieres al gánster, madre, a Bugs Moran?

—No está probado que sea eso que dices.

—Harás que me vuelva loca.

—Bien, lo que trato de decirte es que no me costaría insinuarle a algún caballero próximo al señor Moran que un moscón le está causando invencibles molestias a mi hija. Con eso bastaría. ¿Me explico?

—No te oigo bien. Debo de estar medio sorda. ¿Me estás diciendo que repudias a mi hermano, que llevas toda la vida separándonos porque está metido hasta el cuello en asuntos de mafia, y que ahora recurrirías a ella para quitarme de encima al hombre que amo?

—Él no te ama. Es un oportunista.

—Una palabra más, y...

—¿No me crees? —hizo una pausa—. ¡No me crees!

—¡Fuera de mi cuarto! —dijo Eve señalando la puerta.

—¿Piensas que voy a consentir que te destruyan? Antes sería capaz de lo que fuese —dijo oprimiéndose una mano enguantada con otra—. ¿Cambiarías de parecer si te dijera que ese muchachito, Donovan, primero se citó conmigo en el Sheridan Wave Tournament Club, precisamente? Y, ¿sabes con qué fin? Para que te llevara al estreno del *show*, para que le asegurase tu presencia en el teatro, porque sólo tu nombre vende, cariño. Y tengo testigos. Pregúntale a él. Veamos si, además de oportunista, el tipo es un pusilánime.

Y dejó a su hija allí, en el dormitorio, con la consternada lucidez que sigue a una desgracia de proporciones incalculables.

2

Había algo mucho peor que ver morir a su padre: tener la certeza de que su padre nunca lo había querido.

Durante la primera noche en el hospital, le pareció que el viejo sentía el impulso de hablarle. Más aún, *supo* que deseaba decirle algo, ese tipo de cosas nunca dichas que un buen día salen a la luz, con voz tenue, en pugna con el pudor y la vergüenza, cosas que nunca debieron ser puestas en palabras y que luego, sin éxito, se intentan olvidar. Empezó de manera titubeante; pero, entonces, el enfermo de la cama más próxima se despertó gimiendo y la oportunidad se desbarató.

A menudo, Amós se había apiadado de él tan sólo por su abuela. En lo más profundo de su desamparo, la impresión de que ella lo observaba con los mismos ojos de extrañeza ante el mundo que Amós había heredado, la impresión de que, desde algún lugar, bendecía sus buenas acciones y se afligía por las malas, nunca lo abandonó.

Ahora, sin embargo, viendo a su padre postrado en la cama del hospital por culpa suya, por haberlo golpeado, su faz como la máscara de un oráculo de ojos lechosos, la imborrable imagen de su abuela no podía servirle de consuelo. Al revés, estaba solo, y solo debía seguir estando si de lo que se trataba era de reconocer a su padre en esa criatura acosada por la edad, la diabetes y los excesos, maltratada por su propio hijo. El asunto no le incumbía más que a él.

Tenía derecho a llamarle padre; pero, hasta en su amor por la vida, eran ajenos el uno para el otro. Hasta en eso, Amós era un descastado que no se le parecía.

Otras veces había sufrido crisis el viejo; pero como esta, ni por asomo. La cosa empezó días antes, cuando, tras la disputa que tuvo lugar en el dormitorio, le golpeó

en la cabeza con el puño cerrado y el viejo borracho se desplomó. Con la ayuda de Donovan, lo trasladó a un hospital en donde dijo que el golpe se lo había dado al caer. Fue internado con carácter de urgencia en una habitación con tres camas.

Como durante los dos días anteriores ningún familiar o amigo de los ancianos restantes había dejado vislumbrar intenciones de quedarse a dormir, Amós se dispuso a hacerlo por tercera vez en la única butaca disponible.

En ocasiones, el viejo se despertaba, o ya estaba despierto, y lo llamaba por su nombre. Otras veces, le decía:

—¿Estás ahí?

—Sí, padre. —Y se levantaba al momento.

Y ahora que todo fluía sin ruido hacia su final, Amós sentía que una fuerza intangible entrelazaba la suerte de ambos. Y, tal vez, sólo ahora que las fuerzas abandonaban a su padre, y con ello, su amor por la vida, empezaban a comprenderse. Por fin, habría sido la ocasión de preguntarle *por qué*. *Dime, por qué no me has querido*.

En las películas, los padres, antes de morir, solían decir a sus hijos que los querían, e incluso lo que amaban de ellos; pero en la vida las cosas no funcionaban así.

De todos modos, nunca se trató de perdonar (al menos, en lo que a él se refería), sino de comprender. No le gustaba su padre. Nunca le había gustado. La repugnancia y el odio habían ido sedimentándose en él y, ni aun deseándolo, habría podido perdonarle su vida disoluta; pero anhelaba comprender sus motivos. Quién sabe qué hubiera estado dispuesto a entregar a cambio.

Por si fuera poco, en la cabeza de Amós no sólo rebullía todo esto; sino también el horror de los últimos días: Mike W. Murdoch, Jimmy Bowly, Jake Lingle, los artículos del *Tribune*, la investigación de la policía, los interrogatorios del detective O'Tooley, la campaña de prensa orquestada o, por lo menos, el acoso liderado por el *Tribune* contra Eve y, por último, las dos cartas enviadas al periódico y que abrían osadas perspectivas, a la espera de las siguientes... Sin hablar de que él, con más conocimiento de causa que nadie, tenía sus razones para inferir que lo peor estaba por llegar.

Las doce y media de la noche. Donovan no tardaría en reunirse con él aquí mismo.

—¿Estás ahí?

—Sí, padre —se levantó del asiento. Se acercó a la cama. El viejo respiraba pesadamente. Los brazos por encima del embozo.

—Es mi culpa —dijo en un hilo de voz. Amós recordó que algo similar había dicho la otra noche, cuando los quejidos del enfermo de al lado lo interrumpieron—. No quería que fueras así.

Su padre tragó saliva. Tenía los labios resecos y agrietados.

—¿Así cómo, padre?

—Humillado hasta la pena. Un cobarde. Igual que yo. —Le sorprendió la verdad de las frases—. Una vez, cuando era joven, fui al médico. Problemas de espalda. El médico, un señor. El diablo tenga al cabrón en su seno. Va y escupe: «No es grave. Natural. La espalda. Estás destinado a soportar el yugo». Hijo de puta.

—Sí.

—Cuando bebía, olvidaba —prosiguió diciendo—. Con las mujeres, también. Me preguntaba: ¿por qué trae Dios a seres que están destinados a soportar el yugo? No nos comprendemos, los hombres.

El hijo le secó el sudor de la frente con un pañuelo.

—Descansa.

El viejo le hurtó el rostro y descansó una mejilla en la almohada.

—De niño... te parecías a mí. Cada vez... cuando te pegaban, también yo sentía deseos de pegarte... «¡Lucha! ¡Pégale tú!», gritaba por dentro. No quería que fueras como yo; no quería que te hicieran lo que a mí, que pasaras por lo mismo. Siempre odié eso, la pena. La pena no ayuda a comprender.

Tal vez no había tanta diferencia entre él y los demás hombres, se dijo Amós, lo que se negaba a perdonar era que no se hubiese comportado como un padre.

—Echo de menos la luz —dijo con una voz que iba apagándose a medida que se adormilaba.

—¿Qué luz, padre?

—La luz del Sur. La luz de mi Sur.

Suavemente, alguien abrió la puerta. Donovan cerró por dentro. Amós hizo una seña para que no hablase, y, durante unos pocos minutos, ambos permanecieron de pie hasta que el viejo se quedó profundamente dormido y él le tapó los brazos con el embozo.

Salieron al pasillo. Donovan encendió un cigarro. Fue una visita breve.

Al principio, Donovan le preguntó por su padre, y él dijo lo que ambos ya sabían. Cuestión de horas, días, a lo sumo. Era obvio que a Donovan le ocupaba la mente otra clase de preocupación.

—¿Y tú? ¿Qué tal va la herida? —preguntó Donovan. Como si no le hubiese preguntado antes por la herida...

Amós se palpó un lateral de la cabeza.

—Aún se nota.

—¿Has denunciado ya el robo de la billetera?

—Sí —mintió Amós, tan pocas eran sus ganas de confesarle que dudaba mucho que los dos tipos que lo habían abordado fueran simples rateros, y que tenían pinta de otra cosa, rufianes del hampa, gente como la que rodeaba a Ritchie Sandino, el hermano de Eva.

Notaba en Donovan una inquietud casi animal. Le constaba que de un tiempo a esta parte, Donovan sufría. El interrogatorio del detective O'Tooley, y, en especial, los fantasmas de las cinco sesiones de hipnosis lo tenían fuera de sí, no comprendía

del todo, y, por ello, cuando debiera flotar en una nube porque Eve Paradise lo amaba, una parte de su dicha envenenaba la otra.

Se fumó tres cigarros casi consecutivos mientras interrogaba a Amós sobre una serie de cuestiones que, hasta ahora, no se habían tocado entre ellos. ¿Qué hiciste, en realidad, en su casa? ¿Qué averiguaste? ¿Por qué sabías que la orquídea blanca era su flor preferida? ¿Cómo sabes tanto de ella? ¿Me lo juras?

—Van detrás de Eve. Creen que es una asesina —dijo Donovan entre pregunta y pregunta.

—Pero, están esas dos cartas —adujo Amós—. Son casi una prueba de que Eve es inocente.

—Te equivocas. Escuché con atención a O'Tooley. Más que sus preguntas, sus insinuaciones, su tono. Presiento que las cartas le importan un bledo a ese cabrón.

Y luego le hizo la última pregunta, la definitiva, la que Amós no hubiera esperado nunca, y algo en él se negó a responderle.

—¿Y tú, Amós, qué me dices? ¿Podrías hipnotizar a alguien para que se suicidase?

3

Se produjo un largo silencio en la sala de vistas. Luego, a través de los altavoces, se oyó el crepitar de un papel al doblarse.

La señora de la pamelita color caqui volvió los ojos hacia su camarada, el bizco del bisoñé, y, como si se le hubiera agotado la reserva de expresiones, permaneció muda. Entonces, por vez primera desde que comenzara el proceso, el bizco no sólo afirmó gravemente, sino que, abriendo la boca lo justo y, para profunda admiración de su compañera, exclamó:

—¡Increíble!

—Señores del jurado —siguió diciendo el fiscal Garrett—, este texto que acabo de leer se corresponde con la tercera carta recibida en la sede del *Chicago Tribune*, a nombre del señor Lingle, y hace referencia, cronológicamente, al segundo crimen que se imputa al acusado, el asesinato del joven Rick Patterson.

»La carta se recibió en el periódico el 30 de octubre. Confeccionada con el mismo procedimiento que las dos cartas previas, esta no es rigurosamente anónima. —Se dirigió hacia el blanco de todas las miradas—. ¿Se reconoce el acusado autor de esta misiva a cuyo pie figura el sobrenombre del Segador de Chicago^[3]?

—Sí.

—Acérquese más al micrófono, por favor —dijo el juez Mason dirigiéndose al acusado—. ¿Le importaría al Ministerio Fiscal repetir la pregunta?

—Señoría, en absoluto. ¿Se reconoce autor de esta carta el acusado?

—Sí.

—¿Qué le indujo a identificarse con el Segador de Chicago?

—No sabría decirle. Era una especie de desafío a la policía.

—¿Admite haber asesinado al joven Rick Patterson y luego haber enterrado su cadáver?

—No lo recuerdo.

—¿Lo recordaba en el momento en que confeccionó esta misiva?

—Supongo que sí.

—¿Conocía al joven Rick Patterson?

—De vista.

—Explíquese.

—Llevaba dos días vigilándolos, a él y a Eve Paradise.

—¿Reconoce que llevaba dos días vigilándolos, señor Zambrano?

—Sí.

—En ese entonces, y estamos remontándonos a junio de 1925, Donovan Curtis, usted y su padre viajaban por el sur de Wisconsin, cerca de la frontera con Illinois, con *El show de Donovan*. ¿Es esto correcto?

—Sí, lo es.

—¿Y se acercó usted a Galena sólo para vigilar a la señorita Paradise?

—Sabía que la señorita Paradise tenía una propiedad en Galena.

—Repito la pregunta: ¿y se acercó usted a Galena sólo para vigilar a la señorita Paradise?

—Sí.

—¿Quizá porque sabía que estaba con el joven Rick Patterson?

—No lo sé. No lo recuerdo. Los vi juntos. Decidí quedarme y vigilarlos.

—¿Y desde dónde los vigilaba, señor Zambrano?

—No recuerdo. Yo estaba cerca de su parcela. A la intemperie. Hacía buen tiempo. Las puestas de sol eran espléndidas.

—¿Con qué fin los vigilaba, señor Zambrano?

—Por lo mismo que a Bowly y a los demás.

—¿Le importaría explicarse?

—Me resulta... un poco confuso.

—Inténtelo.

—No soportaba que ellos se acostasen con ella.

—¿Quién es ella?

—Eve Paradise.

—¿Quiénes eran ellos?

—Todos. Los hombres que sólo buscaban gustarle.

—¿Y por qué no soportaba que se acostasen con la señorita Paradise?

—Porque no sabían quererla. Porque nadie la conocía como yo.

—¿La deseaba? ¿Deseaba a la señorita Paradise?

Amós se mordió los labios.

—Sí.

—¿Por eso entró usted en la que entonces era la residencia de la señorita Paradise en Galena?

—Sí.

—¿Cómo logró entrar?

—Llamé y me abrió él.

—¿Quién es él?

—Patterson.

—¿Sabía que Rick Patterson estaba solo en la casa?

—Sí. Lo sorprendí solo.

—Como a James Bowly, lo sorprendió solo —el fiscal Garrett hizo una pausa—. Continúe. ¿Qué ocurrió una vez dentro?

—Jimmy Bowly no estaba solo. Paseábamos por el parque.

—¿Qué ocurrió una vez dentro, señor Zambrano?

—No recuerdo.

—¿No recuerda si le quitó o no la vida con un arma blanca?

Para extrañeza de algunos, el abogado defensor no se puso en pie con el fin de protestar. Casi en seguida, se oyó decir suavemente al acusado:

—No. No lo recuerdo.

—Sin embargo, el cadáver del joven Rick Patterson apareció enterrado en la pequeña parcela de la mansión de la señorita Paradise. Para ser exactos, dentro de un hoyo bastante profundo, según usted dejó dicho en la carta. ¿Cómo lo sabía?

Silencio.

—Señor Zambrano, ¿cómo es posible que no recuerde los detalles del crimen y, sin embargo, confiese ser el autor de un anónimo reciente que indica con escrupulosa exactitud el lugar en donde estaba enterrado el cadáver de la víctima?

Silencio.

—Señor Zambrano —prosiguió el fiscal Garrett—, con arreglo a los dictámenes de los forenses, le pregunto, ¿observó usted el mismo protocolo con el cuerpo sin vida de Rick Patterson que con el de James Bowly?

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a si lo mutiló. Me refiero a si recuerda haberle cortado los genitales y haberlos introducido en su boca. A eso me refiero.

Se oyeron gritos ahogados.

—¡Silencio en la sala! —el juez Mason golpeó el martillo.

El acusado bajó los ojos y no hubo respuesta a la pregunta.

—Recuerdo que me llevé la moto de la casa.

—¿Qué moto, señor Zambrano?

—La moto de Patterson. Una Brough Superior SS 80.

—¿Y qué hizo con ella?

—La guardé en el garaje de un caserón abandonado, a las afueras de Galena. Seguro que aún sigue allí.

6. CEGUERA REPENTINA

1

En efecto, allí estuve.

Y los que se atrevieron a sostener que había gato encerrado en las cartas del Segador de Chicago, los que no cesaban de pregonar que este periódico publicaba mentiras, harían bien en retractarse.

Sí, acabo de regresar de Galena. Y sí, permanecí a pie de fosa y estoy en condiciones de asegurarlo: nuestro anónimo remitente, el criminal que tiene en jaque a todo el Departamento de Policía de Chicago es, sin lugar a dudas, la mente más versátil desde los tiempos del Destripador.

—¿Versátil?

Sin desayunar siquiera, el detective Liam O'Tooley dejó el periódico abierto sobre el escritorio, meneó la cabeza a derecha e izquierda, sacó de un bolsillo interior del chaleco su cajita barroca, cogió entre el índice y el pulgar un poco de rapé y se lo llevó a las fosas nasales. Aspiró desconsolado antes de guardar la cajita y proseguir la lectura del artículo de Jake Lingle.

En el acto de levantamiento del cadáver estaban, la Comisión Judicial, algunos conspicuos representantes del orden público de Galena y cierto sagaz detective de esta nuestra ciudad, cuyo nombre, por razones que atañen directamente a la investigación, me reservaré por ahora.

«Si no conociera su incapacidad para compartir protagonismo, hasta diría que peca de prudente», pensó el detective O'Tooley.

Los actuales propietarios de la casa que otrora perteneció a la actriz Eve Paradise, un matrimonio acomodado, procedieron a situarse a espaldas de la policía, en las puertas que daban acceso a la parcela. Y mientras los agentes empezaban a excavar en el lugar exacto a que hacía referencia la carta, volví la vista y se me llenaron los ojos de lágrimas.

Lo que vi no fue a un matrimonio de clase alta, objeto de envidias, lo que vi no fue a dos hijos de la fortuna que lo tenían todo para ser dichosos, sino a un hombre y a una mujer a punto de pasar por la experiencia más traumática de sus vidas, e, inevitablemente, pensé: «Cuánto más vale no ser pudiente, y estar en paz».

—Más asqueroso, complicado —dijo entre dientes O'Tooley, y apretó la mandíbula.

(...) Los agentes excavaron unos seis o siete pies cuando, para perplejidad de todos los presentes, a excepción de este periodista, se hicieron visibles los restos de un cadáver humano. La osamenta estaba recubierta de insectos, bocarriba, y aún conservaba algunos restos de tejidos, tendones y ropas adheridas. Afirmar que se trata de Rick Patterson, según se expresa en la carta del Segador, es algo que corresponderá decir a los forenses y, en su caso, a los familiares más próximos de la víctima; sin embargo, me permitiré avanzar que la documentación hallada en uno de sus bolsillos deja lugar a pocas dudas.

Por mi parte, me aventuro a decir lo que pienso con la honradez que requiere este oficio. Según mi

parecer, se trata, en efecto, de Rick Patterson. Así lo pienso y así lo digo. Como tampoco ocultaré que, hasta ahora, el Segador de Chicago nunca ha mentido a Jake Lingle.

(...)

Por lo demás, las incertidumbres nos envuelven. En vista de lo que se viene confirmando como su rúbrica, ¿habría mutilado el asesino las partes pudendas de Rick Patterson, en caso de que se confirme su identidad? Y, por último, pero no por ello menos dramático, ¿qué hacían esos restos en la que fue propiedad de nuestra querida Eve Paradise, más aún si se piensa que el crimen, con arreglo al estado de dichos restos, pudo muy bien haberse perpetrado cuando la diva era titular de la hacienda?

O'Tooley se sintió impulsado a descolgar el auricular y telefonar a Lingle antes de lo que tenía previsto. De pura excitación, a punto estuvo de coger de nuevo la cajita barroca y aspirar todo el rapé de golpe, pero, recobrándose de la crisis, se sumergió de nuevo en las páginas.

Quedaba lo más suculento.

Hay, para hacer justicia, un dato que no debe escapar a la atención de los lectores. Si bien a lo largo de los últimos días, y a tenor de los indicios y conjeturas que afloraban, la señorita Paradise encarnó para muchos de nosotros a una de las principales sospechosas del así llamado caso Murdoch, en la fecha en que sale a prensa este artículo, la hipótesis de su culpabilidad parece fuera de toda consideración sensata; pues, ¿qué demente se acusaría a sí mismo? Por el contrario, las cartas del Segador de Chicago dan la razón a los que siempre creyeron que detrás estaba la mano ensangrentada de un hombre robusto. En la actualidad, la insegura posición de la señorita Paradise no puede ser más que digna de lástima, como digna de estimación debe reconocerse la prudencia de que ha hecho gala hasta ahora.

«¿Se lo creerá o es que le parece un giro más vendible?», se preguntó el detective.

Así todo, no hay razón para que nadie se inquiete más de lo necesario. De muy buena tinta, me consta que el departamento sigue varias líneas de investigación que acabarán por rendir frutos. Es imposible, dice la policía, que un criminal, por muy cuidadoso que demuestre ser, no deje una leve huella después de tres crímenes. Pues bien, he aquí un dato relevante, un dato que ofrezco en primicia a quienes me siguen fielmente: los sobres de las dos últimas cartas que hasta ahora he recibido tienen el matasellos de Sandersville, la pequeña ciudad perteneciente al estado de Georgia.

El juego, queridos lectores, no ha tocado a su fin.

«¡Será puerco!», murmuró el detective O'Tooley que, en el acto, se avergonzó de semejante expresividad.

Volvió a echar un vistazo a la carta, cuyo anónimo autor tenía por fin la deferencia de identificarse mal que bien, carta que, como en las dos ocasiones previas, el *Tribune* había reproducido fotográficamente, y leyó:

Señor Lingle:

El joven Rick Patterson se atrevió a follarse a Eve Paradise. Eso fue lo último que hizo. No volverá a follarse a nadie. Y en la otra vida lo tendrá difícil, con eso amputado. Dígame a sus amigos que yace bajo tierra, en la finca de la mansión que en 1925 pertenecía a la señorita Paradise, en la villa de Galena, condado de Jo Daviess. Que se dirijan al este y caven (...)

Van tres.

Firma: EL SEGADOR DE CHICAGO

Por primera vez utilizaba un sobrenombre, por primera vez aludía a Eve Paradise, y, al igual que las otras veces, empleaba la misma técnica de *collage*; por lo demás, las referencias al hallazgo del cuerpo eran veraces. Que fuese Rick Patterson, se vería, y, aunque por los datos que Liam O'Tooley manejaba, en Galena nunca se había denunciado la desaparición de ningún Rick Patterson, cabía pensar que a raíz de la publicación de la carta en el *Tribune*, y de su posterior remisión por teletipo a todos los diarios del país, muy pronto tendrían noticias de algún familiar.

Pero, lo que traía a maltraer a O'Tooley no eran los sinsabores de una investigación tan ardua, sino las incomprensibles ligerezas de Lingle. Más exactamente, las libertades que se tomaba un reportero con influyentes padrinos y la probada incapacidad de un sargento de detectives para pararle los pies. No obstante, descolgó el auricular.

—¿Señor Lingle? Al habla, O'Tooley. ¿Qué tal las secuelas de su caída?

—Superadas.

—Ejem, se nota. Habla usted muy claro. Incluso se ha ido de la lengua, señor Lingle.

—¿Ha leído mi artículo?

—Sí.

—Dígame que es todo escrupulosamente exacto, o le cuelgo. Los dos estábamos allí. Los dos lo vimos —declaró Lingle.

—Aun así, me siento autorizado para decirle que hay cosas que no debe soltar o va a entorpecer la investigación en curso.

—¿Qué cosas, O'Tooley?

—El matasellos de las cartas. Sandersville. Es una forma de alertar a nuestro hombre.

—¿De veras le parece un indicio interesante? Lo dije por decir.

—No afirmo que sea interesante. En todo caso, no más que otros indicios.

—Como la supuesta humedad de las cartas.

—¿También piensa contar eso? —preguntó O'Tooley.

—Dígame, ¿qué más indicios me oculta, detective? Recuerde que yo no le oculto ninguna de mis cartas.

—Faltaría más, señor Lingle. Sería inadmisibile.

De súbito, O'Tooley percibió que el reportero había cortado la comunicación y, a renglón seguido, el graznido de la operadora. La sangre le hervía cuando colgó el auricular y se dijo que ya era hora de cumplimentar otra vez a la estrella del cine mudo.

En la última planta de la mansión de River Forest, en el rincón más lúgubre, pasado el último recodo del pasillo que mejor propagaba el eco, Eve había acondicionado una guarida, un reducto de quietud. Lo llamaba *la habitación de actuar*.

En los últimos tiempos, ni la propia Evelyn frecuentaba la habitación. Conocía de memoria cada palmo y todos los artículos, recuerdos y distinciones que decoraban sus paredes, alguno de los cuales había recogido en nombre de la estrella, pero allí no era bien recibida. Si sería reducto, que, con la salvedad de la impertinente de Mildred, hasta la servidumbre tenía vedado su acceso.

Pues bien, cuando el detective O'Tooley compareció a primera hora de la tarde, Eve, algo de todo punto infrecuente, lo condujo hasta *la habitación de actuar*.

Que su hija la llamase *la habitación de actuar* se debía no sólo a que era el espacio en donde se enclaustraba para ensayar sus papeles, dar el último acabado a las escenas y lograr ese equilibrio entre sus expresiones faciales y los sentimientos de sus personajes que tantos elogios suscitaba; entre sus tabiques, Eve parecía desenvolverse con más libertad que fuera, como si el tiempo y los demás mandatos de la vida quedasen abolidos en favor de las reglas de la farsa. Fuera como fuese, en aquel reino del espejismo, el bicho raro de su hija guardaba los objetos personales relacionados con su arte y que juzgaba dignos de estima. Y todo oculto a los ojos del prójimo.

Si aquella habitación era el reverso del exhibicionismo que se le presupone a una estrella, si era un reducto de paz; entonces, ¿qué sentido tenía que Eve concediese tal privilegio al detective O'Tooley?

Ella fue la primera asombrada de que su hija acompañase al detective, a quien Evelyn reconoció por el timbre de voz, escaleras arriba. Sólo eso mereció que se tomase la molestia de seguirlos; pero, cuando comprobó que llegaban a la última planta y que las voces procedían del famoso pasillo que mejor propagaba el eco y, por último, que su hija conversaba con el detective O'Tooley dentro de *la habitación de actuar*, Evelyn no pudo por menos de sentirse ofendida y de aplicar el oído a la puerta.

El detective estaba abrumadísimo, encantadísimo, en éxtasis.

—Señorita Paradise, me siento...

Evelyn se perdió la última palabra, pero el sentido de la frase no podía estar más claro. Cualquiera se habría sentido abrumadísimo, pues decoraban paredes, vitrinas y estantes un montón de fetiches asociados a los éxitos de una estrella de Hollywood, éxitos en los que ella, Evelyn, había tomado parte muy activa.

Por mencionar algunos que ella recordase, una copia firmada del primer contrato de su hija con los estudios de la United Artists; el vestido blanco de organdí y volantes que llevaba en la última escena de *Leyendas de ensueño*, cuando, por fin, le concede un beso al galán; una carta manuscrita de Douglas Fairbanks, rindiéndose al encanto de sus primeros papeles en la Meca y que rubricaba encadenando nombre y

apellido, como era su costumbre; el brazalete de oro que John Gilbert le ceñía en *Rencor*, con un gesto de voluptuosidad que provocó sarpullidos en las pieles puritanas y causó la envidia de cuanta novia, allá por 1923, se deshizo en lágrimas con el film; un par de negros guantes hasta el codo cuya historia ni ella misma recordaba; el rótulo del café en donde, tras oír las confidencias de Gloria Swason, su hija había renunciado al amor por lealtad a su amiga en *El hombre del Sur*; un par de zapatos con lentejuelas que había usado en su primer éxito comercial, a las órdenes de un tal King Vidor; o la matrícula del auto que le regaló su admirado Chaplin y que ella no dejó de incrustar contra un olmo a la semana escasa de salir airoso del examen de conducir.

De las paredes colgaban fotografías promocionales de la mayor parte de sus películas, una instantánea con los magnates de la Metro-Goldwyn-Mayer el 17 de abril de 1924, día en que se constituyó el estudio; una carta autógrafa y dirigida al actor Berton Churchill, en la que Eve exponía que el *Club Masquers*, que Churchill había ayudado a fundar, no daba suficiente cobertura a los actores y sugiriéndole la necesidad de sindicarse para evitar los flagrantes abusos de los estudios; una foto dedicada por Maurice Chevalier en la que ambos aparecían bailando; una portada de *Variety*, con un dibujo de su ya legendario rostro, que anunciaba en páginas interiores un artículo del mismísimo fundador del semanario, elogiando a la estrella en ciernes; e incluso el abrigo de piel de zorro plateado con que fue obsequiada ella, su madre, cuando La Habana era su lugar de residencia y parecía su destino final. El abrigo, por cierto, que Eve exigió lucir en *Anochecer* si el director estaba, realmente, tan interesado en contar con ella como luego se demostró.

Oh, sí, era demasiada historia y eran demasiados los recuerdos. Por así decir, unas tanto y otras tan poco. Semejante éxito superaba con creces las necesidades de amor y fama de cualquiera y, por el contrario, pasaba a evidenciar el carácter efímero y la insignificancia de los laureles. ¿Sería esa la razón por la que su hija lo tenía todo escondido cuando ella, la vividora, la fracasada, lo habría mostrado todo?

Con algunas dificultades, dado que hablaban en voz baja, oyó cómo el detective O'Tooley confesaba a su hija cuánto le satisfacía que algunos periódicos hubieran corregido sus puntos de vista y que ahora deplorasen la injusta persecución de que había sido objeto. Oyó cómo se refería a la admiración que causaba la presencia de ánimo con que ella se había conducido y, después, cómo empezaba a preguntarle por el joven Patterson. Cuándo y dónde se conocieron, cuándo y dónde fue la última vez que lo vio, qué sabía sobre él, si estaban enamorados, cuánto tiempo estuvieron juntos... Evelyn consideró que aún no habían llegado a la parte comprometida del interrogatorio.

Conforme, ella tenía presente que su hija ocultaba sus triunfos en *la habitación de actuar* porque detestaba la vanidad fácil, el narcisismo, los reflejos irisados a la luz del sol. Aquel repertorio de recuerdos probaba que para Eve el brillo era flor de un día, que el transcurso del tiempo no dejaba de ser trágico y que el pasado hedía a

podredumbre; por eso arrinconaba su gloria y estaba obcecada en no compartirla. Porque lo que más le interesaba, lo que mejor recordaba era el mundo de la ficción, cuyas reglas eran las reglas de la mentira poética, la reglas de la farsa. Entonces, ¿qué pintaba allí el detective O'Tooley? ¿Por qué le había dejado entrar?

Más tarde, el policía le preguntó si por ese entonces había sufrido algún tipo de acoso en forma de carta, obsequio o visita recurrente, a lo cual su hija replicó que a menudo algún exaltado se pasaba de la raya, pero, que ella recordase, no más entonces que ahora. Añadió, cosa bien conocida, que la tragedia de Jimmy Bowly había tenido lugar cuando ya no estaban juntos y que, no obstante, tardó en superarla, pero que ahora, todo esto (lo de Rick Patterson, el crimen de Murdoch, los anónimos del *Tribune*...) reeditaba sus pesadillas y la estaba trastornando.

Su hija no amaba la vida, no como ella; amaba la juventud, el candor, la exuberancia de las pasiones irremediables que se dan entre los jóvenes con la misma espontaneidad con que proliferan las arrugas en el rostro de una vieja. No, su hija no amaba la vida, pensó Evelyn. Su hija miraba el presente como si ya estuviera perdiéndose en el recuerdo, allí donde las cosas se colocaban en el lugar que merecían. Por eso no era una vividora, porque su manera de ver la vida comportaba una cierta justicia poética, porque no sólo abjuraba de la madurez sino que hacía ostentación de abjurar de ella —soy Eve Paradise, me puedo permitir ser eternamente joven; jamás seré vieja, como era un viejo mi padre, seguro que pensaba—. De ahí que saliese con chicos, lo cual incluía a Donovan. Y ella, que, pasados los sesenta, se adentraba en lo más crudo del invierno, Evelyn, a quien el éxito había sido esquivo, ¿acaso no tenía más derecho a gozar de una nueva primavera, de un último florecer, de la brisa perfumada que aquel chico dejaba a su paso?

Entonces, el detective O'Tooley insistió en la aparente obviedad, a estas alturas, de que el cadáver de Patterson, según los primeros dictámenes forenses, debió de enterrarse en la misma época en que ambos estaban juntos, cuando ella era la propietaria de la residencia de Galena. Agregó que la actriz estaba también en Chicago cuando el cadáver del joven James Bowly apareció en el Columbus Park. Y, por último, (y Dios quisiera que las cartas del *Tribune* no desvelasen más casualidades), el cadáver del conde ruso, Alexei Vasíliev, salió a la luz en la villa de Palatine, con la impronta del supuesto asesino de los anónimos —los genitales dentro de su boca— y coincidiendo aproximadamente con el estreno de *Leyendas de ensueño* en Nueva York, ciudad a la que, según las últimas pesquisas, había viajado Alexei Vasíliev por esa época. ¿Se acordaba ella de la conmoción que había originado el crimen espeluznante del conde Alexei Vasíliev? ¿Lo había leído en la prensa? Porque ella había estado en Nueva York, ¿o no? Sí, Eve se acordaba. Sí, lo había leído en la prensa. Y no, ya no estaba en Nueva York cuando se publicó la muerte del ruso. Llevaba dos días en Chicago.

Hubo un largo silencio que Evelyn dudó en traducir.

—Por casualidad, ¿conoció usted al conde Vasíliev, señorita Paradise? —preguntó

el detective.

Evelyn pegó aún más el oído a la puerta.

—Sí —dijo ella con voz casi inaudible.

—Entonces, ¿lo llegó a conocer? —preguntó incrédulo el policía.

—Ya se lo he dicho.

—Excuse la pregunta, ¿íntimamente?

—Íntimamente. Como a Jimmy Bowly.

—¿Y como a Rick Patterson?

—Sí, detective O'Tooley. Como a Rick Patterson. La carta del *Tribune* no iba desencaminada. Rick y yo llegamos a acostarnos.

Y, comoquiera que la brutal confesión le había dado alas, el detective Liam O'Tooley se lanzó en picado y dijo:

—Lo último que quisiera es parecer descortés, señorita Paradise, pero ¿no teme enamorarse de nuevo?

Evelyn no pudo, o no quiso o no tuvo la férrea voluntad de seguir escuchando la conversación porque le parecía... Ni siquiera se atrevió a confesárselo.

Despegó el oído de la puerta, se encaminó velozmente a su dormitorio, se encerró en él con llave, desplegó la mesita del *chiffonier* de palisandro, tomó asiento, cogió papel y pluma y procedió a redactar un escrito ni tan extenso que tuviera forma de carta ni tan lacónico que se confundiese con una nota, y, una vez hecho, guardó el texto resultante en un sobre que lacró cuidadosamente.

Luego, llamó a una de las doncellas más jóvenes; de hecho, la más reciente adquisición, una rubia que, según la impertinente de Mildred, parecía una vaquera rubia de Arkansas y que andaba todo el día sonrojada. La previno de que la hacía responsable de un encargo de envergadura y le advirtió que si despegaba los labios y llegaba a sus oídos, más le valía emigrar de Illinois. En el punto en el que estaban, el semblante de la vaquera se había encendido como una llamarada. Finalmente, Evelyn le ordenó que llevase con urgencia el sobre a la floristería Villa Sandino, sita en State Street 738, y que lo depositase en manos del propietario, o bien, de un empleado de confianza.

La doncella salió de allí a toda velocidad. Ignoraba de quién era la floristería. De haberlo sabido, se quedó pensando Evelyn, le habría dado un vuelco el corazón.

3

Por la noche, Amós aguardaba en una sala próxima al dormitorio de su padre. Teniendo en cuenta la gravedad de su estado, habían decidido moverlo a una habitación privada, en donde todo lo presidía el signo del silencio, en donde todo

quedaba dicho. Adiós a la lucha. Adiós al anhelo. Por un instante, envidió a su padre, que se iba.

Un médico y una enfermera permanecían con el moribundo. Amós se figuraba que saldrían del cuarto, en breve, y que lo invitarían a entrar.

Donovan no había venido, y eso le gustaba. La cruz: estaría con Eve. De impotencia, apretó los puños, cerró los ojos.

«¿Y tú, Amós, qué me dices? ¿Podrías hipnotizar a alguien para que se suicidase?».

He aquí la frase, palabra por palabra. Optó por no contestar y decirle lo que pensaba de él, de Donovan: que los celos le roían el corazón. Verdad que no sabía qué decirle. Se hubiera humillado respondiendo a su pregunta. Y ya bastante le habían humillado otros.

Recordó que en el *Tribune* de la mañana se había publicado la tercera misiva. Y faltaban dos más. Y lo único que sentía era el mismo vacío de los últimos tiempos, un vacío que no podría colmar nada, aunque las perspectivas fueran inmejorables y la investigación policial quedase en agua de borrajas.

Se restregó los ojos con ambas manos. Diariamente acusaba nuevas molestias físicas. Nunca se había sometido a análisis ni se había arriesgado a que le hicieran un diagnóstico. Hacerlo no hubiera dejado lugar a incertidumbres. En el fondo, y desde hacía años, sospechaba que había heredado la enfermedad de su padre y, con ella, la irremediable pérdida de la vista, pero quedaba la duda, y, con la duda, la esperanza.

Se esforzaba en no pensar en la diabetes. Tener presente una variedad tan agresiva contra la que toda lucha era inútil hubiera significado vivir con pánico. Y para que el tratamiento a base de insulina no fuera de una eficacia desalentadora hacía falta algo más que regularidad en su administración. Hacía falta dinero.

Se esforzaba tanto en no ser cobarde.

Que el viejo bebiese como una esponja, él fuese abstemio en toda la extensión de la palabra y que el curso de la diabetes fuera indistinguible en los dos casos, no hacía sino certificar sus más agoreros pronósticos.

Últimamente experimentaba una fatiga adicional, como una postración. Las extremidades se le adormecían más que antes, había perdido peso de manera ostensible y, lo más perturbador, su vista se resentía; pero hoy, particularmente esta noche, notaba destellos molestos, pequeños *flashes* y sombras en la periferia del campo visual. Todo atribuible, pensaba, a las tensiones últimas, a las preocupaciones.

¿Y su Eva? No podía, no quería apartarla de su mente.

Qué atroz desgracia que los amantes de la señorita Paradise sucumban uno tras otro bajo el puño sangriento del Segador de Chicago.

Las letras del periódico ya se le confundían esta mañana. Veía borroso. En el *Tribune* de hoy había leído mal que bien el artículo de Jake Lingle, el que publicaba

la tercera carta junto al testimonio del reportero relativo a la exhumación del cadáver del joven Patterson, en Galena. Frente a tamaña morbosidad, lo que más le había llamado la atención del artículo carecía de importancia: «Sandersville». Porque «Sandersville» estaría en boca de todos.

Los sobres de las dos últimas cartas que hasta ahora he recibido tienen el matasellos de Sandersville, la pequeña ciudad perteneciente al estado de Georgia.

El juego, queridos lectores, no ha tocado a su fin.

No se podía ser más ruin ni más sórdido que Jake Lingle. Además, ¿qué significación podía tener para nadie que Sandersville fuera la última ciudad en donde habían presentado el *show* de hipnosis antes de instalarse definitivamente en Chicago? ¿O es que alguien se fijaría en eso? ¿Tal vez estaba en los pensamientos de Lingle que los investigadores le prestasen atención? Es decir, ¿pensaba Lingle que el criminal era tan estúpido como él?

De repente, el médico entró en la sala con un fonendoscopio colgando del cuello, y, seguidamente, la enfermera. Amós se levantó.

—Todo ha terminado —dijo el doctor—. Lo lamento mucho. Puede entrar, si lo desea.

Los siguió hasta la puerta. No estaba triste, ni tampoco feliz, ni siquiera indiferente. Era otra cosa. Como de costumbre, el vacío ocupaba en él un espacio que debiera ocupar la esperanza y, en el núcleo de ese vacío, la soledad volvía ociosos cada uno de sus empeños por comprender. Desde que tenía uso de razón, se había sentido humillado. No era buena persona; para eso, no habría debido tragarse tantas lágrimas. Se detuvo ante la puerta cerrada. Pensó en Eva, pensó en la mujer que amaba más que a su vida, no importaba su nombre. Estaba solo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el médico, a su espalda. Él, por toda respuesta, bajó la cabeza, cerró los ojos y, con la barbilla en el pecho, apretó suavemente los párpados con el índice y el pulgar.

—Déjeme, por favor.

—Claro. Llámenos, si nos necesita —repuso la voz masculina, y sintió una mano en el hombro.

Cogió el picaporte, lo bajó, empujó despacio la puerta y dio unos pasos adentrándose en la habitación. Sentía tal laxitud recorriéndole los músculos que temió derrumbarse. Irguió la cabeza, despegó los párpados y notó cómo una o dos lágrimas se desprendían de sus pestañas.

El cuarto estaba a oscuras. Debían de ser más de las dos y media de la madrugada y todo le daba vueltas. Una desorientación absoluta. Ni siquiera recordaba dónde había un interruptor.

—Enciendan la luz. ¡La luz! —gritó—. ¡Enciendan la luz!

Sintió cómo alguien lo cogía delicadamente por los antebrazos mientras una voz de mujer susurraba:

—Señor, tranquilícese. La luz está encendida.

4

Se habría dicho que el público aún estaba bajo los efectos del último hallazgo, la moto que, merced a la revelación del acusado, había sido hallada en el garaje de un caserón abandonado a las afueras de Galena, una Brough Superior SS 80, y que, finalmente, se identificó con la moto del joven Patterson.

El fiscal Garrett llevaba casi media hora de interrogatorio.

—Señor Zambrano, ilústrenos. Cuando su difunto padre, el señor Curtis y usted decidieron dar el salto e instalarse en una gran ciudad con el *show* de hipnosis, ¿qué ciudades barajaron?

—Creo que Nueva York, Los Ángeles y Chicago.

—¿Y por qué eligieron Chicago?

—Porque Nueva York era muy cara, había demasiados emigrantes y...

—¿Más cara que Chicago? No es verdad, señor Zambrano.

—Eso creí.

—¿Por qué dice «eso creí»? ¿Quizá porque fue usted quien utilizó ese argumento?

—Así es.

—Bien. Y, en cuanto a Los Ángeles, ¿cuál fue su teoría?

—Me pareció que un público acostumbrado a la industria del cine no iba a prestarnos mucha atención.

—O al contrario, señor Zambrano. Un público acostumbrado a las buenas ficciones podía ser más receptivo que otros a su espectáculo, ¿no cree?

—Es posible.

—¿También ese argumento fue de su cosecha?

—Sí, señor.

—Sin faltar a la verdad, señor Zambrano, ¿podría decirse que su objetivo era venir a Chicago y que por eso se esforzó en convencer a su padre y al señor Curtis?

—A ellos no les importaba.

—¿Trató de convencerlos o no?

—Sí.

—Seamos justos. ¿Y no hubo ninguna otra razón, una razón más poderosa, más consistente, de mucho más peso por la que usted deseaba venir a Chicago?

Silencio.

—¿No es verdad, señor Zambrano, que usted deseaba instalarse en Chicago porque era la ciudad en donde residía la señorita Paradise?

Silencio.

—Pudo ser que influyese —replicó él.

—¿Es verdad o no, señor Zambrano, que, ya en los Estados Unidos, acudía a todos los estrenos de la actriz para verla en persona?

—Sí, sí.

—¿Y no es lógico que, teniendo la oportunidad, un devoto que persigue a su admirada estrella por todo el país ansíe instalarse en la ciudad en donde ella reside?

—Supongo que sí.

—¿Ansiaba usted hacerlo, sí o no?

—Sí.

—¿Tanto como deseaba a Eve Paradise?

—No sé qué decir, señor.

—Usted mismo lo ha confesado. No invento nada. Que deseaba a Eve Paradise. Es más, le recuerdo que el señor Curtis testimonió que la noche del estreno de su espectáculo, cuando los dos estaban con su padre en el camerino, y a la vez que el público los ovacionaba, usted se fue de allí diciendo: «Necesito verla». Usted *necesitaba* ver a una mujer a quien ni siquiera conocía. En qué quedamos, ¿deseaba o no a la señorita Paradise apasionadamente?

—Sí, sí —dijo Amós.

—Y, ¿no es cierto que era un deseo persistente, un deseo obsesivo?

—A veces, sí.

—¿Y que la persistencia de ese deseo, en ocasiones le hacía daño?

—Sí.

—Y, ¿acaso no es cierto que dejó usted de forma consciente pistas en todas y cada una de las cartas remitidas a la sede del *Chicago Tribune* con el fin de retar a los investigadores a que siguieran su rastro?

No abrió la boca. Mantenía la vista baja. De muy cerca se hubiera apreciado el leve temblor de un párpado.

—Puede ser.

—¿Y que, por una parte, ansiaba usted ser descubierto y apresado?

—No me reconozco en la persona que lo hizo.

—¿En la persona que hizo qué, señor Zambrano?

—Que escribió las cartas.

—Pero ¿acaso no lo deseaba? ¿No deseaba en lo más profundo de su ser que lo descubrieran y arrestasen? ¿Acaso no lo deseaba al igual que deseaba a Eve Paradise?

—¡Protesto! —se irguió, por fin, el abogado defensor—. Acoso al testigo.

—No ha lugar —dijo el juez Mason—. Prosiga el Ministerio Fiscal.

—Rogaba para que lo descubriesen cuanto antes, ¿verdad que sí?

—Sí, sí —había como un desgarrador pudoroso en cada afirmación, el ruego de que lo dejaran en paz y lo olvidasen eternamente, la necesidad de no ser nada para no volver a sufrir y no tener que esforzarse.

—Piénselo, señor Zambrano. Piénselo. Para que descubrieran su talento, su don, su superioridad intelectual; para ser admirado, o tal vez temido; para suscitar una pasión por vez primera en su vida. ¿No es esto exacto, señor Zambrano? ¿No es exacto que deseaba ser descubierto y apresado por todas esas razones?

—Sí.

El fiscal Garrett se tomó su tiempo.

—Imaginemos que la impecable investigación llevada a cabo por la policía no hubiera dado frutos, ¿qué habría sucedido entonces? Quiero decir, después de las cinco cartas, después de los cinco crímenes, ¿qué decisión habría tomado si no lo hubiesen descubierto?

—Creo...

—¿Qué es lo que cree?

—Creo que me habría entregado yo mismo.

7. NUEVAS NOTICIAS

1

«¿No teme enamorarse de nuevo, señorita Paradise?».

Parecía la típica pregunta de un detective que no ocultaba su entusiasmo por la actriz, ni tampoco su compromiso con la investigación.

Por otra parte, según Eve, la pregunta estaba mal concebida. Para hablar con propiedad, el detective Liam O'Tooley debió haberle preguntado: *¿No teme enamorarse por primera vez?*

Y, entonces y sólo entonces, Eve hubiera dicho:

—No puedo permitírmelo, detective. No quiero. No debo.

Si O'Tooley supiera cuán secretamente había anhelado vivir la emoción que tan a menudo había fingido para el cine, si supiera cuánto había esperado el momento en que amar, como antes había sido amada, fuera la única salida. Pero nadie mejor que ella podía intuir lo preferible que era amar a que la amasen.

¿En eso consistía estar enamorada? ¿En llorar como una niña durante toda una tarde? ¿En comérselo a besos, llorando, mientras él le explicaba por qué se había citado con su madre en el Sheridan Wave Tournament Club, cuánto se arrepentía de haberlo hecho y cómo habían cambiado las cosas desde entonces? ¿En ver con sus ojos, pegada a su piel, sentir a través de sus manos, tocar aquello que él hubiera rozado, gozar sólo cuando él gozaba, sufrir en su misma medida? Aquel bello dolor, aquellas simplezas carnales que en los platós no hacían sino provocarle bostezos, todos y cada uno de los síntomas de la infección los experimentaba ahora. Sin necesidad de fingir la fiebre, notaba el corazón derritiéndosele en el pecho.

Por eso, con Donovan, no era ninguna estrella. Improvisaba. Era, sin paliativos, la peor actriz imaginable.

Cuando lo vio sobre el escenario, la noche en que su madre la arrastró al *show* de hipnosis —nunca mereció Evelyn que le estuviera tan agradecida—, supo que allí, sobre las tablas, había un chico capaz de hacer lo que otros habían intentado sin éxito. Lo supo. Sorprendió en sus ojos esa *cualidad*. La *cualidad* que haría germinar en su corazón una semilla de esperanza. Eso la llevó a disculparle la arrogancia que no perdonaba en los hombres; especialmente, en los hombres maduros, en los viejos, a los que deseaba ver desconcertados, cuando no humillados, ante ella, la hermosa y fría Eve Paradise.

De todos modos, el chico era hermoso y, en su papel, irradiaba desparpajo; pero la pasión sólo empezó a devorarla a raíz de las cinco noches en que Donovan escaló su mansión y el cálido galán creyó hipnotizarla.

Donovan era el hombre, no un hombre; otro cliché que ahora tenía por una verdad luminosa. Aunque adoraba a los chicos jóvenes, nunca antes había experimentado eso por ninguno. Tenía la certeza de conocerlo desde siempre, la certeza de ser más mujer con él, más femenina de lo que nunca había sido con nadie. Le gustaba que la descalzase para amarla, no importaba que hicieran el amor con ropa o sin ella, o que sus dificultades con el sexo siguieran siendo las de siempre. Y, de hecho, permitirle que la descalzara y la besara, que empezase a prodigarle caricias por los pies era tanto como mostrarle toda su fragilidad, su vulnerabilidad. Era tanto como decirle: «No tengo miedo de ti».

Porque él era un viento cálido que soplaba hacia ella, la dejaba sin aliento. Simbolizaba el misterio del amor. En realidad, ¿dónde estaba y cuándo volvería el joven que la había enamorado y abierto los ojos durante aquellas cinco benditas noches? ¿Por qué tardaba tanto en reaparecer?

Por no mencionar que de su vida, la vida de Donovan, le apasionaba todo cuanto él le refería, anécdotas que ni Amós habría podido jurar que eran veraces. Como que su padre fuera inglés, natural de Manchester, o que hubiera sido empleado de la Río Tinto Company Limited, la empresa adjudicataria de la explotación minera, en Huelva, que su madre fuera una onubense analfabeta, inteligente y bellísima, que tuviera seis hermanos, de los cuales él era el tercero, o que no hubiese renunciado a su nacionalidad de origen, a diferencia de ella misma.

Donovan había amado a su madre, decía, pero como no se llevaba bien con su padre, un inglés aún más frío de lo que sugiere el temperamento arquetípico, se independizó muy pronto. Con algo de audacia, le confesó a Eve, y la protección impagable de una familia, embarcó rumbo a Hawai, la puerta del Nuevo Mundo, un continente de oportunidades. Ya en América, se había entregado con pasión al hipnotismo, un talento que perfeccionó y refinó a base de lecturas. Recorrió el país de cabo a rabo con su pequeño espectáculo. Trabajó en ferias ambulantes y en parques de atracciones, acompañado de su asistente, Amós —y el padre de este—, a quien había conocido en Hawai y que, de inmediato, se desvivió por seguirlo, fascinado como estaba por unos dones que consideraba mágicos.

—¿También él es andaluz? —preguntó ella.

—Sí —dijo Donovan, sobrevolando el tema.

Hasta le confió que lo habían arrestado unos días, acusado de matar a un tipo que se le encaró por una mujer. Ocurrió siendo muy joven, justo antes de largarse de España; pero salió airoso y acabó por reafirmarse en la certidumbre de que emigrar era la única solución si pretendía escabullirse de la guerra con Marruecos.

La primera noche que ella durmió con Donovan fue en un motel de carretera en donde al chico no le exigieron documentación. Eve se quedó dentro del coche para no ser reconocida. Y fue asimismo la primera vez para muchas cosas.

La primera vez que se sintió intimidada por alguien más joven, la primera vez que alguien estaba en condiciones de hacerle pedazos el corazón y que se dijo, en voz

baja, como un salmo, una oración: «para siempre», con esa sencillez de los relatos que se cuentan a los niños. Para siempre. Lo dijo en susurros mientras Donovan dormía a su lado y, por un momento, temió que los latidos de la sangre en sus venas lo despertasen.

Luego habría más veces, pero esa primera fue irremediablemente para siempre.

Él la había descalzado, sentado en el borde de la cama, atraído hacia sí y besado. La besó interminablemente mientras se fueron desnudando. Ella, con su amor en la punta de los dedos.

Porque Donovan era definitivo, el compañero alrededor de quien deseaba fundar su vida, urdir una alianza natural. Por eso, aunque su goce físico fuera exiguo o extraño, había una compensación sentimental que la fascinaba, y por eso, aquella primera vez no se abstuvo de hablar mientras lo hacían como nunca antes había hablado con nadie. Musitaba: «Cariño, cuídame». Sin rubor, iba mucho más allá que con los otros.

La noche de la cuarta carta era domingo. Habían pasado toda la tarde fuera de Chicago; a pocas millas, en realidad, pero muy lejos de la civilización, en un motel, tanto más idóneo para una pareja que deseaba pasar inadvertida.

A eso de las diez de la noche, Donovan salió de la habitación para comprar bebidas y comestibles cuando, de manera fortuita, en un receptor de radio que el conserje tenía puesto a todo volumen, un invento aparatoso con un frontal de ebonita y un altavoz que palpitaba como si estuviera vivo, acertó a escuchar algo sobre los crímenes del Segador en un boletín de noticias.

Sin disimular su interés, Donovan se quedó escuchando con el codo apoyado en el mostrador.

No se habla más que de eso. Es natural. El caso, que trasciende la crónica negra para convertirse en un estudio sociológico que nos tiene en ascuas, escapa a nuestra comprensión. Muchos nos sentimos impresionados por semejante alarde de crueldad. Muchos nos preguntamos, a fecha de hoy: detrás del Segador, ¿se esconde un asesino o varios? ¿Puede un solo hombre ser capaz de tamañas atrocidades? Lo que no es discutible es que sus cuatro cartas, de las que nuestro colega Jake Lingle ha sido destinatario, son fiel reflejo de lo sucedido. Dan cuenta de crímenes sin resolver y la cuarta supera a las tres anteriores en lo que se refiere a inhumanidad. ¿Qué mente perversa ideó enterrar a la nueva víctima en el mismísimo camposanto de Mount Carmel, bajo la lápida de Sammy Lombard, un sujeto, como recordarán, de pasado turbio a quien se relacionó en su día con el crimen organizado y que falleció de muerte violenta en el 26? ¿Es que se puede ir más lejos?

—Entonces, ¿ha publicado el *Tribune* algo más sobre el Segador? —preguntó Donovan al conserje, aparentando un desinterés que estaba muy lejos de experimentar.

—Oiga, ¿en qué mundo vive, amigo? —el conserje, un abuelo que tenía una catarata en un ojo y mascaba tabaco, lo miró guiñando el ojo limpio. A continuación, lanzó un chorro oscuro en la escupidera y sacó un ejemplar del *Tribune* de debajo del mostrador.

—¿Es de hoy?

—Ya lo creo que es de hoy. El hijo de perra va por el cuarto. Mire, aquí lo dice — señaló con un dedo. La uña tenía un filo de mugre—. Agallas no le faltan. Está dejando a la *bofia* en muy mal lugar.

—¿Le importa que me lo lleve a la habitación, abuelo?

El abuelo se encogió de hombros.

Donovan olvidó la cena y las bebidas y regresó junto a Eve.

Por la expresión del joven y el periódico en la mano, la actriz supo que nada bueno había sucedido.

Como de costumbre, el *Tribune* reproducía fotográficamente la carta.

Señor Lingle:

No tengo nada contra los turcos, salvo si se meten donde no les llaman. Su nombre era Abdul Farah. Vivía en el Valle. Sus padres tienen un comercio en Halsted Street. Encontrarán el cadáver en la tumba de Sammy Lombard, en el cementerio de Mount Carmel, sin aquello que metió donde no debía.

Ah, y pasó un 13 de mayo de 1926. Pregúntele a sus amigos detectives si necesitan más pistas. Van cuatro.

Firma: EL SEGADOR DE CHICAGO

Eve atrajo a Donovan hacia la cama. Extendieron el diario y leyeron el artículo de Lingle, de contenido tan murmurador y abyecto como los precedentes, con la diferencia de que, a partir de la tercera carta, Eve había dejado de ser blanco de sus críticas. De todas formas, la distancia del *Tribune* sobre el resto de periódicos más vendidos de Illinois era más abrumadora de día en día.

—¿Fue tu amante? —preguntó un Donovan impotente para esconder su ansiedad—. El chico y tú, ¿fuisteis amantes?

—Tuvimos una aventura. Me estaba haciendo la vida imposible —ella parecía a punto de estallar en sollozos—. Dime, ¿qué es todo esto? ¿Qué es lo que va a pasar ahora? ¿Qué nos espera? —y se tapó la boca como si temiese oír de sus propios labios la respuesta.

—Tranquilízate —él le cogió la cabeza entre sus manos rojas, aquellas manos anchas y sanguíneas por las que debía de fluir la sangre a borbotones. Sus grandes manos que tanto le gustaban a Eve—. Todo irá bien, cariño. Estoy a tu lado.

Pero ella no pudo por menos de pensar que en su tono no había suficiente convicción, o bien que la culpa de que no la apaciguase como en las cinco noches de hipnosis era sólo de ella. ¿Y si le pidiese de nuevo que la hipnotizara?, pensó. ¿Y si, por última vez, se lo pidiera?

El fiscal Garrett se paseó con la cabeza baja, la misiva y unas fotos en la mano, el índice de la otra adherido a los labios. De pronto, se volvió hacia el acusado.

—Así pues, ¿tiene usted ideales racistas?

—No, no. ¿Racistas? No.

—Sin embargo, conoció al joven Abdul Farah, ¿no es cierto?

El acusado pareció titubear.

—Personalmente, no.

—Entonces, ¿cómo se explica la misiva que acabamos de leer y cuya autoría reconoce, la carta que inequívocamente remitió al señor Lingle para ser publicada en el *Chicago Tribune*? —el acusado metió las manos entre las piernas, miró al público sin ver a nadie, y bajó la vista—. Es mi obligación recordarle que está bajo juramento.

—Protesto, señoría —intervino el abogado Spelling—. Mi representado está al corriente de lo que supone prestar testimonio.

—Aceptada. Modérese, en la medida de lo posible, el Ministerio Fiscal —dijo el juez Mason.

—Retiro la pregunta —repuso el fiscal Garrett—. Una vez abierto el ataúd de bronce blanco que presuntamente contenía los restos del señor Sammy Lombard, fue hallado este cadáver en su lugar —fue pasando las fotos, una tras otra, al acusado—. ¿Lo reconoce?

—Sí.

—Caballeros de jurado, el análisis forense determinó que era el cuerpo de un hombre joven, de dieciocho años, espontáneamente momificado, algo apreciable en las fotografías que se aportarán como prueba. El cadáver presentaba varias heridas provocadas por un arma punzocortante a la altura del corazón y tenía los genitales seccionados e introducidos en la boca.

»Asimismo, se estableció que las condiciones de sequedad, la propia constitución de la víctima, con muy poco porcentaje adiposo y, en especial, el hecho de que la muerte hubiera cursado con una gran hemorragia originaron el proceso espontáneo de momificación. El estado del cuerpo permitió que fuera identificado por los familiares de la víctima como Abdul Farath, de dieciocho años, frutero y con domicilio en Halsted Street, Chicago; por cierto, todo según usted señalaba en su misiva enviada a *Chicago Tribune*, y que acabamos de leer. Le pregunto, señor Zambrano, ¿por qué mató a Abdul Farah?

—Debí de volverme loco. No lo recuerdo.

—¿Recuerda cómo lo mató?

—No.

—¿Recuerda dónde lo mató?

—No.

—¿Recuerda cómo efectuó el intercambio de los cadáveres?

Silencio.

—¿Contó con la ayuda de cómplices? ¿Recurrió, tal vez, a asalariados del crimen de Chicago?

Silencio.

—Se lo preguntaré de otra manera, señor Zambrano. El crimen del joven Abdul Farah pudo llevarse a cabo el 13 de mayo de 1926, el mismo día que sus padres no volvieron a verlo, y dos días antes de que los pretendidos restos de Sammy Lombard fueran enterrados en el cementerio de Mount Carmel, el 15 de mayo. Se intercambiaba un cuerpo por el otro; sin embargo, el señor Lombard, dadas las oscuras relaciones que frecuentó en vida, no debía de ser un cadáver, digamos, fácil de manejar. ¿Pretende hacernos creer que lo hizo usted solo?

Silencio.

—¿Por qué se tomó ese trabajo con el cadáver del joven Abdul Farah mientras, por otro lado, permitió que el cadáver de Jimmy Bowly quedase expuesto en un banco del Columbus Park?

—No sé. No recuerdo.

—Señor Zambrano, ¿tenía relaciones con la mafia de esta ciudad, con la que, destaquemoslo, se vinculó en vida a Sammy Lombard?

—No, no —dijo. Posó las manos en los muslos, que no dejaban de moverse.

—Y, sin embargo, durante tres días, del 13 al 15 de mayo de 1926, con las respectivas noches del 13 y del 14 —el fiscal se dirigió a su mesa, dejó la carta y las fotos y cogió un libro de considerable grosor—, época durante la cual paseaba su espectáculo de hipnosis por el estado de Indiana, usted se desplazó hasta Chicago y se alojó, insisto, durante esas dos noches seguidas, en el hostel Savannah, como así consta en el libro de registro que aporto como prueba. Yo le pregunto, ¿es cierto o no que las funciones de hipnosis en esa época eran muy poco rentables?

—Sí... es cierto —dijo Amós.

—¿Es cierto o no que usted, su difunto padre y el señor Donovan Curtis sobrevivían no sin dificultades con las ganancias de su espectáculo itinerante?

—Sí.

—¿Sí qué, señor Zambrano?

El acusado se frotó los ojos y los entornó mientras miraba al fiscal Garrett.

—A veces teníamos que echar mano de nuestros ahorros.

—¿Es cierto o no que hubo días en que su padre, el señor Curtis y usted se quedaron sin comer porque no tenían dinero?

—No sé. No recuerdo. Ninguno queríamos gastar el dinero ahorrado.

—Entonces, dígame señor Zambrano, ¿cómo es posible que se diera el lujo de viajar a Chicago en esa época y hospedarse en el hostel Savannah durante dos noches?

Transcurrieron unos segundos.

—Fue para ver a Eve Paradise. El 14 de mayo se estrenaba *Lazos de sangre*, su

última película.

—Sin embargo, usted durmió en Chicago el día 13 y no regresó a Indiana hasta el día 15. ¿Por qué, señor Zambrano? ¿Por qué?

8. EL PUNTO DÉBIL DE O'TOOLEY

1

Después de cambiarse, bajó al patio de butacas vacío y tomó asiento en una de las filas centrales. Se encogió. Envolviéndose en las tinieblas de la sala, descansó la vista. No era más que una sombra; a nadie importaba. Si para que te amasen había que pertenecer a alguien, Amós nunca sería amado; ni tan siquiera estaba a gusto en su propia piel. Arriba, en el escenario, veía las candilejas con un halo amarillento.

La función había sido un éxito. Como todas las noches, el teatro se llenó a rebosar. Un mes después de su estreno, *El show de Donovan* superaba los pronósticos más favorables y, en particular, esta noche, ni los espectadores que habían subido al proscenio accediendo a sumirse en trance, ni tampoco Donovan, se habían percatado de su pérdida de visión.

Al principio, cuando la enfermera le había aconsejado serenidad puesto que la luz del cuarto en donde yacía su padre muerto estaba encendida, a Amós se le pasó por la cabeza de todo menos seguir el consejo. Al fin y al cabo, ¿qué forma de apelar a la calma podía ser más zozobante que aquella? Por el contrario; el miedo, el terror hicieron presa en él, se quedó sin fuerzas; perdido en aquella cerrada oscuridad, se derrumbó. Debieron de administrarle algún tipo de sedante o narcótico porque, tras recuperar la conciencia y superar la crisis, se vio tendido cuan largo era en una cama del hospital, y la luz diurna, filtrándose en pinceladas por las cortinas, le dio directamente en los ojos.

Fue sometido a análisis y reconocimientos y, durante un par de días, a Donovan no le quedó más remedio que suspender el espectáculo. Al final, se le diagnosticó lo que tanto temía, lo que siempre temió más que ninguna otra cosa, la misma afección de su padre, destino que se le antojaba muy superior a sus fuerzas.

Soportó con desesperanza el tratamiento que él mismo había administrado al viejo cuando estaba a su alcance. Y, una vez le dieron el alta en el hospital, Donovan lo sobrecogió con la noticia de que el aforo estaba vendido para las dos semanas siguientes, en vista de la creciente demanda de entradas que había.

Perdió visión periférica, nada comparado con lo que el progreso de la enfermedad le deparaba, en caso de no ser muy estricto con la medicación, y según se encargaron de advertirle los médicos. Lo que siempre había temido empezaba a ocurrir, lo que tan a menudo se había negado a afrontar estaba pasando. Sabía que iba a quedarse ciego. El diagnóstico no dejaba concebir esperanzas, aun respetando la dosis de insulina diaria que le habían prescrito. Estaba aterrorizado.

Había sido débil y cobarde. Con sus antecedentes familiares, otro que no fuera él

se habría hecho controles periódicos; pero, por cobardía, Amós nunca se había puesto en manos de los médicos. Con certeza, temía más a su sangre que a cualquier fatalidad.

Antes de que la medicina lo certificara, había sabido que arrastraba los pecados del viejo: días antes, le había confesado el moribundo que en la debilidad se parecían; luego entonces, ¿cómo había fantaseado con sustraerse al castigo? Y, conforme su vista empeorase, ¿qué ocurriría? ¿Cómo trabajaría sobre el escenario? ¿Cómo vería las películas de ella? ¿Qué vida le esperaba? ¿La soportaría?

No le habló a Donovan sobre la pérdida de visión; tampoco sobre las funestas expectativas, porque sólo a una persona en este mundo se lo habría confesado. Pudiera ser que la luz de sus ojos se apagase pronto, pero mientras le quedase un hálito de vida, mientras fluyera por él una gota de la mala sangre heredada, no dejaría de amar a esa persona, la misma que no recordaba su nombre ni nada de lo que a él concernía.

Recordó que, justo antes de salir del hospital, Donovan le dio la noticia de la cuarta misiva publicada en el *Tribune*, en la que se daba cuenta del asesinato de Abdul Farah. Y vio de nuevo la cara febril de Donovan, como escrutando su reacción o espiando su sagacidad al darle el periódico para que leyera la carta:

*Ah, y pasó un 13 de mayo de 1926. Pregúntele a sus amigos detectives si necesitan más pistas.
Van cuatro.*

Firma: EL SEGADOR DE CHICAGO

—Te estaba buscando.

Oyó la voz de Donovan arriba, en el escenario. Levantó la cabeza, abrió los ojos. Se las vio y se las deseó para regresar, exhausto como si hubiera emprendido un penoso camino de vuelta. Donovan seguía con el frac puesto. Entre el halo de las candilejas, era un bello artista, un mago digno de las pasiones y deseos que provocaba.

—¿Por qué no te cambias? —preguntó Amós.

—Pensaba en ti. Son días duros —a Amós le habría gustado reírse—. No te culpes por lo de tu padre.

—No me culpo. Nadie lo quería.

—Cuidaste de él.

—Lo odiaba. Fui capaz de pegarle.

Donovan se puso a pasear por el proscenio. La contera del fino bastón —un extra, el bastón, en el que a veces se apoyaba para darle más encanto al personaje— resonaba cadenciosamente.

—Y tú, ¿qué es lo que quieres? —preguntó Amós.

—Es difícil ocultarte nada. Lees sin dificultad en todos nosotros —Amós se sonrió despectivamente—. De acuerdo, no pienso andarme con preámbulos. Nos

conocemos demasiado.

¿Tanto se conocían?, dudó Amós. El joven se detuvo, de cara al patio de butacas, con el bastón entre las piernas, apoyándose en él con las dos manos.

—Amós, ahora tienes tú que ayudarme. Te necesito.

Amós fijó en él la vista. Era mucho más que un hombre agraciado, era un hombre bendecido por la fortuna. La fortuna, la única divinidad ante la que Amós se postraba.

—Necesito que vuelvas a su mansión, la mansión de Eve. Necesito que vuelvas para hipnotizarla. Sólo una vez más. Te lo ruego.

—¿Ahora eres tú quien me lo pide?

—Amós.

—¿Ahora eres tú quien ha perdido un tornillo?

—Amós, no te lo pido —y, como aviniéndose a humillarse, Donovan siguió diciendo—: Ella fue quien me lo pidió. Yo te lo estoy suplicando.

Y entonces Amós, congestionado, sintió cómo una oleada ardiente, la mala sangre, lo recorría. Era su corazón, esponjándose ante la sola posibilidad de volver a verla, por última vez. Y pensó en la difícil, por no decir deliciosa, oportunidad de terminar un trabajo que se había convertido en un vicio.

2

Era ya de madrugada, y el detective Liam O'Tooley aún se obstinaba en ordenar las piezas del caso. Quedaban en la comisaría los agentes de guardia. Se sirvió un café humeante, lo dejó sobre su mesa y se desplomó en el asiento.

Si era franco consigo, no estaba más cerca ahora de conocer la verdad que dos semanas antes; sin embargo, su intuición... Al demonio con ella. Su intuición era su imaginación pervertida. Cabeceó como si quisiera despejarse o sacudirse las intuiciones. Bebió un sorbo de café, se aflojó el nudo de la corbata, puso los pies sobre la mesa y, como tenía por costumbre el grosero de su jefe, metió los pulgares entre la camisa y los tirantes. Se sintió deliciosamente zafio.

Tenía buenos motivos para desconfiar de sus intuiciones, pese a que, a menudo, en otro tiempo, ellas le habían empujado a abrir líneas de investigación exitosas y a que, durante una época, se creyó un intuitivo infalible.

Desconfiar de sus intuiciones equivalía, en la práctica, a volverse más temeroso, más académico. Ciertamente, ya no tenía el impulso de los primeros años, cuando su talento era imbatible y combatía los prejuicios que concitaba con éxitos. Habría podido ascender, llegar más allá que ningún otro detective, pues rastreaba la culpa, la vendeaba; sin embargo, ahora la incertidumbre era su reino. Temía sus intuiciones. Estaban ahí. Siempre estaban ahí, como espectros de los que escapar. Le pasaba,

sobre todo, con las mujeres sospechosas. Todos lo sabían.

Evelyn Paradise, por ejemplo. Su intuición le decía que algo marchaba muy mal con la madre de la actriz, una dama en permanente estado de frustración. A partir del momento en que había irrumpido en la comisaría para alertarle sobre las relaciones del joven Donovan con su hija, y sobre el particular método de este para acceder a la mansión de la estrella, O'Tooley intuyó que había gato encerrado, y, no obstante, se demoró días en investigar la coartada de la señora Paradise, una coartada, encima, endeble.

Con respecto a la noche en que desapareció Mike W. Murdoch, Evelyn Paradise perjuró que había regresado sola a la mansión de River Forest una vez que su hija y ella se separaron; ahora bien, nadie perteneciente a la servidumbre corroboró esa versión, ni, a decir verdad, tampoco fue negada por nadie. Incluso, O'Tooley habría jurado que una de las doncellas, una rubia de Arkansas, de saludable color, que apenas despegó los labios durante el interrogatorio, ocultaba tanto como callaba.

A raíz de ahí, tocando teclas, el detective logró que se hicieran algunas averiguaciones que hubieran sofocado al investigador más gélido. Evelyn Paradise era viuda del sevillano Alfonso Villasandino, que se había matado accidentalmente de un tiro en la barriga limpiando una escopeta. Eso ocurrió veintiocho años atrás, en 1900. A su vez, Eva Villasandino, mundialmente conocida como *Eve Paradise*, era fruto del matrimonio y, naturalizada estadounidense, había adoptado el apellido materno. Y, por último, Richard Villasandino, bien conocido en Chicago como Ritchie Sandino, era el primogénito de Evelyn y medio hermano de la estrella de cine, además de haber sido prohijado por Alfonso Villasandino.

Y si pensaba en Eve Paradise, a la desconfianza que le inspiraban sus intuiciones, había que sumar la admiración que sentía por ella y la comprensible lástima que le infundía su situación. Más aún, en cuanto supo del contenido de la última carta y llamó a la actriz, esta le confirmó que Abdul Farah había sido su amante. Así pues, Jimmy Bowly, Rick Patterson (finalmente se identificaron sus restos) Abdul Farah, Mike W. Murdoch... Cómo no conjeturar que faltaba, cuando menos, una misiva, tal vez la última, la referente al crimen del conde Alexei Vasíliev, cuyo cadáver había sido igualmente mutilado y cuyas macabras fotos no dejaba de revisar.

En resumidas cuentas, todos habían sido amantes de Eve Paradise, todos con excepción, según la actriz, de Mike W. Murdoch. Y, por si fuera poco, los restos del joven Patterson habían sido enterrados en la parcela de la que había sido su residencia, en Galena. ¿Era concebible algo más insensato?

Por otra parte, con relación a su medio hermano, Ritchie Sandino, se abrían interesantes perspectivas. Una vez se confirmó que los restos de Abdul Farah yacían en el ataúd destinado al mafioso Sammy Lombard, en el cementerio de Mount Carmel, como aseguraba la última carta publicada en el *Tribune*, era difícil no tomar en consideración a Sandino, un actor principal del hampa de Chicago. Además, estuviera o no directamente implicado en los crímenes, Sandino era el florista oficial

en los entierros de la mafia. Durante años se había erigido en la mano derecha de Capone, quien —detalle que nunca escapó a O’Tooley— mantenía una estimable relación con la sabandija de Jake Lingle, uno de los grandes beneficiarios del morboso revuelo que polarizaba la atención de Chicago y ponía a su periódico, y a él mismo, en el ojo del huracán.

Y, en cuanto al joven Donovan y a su asistente, Amós, resultaba ventajoso no descuidar las cartas; es decir, las pistas que razonablemente se deducían de las cartas que, hasta la fecha, el presunto asesino había enviado a Lingle.

Primero, saltaba a la vista que un criminal enloquecido, y hasta la fecha indemne, desafiaba a la policía; *segundo*, que estaba obsesionado con la estrella de Hollywood y llevaba años sometiéndola a estricta vigilancia; *tercero*, que tenía en el punto de mira a sus amantes jóvenes y parecía seguir la misma pauta criminal; *cuarto*, que las letras con que se confeccionaban las cartas tenían la tipografía del *Chicago Tribune*, lo que afianzaba la sospecha de que el asesino tenía su centro de operaciones en la ciudad; *quinto*, que el papel de las cuatro cartas tenía aspecto de haber permanecido en algún lugar húmedo; *sexto*, que el matasellos de la segunda y tercera —no de la cuarta; es decir, hasta que el entrometido de Lingle hizo referencia al matasellos en su artículo— procedía de Sandersville, en Georgia, y *séptimo*, la última carta subrayaba que el crimen de Abdul Farah había sido cometido el 13 de mayo de 1926.

Naturalmente, la pregunta, *qué vinculaba todo aquello a Donovan y a Amós*, habría tardado más en formularse si Donovan no le hubiera referido que su asistente era un apasionado de Eve Paradise y que guardaba cientos o miles de recortes de prensa de la actriz bajo llave.

Lo siguiente que descubrió fue que Sandersville, en Georgia, había sido la última villa en donde el hipnotizador y su asistente trabajaron antes de instalarse en la Ciudad del Viento, y que ambos, junto con el padre de Amós, recién fallecido, vivían en un bajo especialmente húmedo en Cicero, el reino por excelencia de Capone.

En cuanto a la última pista —el 13 de mayo de 1926— acababa de ordenar a sus muchachos que batiesen todos los albergues de la ciudad que merecieran tal nombre. Recordaba bien que Donovan había manifestado haberse establecido en la ciudad hacía unos tres meses y que nunca antes habían visitado Chicago; o sea, estaba refiriéndose a su asistente y a él; o sea, que el 13 de mayo de 1926, ni Donovan ni Amós estaban en la ciudad; y, no obstante, ¿a quién podía extrañar que la firma de ambos, o de uno sólo, figurase estampada en el libro de registro de alguno de los hoteles u hospedajes de Chicago?

Así las cosas, un par de preguntas tan descabelladas como lo demás flotaban sobre la cabeza del detective Liam O’Tooley: ¿hasta qué punto entraba en juego la hipnosis? Y, ¿por qué había que descartarla?

Hacía días que pensaba interrogar al tipo llamado Amós. Si desde el principio no lo hizo, se debió a que no le parecía un interrogatorio de importancia, y, más tarde, se debió justo a todo lo contrario, a que no deseaba ahuyentar a ese hombre o ponerlo a

discurrir. Prefirió dejar que transcurriese más tiempo. Y, aparte, estaba su maldita intuición, tan inequívoca que resultaba un tormento rehurla. Se habría degollado si con ello hubiera podido sortear sus intuiciones. Intuiciones que condenaban a mujeres inocentes a la horca.

La única buena noticia que O'Tooley había recibido últimamente era que el FBI no intervendría dado que el crimen de Murdoch no podía conceptuarse como delito federal. De modo que, por el momento, podía respirar tranquilo.

Impulsivamente, descolgó el teléfono y solicitó de la operadora que le pusiera en comunicación con el número de Lingle, en la sede del *Tribune*. No le sorprendería que el otrora gacetillero, ascendido a periodista estrella del diario como consecuencia de los crímenes del Segador, estuviera aún en la redacción.

—Oigo.

—¿Señor Lingle?

—Aquí Lingle.

—Soy el detective O'Tooley.

—Hombre, O'Tooley. ¿También usted está de servicio esta noche, o es que sufre accesos de insomnio?

—Escúcheme. ¿Me escucha?

—No tengo trazas de ser yo el sordo.

—¿Y si las cartas fueran una cortina de humo?

—Qué pregunta. Eso ya me lo largó con la primera carta. Una maniobra de distracción, dijo entonces. Tengo memoria de elefante.

—No es exactamente igual. ¿Y si el asesino, o quienquiera que componga esas cartas, intenta ocultar algo, llevarnos por el camino erróneo?

—¿Me está acusando de ser cómplice de una farsa criminal?

—Lejos de mi intención, señor Lingle —y, tal vez arriesgándose, no dudó—. Al menos, por ahora.

—Vaya con ojo, O'Tooley, si no quiere que le aparten del caso. Queda advertido.

—No tiene ninguna necesidad de advertirme. Yo soy mi más riguroso juez, ¿me oye? No quiero equivocarme, señor Lingle.

El reportero hizo una pausa trufada de interferencias.

—O'Tooley, usted está muy mal, ¿lo sabe? Pongamos las cartas bocarriba. ¿Cuál era su nombre? A ver, déjeme que recuerde. Hum, ¿Leine? ¿Meine? ¿Laine? ¿Lamar? ¿Tal vez... Elisabeth Lamar?

¿Olvidarla? Cómo iba a olvidarla O'Tooley. Cómo si el espectro de Lissie Lamar susurraba cada noche en su oído cuando apagaba la luz, si seguiría haciéndolo durante todos los días de su corta o larga vida, mientras el sol saliese para él y hubiera un asomo de conciencia que despertar.

—Lissie Lamar —dijo con voz ahogada el detective.

Él, que tanto se había ufanado de su intuición, aquel proverbial talento suyo para detectar los propósitos, leer entre líneas los pecados ajenos, quizá porque siempre se

había sentido al margen o porque tenía la susceptibilidad característica del hombre rústico, él, sin haberlo merecido, acabó traicionado por su intuición.

—Se llamaba Lissie Lamar —repitió.

—¿Era inocente, O'Tooley? Pues claro. Por supuesto que era inocente. Ella no mató a su esposo. Ahora me viene a la cabeza.

Pero ¿Lissie Lamar? ¿Qué culpa tenía? Cuánto tiempo llevaba O'Tooley preguntándose lo mismo. ¿Pagó Lissie Lamar a causa de la soberbia de él, de su ambición, de su necesidad de distinguirse?

—Fue un suicidio lo de su esposo, si no me falla la memoria. A veces pagan justos por pecadores.

Desde el primer instante, su intuición le dijo que había sido ella y sólo ella quien había puesto el arsénico en la leche de su marido. Nadie la tenía por sospechosa; pero él, la persona que era entonces, se obcecó. Su empeño, sus rastreos, su tesón de labriego cazurro, pues labriego irlandés era su padre, el padre al que abandonó una esposa casquivana y, con él, al hijo común de tres años, todo al servicio de su intuición. Finalmente, ganó la partida. Fue condenada a la horca, Lissie Lamar. Dos semanas después, demasiado tarde, fue hallada la prueba definitiva: una carta del esposo inválido en la que dejaba clara su voluntad de suicidarse y eximía de responsabilidad al mundo.

—¿Qué le pasa, detective? ¿Sigue ahí, O'Tooley?

Se dio de baja. Pasaron muchos meses. Guardaba la foto de la ejecución de Lissie Lamar en la horca, con su charco de orina. Como si deseara flagelarse con ella.

—Señor Lingle —dijo O'Tooley—. No se puede caer más bajo —y esta vez colgó él.

El detective apoyó los codos en el escritorio y metió la cabeza entre los brazos. Era imprescindible visitar al doctor Slater para contarle todo.

3

Exactamente, a esas horas de la madrugada, un poderoso Lincoln tipo L de color gris, con las cortinillas echadas, circulaba despacio por una de las más selectas travesías del barrio de River Forest. A continuación, se detuvo, con el motor encendido, junto a la cancela que daba acceso a la residencia de Eve Paradise.

De inmediato, Evelyn cerró la ventana a la que había estado asomándose de manera intermitente en el transcurso de la última media hora. Poco después, salió furtivamente de la casa, recorrió el sendero que conducía a la cancela y puso el pie en la calle. Todo con extremo sigilo, mientras un tipo alto como una cigüeña y con un ojo de cristal la esperaba con la puerta trasera a medio abrir.

En cuanto Evelyn subió al Lincoln, Harry Gusick se apresuró a cerrar la puerta y ocupó el asiento del copiloto justo en el instante en que su compañero, Sam Cormick, arrancaba.

9. RENCOR

—Creí que no vendrías, a pesar de la nota —dijo Evelyn. Fueron sus primeras palabras desde que se había refugiado en el Lincoln, veinte minutos antes.

A causa de las cortinillas, ignoraba por dónde había enfilado el conductor para salir de la ciudad o en qué lugar estaban. Tras aparcar junto a un puente con muy poco tránsito, los escoltas habían salido del auto. Ritchie miraba fijamente ante sí, un punto en el infinito, más allá de las tinieblas de la madrugada, con el gabán y el sombrero aún puestos. En ocasiones, los faros de algún coche ponían un destello de luz entre madre e hijo.

—Siempre te equivocaste con tu familia —sentenció Ritchie.

—Todos nos equivocamos. No te creas una excepción. —Evelyn encendió un cigarro con dedos temblorosos y aspiró por la boquilla—. Las cosas se comprenden demasiado tarde.

—En lo que a nosotros respecta, yo las comprendí muy pronto.

—No obstante, Richard...

—Déjate de palabrería y abreviemos. ¿Dónde está el problema?

Había impaciencia en su tono, como para resguardarse, como para advertirle a ella que no estaba dispuesto a hacer frente a un dolor gastado más que el tiempo estrictamente necesario. Evelyn aspiró de nuevo, expelió el humo, descorrió las cortinas y echó un vistazo fuera.

—¿Tanto te cuesta ser un poco amable conmigo?

—Adelante. Vomita lo que te preocupa. ¿Te parece poca cortesía? —dijo Ritchie mirándola sin parpadear.

—Me preocupa muchísimo tu hermana.

Él dejó escapar una breve risa. La risa propia de alguien demasiado sensible a esa clase de preocupación.

—¿Desde cuándo te preocupa mi hermana? ¿Desde que ganó sus primeros cien mil?

—Me resulta increíble que aún puedas hablarme de este modo, con esa hostilidad.

—Te lo preguntaré de otra forma. ¿Cómo se llama el problema?

Ella suspiró profundamente y repuso:

—Donovan Curtis —Ritchie volvió hacia ella unos ojos chispeantes—. Un titiritero, un bufón. Alguien que se dedica a la hipnosis como espectáculo. El nombre te resultará familiar.

—El *showman*.

—Sí. Ese es el tipo que visita a tu hermana por las noches, en secreto. Entra por la ventana. Arriba, en el salón del primer piso, la hipnotiza.

—Conque *Donovan* —dijo sin reprimir una sonrisa—. ¿Y estás segura de que es quien tú dices?

—Lo he visto escalando hasta la terraza. La hipnotiza a su antojo.

—¿Qué pruebas tienes? ¿Acaso sigues leyendo la correspondencia de mi hermana?

—Mira, Richard —dijo volviendo la cabeza hacia su hijo—, si te importa algo Eva...

—Vuelve a hablarme así —dijo él entre dientes, la voz tensa—, como hacías antes, y no regresarás a tu casa en este coche.

—No me asombraría. Siempre tuviste estos prontos.

—Qué sabrás tú de Richard Villasán...

—¡Cómo puedes utilizar ese apellido!

Ritchie se pasó la mano por la nuca, sin apartar la vista de su madre.

—¿Bromeas?

—Dirás que para no perjudicarla.

—No pienso rebajarme a responderte —y luego—: ¿Cómo sabes que la hipnotiza?

—Porque las dos estuvimos allí, entre el público, en el teatro de Madison Street, el día de su estreno —tomó impulso y prosiguió—. Donovan Curtis la invitó a subir al escenario, la pilló desprevenida y la puso en evidencia. Se burló de ella.

—Algo leí en los periódicos.

—Ese hombre es peligroso —apuró el cigarro y apagó la colilla en el cenicero—. Tienes que hacer algo, Richard. Yo ya no me atrevo.

—¿Ya no te atreves a meter las narices en su vida sentimental, como siempre hiciste? Mal asunto.

La ironía no hizo mella en Evelyn.

—Estaba tan preocupada que se lo conté a un detective de la policía.

Ritchie la miró con alarma.

—No te creo.

—Lo hice para protegerla. Haría cualquier cosa.

—¿Para protegerla? ¿Tú? —alzó la voz—. ¿Cuándo has protegido tú a mi hermana? ¿La protegiste cuando no era más que una niña? ¿La protegiste cuando más te necesitaba, cuando tu marido, aquel viejo asqueroso, hacía con ella lo que hacía, o te dedicaste a mirar hacia otro lado?

—Por favor, no me hagas más daño, Richard —dijo con voz quebrada. Miró por la ventanilla—. Aquello es agua pasada.

—Te equivocas. Aquello estará siempre entre nosotros.

—Pensar que te quise tanto de niño. Formábamos una familia. Por qué se torcerán siempre los sueños.

—No era a mí a quien tenías que querer, sino a ella. ¿Te das cuenta del daño que le hicimos?

—Yo no hice nada. Y tú, mucho menos. ¡Eras un chiquillo! ¡No tuvimos la culpa!

—Es cierto. No hicimos nada —repitió Ritchie—. Nos llamamos durante años, la condenamos a sufrir. ¡Y dices que no hicimos nada! Merecemos pudrirnos en el infierno. Cualquier ayuda que yo pudiera prestarle sería insuficiente. ¿Y sabes por qué? Porque el mal ya está hecho. Nunca podré compensarle ni un solo día de esos años que no puede recordar.

—A Eve Paradise el mundo entero la adora.

—¡Eve Paradise! ¡La estrella! —soltó un asqueado Ritchie—. Dime, ¿quién ama a tu hija?

—Oh, si no guardases más que resentimiento te explicaría que no he vuelto a dormir en paz desde entonces. La mera idea de que un hombre trate de hacerle daño me parte el alma. No sabes hasta dónde podría llegar para evitar eso. Podría llegar incluso a hablar con un hijo que me aborrece. Podría llegar aún mucho más lejos.

—Quiero su nombre, el nombre de ese policía —dijo Ritchie. Evelyn, absorta en sus pensamientos, tardó en replicar—. Su nombre.

—O'Tooley. Liam O'Tooley. Estuvo en casa. Interrogándola.

—¿A mi hermana? —preguntó Ritchie cada vez más exaltado.

—Pues sí.

—¿Y qué le preguntó?

—Te he dicho que se encerraron en el salón de arriba —dijo Evelyn gesticulando vagamente con la mano, como si eso fuera una menudencia.

—Vamos, vamos. ¿Qué le preguntó? ¿No pretenderás hacerme creer que ya no escuchas detrás de las puertas?

—Los crímenes —dijo Evelyn, que sorbió por la nariz mientras encendía laboriosamente otro cigarro—. Le preguntó sobre los crímenes.

—Naturalmente.

—¡Pobre hija mía!

—Deja de lloriquear. Hiciste lo que estuvo en tu mano para separarnos.

—Porque tomaste un camino de perdición —dijo ella secándose con delicadeza una lágrima—, porque habrías perjudicado su carrera.

—¡Qué mala coartada! ¡Pero qué deplorable actriz has sido siempre! Me apartaste de ella porque no te fiabas de mí, para evitar por todos los medios que le descubriera una verdad que tú le has estado ocultando hasta ahora y que yo no supe evitar durante años.

Y, como sobreponiéndose, pero con voz quejumbrosa, Evelyn dijo:

—Sabes, Richard, a tu edad, y no sabes nada sobre la vida ni sabes nada sobre el amor.

—¡Me importa una puñetera mierda el amor! —voceó Ritchie—. ¡En mi mundo, el amor de las mujeres trabaja para mí!

Pasó un rato.

—Entonces, si no puedes amarlas, cómo esperabas proteger a Eve.

—¡Pregúntale a ellas —exclamó Ritchie fuera de sí—, pregúntale si las dejas satisfechas o no!

Evelyn dio una calada, expulsó el humo y dijo, mirando por la ventanilla:

—Hasta eso está por ver.

—Sal de mi coche —dijo Ritchie muy pálido—. No soporto que lo ensucies.

—¿Piensas dejarme sola, a la intemperie? —Ritchie miró al frente—. ¿Y Donovan? ¿Harás algo al respecto?

—¿Donovan? ¿Quién es Donovan? ¿Crees que puede importarme algo Donovan Curtis? A ti es a la única a quien le importa ese Donovan, por lo visto. ¿Piensas que no comprendo? Y ahora sal de mi coche. No quiero volver a verte —dijo y, de inmediato, le agarró el brazo con fuerza—. Sólo por una vez —hizo un alto—, por una sola vez, haz algo por tu hija, no por ti. Demuéstrale que la quieres como una madre. Gratuitamente. Y, ahora, piérdete, Evelyn.

Evelyn se afanó en abrir la portezuela hasta que uno de los escoltas le facilitó el trabajo.

—No guardas más que rencor —profirió, ya de pie. La mirada de Ritchie se perdió en aquel punto lejano que se extraviaba en la noche, veintiocho años atrás—. Y te quedarás solo, como un perro.

—¡Sam! ¡Sam! —gritó Ritchie—. ¡Cierra esa maldita puerta, Sam! ¡¡Arranca de una puta vez!!

Y el gordo Sam Cormick apartó sin miramientos a la dama para acatar en el acto la orden de su jefe.

10. EN TINIEBLAS

1

A sus años, el detective O'Tooley había conocido a muchos profesionales meritorios; pero el doctor Bud Slater se llevaba la palma.

El doctor Slater era psiquiatra consultor del sistema de salud mental de Chicago, estaba al borde de la jubilación y, si algún consuelo inteligente había recibido O'Tooley durante sus meses de baja, el doctor Slater era el responsable.

Tenía el cuerpo en forma de pera, una tonsura en la coronilla que se debía a causas naturales y la coherencia de un agnóstico que, por no creer, ni en la muerte creía. Además, en su campo, era un pionero que sabía más que nadie de las motivaciones criminales. Tenía fama de excéntrico.

Marginado siempre por la ortodoxia, sin embargo, un número creciente de jóvenes detectives empezaba a sentir fascinación por los intereses del doctor Slater y sus métodos.

—¿Por qué no ha venido antes, O'Tooley? —preguntó el doctor Slater. Estaban sentados en dos sillones de orejas, frente a frente. La pipa del psiquiatra humeaba en su mano.

O'Tooley llevaba más de media hora en el gabinete de Slater. Tras interesarse por la salud del detective, el psiquiatra había invertido la mayor parte del tiempo en revisar el *dossier* del Segador.

—No pretendía incordiarle —dijo O'Tooley.

—Muerte. Y más muerte —repuso el doctor Slater, y se llevó la pipa a la boca sin dejar de mirar los papeles—. Yo no improviso, amigo mío, ya lo sabe.

—Lo sé, doctor Slater; pero las pistas se suceden de día en día. He estado esperando para reunir todo el material posible.

—Sin embargo —miró al detective y un destello asomó en sus ojillos traviesos—, ha tenido usted suerte.

—¡No!

—¡Sí!

—¡Loado sea Dios!

—He estado trabajando un poquito en el caso, desde hace días. Por mi cuenta. Es fascinante.

—¡Qué me dice!

El doctor Slater hablaba un idioma nuevo. Y cuando se entusiasmaba, su énfasis resultaba un poco demencial. Hasta la fecha, en psiquiatría raras veces se había visto cosa parecida. Le brotaban enemigos como hierbas brotan en un prado; pero

O'Tooley, que durante meses había acudido a su consulta buscando algún alivio al trágico error que acabó con Lissie Lamar en la horca, desde el principio se convenció de la relevancia profesional del psiquiatra.

A veces, a juicio de O'Tooley, rizaba un poco el rizo, pero la sola idea de que la policía debería preocuparse igual por las evidencias físicas de un caso que por los restos psicológicos de la escena del crimen, era para erigirle un monumento. Por eso lo tildaron de loco. Y por sus modos y libertad a la hora de expresarse. Y porque, según se decía, sus técnicas se remontaban al año 1888, cuando Scotland Yard encargó al doctor Thomas Bond redactar un informe científico acerca de la personalidad de Jack el Destripador. Pero él callaba y sonreía.

El doctor Slater se definía a sí mismo como psiquiatra de profesión y criminólogo de vocación. Todo en él levantaba suspicacias. Lo cierto es que era un ávido estudioso de Richard von Krafft-Ebing, autor de trabajos sobre psicopatías sexuales^[4], o de Wilhelm Stekel, un psiquiatra austríaco condiscípulo de Freud. Y, de vez en cuando, para provocar, publicaba en revistas técnicas lo que él mismo denominaba como *retratos criminales*, o descripciones psicológicas de asesinos que mostraban idénticos patrones de comportamiento.

—Entonces, ¿tiene una opinión formada?

El doctor Slater entrecerró los ojos y fumó. Su mente parecía flotar entre la humareda.

—Yo diría que se trata de un hombre. Un hombre que mata. Un hombre físicamente fuerte. Tiene un problema con su sexualidad, lo que le provoca demasiada frustración y lo arrastra a la ira. ¡A la ira! No lo olvide, O'Tooley. ¡A la ira! De ahí su ensañamiento con los órganos sexuales.

»Diría que se complica con la palabra. Tal vez es extranjero. De ahí la atracción por las cartas *collage*. Bueno, luego veremos que también hay otra razón para las cartas *collage*. Por el tipo de palabras que elige en sus misivas, es un hombre educado o, por lo menos, con mundo; su vulgaridad es una vulgaridad estudiada, no espontánea. Si analizamos las puñaladas y, en su caso, los restos de ropa, se aprecia que la muerte de sus víctimas fue rápida, sin forcejeos, y que fueron emasculadas después de la muerte. Todo eso demuestra la necesidad del asesino de acabar pronto con su dolor; sin embargo, su sadismo nos habla de una baja tolerancia a la frustración. He aquí un asesino con problemas de identidad, problemas que esconden conductas antisociales. Ve a los demás como simples cosas. Además, su afán de notoriedad le lleva a facilitar información a los medios de sus hazañas. Incluso, tal vez, de hazañas que no ha realizado, o no del todo. Parece evidente que el asesino disfruta de su control de la situación.

—Maravilloso, doctor —dijo O'Tooley.

—Pene y vagina.

—¿Disculpe, doctor? —preguntó el detective, que apenas se violentaba ya con las incursiones intelectuales de aquella eminencia.

—Pene, vagina y muerte.

—Ejem. ¿No acaba de afirmar que el asesino es un hombre?

—No sea literal, O'Tooley. Cuando digo: «Pene, vagina y muerte», me refiero a que el sexo lo impregna todo. Todo. ¿Sabe usted por qué buscan los seres humanos el orgasmo?

—¿Por el goce, doctor?

—No, hombre, no. Porque sólo durante ese breve intervalo vislumbran la inmortalidad; pero, volvamos a nuestro hombre.

»La calidad de los actos sádicos se define por la potencia sexual de quien los lleva a cabo. Es decir, si es potente, el impulso del sádico se dirige con preferencia al coito, aunque este vaya acompañado de maltrato.

—¿Y si es impotente? —preguntó O'Tooley.

—¡Ah... entonces...! —el doctor Slater fumó con tranquilidad, luego miró su pipa y miró al detective—. Si su potencia sexual está física o psíquicamente mermada, y como un equivalente al coito, es muy posible que opte por la violencia más extrema. Lo que llamaríamos *sadismo simbólico*.

»Tenga en cuenta, amigo mío, que en estos casos de lujuria criminal el acto perverso tiene más importancia que la idea de una consumación satisfactoria. Permita que le haga una pregunta. ¿Cuál diría usted que es la idea que arrastra al asesino, que lo motiva?

—¿Pene, vagina y muerte? —respondió O'Tooley sin pensarlo.

—No, hombre, no.

—¿La ira? —hizo un segundo intento.

—¡*El impulso irresistible!* —exclamó el doctor Slater de manera triunfal—. *El impulso irresistible* del que hablaba Krafft-Ebing. ¡Un ansia, una fuerza que domina sus emociones y lo mantiene sometido! Pregúntese: quienes cometen actos de lujuria criminal y sufren circunstancias psicopáticas similares, ¿tienen cómplices?

—Claro.

—Claro qué.

—No tienen cómplices —se contradijo O'Tooley con firmeza.

—Por supuesto que no tienen cómplices. Están muy solos.

A pesar de la gratitud que sentía por el doctor Slater, no era la primera vez que O'Tooley se preguntaba si, con toda su perspicacia, su inteligencia y su erudición, no estaría un poco ido. Tal vez no era posible rastrear en semejantes profundidades sin contaminarse un poco.

—Es un caso notable dentro del crimen sexual.

—Muy notable, doctor.

—Albert Fish, H. H. Holmes, Peter Kudzinowski, el Hombre del Hacha de Nueva Orleans eran depredadores similares... Pero usted sabe a quién me recuerda, ¿no es cierto?

—A Hickey, doctor. Esperaba que me lo dijese.

—¡Eureka! ¡John Frank Hickey! —exclamó el psiquiatra con un nuevo destello en los ojos—. El Asesino de la Tarjeta Postal.

—Hace sólo seis años que Hickey murió en la cárcel.

—Lo sé perfectamente —dijo en un tono admirativo—. Mis críticos dicen que yo he aprendido a retratar la psicología de los asesinos reincidentes partiendo del informe científico que el doctor Thomas Bond redactó sobre el Destripador, ¿no es cierto?

—Eso he oído.

—Como es natural, es una comparación burlesca, pues Jack el Destripador nunca fue capturado. Pero, además, es una comparación falsa. Fue mi colega, Nelson W. Wilson el primero que hizo un retrato exitoso de un criminal reincidente y anterior a Jack el Destripador. ¿Recuerda que la carrera de John Frank Hickey comenzó cinco años antes que la de Jack el Destripador? ¿Recuerda que el primer crimen del Asesino de la Tarjeta Postal data de 1883?

—No estoy muy seguro, doctor Slater.

—¡1883! ¡Cinco años antes! ¡Y aquí, en los Estados Unidos! ¡Cinco años antes que en Inglaterra! Qué injusta es la historia con los pioneros. Está bien. Pues mi colega, Nelson W. Wilson, lo calcó. Sobre Hickey concluyó que era un pervertido con períodos de absoluta lucidez, alguien que, de repente y sin previo aviso, es atrapado por el deseo de su perversión.

»Pero a nosotros, amigo mío, lo que más nos interesa es cómo a partir de cierto momento, Hickey sintió la necesidad de llamar la atención del público burlándose de las familias de sus víctimas y de la policía. Recuerde cómo todo eso dio lugar a la correspondencia mediante tarjetas postales, y cómo, precisamente, fueron las tarjetas postales las que perdieron a Hickey.

—Lo recuerdo.

—La policía publicó copias de las postales en un periódico local, ¿le suena de algo el procedimiento?, y algunos lectores reconocieron aquella escritura a mano. Con respecto al Segador, resulta evidente que nuestro héroe aprendió de los errores de Hickey. Sus misivas son cartas *collage*.

—Sí, son cartas *collage*.

—Y ese rasgo distintivo... —susurró el psiquiatra.

—¿A qué rasgo distintivo se refiere, doctor?

—¡Al pene!

—Comprendo.

—¡La emasculación! ¿Por qué ese y no otro es el sello, la marca personal, el rasgo distintivo de los crímenes? Piense, piense en lo que esa acción significa en realidad: un tiempo extra, un tiempo aparte del que dedicó al crimen, una conducta innecesaria, en el fondo, para matar, una fantasía, una expresión de su mundo emocional... ¿lo va viendo?

—Lo voy viendo, doctor.

—Los genitales en la boca de las víctimas. ¿Me sigue?

—Lo sigo. Y me tiene en ascuas, si me permite.

—Yo deduzco que sus tendencias sexuales no son las, digamos, naturales; por eso tiene que cercenar el símbolo de la virilidad. Porque se odia, se da asco. No se quiere. Sus propias tendencias le dan miedo. Demos un paso más: se tiene miedo a sí mismo, no a los otros.

—Estoy impresionado.

—¿Sabe lo que creo, O'Tooley? —dijo el doctor Slater levantándose del sillón. El detective se irguió al unísono para recibir el *dossier* de su mano—. Creo que es un psicópata narcisista. Creo que es un psicópata narcisista con tendencias obsesivas. Los psicópatas experimentan menos miedo que el resto de la gente y, no lo olvide O'Tooley, mienten, mienten como nadie.

—Volveré, doctor Slater. No quiero entretenerlo —el psiquiatra lo acompañó hasta la puerta.

—Y otra cosa —dijo el doctor Slater en el rellano—. Es soltero.

—¿Soltero? ¿Por qué lo dice?

—En los sobres de las cartas; más concretamente, en el nombre del destinatario, aunque la caligrafía es siempre distinta, la *N* de Lingle, ¿sabe usted? Lingle, el periodista.

—Sí —asintió con disgusto O'Tooley—. Lo conozco.

—La *N* de Lingle la escribe siempre inclinada, como si fueran dos *úes* juntas, sugiriendo los pechos de una mujer. Yo diría que eso revela un problema sexual que hace improbable que haya contraído matrimonio, o también es posible que su matrimonio haya sido un fracaso. Podría ser viudo. Sí, podría ser un viudo que hubiera matado a su esposa, o que la hubiera dejado morir. Ah, y algo más.

—Dígame, doctor Slater.

—Se entregará.

—¿Usted cree?

—La fuerza, el impulso irresistible que llevó a nuestro hombre a cometer esos crímenes puede, en un momento determinado, actuar contra él y hacer que se entregue.

—Y, ¿por qué habría de hacerlo?

—No lo sé —dijo sin la menor reserva—. Para hacerse notar. Para reivindicar su inteligencia. Aunque yo de él no me entregaría. Quién sabe si lo hará. Sin embargo, ¿sabe qué le digo? Cada crimen lleva su sello, y tarde o temprano eso lo conducirá al desastre. Como a Hickey. O se entregará, o lo detendrán.

—Ojalá, doctor.

El doctor Slater le estrechó la mano.

—Suerte —le dijo. Y, ya desde cierta distancia, añadió en un tono desproporcionadamente eufórico—. Y recuerde: ¡pene, vagina y muerte!

El detective, sin saber muy bien cómo replicar a ese entusiasmo, cerró el puño y

lo agitó por encima de su cabeza en señal de victoria; pero el psiquiatra cerró la puerta de golpe.

2

Cuidar el amor. Mientras esperaba a Donovan con todos sus sentidos alerta, he aquí la frase que revoloteaba en su mente. *Cuidar el amor.*

La sencillez de esa frase, su pureza un poco cursi, su verdad, estremecían a Eve. Nunca antes había conocido la plenitud amorosa. Quién sabe si sería la última vez. Ya era mucho una vez en la vida.

Qué maravillosamente se sentía, qué arropada sabiendo que Donovan no estaba menos loco por ella de lo que ella estaba por él. Y, al final, aunque el resto del universo la abandonara a su suerte, él permanecería ahí, con la misma solicitud e interés por su destino que si fuese el primer día.

Estaba tumbada en un diván de piel, en el gran salón del primer piso, como las otras veces. Hacía frío y, aun sabiendo que las luces deberían permanecer apagadas para cuando él hiciera su aparición, había prendido las velas de varios candelabros.

Su madre estaría al acecho en su dormitorio, seguro que ojo avizor; quizá para compensar la escapada de la noche de ayer, inusualmente tarde. Qué lunática, su madre. La había oído salir con una cautela enfermiza. Desde luego, a esas horas largarse al casino no podía calificarse de muy normal, pero, a lo largo de los años, cosas menos normales le había visto hacer a Evelyn; además, qué poco le importaban ya las excentricidades de su madre. En los últimos días apenas se hablaban. Ni se le ocurrió asomarse a una ventana para ver con quién iba. Y cuando su madre regresó, Eve ya no estaba despierta.

Por la mañana había pensado en postergar la cita de hoy. Todo por Evelyn, porque, precisamente, dedujo que hoy se abstendría de salir; pero no fue capaz. En parte, puesto que la idea de no verlo hoy la enfermaba, y, en parte, porque la nueva Eve no acertaba a comprender qué mal había en ello y qué rayos podía interesarle a su madre su vida amorosa.

Esperaba a su hombre. Aquel que en la oscuridad veía dentro de ella. Aquel que aliviaba sus dolores, atemperaba sus miedos y encauzaba con dulzura el brío de su imaginación con la voz apaciguadora de un ángel; aquel hombre, Donovan Curtis, cuya sola cercanía dejaba una estela de humanidad, y cuya inocencia, a él le llevaba a creer que la hipnotizaba.

No, no iba a ser Evelyn, esa vieja bruja, quien impediría que se cumpliera un sueño inocente.

De súbito, llamaron al timbre. Casi en el acto, oyó como, siguiendo las

instrucciones dadas, su fiel Mildred abría la puerta principal; a buen seguro, con luz tenue en el vestíbulo, cumpliendo los deseos de Donovan. «El ambiente es importante», había dicho él, «desde un principio».

Luego oyó como él subía las escaleras sin precipitación y, por pura casualidad, recordó los candelabros. ¡Dios! ¡Los candelabros! Se incorporó, voló como una polilla hacia ellos, sopló y apagó las llamas y, jadeante y eufórica, volvió a sentarse en el diván con la sonrisa ensoñadora de la muchacha que aún era.

—Huele a humo —dijo él, y cerró la puerta a su espalda.

—Perdón. Acabo de apagar los candelabros.

—Perdón por qué, mi querida.

—Anda, dime que puedo tocarte sólo una vez, con las luces apagadas.

—No es buena idea; pero eso tú ya lo sabes.

—Sí, lo sé. Ap... prendo todo lo que me enseñas —dijo Eve. Él avanzó y se detuvo. Pareció vacilar—. Apenas se ve nada. Es una noche oscura. Déjame que te guíe. Ven, te llevaré de la mano —se acercó a él y lo hizo, lo cogió de la mano—. Aquí, frente al diván, en este sillón. Siéntate, y yo me sentaré en el diván.

Ahora estaban el uno frente al otro y, aunque no fueran exactamente quienes habrían deseado ser, una corriente de fervor se establecía entre ellos.

—¿Estás triste? —preguntó Eve.

—Un poco.

—Por qué. Cuéntame. Dímelo. Te lo ruego.

—Pues, supongo que porque esta será la última noche de hipnosis.

—Pero, por qué. ¡Si a mí me encantan estas noches! Te digo la verdad, las echaba de menos. No sé, parece que sin luces y en voz baja puede uno sincerarse y hablar como no lo haría de otro modo. ¿Te parece mal que te lo diga?

—Oh, no. Que va —dijo él casi sin aliento.

—Es extraño. Me siento feliz y en paz aquí, contigo, como en ninguna parte y en ningún otro momento de mi vida. Y siento que sería capaz de hacer cualquier cosa que me pidieras.

—Sin embargo, Eve, no volveré a hipnotizarte.

—¡Oh, bien! Comprendo. Ya comprendo. Siendo así... Mira...

—¿Sí, Eve?

Ella se rio. No podía ser más transparente su risa ni más confiada.

—Amor mío, dime, ¿por qué jugamos a todo esto? ¿Por qué seguimos jugando? —dijo con aquella voz ronca, un poco turbia y que habría podido marcar un hito en el cine sonoro de no haber mediado su problema de dicción.

Hubo un breve paréntesis de silencio antes de que el reloj de pie, un artefacto secular que estaba entre una de las puertaventanas y la consola Chippendale diera la una.

—Ahora soy yo quien te pide perdón, por no comprenderte —dijo él.

Aquello removió algo en Eve que concernía a sus inseguridades. Se preguntó si,

en términos de delicadeza, no habría ido más lejos de lo que entre ambos permitían las convenciones, si no habría hablado demasiado, si no habría sido poco cuidadosa con su amor. Al fin, aquel amor imperecedero sólo estaba naciendo; pero no. Ya era tarde para desdecirse o rectificar. Siguió adelante.

—Oh, cariño. Amor mío, tú sabes igual que yo que en el escenario actué, fingí que caía en trance, ¿verdad? Tú y yo lo sabemos, ¿no es así? —qué podía decir él: decir que sí era tan decisivo como decir que no—. Y mis p... problemas de dicción no han cesado. Los dos sabemos que la hipnosis no existe, ¿ve... verdad que no? —preguntó repentinamente ansiosa.

—Sí, creo que sé a qué te refieres.

—En realidad, Donovan, no lo sabes. Tú no puedes saber hasta qué punto me da igual. C... cómo te adoro, cómo te necesito. Para mí es importante que sepas que todas y cada una de estas noches, mientras hablábamos y tus palabras, no sé cómo explicarlo mejor, tus palabras me hacían recobrar la inocencia, mientras eso pasaba, yo me sentía comprendida. Sentía mi corazón comprendido. ¿Sentías tú eso?

—Sí —suspiró él, y se habría dicho que con la afirmación se le escapaba un soplo de vida.

—Oh, Dios, me siento tan ridícula, hablando así, como una adolescente. ¿Te estoy aburriendo?

Pero él se obligó a concentrar sus maltrechas energías para no estrecharla contra sí. Qué habría sido más definitivo y redentor que atraerla y abrazarla y besarla; sin embargo, el solo hecho de pensar que alguien encendiese la luz y ella viera su auténtico rostro lo sacudió de terror, lo empujó a volver a la realidad, hizo que se desvanecieran sus ilusiones.

—¿Dirías, entonces, que nunca lo conseguí? —preguntó Amós.

—¿Si lo conseguiste? ¿Si conseguiste...? —lo apremió ella.

—¿Hipnotizarte?

—Mi vida, ¿es eso todo lo que te preocupa? Pero eso, eso no tiene la menor importancia ahora. Ninguna, en realidad, ¿sabes? Tú me hipnotizaste, por supuesto que lo hiciste, y de tantas maneras que...

—De modo que tú crees... Y siempre lo has creído, supongo.

No le sorprendía. Cómo podía sorprenderle; sin embargo, no era igual saberlo que escucharlo de labios de ella. Recordó la conversación con Donovan, sus propias palabras: «No cree en la hipnosis. Para ella no es más que un cuento chino. Sobre el escenario, comprobó que tú eras un embaucador; y conmigo, no recordará nunca haber caído en trance. La hipnosis no existe para ella. Es mentira». Y algo en su interior se rebeló contra el papel que le asignaba el ciego destino.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? —preguntó Amós.

Silencio.

—Creí que te enfadarías conmigo. Creí que no me querrías, si te lo confesaba. ¿Me he equivocado al decírtelo? ¿Te ha molestado que te lo dijera?

—No. No es eso —un nudo de emoción le atenazaba la garganta.

—Dime si me he equivocado, no me engañes —insistió Eve—. Si es así, si me he equivocado, no me lo perdonaría.

—Cómo podrías haberte equivocado. Tu corazón nunca se equivocará conmigo.

—Haré lo que tú me digas, todo lo que tú quieras; pero si me tienes en tus manos, tonto. Nunca hubo mujer a la que los trances hipnóticos sentaran tan bien.

Él sofocó una carcajada antes de decirle, con un tono de voz desconocido:

—Quiero hacerte un regalo.

—¿Un regalo?

—Esto es tuyo —dijo Amós, y abriendo la mano de Eve, puso en ella el reloj de bolsillo al que llevaba casi treinta años apegado.

—¿P... para mí? —preguntó ella con una voz cargada de sentimiento.

—Sí.

—Lo guardaré como una reliquia —dijo levantándose—. Y hasta sé dónde lo voy a guardar.

Eve, que había memorizado al detalle la disposición de los muebles, se movió ágilmente en dirección hacia la consola Chippendale y destapó un tabor oriental de porcelana.

—¿Qué hora es? —preguntó Amós.

—La una y doce —dijo Eve, que se había acercado a la puertaventana para mirar muy de cerca la esfera del reloj. Luego, lo guardó en el tabor y regresó al diván.

—Cierra los ojos. Respira profundamente —dijo Amós.

—¡Oh! ¿Tan pronto?

—Relájate. ¿Confías en mí?

—En nadie he confiado tanto, en mi vida.

—Pues cierra los ojos y escucha mi voz. Tan sólo mi voz. Estaré justo aquí —dijo en un tono que a Eve se le antojó llegado de otro tiempo—. No me apartaré de tu lado.

Transcurrieron unas tres horas, lapso durante el cual Amós acabó de resolver algunas de sus inquietudes. Preguntó, obtuvo respuestas que jamás debió haber escuchado y hasta habría podido satisfacer más dudas, por reprochables e inmorales que pudieran juzgarse; pero supo que había llegado el momento de centrarse en lo esencial. Porque lo importante empezaba ahora, cuando, por fin, llevaría a la práctica la experiencia última, el recurso final que había estado considerando desde que Donovan le rogó que hipnotizase de nuevo a la actriz.

Sabía que un mandato posthipnótico entrañaba riesgos para ella, que el alcance era discutible y sus consecuencias podrían muy bien aterrorizarla. Ni siquiera a Donovan, que ignoraba lo que era una orden posthipnótica, había hablado nunca de esa opción; pero, a la vez, de nada había estado tan seguro como de que iba a concentrar en aquel acto toda su voluntad, toda su experiencia y los deseos más irrefrenables de un enamorado hacia la mujer que adoraba.

Le habló, le susurró, le ordenó, inspiró en el inerte espíritu de ella lo que él, y sólo él, podía desear inspirarle y transmitirle. Sin embargo, cuando estaba a punto de culminar aquella experiencia extrema con un par de frases, en realidad, con una sola frase, la frase que Amós repetiría para que ella la interiorizase, y así lograr el propósito que temblorosamente deseaba; la frase a la que seguiría un chasqueo de dedos, entonces, de pronto, alguien abrió la puerta de la estancia y giró el conmutador de la luz con un crujido.

Espantado, Amós guiñó los ojos para distinguir las facciones del intruso, pero en los últimos tiempos su vista empeoraba con rapidez. La puerta del gran salón estaba lejos; por más que mirase, no veía lo suficiente como para reconocer a nadie y tampoco la súbita luz contribuía a mejorar las cosas.

—Más vale que encuentre una buena explicación si no quiere que llame a la policía —dijo una voz de mujer.

Y entonces sí, advirtió que aquella voz metálica que no había vuelto a escuchar desde hacía tantos años era la voz inconfundible por altanera de Evelyn Paradise, mientras su hija continuaba profundamente sumida en el trance.

3

El fiscal Garrett se colocó frente al acusado y, mirándolo fijamente, preguntó:

—Señor Zambrano, ¿tiene usted amigos?

—¿Amigos? No.

—Y, ¿alguna vez en su vida tuvo una relación amorosa?

Silencio.

—Creo que no.

—Y, dígame, ¿alguna vez acudió a prostitutas para aliviar sus necesidades sexuales? —preguntó con voz cavernosa el fiscal Garrett.

Silencio.

—No.

—¿Está usted seguro de que jamás ha entrado en un prostíbulo?

Silencio.

—Yo... sí que he estado en burdeles... pero sólo eso.

—¿Sólo eso?

—Nunca hice nada con ninguna mujer.

—Vaya, me alegra comprobar que no siempre sufre lapsus de memoria.

—No. Supongo que no.

11. UN ESPECTRO DEL PASADO

1

—¡Señor! ¡Señor! ¡Lo tenemos en el bote! —había dicho Fink por teléfono.

—Voy para allá.

—No es necesario, señor.

—Insisto.

—Hostal Savannah. Confluencia de Oak Street y Milton^[5] en el distrito noroeste.
¿Qué me dice?

—*El cruce de la muerte* —y colgó. En la confluencia, con las paredes desconchadas por las balas, junto a la iglesia italiana de San Filippo Benizi, su cruz en lo alto del chapitel, habían muerto asesinados más de ciento cincuenta hombres.

Esta mañana tenía previsto examinar los albergues que le faltaban de la zona sur y, entonces, con el coche patrulla a la puerta de la comisaría, llamó Fink. Su tono al teléfono denotaba una satisfacción lindante con el triunfo. Parecía haber descubierto una mina de oro. Y O'Tooley, aunque fuera innecesario, no pensaba privarse de ver el hostel con sus propios ojos.

La temperatura había subido de forma apreciable. Llovía sin descanso y el limpiaparabrisas desplazaba cortinas de agua a derecha e izquierda.

Ahora bien, al contrario que Fink, al contrario de lo que cualquier detective involucrado en el caso daría por seguro, Liam O'Tooley no consideraba que hubiera razones de envergadura para confundir el hostel Savannah con una mina de oro. En rigor, como todo permitía suponer, el Segador estaba desafiándolos, era un perturbado con furiosas apetencias de notoriedad y, en algún sentido, parecía haber cruzado la frontera que separaba la impunidad del riesgo temerario y el anonimato de la fama; por supuesto, tampoco sería la primera vez que un asesino con afán de publicidad se descubriría enredándose en su propia telaraña. Por otro lado, también parecía lógico pensar que él, Liam O'Tooley, se había revelado suficientemente astuto como para rastrear las pistas de las cartas, o que el indeseable de Lingle no había errado mucho el tiro al hablar de «impulsos autodestructivos».

Sin embargo, aunque el mero hecho de pensarlo fuese una herejía, todo eso, ¿no eran lugares comunes? ¿Dónde estaba la mina de oro?

No se trataba de que las conclusiones a las que se acercaba fueran un despropósito; lo que tenía sin pegar ojo a O'Tooley es que resultasen excesivamente razonables y que él hubiera llegado hasta aquí por el camino que tenía que llegar. Entre eso y recurrir a su famosa cortina de humo, barruntar que alguien les estaba tendiendo una trampa, no había estadios intermedios. Sin mencionar que, por mucho

que se negara a hacerle caso y no quisiera otorgarle ningún crédito, su intuición lo traía a maltraer.

Había transcurrido más de un mes desde que Mike W. Murdoch desapareciese, para luego hallar su cadáver bajo tierra. Más de un larguísimo mes durante el que O'Tooley no había conciliado ni cuatro horas de sueño diarias. Pues bien, mientras marchaba al encuentro de sus hombres, que le esperaban en el hostel Savannah, y la resolución de los crímenes del Segador parecía al alcance de la mano, recordó las palabras del jovencísimo Fink en un desayuno compartido.

—Señor, con todo el respeto. Estamos en medio de una guerra de bandas rivales. Cada semana llegan pistoleros de Miami y otros estados, hacen lo que tienen que hacer y se largan con viento fresco sin dejar huella. Vamos camino de los cuatrocientos crímenes computados en lo que va de año, muchos cometidos por las bandas organizadas. Somos tres mil policías; pero da igual. Chicago es tan peligrosa como una ciudad europea en la Edad Media. ¿Cree usted que compensa dedicar tanto esfuerzo a este caso? ¿Y si el de las cartas está jugando con nosotros?

Era su misma idea. Sólo que él había ido lejos, mucho más lejos con esa maldita intuición suya que lo estropeaba todo.

—Calle la boca y mastique, Fink —zanjó él.

—Sí, señor.

Cuando el coche llegó al *cruce de la muerte*, célebre porque más de un crimen de los allí perpetrados llevaba la huella de la Mano Negra, Fink esperaba junto a una boca de riego, con un paraguas que apenas le protegía del diluvio y la gabardina calada. Tras él, un edificio de ladrillo visto que exhibía un cartel de diseño vertical en cuyo rótulo podía leerse: HOSTAL SAVANNAH.

El agente que conducía detuvo el coche. Con el motor en marcha, O'Tooley se apeó y, resguardado bajo el paraguas de Fink, se dejó conducir hasta la puerta, en donde esperaban dos agentes, ambos, al igual que Fink, vestidos con traje y gabardina.

—Max Dougherty —dijo Fink—. No parece muy listo. Su padre, el dueño del hostel, falleció el mes pasado de leucemia. Se quedó a cargo del negocio. Creo que será inútil que le interroge, señor.

Ya a primera vista nada ocultaba que era un albergue de medio pelo, con pocas habitaciones. El gerente o lo que fuera estaba de pie, tras un mostrador con un reborde de piel negra muy cuarteada. A su espalda, un panel de madera repleto de casilleros, la mayoría con un juego de llaves en su interior.

—Hola, Max. Soy el detective Liam O'Tooley —dijo estrechando una mano fofa.

—Hola.

Contaría unos treinta años. Embutido en una camisa celeste y medio abrochada, tenía los rasgos de un monstruo sin malicia que pesara el doble de lo que le correspondía. Usaba gafas de carey, con cristales de culo de botella que permitían al observador ofuscado contemplar cómo unos ojos gigantes orbitaban nerviosamente

en sus cuencas. Tenía un hoyuelo en la barbilla y, en efecto, no parecería muy listo.

El libro de pernoctaciones estaba abierto sobre el mostrador, en la página buena. Fink procedió a mostrarle los datos.

Figuraba la entrada, el 13 de mayo, y la salida, el día 15, junto al nombre, los apellidos y la firma. Año: 1926.

—¿Solía usted regentar el negocio antes de que su padre falleciera?

—No, no —dijo.

—¿Nunca hasta que su padre falleció se ocupó de esto?

—No, no —dijo negando taxativamente con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo lleva detrás del mostrador, Max?

—Cinco meses —dijo contando con los dedos. Miraba ora al detective, ora a Fink.

O'Tooley suspiró.

—Perfectamente. El libro de registro queda confiscado —lo cerró de golpe y se lo entregó a Fink—. Buenos días, Max.

O'Tooley salió de allí a toda prisa y oyó a Fink, que lo perseguía bajo la lluvia con el paraguas abierto.

—Le dije que no era necesario que viniera, señor. Traté de explicarle.

2

Media hora después y aún seguía lloviendo.

Amós se había sentado en la estancia que hacía las veces de saloncito, con las piernas al calor de una mesa camilla que había comprado para su padre antes de que lo internasen. Con la pala de hierro removi6 las brasas de la estufa y luego cerr6 la portezuela. En el bajo de Cicero, las paredes eran tan húmedas que rezumaban. Se escuchaba la lluvia repiquetear en los cristales.

Estaba solo, y sus pensamientos tenían el color plomizo del cielo. De ahí a figurarse que una lluviosa mañana cualquiera del mes de noviembre recibiría la visita más perturbadora de su vida mediaba un trecho. Y si bien nadie habría estado prevenido para semejante visita, tampoco nadie podía estar mejor preparado que Amós.

Anoche mismo había sufrido lo indecible para salir airoso del espectáculo. Como era Donovan quien, sobre las tablas, debía llevar la batuta y seducir al público, y puesto que a él le fallaba la vista, no quedaba sino aproximarse mucho al voluntario para ver cómo Donovan hacía oscilar el nuevo y flamante reloj de cadena. Incluso, antes de que el *show* diese comienzo, había medido en el escenario los pasos y memorizado las distancias. La cosa salió bien; sin embargo, eso no quitaba para que

estuviera resignado a lo peor. Ya lo había visto en su padre.

Cierto que, por ahora, no dejaba de administrarse la insulina diaria, pero, quien de veras ocupaba su mente, mucho más que su propio drama, era la mujer de su vida, la universalmente aclamada como Eve Paradise. Le exasperaba la idea de que sólo había faltado un paso, un único paso para consumir la osada experiencia hipnótica.

Donovan estaría con Eve ahora mismo. Respecto a Donovan, no había peligro de que hablase más de la cuenta, pues frente a cualquier dificultad con el otro sexo, era especialista en quedar victorioso sin comprometerse; pero ¿y Evelyn? Tras haberlo descubierto de madrugada con su hija, impidiendo la consumación de la hipnosis, ¿desvelaría Evelyn la auténtica identidad del hipnotizador?

Y entonces llamaron al timbre.

No podía ser Donovan, tan pronto. Se levantó palpando los muebles antes de encender la luz del saloncito y luego del corredor. Aun valiéndose por sí mismo, se sentía físicamente inseguro.

Volvió a sonar el timbre.

Bajó el picaporte cuando, para su completo asombro, dos tipos se abalanzaron contra la puerta y, si no perdió pie, fue porque uno y otro lo asieron por los brazos. Mientras los intrusos lo hacían retroceder hacia el saloncito, la única estancia, a excepción del corredor, con la luz encendida, vio como un tercero penetraba calmadamente y cerraba la puerta.

Reconoció a los dos tipejos en el acto, antes de que le obligasen a sentarse en la butaca desfondada, antes de que el tercero les diese orden de que esperasen fuera. Recordó al gordo con aspecto de matarife y al enjuto con el ojo de cristal que le había robado la billetera y golpeado.

—¿Te pasa algo en la vista, muchacho? —dijo el tercer hombre, pese a que Amós ya había sobrepasado con holgura la edad de la juventud.

Tomó asiento en una silla sin tan siquiera descubrirse. Se desabrochó el abrigo, de algún lugar extrajo un ejemplar del *Chicago Tribune* doblado varias veces y que dejó sobre la camilla. A excepción de la camisa, vestía de oscuro. Llevaba pajarita y una rosa de pitiminí en el ojal. El fúnebre sombrero, tal vez a causa de la lluvia, había perdido su prestancia, se diría un tocado de ala plana, característico de un siniestro predicador. Se oyó como los otros cerraban la puerta de entrada al salir.

—Me estoy quedando ciego —dijo Amós.

El tercer hombre chasqueó la lengua y soltó:

—Tómalo con calma —puso las manos en las rodillas y se echó hacia delante mientras lo miraba fijamente—. No creo que me reconozcas, entonces.

Amós permaneció un rato en silencio, como si desconfiara de sus ojos.

—Sé quién es usted —de pronto estuvo seguro de que el incidente de la cartera no había sido casual.

—Adelante, chico listo.

—Es usted Richard Villasandino.

Ritchie se quitó el sombrero con las dos manos para no despeinarse y se lo puso en el regazo. Le dio un par de vueltas y, sacándose del bolsillo de la chaqueta un pañuelo de una primorosa pulcritud, se entregó a la tarea de secarlo. A continuación, se guardó el pañuelo.

—Ves lo suficiente.

—Lo recuerdo —Ritchie levantó la vista. Plegó debidamente el ala del sombrero—. El hermano de Eva.

Había en los severos rasgos del gánster una suerte de expectación.

—Nunca nos presentaron, me temo. Tú eras su amigo. El que hipnotizaba. El del bosque de encinas. ¿Sigues siendo un buen amigo, muchacho?

Él negó con la cabeza y replicó:

—Ella no me recuerda.

—Y eso qué importancia tiene. La verdadera amistad se ve en los momentos difíciles. Los amigos están para ayudarse. Y tú tienes que ayudarla. ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí —se contentó con decir.

Y, quizá porque estaba junto a la única persona que sabía que alguna vez había existido aquello, una amistad entre una niña rica y un chiquillo pobre y un bosque de encinas, tal vez por esa causa, su mente retrocedió veintiocho años. Volvió a aquella lejana tarde de abril, en el Sur, un mundo distinto al de ahora, cuando trató de ser valiente y se atrevió a hipnotizar a la pequeña Eva y a mentirle sobre el resultado de la hipnosis.

—¿A qué tienes miedo? —recordó haberle preguntado a su amiga mientras ella temblaba como una hoja.

Y, tras la respuesta, otra pregunta.

Y luego otra, y otra, y otra más. Y así hasta que pronto llegó a conocer lo que tanto ansiaba o temía que Eva le dijese, esas cosas ocultas en algún repliegue del alma, la verdad agazapada en el fondo de los sueños, la razón de su tristeza, de sus balbuceos, tal vez la razón de su coraje; pero esto, precisamente esto. Nunca, jamás imaginó que fuera esto lo que iba buscando a ciegas.

—Despacio papá... —la oyó gemir—. ¿Me quieres? ¿Aún me quieres, papá?

Recordó cómo alteradísimo, horrorizado, hizo una pausa, cómo tragó saliva, húmedos los ojos y, puesto que ignoraba cómo servirle de ayuda y, a la vez, le sobrecogía despertarla, continuó y continuó. Y, a cada pregunta, la voz, una veces neutra y otras gimiente de su amiga, replicaba sin balbuceos, con tanta precisión, con tanta horrenda exactitud que, al final, Amós se sintió embargado de pánico, el corazón se le llenó de impotencia y, asqueado de sí mismo y de su don, con un sentimiento de íntima vergüenza para el que no habría encontrado nombre, se tapó los oídos.

Y sólo más tarde, cuando la hubo despertado y Eva le preguntó qué había ocurrido con la hipnosis, él mintió. Temblando de pies a cabeza, mintió y le dijo que la hipnosis no siempre funcionaba.

—Despierta, chico listo —dijo Ritchie chasqueando los dedos—. ¿Me estás escuchando?

—Sí, sí.

—¿Seguro? ¿Estás en tus cabales?

—Sí.

—Bien. Entonces, presta atención —se caló el sombrero—. Esta noche llegará una quinta carta al *Tribune*, como el resto de ellas, a nombre de Jake Lingle. Una quinta carta del Segador de Chicago, cuya identidad, por supuesto, desconoce esa carroña de Lingle, ¿de acuerdo? La publicarán sin demora, por la cuenta que les trae. Calculo que mañana, en la edición de tarde, o pasado, a más tardar. Nadie, excepto tú y yo, sabrá de su existencia hasta que se publique. Después de publicada, muchacho, vendrán a por ti.

Amós notaba la boca seca. Pensó que no podría despegar los labios.

—Me está confundiendo.

Ritchie se permitió una leve sonrisa y carraspeó.

—Hagámoslo fácil. Veamos. Hay un detective. O'Tooley se llama. Es peligroso, importuna a mi hermana. Se cree listo. Quizá lo sea. No voy a pararme a darle vueltas. Podría hacer que desapareciese. Muchos hombres que se creen listos desaparecen continuamente; pero sería problemático. Yo no quiero disgustos con la policía, y menos ahora. Y como tampoco quiero que atosigue a mi hermana, iré a por ti como la araña a por la mosca. Tú eres la mosca. Él es la araña. Yo tejo la red. De simple, resulta vulgar. ¿Lo pillas?

¿Empezaba, por fin, a comprenderlo? ¿Podía dominar los temblores que lo recorrían? Si era capaz de algo así, si era capaz de conseguirlo, confiaba en que sería capaz de todo.

—Entonces, ¿es usted el que...?

—Si ya lo sabes, muchacho —atajó—, ¿para qué preguntas?

—Las cartas —dijo Amós uniendo cabos—. ¿Las cartas apuntaban hacia mí?

Ritchie esbozó una mueca de disgusto y entrelazó las manos sobre el abdomen mientras volvía a echarse hacia delante.

—La curiosidad es mala consejera. ¿Te pregunto yo qué hacías por las noches en la mansión de mi hermana? —inquirió en un hilo de voz—. ¿Te pregunto por qué suplantabas a ese Donovan de quien Eva, al parecer, se enamoró? ¿Por qué la hipnotizabas? ¿Qué sabes o qué dejas de saber, cuánto la conoces o hasta qué punto te has aprovechado de ella? —se paró y, acto seguido, en el mismo tono—: no te pregunto, ¿verdad? Soy comedido, ¿verdad? Podría; pero no es mi intención saberlo todo. ¿Para qué? No trae nada bueno.

—Qué es lo que busca. Qué quiere que haga.

—Que no te preocupes, que estés tranquilo. Soy buen cliente de los mejores picapleitos. Conseguirán que el jurado te dé por loco —dijo llevándose el dedo índice a la sien—. Unos pocos años en un buen hospital psiquiátrico, a cuerpo de rey, y listo. ¿No dices que estás quedándote ciego? Estarás mejor dentro que fuera. Te cuidarán.

—Pero soy inocente.

La mirada penetrante de Ritchie parecía calarlo.

—No. Eres culpable. El único culpable. Tú y yo lo sabemos —carraspeó y dijo—.

La noche del estreno de *El show de Donovan*, la noche en que desapareció el heredero de Murdoch, mi hermana salió por la puerta trasera y tú la seguiste. Tú estabas allí.

—¿Cómo lo sabe? ¿Me vio usted?

—No, chico. Yo estaba en mi casa, durmiendo. Mis dos perros de presa, Sam y Harry, te vieron; pero, si es necesario, declararé como testigo presencial. Diré que te vi. Contaré detalles. Diré que la perseguiste. Por qué no, diré incluso que te montaste en el Cadillac de Murdoch.

—No es cierto. Diré que soy inocente.

—Claro. Di lo que te parezca. Lo de menos es lo que digas, mientras hagas lo que tienes que hacer.

—¿Y si no colaboro?

Esta vez no sonrió. Se limitó a extraer del gabán una navaja de mango cromado y, dejándola sobre la mesa, junto al ejemplar del *Chicago Tribune*, la señaló con la barbilla.

—Haré que la ceguera sea el menos oscuro de tus males. Párate a contemplar la perspectiva con frialdad, como un hombre.

—Pero ¿por qué? —preguntó Amós, que parecía encogido en el fondo de la butaca desfondada—. ¿Por qué?

—Te gustan las preguntas, ¿verdad, muchacho? Mal vicio —sentenció Ritchie—. Las culpables son siempre las preguntas. Te lo explicaré de otra manera. Esos dos que me esperan en la calle son buenos muchachos, gente de confianza; pero ya saben más de la cuenta. En lo posible, he procurado mantenerlos al margen; por ejemplo, no son ellos los que se encargan de enviar las cartas anónimas del Segador, de las que saben tan poco como tú hasta ahora. ¿Para qué? ¿Para que empiecen a devanarse los sesos? ¿Para verme obligado a ofrecer justificaciones? ¿Y después? —enderezó la rosa de pitiminí y prosiguió—. Vaya. Estoy viendo que necesitas una explicación pormenorizada, chico listo. Perfecto. Te contaré todo lo que necesitas saber. ¿Sabías que la caligrafía de cada sobre era distinta? Te contaré incluso dónde está la moto de Patterson. Rick Patterson. Galena. 1925. ¿Qué me dices ahora? Para mi hermana eso fue siempre un misterio, que la Brough Superior desapareciera del garaje. ¿Lo vas captando, chico listo?

»Te he traído un regalo. ¿Ves ese periódico? Es un *Chicago Tribune*. En su interior, tiene páginas y letras recortadas. Quiero que lo guardes. Quiero que lo cuides. Quiero que lo mimes.

Y, de repente, Amós se descubrió mirando la navaja con una serena placidez. Jamás una mirada suya encerró tanta quietud. ¿Sería posible que, por un instante, hubiese dejado de temblar?

Por la tarde cesó la lluvia. El cielo estaba sucio, pero se había levantado uno de esos vendavales que constituyen el rasgo distintivo del clima de Chicago. Todo dejaba presagiar un cambio de tiempo.

En un modernísimo edificio del Loop entraba Eve, a quien había cedido caballerosamente el paso su acompañante. La actriz llevaba un pañuelo malva ceñido a la cabeza y sus gafas negras. El civilizado caballero, que no representaba menos de cuarenta años ni más de cuarenta y cinco, vestía una gabardina y un sombrero de marca. Y si en el mundillo del cine cualquier negociador cometía el descuido de olvidar la ascendencia de Simon Larabee, su nariz, un apéndice judío con forma de cimitarra, tenía la virtud de refrescarle la memoria.

—Te dije que pospusieras la cita —dijo Eve, cuyas negras gafas esta tarde se encargaban de ocultar no sólo la hermosura de sus ojos.

—Imposible —dijo Simon Larabee—. Olvidas que es uno de los hombres de confianza del Chico de Oro, el señor de la Metro-Goldwyn-Mayer.

—Deja de llamarle el Chico de Oro. Conozco bien a Irving Thalberg, Simon.

—De acuerdo. Pues ese tipo es la mano derecha de Irving Thalberg. Y ha venido a la ciudad sólo para verte.

—Podía haber acudido su jefe, en persona.

—¿Después de lo ocurrido con *El viento*? Te lo suplico, Eve, ponte en mi lugar. La única condición que puso el Chico de Oro fue que se te hiciera la propuesta personalmente, no a través de mí.

—También es mala suerte, la Metro, después de rechazar el papel protagonista...

—Serénate y confiemos.

—Ya podía ser la Warner. La hubiera preferido.

—Y yo; pero no estamos en condiciones de elegir. Aun así, puede que su mandatario no saque a colación el fiasco de *El viento*. Si fuese Irving... puede ser; pero no es Irving.

Simon Larabee, el principal representante de Eve y uno de los más reputados representantes de estrellas de Hollywood. La fama de Larabee se sustentaba en una bendición, para unos, y una maldición, para otros. Se decía que sus vínculos con los capitostes de los grandes estudios era más íntima y rentable que con los actores.

Entraron en el ascensor. Al llegar a una de las últimas plantas, Simon Larabee hizo una seña a Eve. La guio por un interminable pasillo y, al fondo, se detuvieron frente a una puerta en la que figuraba una placa dorada con la inscripción que sigue: *Metro-Goldwyn-Mayer Inc. (MGM)*.

Simon Larabee llamó a la puerta con los nudillos. Al poco, abrió un tipo grande y robusto, mayor que Larabee, con un puro encendido entre los dientes que se apresuró a intercambiar por una sonrisa radiante. Los hizo entrar en el vestíbulo y cerró la

puerta.

—Tom, cuánto me alegro —dijo Larabee tendiéndole una mano que desapareció dentro de una zarpa.

—Lo mismo, Simon.

—Eve Paradise, nuestra más rutilante estrella —dijo Simon Larabee—. Tom Bellow.

—Una diva no requiere presentación, Simon —dijo el productor cogiéndole la mano como a un hombre—. Eve, sería una suerte para nosotros contar contigo.

—Gracias, Tom.

Y, seguidamente, el productor los condujo hacia una soberbia mesa de reuniones, cerca de un ventanal cuyo tamaño suministraba una apropiada luminosidad a la estancia.

La actriz ni tan siquiera se quitó las gafas. Habría sido innegable que había estado llorando durante horas, y con razón, pues las explicaciones de Donovan eran todo menos convincentes. Por la mañana, él le había arrancado unos cuantos besos, pero el malestar, un amargo sabor a desengaño y las lágrimas persistían. Se sentía traicionada. ¿Era este el modo de amar de Donovan?

Lívida de rabia, una y otra vez volvía a la escena de anoche.

Qué hacía su madre a su lado de madrugada, por qué ese rostro de preocupación y por qué le acariciaba el cabello. Las luces del salón estaban encendidas y, según Evelyn, Donovan había tenido que irse súbitamente. Le vino la idea de mirar el reloj de pie y comprobó, extrañadísima, que eran las cuatro y media de la madrugada, cuando, tan sólo cinco minutos antes, era la una y diez.

¿Qué había ocurrido entre la una y diez y las cuatro y media? Qué vergüenza insuperable le sobrevino, qué ganas horribles de llorar cuando su madre la abrazó y le dijo, con mirada vidriosa y un acento de sinceridad desconocido en ella, que no se preocupase, que se había desmayado, que los hombres eran todos iguales.

Y, además, si se había desmayado, ¿cómo se había atrevido Donovan a irse y dejarla sola, con su madre?

—Sí, desde luego, tenemos muy adelantado ese guion —seguía diciendo Tom Bellow—, y nos gustaría que el papel de la esposa fuera para ti, Eve. Una esposa fiel y torturada. Con tu experiencia, sabrías darle el tono justo. La chica se sentiría más cómoda con una estrella de tu magnitud.

¿La chica? ¿Qué chica? Intentó concentrarse. A través de las oscuras gafas sorprendió la cara de póquer de Simon Larabee y la furtiva mirada que cruzó con Tom Bellow.

—Una oportunidad, querida. Tu primer film sonoro —dijo Simon Larabee.

—Un film sonoro —soltó Eve casi con el mismo deje de estupor que había experimentado anoche, al abrir los ojos y ver a su madre acariciándole el rostro mientras ella, débilmente, con una flojedad que abarcaba toda su concepción de la vida y el amor, no se recataba en decir, por primera vez en muchos años, «mamá,

mamá, mamá...».

—El papel de amante es para la chica —continuó Tom Bellow—. Creo que nuestra actitud, la de los productores, ha sido más bien tímida con la juventud de la era del *jazz*. Hasta hace poco, ninguna película había reflejado a la joven generación, cuando hace años que las revistas la glorifican. Esto tiene que cambiar, Eve. Tiene que cambiar. Sin embargo...

Sin embargo... eso es, sin embargo... lo había acribillado a preguntas esta misma mañana y Donovan no había sabido darle satisfacción. ¿Se atrevía a no engañarse con alguien que lo significaba todo para ella? Cerró los ojos tras las gafas. Con dolor de corazón, pensó que era el momento de ser fuerte y reconocer que Donovan, a la luz del día, no era el ser adorable que la protegía por las noches, durante las fingidas sesiones de hipnosis, y por el que se moría de amor.

—... Y, en fin, en esta ocasión, Eve, nos haría felices tu compromiso. Creo que todos olvidaríamos recientes desencuentros —terminó Tom Bellow.

—¿Qué opinas, Eve? —preguntó Simon Larabee.

—P... pero —dijo la actriz echando mano de sus últimas reservas de energía—, en un film sonoro, yo no haría un papel muy lucido.

—Si la esposa es tartamuda —dijo Tom Bellow—, por qué no.

—Tartamuda es, quizá, excesivo, Tom —corrigió Simon Larabee mirando al productor—. Un ligero titubeo, un balbuceo que, por contraste, acentúa el *sex-appeal* de la chica.

—Pues eso —dijo Tom Bellow—. Por qué no.

—¿Quién es la chica? —preguntó Eve.

—Te lo ha explicado Tom —dijo Simon Larabee ligeramente ansioso—. La chica es la amante. Maggie West. Una joven *starlette* con futuro.

Qué tonta, pero qué tonta había sido al pensar que el estudio no abrigaba intención de tomar represalias, o de humillarla habiendo rechazado el papel protagonista de *El viento*.

Fijó la vista en su representante, luego la fijó en el productor, supo que este era el fin de un grato sueño, que tocaba despertar y hacerlo con orgullo. Comprendió lo que hasta ahora le había costado tanto comprender, que otras actrices de voces ricas y moduladas vendrían a sucederla y que la ley de Hollywood no distaba mucho de cualquier otra ley de vida. De modo que se quitó trabajosamente las gafas y, mientras un fuego insólito ardía en sus ojos verdes, dijo de un tirón:

—Gracias. Me siento agradecida, Tom; pero no me puede interesar. Si aceptase, el público no volvería a quererme ni yo volvería a respetarme. Y los dos, el público y yo, estaríamos acertados.

Al día siguiente, muy temprano, antes de que Donovan se despertase, Amós salió de casa cuando escuchó a un mocoso que vendía el *Tribune* gritando: «¡Extra! ¡Extra!», y el titular de portada.

Compró un ejemplar y volvió a meterse en el bajo. Imposible que hubieran publicado ya la quinta carta. Pese a tratarse del tema estrella y del mejor estímulo para sextuplicar las ventas diarias, era muy precipitado. Ritchie le había prevenido de que, «tras confeccionar la carta», haría que la llevaran a la sede del *Tribune* por la noche y que, o bien sería publicada en la edición de tarde, o bien al día siguiente; pero a lo largo de toda la noche Amós no pudo refrenar la comezón de la angustia y, por la mañana, compró el periódico.

Entró en su dormitorio, el que también había sido dormitorio de su padre, cuya cama permanecía intacta, al contrario que la suya. Encendió la lamparita del escritorio y tomó asiento.

Guiñó los ojos, revisó las noticias de la portada aproximándose mucho a las letras y, tal fue el sobresalto, el alborozo fue tan repentino que, por una fracción de segundo, sintió cómo se le paraba el corazón.

Se adentró en las páginas interiores con las manos húmedas y, una vez localizada, se puso a leer la noticia:

En el día de ayer, en torno a las doce y media de la mañana, el empresario Ritchie Sandino fue tiroteado y herido de gravedad a las afueras de Cicero.

Luego entonces, se dijo Amós, tenía que haber sucedido poco después de su entrevista, en el trayecto de regreso.

El atentado tuvo lugar cuando cruzaba la frontera de Cicero en su coche, acompañado por dos de sus empleados, frente a un colegio situado en la esquina de la Cicero Avenue y la 22nd Street.

Testigos presenciales afirman que un automóvil de potente cilindrada se cruzó con el Lincoln de la víctima, instante que aprovechó el sicario para hacer fuego con una ametralladora desde la ventanilla posterior de su auto. Según fuentes policiales se trataba de una subametralladora Thompson, teniendo en cuenta el número de casquillos encontrados, el calibre 45 de la munición y el hecho de que las balas estaban recubiertas de acero.

Impresiona pensar que estemos ante una *vendetta*, pero la oscura fama que arrastraba la víctima y los enemigos que, según rumores, se había granjeado en los últimos tiempos, no hacen pensar otra cosa. Las mismas fuentes policiales confirman que, en el intento de tomarle declaración, y siguiendo la estela de Paddy el Oso y tantos otros a quienes se intentó arrancar un nombre antes de expirar, Sandino guardó silencio sobre el autor del atentado, como es norma inquebrantable en el mundo del hampa.

Aunque la víctima permanece hospitalizada a consecuencia de sus heridas, los médicos no han facilitado el pronóstico de su estado. Sus dos acompañantes resultaron indemnes.

La autoría era de Jake Lingle. ¿Se equivocaba al pensar que había una cierta complacencia en el tono de la redacción?

En seguida buscó y rebuscó en las páginas del periódico. Lo hizo de atrás adelante y de adelante atrás, y, como esperaba, no halló referencia alguna a la quinta

carta.

Se sintió a salvo, por ahora. No hacía falta ser adivino para deducir que si Ritchie fallecía a consecuencia del tiroteo, toda amenaza contra él se evaporaba; pero, no había terminado de felicitarse por su fortuna cuando, de pronto, le asaltó la imagen de Eva, una imagen diáfana de una Eve Paradise acosada, arrinconada, acorralada.

Se preguntó qué sería de ella y, entonces, como si sólo quisiera conjurar un destino demasiado inexorable, se tapó los ojos con las manos y, gimiendo, se zambulló en la oscuridad.

12. LA PISTA DECISIVA

1

—¡P or el amor de Jesús, pero qué lástima! ¡El caballero de las flores! ¡El señor Sandino! ¡El príncipe del hampa! —había exclamado Mildred, que entró en su dormitorio con la prensa del día.

En cuanto la puso al corriente su doncella, que había oído la noticia por la radio y parecía más y mejor informada que los periódicos, Eve no dudó. Lo visitaría en el hospital; mejor dicho, antes averiguaría el hospital. Nada ni nadie le impediría visitar a Richard. Y al cuerno las razones que aconsejaban no visitarlo.

De manera que llamó por teléfono a la floristería Villa Sandino; pero una voz masculina repuso, literalmente, que no estaba autorizado para dar esa información y que lo sentía. Eve exigió que la pasara con alguien que sí lo estuviese y le recomendó, en caso contrario, que asumiera las consecuencias. Al poco, oyó otra voz masculina.

—Dígame.

—Soy Eve Paradise. ¿Con quién hablo?

Tras una pausa, fuera quien fuese, vaciló al decir:

—Mi nombre es Sam Cormick.

—Muy bien, escúcheme, Sam Cormick. Necesito el nombre del hospital en donde está internado Richard.

—No puedo facilitárselo, señorita Paradise.

—¡Al cuerno! Quiero ver a mi hermano. ¿Se entera usted?

—¿Su... su hermano?

—Eso es. Mi hermano.

—Espero que no me mienta, señorita, o nos meteremos en un buen lío tanto usted como yo. Deme su número y espere mi llamada.

La llamó un buen rato más tarde, casi una hora después. Columbus Extension Hospital, en la esquina de Lyttle Street y Gilpin Place^[6], dijo. Le facilitó un número de teléfono en donde localizaría a su jefe. Gracias, repuso Eve, y cortó.

—¿Richard?

—¿Eres tú, Eva? —preguntó una voz gastada.

—Desde luego que soy yo. ¿Cómo te encuentras?

—Tuve suerte. La suerte de los Villasandino.

—Entonces, empezaré a preocuparme. ¿Qué ha pasado? —Lo estúpida que pudo sentirse. Ni elegir las preguntas sabía. Oyó una respiración pesada.

—Bueno, pues que las balas dumdum se han vuelto contra mí. Las balas dumdum

y los periodistas. Desconfía del periodismo, hermana.

—¿Las balas dum dum?

—Déjalo.

—¿Qué son las balas dum dum, Richard?

—Balas que tienen cortadas en la punta de plomo una cruz. Cuando la bala toca la piel, se raja por las estrías para que dañe más. Pero fallaron, hermana. Hubo suerte. Todo superficial.

—¡Dios mío, Richard! ¡Dios mío!

—¿Por qué has dicho quien eras? No debían saber. Nadie debe saber. ¿Sabes a qué me refiero?

—Por favor, dime que puedo ir a verte. Iré cuando tú lo digas. Te debo una explicación. Te debo tantas explicaciones. Debo de estar agotándote.

—Aún no. Prohibido que vengas. Te lo prohíbo.

—Me figuro todo lo que has hecho por mí, Richard. Tenemos que hablar.

—Cuelga. Más adelante, yo me pondré en contacto, Eva.

—Richard...

—Cuelga.

—Está bien, está bien. Hasta pronto, querido. Cuídate Richard.

Y, obedientemente, pero no menos intranquila que antes de hablar con él, colgó el teléfono.

2

Aparte de vista, que perdía de manera irrefrenable, Amós se preguntó si habría perdido también el juicio ya que, en su fuero interno, la decisión estaba tomada y bien tomada.

Desde la misma hora en que había conocido el atentado de Ritchie y se había felicitado de que el azar estuviera de su parte, tomó la decisión; tal vez de forma inconsciente, pero lo hizo. Y con todas las consecuencias, no bajo amenaza. Hasta el punto de que, en lugar de largarse y poner tierra de por medio, se dispuso a esperar los dos días, el plazo que Ritchie había calificado de máximo, y luego...

Porque tampoco habían sido las buenas palabras del gánster ni sus promesas lo que lo impulsó. Dudaba mucho que en un proceso lo declarasen loco, aunque él hiciera todo lo posible con declaraciones contradictorias o confesiones impredecibles, y desde luego no creía que el gánster fuese a contratar, como le había garantizado, a los mejores picapleitos. Todo lo más, contrataría a un abogado mediocre o inexperto para que lo defendiera. ¿Por qué iba a interesarle a Ritchie Sandino poner toda la carne en el asador? Además, su causa estaría perdida de antemano, y pocos

profesionales pondrían en juego su reputación.

No, no era la esperanza de salvarse lo que lo movía, sino su guerra contra el miedo, que iba a culminar aquí. Debía mantenerse firme.

Por otro lado, nadie mejor que él para tomar la decisión, pues nadie podía estar más seguro de lo que esperaba a Eva si los temores de su hermano tenían fundamento. Y lo tenían. Había oído hablar a Donovan del detective O'Tooley y circulaban leyendas sobre la inquina que le tenía a las mujeres sospechosas y cierto fatal error que había cometido en el pasado. Mientras que a él, ¿qué le aguardaba? ¿La vida de un perro ciego, muerto de asco en cualquier rincón, despreciándose? ¿La existencia crapulosa de su padre? Le repugnaba la idea de ser una carga para nadie. Y, encima, sentía el profundo deseo de negar lo que era: un hijo de quien un padre no había podido más que avergonzarse. Ojalá su padre estuviera viéndolo ahora. Ojalá apreciara su valor. Un valor que se llevaría consigo. Un valor que nadie podría quitarle. Eso y la imagen de ella, y su voz turbia mientras él la bombardeaba a preguntas por la noche, durante aquellas inconfesables sesiones de hipnosis.

«¿Con quién lo hiciste por última vez? ¿Cuál era su nombre? Cuéntamelo todo. ¿Y después? ¿Cuántas veces? ¿Dónde prefieres? ¿Gozas con ello...? ¿Por qué...? ¿Por qué...? ¿Por qué...? ¿Por qué?».

Si hay horas determinantes, horas que no vuelven y marcan la trayectoria de una vida, supo que estaba ante una de ellas. Supo que el momento de probar que no era lo que siempre había detestado en su padre se acercaba. Que no era un vicioso, que no era un cobarde. Que ni siquiera durante las sesiones de hipnosis con la actriz más deseable de Hollywood había sido eso, y que ahora tenía la oportunidad de darle sentido a aquellas noches, aunque la última sesión, la más importante, resultase inacabada. Como en las buenas películas, el protagonista disponía de una sola oportunidad para darle sentido a todo.

Y, en cualquier caso, siendo así que no había logrado ni lograría nunca que lo amasen, conseguiría, al menos, que lo temieran.

Por lo tanto, Amós esperó ese día y el otro. Esperó el plazo máximo previsto para que la última carta del Segador saliera a la luz y, con arreglo a lo que presintió sobre la gravedad del estado de salud de Ritchie y sus más urgentes prioridades, ni una referencia, ni un solo comentario o titular sobre la carta se filtró en el *Tribune*. Y lo que es más, Jake Lingle, a falta de material fresco, daba vueltas y más vueltas en sus repugnantes artículos a un discurso que hedía.

Como todo apuntaba a que el gánster aún tardaría un tiempo en recuperarse, y puesto que el tiroteo había tenido lugar poco después de la espantosa charla entre ellos, quedaba claro que la carta no había sido recibida en el *Tribune* por la sencilla razón de que Ritchie ni siquiera había llegado a componerla. ¿O es que no le había explicado que pensaba confeccionarla siguiendo el modelo de las otras y que después, por la noche, ordenaría que la llevaran al *Tribune*? ¿O es que no le había dicho que este era su secreto y que sólo ambos conocerían la existencia de la misiva hasta

después de publicada?

Sí, todo eso Amós lo recordaba muy bien porque, acto seguido, Ritchie le había augurado que «la policía iría a por él». Que después de publicada, «la policía iría a por él». Por consiguiente, ¿qué pista había pensado introducir en la carta el gánster que no ofreciera dudas a la policía? ¿Qué último indicio habría de arrastrar a los agentes hacia él?

El segundo día del plazo, por la noche, a la vuelta de la función de hipnosis, Amós siguió dándole vueltas a esta última idea. Obviamente, no se trataba ya del indicio que Richard hubiera podido concebir para una carta que no existía, sino de una prueba concluyente, un dato que estuviera al alcance de Amós y que pusiera fin al juego. El dato que probase esta esclarecedora verdad: que él, Amós, lo sabía todo. Una senda sin retorno que condujese al detective O'Tooley, sobre todo al detective O'Tooley, hacia el hombre que debía ser considerado como el autor de cinco ominosos crímenes, entre ellos, el del joven conde ruso Alexei Vasíliev.

En su dormitorio, sentado a la mesa, pluma en mano, intentó recordar pormenorizadamente la sucesión de los hechos; porque se trataba sólo de recordar lo que había ocurrido aquella madrugada hacía más de año y medio en un barrio depauperado a las afueras de Palatine, una casa medio en ruinas. El horror de todo cuanto le habría gustado olvidar —como su Eva, ahora Eve Paradise, relegó al olvido sus nueve primeros años de vida—, y que ahora se alegraba, es curioso, de no haber olvidado.

Recordó lo que, al parecer, había ocurrido. Que empezaba a clarear cuando alguien, un testigo indiscreto, estuvo al borde de descubrir al asesino; pero, quién podía pensar que el joven exiliado, el conde caído en desgracia, recibiera visitas a esas horas. Era una casita de dos plantas. Las ventanas tenían los cristales rotos y estaban más o menos protegidas con cartones.

Señor Lingle, empezó a escribir Amós, nadie, excepto su antigua institutriz visitaba con regularidad al joven Alexei Vasíliev, su ángel custodio, como Liosha llamaba a esa vieja dama. Su amiga y protectora estaba allí puesto que llevaba semanas sin saber del chico, desde que Liosha había resuelto visitar Nueva York. No hacía falta llamar a una puerta que, de todas formas, no cerraba bien. La vieja entró encogida, ataviada con ropas pobres, subió al primer piso y vio el cadáver mutilado, la sangre aún tibia y, entonces... regurgitó involuntariamente sobre el cadáver, señor Lingle. Fue ella quien lo hizo, quien vomitó. Aquella vieja dama zarista vomitó sobre el cuerpo del niño al que había querido y venerado como a un santo y cuyo cadáver no había podido evitar mancillar. Y luego, con un remordimiento candoroso, provista de un pañuelo, trató de limpiar el cuerpo en vano. El único modo de evitar ser descubierto, señor Lingle, fue esconderme entre los maderos y las vigas de la habitación contigua... escribió en el borrador de la quinta y definitiva carta.

Sin embargo, la vieja institutriz afirmó siempre que, cuando llegó, el cadáver mutilado estaba en medio de un charco de sangre y vómitos. Tan sólo un pequeño

matiz, que deformaba la rigurosa verdad. Mintió al afirmar eso, pues, realmente, fue ella quién vomitó. A causa de una comprensible vergüenza íntima, o tal vez, en un rasgo de sutil delicadeza, de respeto hacia su querido Alexei Vasíliev, se negó a añadir más oprobio al oprobio ni más horror al horror.

*¿Comprende, señor Lingle? Dígale a sus amigos de la policía que le pregunten a ella. Yo estaba allí. Yo lo vi todo. Esta es la prueba.
Van cinco.*

Firma: EL SEGADOR DE CHICAGO

Seguidamente, pulió y resumió el texto del borrador cuanto pudo; cogió un periódico, el *Chicago Tribune* que Ritchie Sandino le había apremiado a conservar y, con muchas dificultades a causa de la vista y del martirio que suponía recortar defectuosamente las letras, esforzarse en no extraviarlas cuando se le caían de la mesa o pegar una tras otra para componer las palabras, acabó confeccionando la carta. La introdujo en un sobre con los datos y una letra tan distinta a la suya como entre sí lo fueron las letras de los cuatro sobres precedentes, según le constaba por Ritchie Sandino.

Durmió unas horas y, por la mañana, ni muy temprano ni tampoco tarde, desayunó, se vistió y, sin ver a Donovan, que tenía por costumbre no madrugar, salió del piso y se dirigió a la estafeta de correos más próxima con la intención de franquear la carta.

La idea era prescindir de las medidas de seguridad que el hermano de Eve le confesó haber observado con las cartas remitidas por correo postal. Es decir; nada de terceros, nada de mendigos, nada de menores de edad a los que ofrecer propinas para que franqueasen las cartas. Lo haría él en persona.

Aunque sólo fuese porque debía tratarse del procedimiento policial corriente, y no porque la policía tuviera esperanzas de que un astuto degenerado como el Segador cayese en la treta, un número indeterminable de agentes estaría vigilando los envíos destinados a un tal Jake Lingle. Hasta puede que hubieran dado órdenes precisas a todos los servicios de correos del condado, no sólo de Cicero o de la capital.

Por eso entró solo en la estafeta. Por eso y porque era su deber. Porque ella estaba enamorada de Donovan, y Donovan lo estaba de ella. Lo hizo porque él no tenía futuro y para que Eve, su pequeña Eva, tuviese otra oportunidad de renacer orgullosa, y porque, si el amor es lo único que de veras redime, ¿por qué no habría de redimir a esa niña que se le aparecería siempre bajo la sombra del viejo árbol, con la palabra MAGIA escrita en la frente, gracias a un carboncillo? Qué no habría hecho por ella.

Algo debió de servirle ver poco y fingir día tras día en el teatro de Madison Street. No demostró inquietud ni suspicacia al intuir que policías vestidos de paisano vigilaban la fila de gente que esperaba turno, y, con naturalidad, se puso en la cola.

Esto ocurrió hacia las diez. Poco después, como era inevitable que sucediese, la

misiva fue interceptada. Tras ciertas vicisitudes que acabaron por dejarla en manos del detective O'Tooley, la carta llegó a la mesa de Jake Lingle.

A última hora de la tarde se publicó una edición especial del *Tribune*, con el siguiente titular de portada: NUEVA CARTA DEL SEGADOR DE CHICAGO.

13. FIN DE TRAYECTO

1

Es verdad que, en principio, el detective Liam O'Tooley pensó en telefonar a Eve Paradise para tranquilizarla; pero ¿en serio iba a tranquilizarla? Le diría que la investigación marchaba divinamente y que el engendro, eso diría, que la había aterrorizado durante años persiguiendo a sus jóvenes amantes no tardaría en caer como fruta madura; sin embargo, pensándolo mejor, para qué precipitarse. Al fin y al cabo, la estrella vivía un idilio con alguien tan próximo al engendro como Donovan, sin olvidar que la pobre bastante tendría con el estado de salud de su hermano, cualquiera que fuera la relación que mantuviesen.

Así que esperó a ver publicado el *Tribune* y, con un ejemplar de la edición extra en su poder, empuñó en caliente el teléfono para llamar al cerdo de Lingle. Lo hizo sin pretensiones de obtener información, más por fastidiarlo, si no lo había fastidiado ya suficiente durante las últimas horas, y con un espíritu vengativo que a él mismo le impresionó.

—Oigo.

—¿Señor Lingle?

—Aquí Lingle.

—Soy el detective O'Tooley.

—No me diga.

—Ya veo que no ha perdido el tiempo —dijo el detective ojeando el periódico.

—Tampoco usted, tío listo. Retiene durante horas mi carta, la carta que iba dirigida a mi nombre. Si se figura que no tendrá consecuencias, se equivoca. Pagaré, O'Tooley.

—Pagar y hacer pagar es mi trabajo, señor Lingle. Ah, y, por si le interesa, tengo localizado a su hombre.

—¿Va de farol? Porque debería saber que de faroles entiendo algo.

—No crea. Soy un pésimo tahúr —aseveró O'Tooley—. Y los compañeros del Departamento de Palatine, muy diligentes.

—¿Y a mí qué me va en eso?

—Le va mucho en saber que he corroborado la veracidad del contenido de la última carta.

—Al grano, O'Tooley.

—La vieja institutriz acaba de confesar a la policía de Palatine que, en efecto, no pudo remediarlo, y que, al ver la carnicería, regurgitó sobre el cadáver del joven Alexei Vasíliev. ¿Se da cuenta de lo que eso significa?

—Que mi hombre estaba allí.

—Estaba allí. Y es su hombre.

—La prueba definitiva —dijo Lingle con renovado apetito—. Pero ¿su identidad? ¿Tiene su identidad?

—Su identidad y domicilio. Mala suerte. Cometió un error inexcusable.

—Vamos, amigo mío, suéltelo ya. Me lo he ganado. Dígame su nombre. Tengo más derecho que nadie. Él confió en mí.

—Confidencia por confidencia, señor Lingle. ¿Qué sabe de lo de Ritchie Sandino?

—¿Se está refiriendo al tiroteo?

—Digamos que sí.

—Y por qué tendría yo, digamos, que saber nada. Quien a hierro mata a hierro muere.

—En fin, se me ocurrió que con la buena relación que tiene usted con Capone...

—¿Trata de quedarse conmigo, O'Tooley? Hasta donde me alcanzan los conocimientos, la ametralladora Thompson no la inventó Al Capone.

—Ya, ya.

Liam O'Tooley disfrutaba.

—Y le diré lo siguiente, O'Tooley: Al Capone está haciendo por Chicago lo que muchos políticos no han sabido hacer. Se ha rascado el bolsillo como el que más para auxiliar al que lo necesita. O no ha dado un centavo, o ha dado un millón de dólares a los pobres de esta ciudad. ¿Y sabe qué, O'Tooley? Ha dado un millón.

—Y a usted, señor Lingle, ¿de qué modo le agradece Capone la propaganda?

Lingle se quedó transitoriamente mudo.

—Debería hacer que se tragara eso.

—Recuerde. Confidencia por confidencia, señor Lingle.

Fue la última conversación telefónica entre Jake Lingle y el detective O'Tooley.

Tal era el desdén de O'Tooley hacia el recientemente ascendido a reportero estrella del *Chicago Tribune*, que cuando dos años después, el 9 de junio de 1930, Jake Lingle fue abatido a sangre fría de dos balazos en la nuca, Liam O'Tooley no sintió nada.

Quedaba lo más gratificante, si de gratificante puede calificarse el protocolo que conduce al arresto de un criminal célebre. No, a O'Tooley no le iba en absoluto esa parte, sino la cuestión científica y deductiva. El colofón, lo que para muchos agentes representa un momento de gloria, asqueaba a O'Tooley. El hecho de ver la cara a un

indeseable de turbia conciencia, una aberración de ser humano, tal vez no muy distinto de tantos respetables psicópatas que andan sueltos, triunfan y se enriquecen, todo eso no era plato de su gusto.

En este caso, quién sabe por qué razón, el tipo le inspiraba una indefinida lástima. Aquel rostro suyo lo tenía clavado entre ceja y ceja desde que se hizo evidente la identidad del Segador. Y aunque ya sabía que esas moscas muertas suelen ser los peores, alguna vez que, discretamente, se había pasado por el local n.º 110 de Madison Street para presenciar el espectáculo de hipnosis, el asistente del hipnotizador había suscitado su interés profesional menos que el carismático Donovan.

Sus hombres dedicaron la tarde a seguir el rastro de ambos, desde que la pareja salió de Cicero en un auto de alquiler que Donovan conducía, hasta que, bien entrada la noche, O'Tooley recibió la llamada convenida.

Entonces, O'Tooley, bajo la atenta mirada del capitán, pero contra sus más íntimos deseos, se puso en marcha. Condujo las diez millas que lo separaban de Cicero al volante de un coche patrulla recién provisto del nuevo sistema de radio, por si acaso era preciso recibir alguna llamada urgente. En un tiempo récord, llegó a la esquina en torno a la cual había estacionado Fink y desde donde la perspectiva del bajo y sus ventanas era inmejorable.

Pasaba de la una y media cuando O'Tooley, secundado por Fink y tres agentes, llamó al timbre del piso y, al poco rato, con un gesto de alarma inconfundible, abrió la puerta Donovan.

A juicio de O'Tooley, lo que siguió, el resto: la zozobra, el horror, la extrañeza, el suspense, la melancolía del culpable expectante, su miedo, la certidumbre por parte del propio O'Tooley de estar, por fin, en el sitio exacto, todo ello se confundió con las ganas de los cuatro policías subalternos de moler a golpes, vapulear sin dejar huellas al criminal más infame y perseguido.

Donovan les hizo pasar a una especie de saloncito en desorden y O'Tooley hizo llamar a Amós, cuya vista se evidenciaba muy defectuosa.

El aclamado hipnotizador insistió en estar presente mientras O'Tooley le pedía al sospechoso que firmase en una hoja en blanco, ruego al que se plegó sumisamente Amós. Tras cotejar O'Tooley dicha firma con la que aparecía estampada en el libro de registro del hostel Savannah, procedió a mostrárselo a Amós.

—¿Reconoce esta firma como suya? —preguntó O'Tooley.

Amós, que estaba sentado en la butaca, junto a la mesa camilla, casi por exigencias físicas, se acercó el libro y asintió en silencio.

Aparte de él, sólo Donovan y el detective estaban sentados. El resto de los policías exudaba tensión. Entonces, O'Tooley se puso en pie, mostró una orden judicial de registro a ambos y, ante las airadas protestas de Donovan, dio comienzo la última fase, infinitamente más breve de lo que el detective Liam O'Tooley había supuesto.

Tal debía de ser la confianza del sospechoso en sus métodos, o su inconsciencia, pensó O'Tooley, o tan perturbado estaba que no fue preciso poner la vivienda patas arriba.

En el dormitorio de Amós, una pequeña estancia con dos camas gemelas, un armario ropero, una mesa y una silla, fue hallado, dentro del ropero, eso sí, cerrado con llave, pero no especialmente oculto, un ejemplar del *Tribune*. Y, lo más significativo, guardaba en su interior páginas y letras recortadas. Se halló también una aparatosa carpeta con fotos y recortes de prensa de Eve Paradise y un texto manuscrito, un borrador con algunas frases tachadas y que, en resumen, coincidía punto por punto con la quinta carta publicada en el *Tribune* de hoy.

—Amós Zambrano —dijo O'Tooley, tras dar orden de confiscarlo todo—, tendrá que acompañarnos. Queda usted arrestado. Fink, haga el favor de leerle sus derechos.

—¡Maldito loco hijo de puta! —estalló Donovan que, por fin, parecía haber entendido. Hubo un timbre en la frase que a O'Tooley, absurdas intuiciones, le sonó a falso—. ¡Maldito loco hijo de puta!

Y, como hiciera el ademán de abalanzarse sobre Amós, un par de agentes le impidieron el paso, justo a tiempo.

3

—**P**ara exigir justicia, deseemos primero que se haga justicia —se expresaba el fiscal Garrett en su alegato final. En medio del público asistente, la señora de la pamea de color indescriptible notó cómo su mano rozaba casi de modo involuntario la pierna del caballero bizco del bisoñé. De repente, el bizco se la cogió con una suavidad inesperada y, en seguida, como si fuera la cosa más natural del mundo, se la apretó cálida y casi protectoramente sin que ninguno desviase su mirada del fiscal Garrett—. Hoy, aquí, mi único pero ferviente deseo es que este tribunal haga justicia. Un deseo que, a buen seguro, comparten todos los miembros del jurado, en aras a que nadie, jamás, se vea desprotegido.

»¿Por qué el acusado suplantó al señor Curtis e hipnotizó en su propia casa a la actriz mundialmente conocida como Eve Paradise? Lo cierto es que lo hizo por la misma razón por la que segó la vida a cinco jóvenes que la adoraban y los mutiló salvajemente ultrajando sus cadáveres: porque la quería sólo para él, porque no soportaba la idea de compartirla, porque, como él mismo ha reconocido desde ese estrado, experimentaba hacia ella “un deseo persistente, obsesivo y que, a veces, le hacía daño”, porque la simple idea de que alguien amase carnalmente a Eve Paradise lo humillaba. El acusado a quien tienen la responsabilidad de juzgar es el mismo hombre que no ha mantenido relaciones sexuales con ninguna mujer, que ha entrado

en prostíbulos con frecuencia y que, no obstante su comportamiento vicioso, jamás se atrevió a satisfacer sus deseos.

»Durante años, para huir de sus frustraciones, y de forma reflexiva y consciente, Amós Zambrano se refugió en la imagen de la estrella de Hollywood, Eve Paradise. Estaba poseído por una fijación que confería significado a sus días, como demuestra la carpeta en la que durante años coleccionó fotos y recortes de periódicos de la actriz. De instintos violentos, estaba incapacitado para tener amigos, vivía recluso en su obsesión y había roto lazos con casi toda su familia. De su agresividad y aridez de corazón dan fe las relaciones que mantenía con su padre, a quien no dudó en arrastrar desde España ni en golpear hasta matarlo pese a tratarse de un pobre ciego aquejado de una grave diabetes.

»Convenció o se dejó convencer por su socio, Donovan Curtis, para hacer las Américas animado siempre por la idea de acercarse a la señorita Paradise. Una vez en los Estados Unidos, y a pesar de los escasos medios con que contaban y de tener un padre impedido a cargo, durante años aprovechó cualquier oportunidad para ver a la actriz en persona, como lo prueba su estancia en el *hostal Savannah*, el 13, 14 y 15 de mayo de 1926, época durante la cual *El show de Donovan* apenas daba para comer.

»Aprovechando sus oportunidades, mató a sangre fría a cuatro jóvenes amantes de la actriz, mutiló sus cadáveres de forma deshonrosa y, siempre que se presentó la ocasión, hizo desaparecer los cuerpos para no dejar pistas y entorpecer las investigaciones de la policía.

»Ya instalado en Chicago, y sirviéndose del carisma de Donovan Curtis, lo convenció para que hablase con la madre de Eve Paradise a fin de que ambas acudiesen al estreno del *show*, con el subterfugio de que su presencia constituiría un estímulo comercial y una publicidad extra; pero, oh casualidades, en ese entonces se dio una circunstancia que lo invitó a ser mucho menos cuidadoso de lo que en él era habitual. Mike W. Murdoch, hijo del propietario del teatro que acaban de arrendar y que habían acondicionado para su *show* de hipnosis, estaba decididamente en contra del mismo, y, lo que es más, había convencido a su padre para que instase la anulación del contrato de arrendamiento por “inmoralidad y escándalo público del espectáculo”.

»La noche del 6 al 7 de octubre, el acusado se expuso en demasía porque, por primera vez, mató sin preverlo con suficiente antelación. El testigo Richard Villasandino testimonió con claridad haberlo visto en persecución de la señorita Paradise por Calhoun Street, calle a la que da la puerta trasera del teatro, también llamada *entrada de artistas*, y más adelante, en La Salle Street, perpendicular a Calhoun, lo vio subir a un auto de características similares al de Mike W. Murdoch, un Cadillac Town Sedan 1928, de color verde carruaje, auto que, por cierto, apareció al día siguiente con la tapicería empapada de sangre. Esta versión, ni el mismísimo acusado ha sido capaz de negarla y, en gran parte, coincide con lo que testimoniaron la señorita Paradise y su madre, Evelyn Paradise, respecto a lo ocurrido esa noche.

»Porque, en efecto, esa noche, en contra de la versión que sostiene la defensa, Amós Zambrano salió por la misma puerta que la señorita Paradise, la *entrada de artistas*, la siguió a distancia, vio a Mike W. Murdoch, que se detuvo para hablar con la actriz y, finalmente, el acusado terminó montándose en el automóvil de este. Una vez dentro del auto, ordenó al desdichado joven que condujese hasta Highland Park, en donde acabó con su vida y mutiló su cuerpo como antes había hecho con Jimmy Bowly, Rick Patterson, Abdul Farah y Alexei Vasíliev. La diferencia radica en que, esta vez, el acusado mató a Mike W. Murdoch por dos móviles que se solaparon en el tiempo. Por un lado, los principios morales de Mike W. Murdoch, que podían llevarle a la ruina, y por otro, su permanente obsesión por Eve Paradise y la evidencia de que el joven se sentía atraído por ella.

»Fue la suma de ambos móviles lo que movió a actuar al acusado con una precipitación y una osadía que jamás había evidenciado en sus otros crímenes.

»De todas formas, su amor al riesgo empezaba a ser adictivo. Algo muy dentro de él, un impulso autodestructivo sumado a un complejo de superioridad sobre el resto de mortales, empezaba a cobrar forma. Amós Zambrano necesitaba exhibirse. No descubrió mejor modo que jugar con una policía que hasta ahora se había mostrado inepta para atraparlos. Decidió ponerla en evidencia sacando a relucir sus crímenes sin resolver, ufanándose de ellos. Él, que siempre había estado en silencio, en la sombra; él, que hasta sobre un escenario, cuando hipnotizaba a la gente, era eclipsado por un farsante como Donovan Curtis, por fin demostraría su talento, su inteligencia oculta, su don, bajo el cual yacía el deseo hondo de acabar con un sufrimiento que volvía su existencia insoportable. Él mismo, recuérdense, ha reconocido que si la investigación policial no hubiera dado frutos, habría acabado entregándose.

»Caballeros del jurado, la defensa les dirá que el acusado no tiene control sobre sus actos, les dirá que su capacidad de voluntad está mermada o es patológica, les dirá que no es responsable de sus crímenes; pero los dictámenes de los expertos aportados por esta parte no dejan lugar a dudas y, algo no menos importante, repasando uno por uno, como me dispongo a repasar con ustedes, los cuatro primeros crímenes referidos a James Bowly, Rick Patterson, Abdul Farah y Alexei Vasíliev, confío en que la justicia que cualquier ciudadano libre tiene derecho a exigir, terminará por imponerse. Al fin y al cabo, si es cierto que la historia siempre se repite, cuarenta años después le habremos quitado la máscara a un criminal tan perverso como lo fue el Destripador...

El alegato del fiscal Garrett se prolongó durante veinte minutos más. Al cabo, el juez Mason concedió la palabra al letrado Spelling, quien, en la última parte del proceso, era notorio, había cedido inexplicablemente la iniciativa.

—Señores del jurado —dijo con voz lenta, que compensaba el timbre agudo del joven—, como alumno que fui de mi estimado colega, creo que estoy en buenas condiciones de apreciar los méritos del señor Garrett, la estrategia del señor Garrett y la vereranía de un jurista que siempre se caracterizó por ser capaz de hacer ver blanco

lo negro, y lo negro blanco. Y, porque aprecio su sentido de la justicia, también yo me siento en el deber de invocar el concepto más universal y humanístico de esta palabra, según el corolario aristotélico: «Justicia es tratar de manera igual a los iguales, y de manera desigual a los desiguales». O dicho de otra forma: «Nada es más injusto que tratar de igual forma a los desiguales»; ya que la justicia es una cuestión de equidad, no de igualdad. Esto fue lo primero que el fiscal Garrett nos enseñó en la facultad de Derecho, y es algo que, hoy y aquí, mi antiguo profesor debería tener muy presente.

»Pues bien, comparezco ante ustedes con la convicción de que mi defendido, el señor Amós Zambrano, es, para su tragedia, un desigual entre iguales.

»Su infancia, en la España pobre y orgullosa de finales del siglo pasado, debió de ser tan dura y humillante como lo habría sido para cualquiera de nosotros en su lugar. Su padre era un jornalero viudo y mujeriego que vio morir a su esposa y a su hija mayor de una epidemia de gripe, se hundió en el alcoholismo y agravó de manera irreversible su diabetes, alguien que, a duras penas, y gracias a su madre, logró sacar adelante al pequeño Amós.

»Desde muy joven, mi defendido desempeñó toda clase de tareas subalternas. Fue un niño aislado y, cuando descubrió su excepcional talento, se convirtió en alguien todavía más aislado y objeto de desprecio. Como así sostiene el perito de esta parte, ahí empezó su calvario, sus lapsus de memoria, su inestable sensibilidad y su conciencia problemática y enferma. Todo ello producto de una disfunción mental que, a la vez, le permitía una hazaña incomprensible para el resto de nosotros: sugestionar la voluntad de los demás. Y, con todo, en su primera juventud, mi defendido demostró un amor filial encomiable, como prueba el hecho de que acompañara a su padre en un periplo que los llevaría a las islas Hawai, las puertas del Nuevo Mundo y, según la publicidad de la época, a un futuro mucho más prometedor que el que su tierra de origen les deparaba. Un futuro, quiero recordar, que interpretaron del mismo modo más de ocho mil españoles durante los diecisiete años que van desde 1900 a 1917.

»Pretendo concluir y poner ante los ojos y la conciencia de ustedes que mi cliente no es responsable penal de sus actos porque no es una persona sana a efectos legales, sino alguien que, a fecha de hoy, está bajo tratamiento psiquiátrico.

»Volveré sobre cada uno de los crímenes, y pondré el énfasis en que de las pruebas y testimonios de la mayoría de los testigos se desprende la necesidad de que se recluya a mi cliente en un centro psiquiátrico. Antes, sin embargo, y a modo de introducción, les recordaré algo que mi estimado colega se ha cuidado muy mucho de esquivar y que el perito de esta parte ha dejado más que claro. Hay dos piezas que no casan y que confirman que mi defendido es un perturbado mental. Y son estas: si estaba obsesionado con la estrella de Hollywood, Eve Paradise, si, como sostiene literalmente el doctor Forbes, perito de la fiscalía, “se enamoró platónicamente de ella”, y su carácter, como sigue diciendo, es “introvertido y tiende al aislamiento”, ¿no es una contradicción insalvable que acabe enviando cartas a un periódico en las

que reta públicamente a la policía y se exhibe ante la opinión pública autoapodándose como el Segador de Chicago?

14. EL VEREDICTO

1

El juez anunció que los miembros del jurado podían retirarse a deliberar, y para todos, ya fueran radioyentes o espectadores *in situ*, era un hecho que el veredicto sería inminente.

—«Volvería a hacerlo». ¿He oído bien? ¿No fueron esas sus últimas palabras? «¡Volvería a hacerlo!», dijo esa bestia vomitiva —exclamó Mummy Fitzsimmons, que, para relajar a su Smithy, paseaba con el yorkshire terrier contra el pecho. La radio, recientemente instalada en el salón principal del primer piso, aquel en donde Eve había creído que Donovan, y ningún otro, la seducía con sus palabras durante las sesiones nocturnas, sonaba sin interrupción.

—¿Por qué no lo procesaron en otro estado? Los jueces de Illinois son muy indulgentes. ¿No te parece, Orson? —preguntó Mummy.

Orson Fitzsimmons, enfundado en una de sus chaquetas a cuadros, apretada en la cintura, cabeceaba en uno de los butacones. Aquel cabeceo tanto podía significar que le parecía como que no.

—Le entra por una oreja y le sale por la otra —dijo Mummy. El coronel jubilado, duro de oído como era, sonreía como si gozase de una tregua en un limbo silencioso.

—Porque todos los crímenes se cometieron en el estado de Illinois —dijo Evelyn.

—Está bien; pero, en cualquier caso, tu hija debería estar con nosotros, Evelyn. Se lo está perdiendo.

—Es demasiado penoso para mi hija, Mummy —contestó Evelyn, que salió de la estancia para ir al encuentro de Eve. Bajó a la cocina, en donde la actriz se preparaba una infusión, con Mildred a su lado.

—¿Cómo has podido? —preguntó Eve al ver entrar a su madre. Evelyn fulminó con la mirada a la doncella, que se retiró en silencio.

—Escucha, Eve.

—¡Traer a los Fitzsimmons!

—Pero, cariño, se invitaron ellos solos. Ayer, Mummy intentó convencerme para que fuéramos al edificio de los tribunales, y, como me negué, se presentó por sorpresa.

—Es deprimente.

—Ya lo creo. Todo, todo es muy deprimente.

—Te conozco bien —dijo la actriz volviéndose hacia su madre con la taza cogida entre las manos—. ¿Qué estás insinuando ahora?

—Nada. Se acabó la pesadilla.

—Para ti, quizá. No para mí. Condenarán a un inocente. A un loco que persigue el martirio.

—Oh, cállate, Eve. Cállate —Evelyn tomó asiento en una silla—. No me hagas hablar. ¿Por qué no te fiaste de tu madre?

—Enfermarás si no hablas. ¡Habla!

—No pienso.

—¡Escupe! ¿No es lo que siempre te aconsejaba Richard por el bien de tu salud? ¡Desahógate! ¡Exprésate! No permitas que las frases se te pudran ahí dentro. Ánimo, Evelyn, o lo pagaremos todos.

Evelyn se pasó el dorso de la mano por la frente.

—Crearás que para mí es fácil permanecer siempre al margen, hija.

—Así, así.

—¿Lo crees, verdad?

—No lo creo en absoluto.

—Ser la mala de la película, nunca tener ni un solo reconocimiento por tu parte, jamás.

—Bien dicho.

—Permitir que me hables como me hablas, sufrir como he sufrido, en silencio, disimular y que me sigas maltratando.

Eve bebió un sorbo de tila, afectó un aplomo inexistente y dijo:

—Es bueno. Lo reconozco. De tus mejores arranques. Continúa.

—¡No!

Eve dejó la taza en la repisa y avanzó un paso hacia su madre.

—¿Por qué no? O me dices lo que tengas que decirme, u olvídate para siempre de que vivimos bajo el mismo techo.

Y, entonces, de manera abrupta, señalando vagamente con un dedo inquieto y sin mirar a su hija, repuso:

—Si me hubieras hecho caso, ese maníaco asesino no habría entrado en esta casa. Ni por la puerta, ni trepando por la terraza.

—En primer lugar, no es ningún maníaco asesino. En segundo lugar, debería dejarte con la palabra en la boca. ¡Cómo pudiste no decirme que había sido él y no Donovan a quien habías descubierto! ¡En mi propia casa, por la noche! ¡Hipnotizada! ¡Me enteré en el juicio, Evelyn! ¿Tienes algún sentido de la decencia?

—No quería preocuparte.

—Mientes. ¿Llegas a creerte tus propias mentiras? —entrelazó las manos a modo de plegaria, bajo la nariz. Así estuvo un instante, como abstraída—. Hasta bajo juramento te he sorprendido mintiendo. La noche en que desapareció Murdoch, cuando tú y yo salimos por la puerta de atrás del teatro y discutimos...

—Eve, acabarás provocándome un colapso nervioso.

—Dijste en el estrado que un taxi te había llevado a casa, que tomaste un sedante y te dormiste pronto.

—Bueno, ¿y qué?

—Te vieron llegar muy de madrugada, borracha como una cuba y del brazo de un hombre.

—Ese hombre era un taxista. Y yo estaba triste.

—Qué poco de fiar has sido siempre, Evelyn.

—Se nota que nunca te has sentido triste y vieja.

—Por qué mentir. Eso es lo que me pregunto.

—Porque me sentía avergonzada.

Eve notó un ligero vahído. Trataba de ir hasta el fondo de sus recuerdos, hacer que aflorase todo.

—Mientes, ocultas, deformas. Como la otra noche, con el infeliz de Amós. Hipnotizada, realmente hipnotizada. Y contigo a mi lado, horas más tarde. Es increíble. ¿Por qué no me dijiste quién era en realidad el hipnotista, si acababas de descubrirlo? ¿Por qué? ¿Cuál es el sentido de todo esto?

—Hija mía, me estás asustando. Lo hice para no disgustarte, para que no odieras a Donovan. Lo hice para que continuaras amándolo. Tienes que creerme. Fue un acto de amor gratuito. Soy tu madre.

—¿Un acto de amor gratuito? ¿Qué idioma hablas, Evelyn? ¿Dónde has leído eso?

La actriz evocó el énfasis que había puesto el hipnotizador en preguntarle la hora. Naturalmente. Por fin, comprendía el porqué, la única, la verdadera razón que lo explicaba. Tenía la certeza. La una y diez. Sólo ahora estaba segura. Al final, tiempo más tarde, es cuando los más pequeños detalles cobran relevancia. Ahora lo entendía. Nunca hubo otra explicación.

Él le había preguntado la hora, algo que no había hecho hasta entonces, con el único propósito de que, al despertar del trance, o al acostarse y mirar el reloj, se diese cuenta de que había sido realmente hipnotizada. Si todo el tiempo había considerado la hipnosis un fraude, por fin tendría la prueba de que, en cada una de las sesiones, él había demolido sus defensas y, pregunta tras pregunta, le había robado sus más íntimos secretos.

Hasta esa noche, Eve no había sido consciente del tiempo cuando él le ordenaba relajarse, y aunque transcurriera de modo vertiginoso, había atribuido esa relatividad a las charlas que mantenían antes de que él le dijera: «Tienes que estar relajada. Confía en mí. Te dormirás cuando yo te lo diga. Después contaré hasta cinco. Estaré justo aquí. No me apartaré de tu lado».

Sí, poco antes era la una y diez y, de repente, eran las cuatro y media. Él le había preguntado la hora, y, ¿dónde la había consultado ella? ¿Dónde? ¿En el reloj de pie, o en el reloj de bolsillo que él le había regalado y en el que no había vuelto a pensar desde aquella noche?

—¡¡Evelyn!! ¡¡Eve!! ¡¡El veredicto!! ¡¡El veredicto!! —Se oyeron desde arriba los gritos de Mummy Fitzsimmons.

«Estaré justo aquí. No me apartaré de tu lado».

Salió de la cocina y subió las escaleras, con Evelyn detrás. ¿A quién le había entregado su amor maldito? ¿Quién era, en realidad, Amós Zambrano, ese hombre que se había hecho pasar por quien no era? «Estaré justo aquí. No me apartaré de tu lado». ¿Dónde había guardado el reloj de bolsillo?

Cruzó el salón sin dudarle, sin detenerse. Mummy Fitzsimmons estaba de pie, junto a la radio, con Smithy contra el pecho, ambos alerta. El coronel jubilado cabeceaba en la butaca, casi al margen de todo. El locutor participaba a sus oyentes que los doce miembros del jurado ya estaban en la sala, a punto de aproximarse al estrado de su señoría.

Eve se acercó a la consola Chippendale y destapó el tibor oriental de porcelana.

—Miembros del jurado, ¿están de acuerdo con el veredicto? Y, si es así, ¿quién hablará por todos? —se oyó por la radio la voz del juez Mason. Evelyn se puso al lado de su hija.

—Lo estamos. Yo soy el portavoz —replicó alguien.

—Póngase en pie el acusado —ordenó el juez.

Eve cogió el reloj por la cadena y lo balanceó ligeramente en el aire, ensimismada en su contemplación. Mummy Fitzsimmons, aún más perpleja que su yorkshire, escrutaba por turnos a Evelyn y a Eve, al propio Smithy y, por último, a su esposo.

Mientras Eve sujetaba la cadena, Evelyn tomó el reloj entre sus manos y abrió cuidadosamente la tapa.

—¿De dónde lo sacaste? —preguntó con expresión de duelo.

Eve levantó hacia ella unos ojos extraviados.

—¿Encuentra el jurado inocente o culpable al acusado de los cargos de asesinato que se le imputan? —preguntó el juez.

Mummy dirigió la vista hacia el aparato de radio, que funcionaba a pleno volumen, abrió la boca y volvió a cerrarla.

—¿De dónde? —repitió Evelyn, sin fuerzas.

—¡¡Culpable!! —declaró el portavoz.

Una barahúnda de gritos y voces salió por los altavoces de la radio. Smithy empezó a ladrar. Orson Fitzsimmons sonreía.

—¡Le está bien empleado! —soltó Mummy—. ¡Por monstruo!

—¿De dónde, Eve? —«Estaré justo aquí. No me apartaré de tu lado». Recordaba la frase. Una frase más antigua que reciente. Una frase llegada de muy lejos, otra tierra, allende los mares, días perdidos en la bruma, días que no volverán. Eve movió los labios. «Contaré hasta cinco. Estaré justo aquí. No me apartaré de tu lado»—. Era el reloj de tu padre —añadió Evelyn—. ¿Lo sabías?

Cuando la actriz negó sin palabras y su madre se apoderó del reloj suave pero con firmeza, una parte de Eve ya estaba ausente. De súbito, un chispazo evocador la sacudió, la deslumbró, la conmovió en lo más hondo de su ser.

—Amós —la escuchó susurrar Evelyn—. Amós, Amós...

Huyó, pero no como siempre había huido. Esta vez regresaba en pos de aquello que le habían arrebatado.

—¡Eve! ¿A dónde vas? —gritó Evelyn.

—¡Dios mío! —dijo Mummy—. Es una auténtica traumatizada.

2

Media hora había transcurrido, empezaba a nevar y el nuevo Lincoln de Ritchie estacionó en las inmediaciones del edificio de los tribunales. Lo bastante lejos como para pasar inadvertido, y lo bastante cerca como para distinguir desde su interior a los reporteros que se agolpaban a las puertas del Palacio de Justicia. Un segundo Lincoln, este sin cortinas y con cuatro escoltas, estacionó detrás del suyo.

Ritchie iba sentado en la parte de atrás, con su muleta. Al menos, el brazo se había recuperado en las últimas semanas y ya no precisaba del cabestrillo. Dos de sus nuevos *torpedos*, la pareja que había relevado a los caídos Sam Cormick y Harry Gusick, iban delante.

El gánster estaba más que satisfecho. En lo referente al asunto que le importaba, todo había salido a pedir de boca. Parecía inconcebible. Por un desenlace así, tan redondo, se hubiera jugado la vida de nuevo, aunque su atentado sólo de refilón tenía que ver con el caso Murdoch y los peligros que asediaban a su hermana.

Por sorprendente que fuera lo ocurrido, para Ritchie no había más que una explicación: como resultado de sus coacciones, el cobarde de Amós había decidido actuar por su cuenta y riesgo, poner fin a la pesadilla que le aguardaba.

Porque no sólo era cierto que Amós carecía de opciones (Ritchie no hablaba en balde y lo hubiera fulminado sin piedad), sino que el tipo se había conducido ingeniosamente y con astucia. Lo prueba que tres meses antes, cuando Ritchie aún convalecía en el hospital y uno de sus escoltas le leyó la última carta del *Tribune* firmada por el Segador (se sentía tan desfalleciente que fue incapaz de leerla por sí mismo), más que su propio poder de intimidación, le complació la utilidad que había dado aquel imbécil a un detalle que sólo el auténtico verdugo del conde Vasíliev podía conocer. Desde un principio, no se había equivocado con respecto a Amós. Lo había calado bien pronto.

Y, ahora, lo más arduo estaba a punto de resolverse.

Se pondría en contacto con su hermana, con quien, por consejo de sus abogados, aún se mantenía distante a raíz de la charla telefónica desde el hospital; ambos hablarían, y atrás, ocultas y olvidadas como tantos ajustes de cuentas que jalonaban el historial de Ritchie, quedarían los pormenores que nadie debía conocer.

Pormenores como el asunto del cadáver de Mike W. Murdoch, aún caliente,

cuando ordenó regresar a Sam Cormick y Harry Gusick al bosque de Highland Park esa misma noche, para enterrarlo, o el descubrimiento por parte de Teddy Flowers y el Manco (que se habían presentado en la residencia de su hermana en Galena en calidad de vendedores de seguros) del cadáver de Rick Patterson, inhumado en la parcela de la casa, o el posterior robo de la Brough Superior en el garaje, o el intercambio, *in extremis*, del cuerpo de Sammy Lombard por el del joven Abdul Farah en el famoso ataúd de bronce blanco para hacer desaparecer el fiambre. Todos los encubrimientos, rematados por las cartas enviadas a Lingle con el solo y decidido propósito de confundir a la policía, y poner a los detectives sobre la pista de Amós.

Todo dirigido, reconducido, ideado hábilmente por él, para confundir a los investigadores con indicios, antes de que él interviniera, inexistentes.

Ritchie Sandino, el hombre fuerte de Capone que se especializó en dejar pruebas falsas. Como veintiocho años atrás, en Sevilla, con el falso accidente de su padre adoptivo, en realidad asesinado. ¿En realidad?

Su hermana no era más que una niña. Huyendo aterrada de su padre, cogió una escopeta casualmente cargada de la panoplia del salón y apuntó todo lo alto que pudo. Resultó ser el vientre de su padre, quien por enésima vez se disponía a violarla en la creencia de que estaban solos en la casa. Eva apretó el gatillo y aquella escoria de hombre aún tuvo tiempo de sujetar la escopeta con las manos. En qué silencioso terror no debió de sumirse la pequeña tras escuchar el estrépito del disparo, qué pudo pasar por su mente al experimentar el golpe del retroceso que la dejó sentada en el frío mármol del salón.

Ritchie era el único, además de padre e hija, que estaba en la casa. Llegó demasiado tarde; pero no para borrar las huellas. Con habilidad, dejó pistas sobre la marcha. Su padre procedía a limpiar la escopeta cuando ocurrió la tragedia, fue lo que dijo. En cuanto a Eva, ese día, veintiocho años antes, empezó a olvidar para siempre; pero hoy, todo aquello y lo demás se disipaba en el aire y, por fin, un nuevo rayo de esperanza brillaría. Tan sólo faltaba un detalle.

Porque, en resumidas cuentas, el veredicto que acababa de radiarse no era una conclusión satisfactoria. ¿Acaso no le había prometido a ese débil mental que lo darían por loco, lo internarían y que, antes de lo que pensaba, estaría libre como un pájaro? Con un veredicto de culpabilidad por cinco asesinatos en primer grado, la sentencia del juez sólo conduciría a la silla eléctrica. ¿Quién, en su pellejo, se arriesgaría a que Amós diese marcha atrás, se desdijese o, peor aún, se fuera de la lengua y largase todo?

En la puerta de la Corte Penal el revuelo era, por momentos, extraordinario. Ritchie se arrimó a la ventanilla en el exacto instante en que los cuatro *torpedos* del segundo Lincoln salían a proteger por ambos costados el auto del jefe. Los periodistas alzaron las cámaras por encima de sus cabezas, las puertas se abrieron para dejar salir al célebre Segador de Chicago y los *flashes* destellaron entre el tumulto.

Poco a poco, la aglomeración empezó a retroceder. Ritchie buscó frenéticamente a su sicario. Intentó registrar a simple vista alguna huella que le mostrase al ejecutor; todo en vano, pues el primer cometido del pistolero era confundirse con la masa. En las proximidades, tanto se incrementó la muchedumbre que algunos curiosos le restaban visibilidad desde el coche.

Dos de sus *torpedos*, con extrema diligencia, apartaron a un viandante con bruscos ademanes; aun así, Ritchie se apeó del Lincoln, apoyándose en la muleta y con los ojos fijos en la entrada del edificio.

Lo que el gánster había previsto, o era inminente, o luego habría serios obstáculos para llevarlo a cabo.

¿Fue ahí cuando vio a su hermana, corriendo por la acera, entre la nieve? ¿Fue ahí, o fue después de los cinco disparos consecutivos, de las voces del gentío arracimado, de las premuras y las carreras de los agentes de la policía?

Todo era complicado y confuso desde allí, la acera opuesta en la que estaba aparcado su coche. No se atrevió a cruzar y a exponerse, pero se aproximó con la muleta.

A pasos raudos, más o menos escoltado por sus hombres, esquivó gente, arriesgándose a tropezar. Jugándose la piel, pues no era imposible que sus enemigos estuvieran al acecho, se puso a la altura del edificio, enfrente de la Corte Penal, para seguir con la vista a su hermana, y ver cómo corría y corría, abriéndose camino con una facilidad prodigiosa, explicable quizá porque no llevaba gafas y le flanqueaban el paso unos y otros.

Si Ritchie hubiera estado allí, junto a ella, habría visto a su hermana arrodillarse en la nieve, junto al cuerpo ensangrentado de Amós, rodeada por la atónita o respetuosa mirada de una multitud que no supo reaccionar. Habría oído, tal vez, las palabras que algún gacetillero dijo escuchar de labios de la víctima, en voz susurrante y muy pausada. Algo así como: «Cierra los ojos. Confía en mí. Escucharás mi voz y recordarás, Eva. Estaré justo aquí». El gacetillero, dirían más tarde, decidió inventarlas para su propia gloria mientras el resto de periodistas disparaba *flashes* sobre la actriz.

—¿Y después? —le preguntaron al gacetillero audaz—. ¿Qué fue lo que dijo después?

Pero eran palabras demasiado cinematográficas, demasiado enternecedoras como para ser ciertas, incluso tratándose de una diva de Hollywood, y nadie se las creyó.

—«Recuerda a tu padre. Cuando despiertes, recordarás lo que olvidaste sobre él» —repuso el gacetillero que oyó susurrar al asesino.

El gacetillero audaz se refirió incluso a órdenes posthipnóticas, pero lo único que el resto de periodistas se atrevió a confirmar sobre lo que este publicó al día siguiente, fue que oyeron chasquear los dedos al Segador de Chicago justo antes de que el canalla exhalase el último suspiro.

EPÍLOGO

Por la noche, el sargento de detectives Liam O'Tooley abandonó el despacho de su jefe con el ánimo por los suelos, salió de la comisaria, pisó la calle y respiró.

No habían sido más de cinco minutos tragando humo. Cinco minutos con la excusa, ofrecida por el capitán, de intercambiar impresiones, y O'Tooley ya estaba fuera de sí. Qué extraordinariamente irritante era el departamento. Más que la humareda, le asqueaba el fariseísmo. Le asqueaba tanto que el capitán se colgase medallas ajenas como su propio salario de cuarenta dólares semanales. Le asqueaba la sangre y el olor de la sangre, y Chicago era un pozo de sangre.

Pensaba seriamente en la posibilidad de retirarse del servicio; además, cuarenta y ocho horas después de que el celeberrimo Segador fuese tiroteado a quemarropa a las puertas de la Corte Penal por un pistolero, era un día pésimo. El peor día posible para un amante del cine.

—Siéntese y cierre la puerta, O'Tooley —había dicho el velludo de su jefe, que si de algo andaba sobrado, aparte de vello, era de ordinariez. Encendió el sempiterno cigarrillo con los dedos manchados de nicotina—. ¿Fuma o no fuma? —preguntó mostrando su pitillera.

—Gracias, capitán. Ya sabe que no.

—A su aire —dio una calada—. Oiga, ¿quién era el asesino del Segador?

—Un tipo sin antecedentes. Probablemente un loco que quería tomarse la justicia por su mano.

—Seguro. Y otra cosa, ¿cuándo saltó la liebre? —preguntó con cara de estar intensamente absorbido por el asunto.

—Disculpe, ¿qué liebre, capitán?

—No se haga el bobo, O'Tooley. Entre usted y yo, ¿cuándo empezó a rumiar que ese hombre, Amós, era un asesino? Durante un tiempo hubiese jurado que su interés se centraba en la chica. Entre nosotros, ¿no tuvo esa intuición?

A O'Tooley le costó tragar saliva. Su jefe no era sólo un fumador compulsivo; era un desmemoriado.

—En absoluto —mintió descaradamente. No pensaba darle la satisfacción de que su sexto sentido sobrevivía incluso a sus dramas profesionales, de que, en efecto, había ido tan lejos como para sospechar de la pobre Eve Paradise, pero que lo había superado—. La investigación derivó progresivamente hacia donde debía; sólo eso.

—Sus intuiciones, ¿no, O'Tooley? Sus intuiciones —dijo el capitán maliciosamente—. *El síndrome de la sospechosa.*

—Esa munición se ha quedado antigua, capitán. Siga buscando.

—No sea susceptible, demonios. ¿He dado alguna queja de usted? Pues, ¿entonces? Al contrario. Enhorabuena. Todas esas cartas y esas pistas. Un poco barrenado, ese Amós, ¿no le parece?

—Le recuerdo que varios psiquiatras y todos los miembros del jurado interpretaron que estaba en plena posesión de sus facultades mentales.

—Barrenado, pero responsable de sus actos. ¿Y usted cómo lo ve?

—Estoy fuera de horario, capitán.

—Opine.

—Vivió con la obsesión de Eve Paradise. La carpeta que guardaba con recortes de la actriz lo prueba. Un vicioso. Se atrevió a colarse en su mansión haciéndose pasar por el otro para hipnotizarla. Es seguro que vino a los Estados Unidos sólo por ella. Los dos habían nacido en España.

—Eso, eso. Eve Paradise nació en España. Su verdadero nombre es...

—Eva Villasandino, antes de naturalizarse norteamericana. Medio hermana de Richard Villasandino, conocido en el hampa como Ritchie Sandino.

—O'Tooley, no joda. Por si no lo sabe, me chupé el juicio enterito. Recuerdo que son medio hermanos.

—Bien, capitán.

—Oiga, ¿y el otro? El *showman*. ¿Cuál era su nombre?

—Donovan Curtis.

—Eso, Donovan Curtis.

—No era el hipnotizador, en realidad —matizó O'Tooley.

—Qué merienda de negros.

—Era un buscavidas.

—Y usted, O'Tooley, ¿usted cree o no cree en la hipnosis?

—Si me permite, de otro modo no se explica que los espectadores sea tan sugestionables. Sospecho que hay cosas que nunca llegaremos a comprender de la mente humana.

—Qué barrenados.

Más o menos así había transcurrido el intercambio de impresiones. Algo insustancial, sin interés, un puro trámite, nauseabundo, reiterativo. Y, de repente, hoy se enteraba, así, por las buenas, de que la diva del firmamento cinematográfico, Eve Paradise, anunciaba en un comunicado oficial su retirada del cine. Se le cayó, como se suele decir, el alma a los pies y maldijo su suerte de cinéfilo.

Ya en la calle, abrió su cajita rococó y aspiró un poco de rapé. Con la bufanda bien remetida, se puso los viejos guantes y aligeró el paso. Los pronósticos vaticinaban una ola de frío y grandes nevadas. Pensó que debería comprarse unos guantes nuevos. Pensó en el modesto hogar de un solterón con tres gatos y un salario de risa, y en el destino trágico de Eve Paradise, y se sintió afortunado.

Al escuchar el comunicado de hoy, anunciando la actriz su retirada, se le vino a

los ojos la escena fatídica de cuarenta y ocho horas antes, a las puertas del edificio de los tribunales, a la vista de todos. Una estrella de cine prosternada durante un buen rato ante aquel hombre que se desangraba, como si estuviera admitiendo la confesión del asesino mientras llegaban los servicios sanitarios. Nada como eso dejaba ver el trauma de una mujer sometida a tensiones atroces. Nada como eso demostraba la fragilidad mental de un ser humano y también su capacidad de perdón. Así, al menos, lo interpretó la mayoría de los periodistas, aunque es cierto que ni un solo diario, ni uno solo, en reconocimiento a la trayectoria artística de Eve Paradise, tuvo la delicadeza de censurar las fotos.

Pensó en enviarle una nota de apoyo, de admiración, de gratitud, lo que fuera; porque todos esos sentimientos provocaba en Liam O'Tooley la actriz, pero desistió. Quizá ella ni se acordaba de él.

Así que se metió las manos en los bolsillos del gabán y siguió caminando.

2

—¿Cómo vivirás sin el cine? —preguntó Donovan.

Estaba atravesado en la cama, medio desnudo, con una venda negra ceñida a los ojos. Un motel anónimo, en un lugar anónimo de un anónimo estado, lejos de Illinois y de Hollywood, de las grandes urbes de poder y de los suntuosos paraísos naturales. Uno de esos discretos moteles en que se registra sólo el hombre, y la mujer ni siquiera pasa por recepción.

Era, no obstante, un albergue confortable. Afuera, en la oscuridad, azotaba el viento. Se anunciaban intensas nevadas.

—No han transcurrido ni doce horas desde el comunicado. Dame un poco de tiempo, caramba —dijo Eve, que, vestida con un salto de cama negro de encajes, se cepillaba el rubio cabello frente al espejo del baño en lentas y numerosas pasadas.

—Tienes mucha razón.

—¿Y tú, cariño? ¿Qué me dices de ti? Eras el hombre de moda.

—Bueno, algo se me ocurrirá. El futuro es de los emprendedores —dijo él, que tenía prohibido quitarse la venda durante los próximos minutos. Pensó que los calmantes que el médico le había recetado a Eve eran efectivos; de otro modo, ella no le hubiese hablado con tal serenidad y hasta con un punto de ironía o desapego—. Ha sido todo demasiado traumático.

Eve lo miró desde la puerta con una cierta ternura. Lo comprendía mejor ahora de lo que jamás había comprendido a ningún joven, incluido el artificio, el disimulo, el candor, el coraje y la estupidez propios de la juventud. Que Donovan hubiese actuado con aquella falta de hombría, que hubiese persistido en su voluntad de engaño,

amándola como afirmaba amarla, no era un asunto admirable; pero, por Dios, ¿acaso su propia vida lo era? Lo insoportable es que Amós hubiese pagado por todo. Porque Amós no había pagado por Donovan, pobre y hermoso Donovan, sino por ella. El impostor nunca fue Donovan, sino ella.

De algún modo, era evidente que ella nunca había amado a Donovan, sino a Amós. Quien la había hipnotizado durante aquellas noches no era Donovan, sino Amós, y quien, por último, merced a una milagrosa regresión, le había forzado a recordar su trágica infancia, nunca fue Donovan, sino Amós. Como cuando, veintiocho años antes, ella se había pintado en la frente la palabra *MAGIA* con un carboncillo. Sí, ahora lo recordaba todo. Su dolor y su drama inconfesables; pero en ese conocimiento había más razones que nunca para la esperanza.

En aquel lejano entonces, Amós había intentado hacerla caer en trance para ayudarla con sus problemas de dicción; y Eve estaba segura de que ese había sido el motivo que le había impulsado a hipnotizarla veintiocho años después. Como estaba segura de que, durante esas mágicas noches, la perdición de él había sido preguntar demasiado y averiguarlo todo.

El miedo que debió de experimentar al enterarse de la oscuridad que reinaba en el alma de una estrella de Hollywood, era el mismo que ella experimentaba desde hacía años. Un miedo invencible a que descubriesen quién era realmente. Un miedo incontrolable. Por eso llevaba, como bien decía la prensa, un pequeño revólver en su bolso desde lo de Jimmy Bowly. Y, con más razón, desde lo de Rick Patterson, hasta llegar a Mike W. Murdoch. Le hacía sentir más protegida y, llegada la hora... un revólver podría convertirse en su mejor aliado.

Amós, que, casualmente, sin proponérselo, todo lo había descubierto mediante la hipnosis, se había ido sin revelar un solo secreto de ella. Pregunta tras pregunta, hora tras hora, debió de indagar en sus recuerdos de manera exhaustiva, pues, ¿de qué otra forma si no pudo averiguar un detalle tan minúsculo como la reacción que provocó en la vieja institutriz rusa ver el cadáver mutilado de su adorable Alexei Vasíliev? ¿Quién sino la propia asesina, el único testigo de la escena, que se había refugiado entre los maderos y las vigas de la habitación contigua, podía saberlo? ¿Quién, excepto la propia asesina, Eve Paradise, y... su hipnotizador? Ni siquiera su hermano Richard, cuya mano protectora había empezado a entrever, podía llegar tan lejos.

De forma que Amós se había dejado matar por ella, para salvarla, y, con su último aliento, le había obsequiado con algo especial, el último paso: la llave que abría las puertas de su memoria. La única opción que autorizaba a Eve a enmendar un camino que la conduciría sin remedio a la silla eléctrica. Fue algo que dedujo al día siguiente, cuando leyó las crónicas sobre el crimen acaecido a las puertas de la Corte Penal y, con más exactitud, el artículo de un gacetillero que decía haberlo escuchado todo.

No, no habían sido las balas de un loco furioso las que habían puesto fin a la vida de él, sino su amor por ella, su deseo indomable de salvarla, de redimirla.

Qué bien recordaba las palabras de aquel alienista de origen alemán con el que

había estado charlando en una de sus *premières*, en Hollywood: «Usted ha sufrido mucho, querida. Por eso esconde, en lo más íntimo, esa tristeza».

Tales palabras explicaban (ahora lo sabía, sólo ahora tenía la certeza) por qué había rechazado encarnar el personaje de Letty, la mujer protagonista de *El viento*, de Victor Seastrom. Sin embargo, ella siempre decía que lo había rechazado por su final, porque le resultaba sencillamente insufrible que Letty, después de matar al hombre que había intentado violarla y de enterrarlo, fuese acusada por el viento, que desenterraba el cadáver para hacer justicia. El director, aquel sueco calvinista, le dijo de manera muy concluyente que era el final apropiado. Por eso declinó la oferta, horrorizada. Luego, se enteró con lástima de que Lillian Gish había aceptado el papel protagonista, y más tarde, con gran desconcierto para ella, de que Irving Thalberg, el Chico de Oro, en persona había impuesto otro final. Un final maravilloso en el que, por segunda vez, el viento intervenía, ahora compasivamente, para sepultar el cadáver en la arena.

—Relájate, cariño —dijo Eve—. Relájate.

Y ahora su amnesia, milagrosamente, gracias a Amós, era agua pasada. El dolor persistía, un dolor hondo, que venía de muy lejos. La diferencia es que ahora el dolor estaba a la vista. Podía mirar cara a cara a ese dolor de la infancia. Podía decirle: «Eres fuerte; pero ya te conozco. He sobrevivido. Y seguiré luchando». E, incluso, aquello que, desde hacía años, tenía por un dogma de fe: que es preferible matar la juventud antes de ver cómo se muere y consume, y que la madurez raramente compensa porque es insensible e inclemente, se derrumbaba a pedazos.

Porque si su padre había sido un viejo miserable y un padre perverso, nada significaba eso a favor de los jóvenes ni en contra de los viejos. Por fin, se dijo, podía asumir que las edades de los hombres, como la bondad o la perversión, existen y existirán mientras el mundo siga girando, pero más dentro de nosotros que fuera, más en nuestro corazón que en nuestra piel, joven o no. Y toda esa verdad que su frágil memoria no había podido resistir durante años, a qué precio de dolor y sangre se había pagado.

Todo ese daño causado por ella no podía repararse; pero, por de pronto, era libre y sintió que su ángel negro ya no tenía poder sobre ella ni sus actos.

Sí, pensó en Jimmy Bowly, en Rick Patterson, en Abdul Farah, en el conde ruso Alexei Vasíliev o en el nada admirable Mike W. Murdoch mientras salía del baño, sacaba una valija del ropero, la abría, introducía en ella medio brazo y, con una consternación casi inaudita, palpó algo duro en un bolsillo camuflado. Descorrió morosamente la cremallera lateral y descubrió un cuchillo de filo cortante que, con mucha probabilidad, llevaba guardado allí semanas o meses, ya no recordaba.

Con un suspiro, cerró la cremallera, guardó la valija en el rincón más oscuro del armario y sintió cómo las tentaciones emprendían el vuelo. Se concentró en gozar y darle placer al joven Donovan, durase lo que durase aquel romance que su dulce Amós bendecía. Y, curiosamente, olvidó también que sólo el revólver que guardaba

en el bolso le procuraba algún alivio contra el miedo incontrolable, invencible, a que la policía la detuviese.



EDMUNDO DÍAZ CONDE (Ourense, 1966). Recibió el XLVII Premio de Novela Ateneo de Sevilla (2015) por su obra *El hombre que amó a Eve Paradise*.

Es autor además de otras obras como *El club de los amantes* o *El príncipe de los piratas*.

Funcionario de la Administración de Justicia, Díaz Conde acumula una serie de galardones y nominaciones: ganó el III Premio de Novela Ciudad de Badajoz, fue finalista del Premio Ateneo de Sevilla en 2002 y del Premio de Novela Histórica Alfonso X el Sabio en 2008.

Díaz Conde ha colaborado, entre otras publicaciones, con *El Correo de Andalucía* y la revista cultural *Mercurio*.

NOTAS

[1] A partir de 1936 la Austin Ave pasó a denominarse Hubbard St. Actualmente Courthouse Place ha quedado ubicado en el número 54 de Hubbard St. oeste. (*N. del A.*) <<

[2] Actualmente en el 110 W Madison Street se halla la Iglesia de Saint Peter (St. Peter's in the Loop), que se construyó sobre el solar que ocupó, curiosamente, el [Old] La Salle theater. Que no exista ninguna mención en el texto a este teatro quizás se deba al deseo de preservar la intimidad de la familia Murdoch. (*N. del A.*) <<

[3] *The Chicago Reaper* parece a todas luces un juego de palabras con el nombre atribuido al famoso asesino Jack el Destripador (*Jack the Ripper*). O tal vez —quién sabe— un simple error ortográfico. (N. del A.) <<

[4] Sin duda el doctor Slater conoció la *Psychopathia Sexualis* de Karfft-Ebing a través de la traducción de Charles Gilbert Craddock, publicada por Davis en Filadelfia en 1893. (N. del A.) <<

[5] Actualmente N Cleveland Street. <<

[6] Actualmente, W Cabrini Street. <<